

LOS GATOS GUERREROS

LAS HISTORIAS JAMÁS
CONTADAS



INCLUYE:

EL VIAJE DE ESTRELLA DE NUBE ♦ LA HISTORIA DE CARRASCA
EL PRESAGIO DE ESTRELLA VAHARINA

TRADUCIDO POR

PICHU06

&

XK1RARAX

ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

LAS HISTORIAS
JAMÁS CONTADAS

INCLUYE

El Viaje de Estrella de Nube

La Historia de Carrasca

El Presagio de Estrella Vaharina

DEDICATORIA

Gracias especiales a Victoria Holmes.

*Libro original: “Warriors: The Untold Stories” por **Erin Hunter**.*

*Portada y encabezados: **Wayne McLoughlin**.*

*Ilustraciones rusas: **Leonid Nasyrov**.*

*Traducciones: **Pichu06** y **xK1rarax**.*

*Edición de portada: **_Lex_is_Dumb_***

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

<https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/>

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]

<https://discord.gg/S53JNh7z7G>

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!

<https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio>

*Publicado: 1/3/24
Última Actualización: 29/2/24*

¡No te pierdas estas otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
La Historia de Carrasca.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
La Tormenta de Zarzoso.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Cuarta Saga Principal “El Presagio de las Estrellas”:

1. *El Cuarto Aprendiz.*
2. *Ecos Desvanecidos.*
3. *Susurros Nocturnos.*
4. *Presagio Lunar.*
5. *El Guerrero Olvidado.*
6. *La Última Esperanza.*

Quinta Saga Principal “Una Visión de Sombras”:

1. *La Búsqueda del Aprendiz.*
2. *Trueno y Sombra.*
3. *Cielo Destrozado.*
4. *La Noche Más Oscura.*
5. *Río de Fuego.*
6. *La Tormenta Furiosa.*

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. *Río.*

CONTENIDO

<u>DEDICATORIA</u>	3
--------------------------	---

EL VIAJE DE ESTRELLA DE NUBE

FILIACIONES.....	9
CAPÍTULO 1.....	13
CAPÍTULO 2.....	20
CAPÍTULO 3.....	28
CAPÍTULO 4.....	36
CAPÍTULO 5.....	43
CAPÍTULO 6.....	51
CAPÍTULO 7.....	57
CAPÍTULO 8.....	62
CAPÍTULO 9.....	68
CAPÍTULO 10.....	72

LA HISTORIA DE CARRASCA

FILIACIONES.....	84
CAPÍTULO 1.....	91
CAPÍTULO 2.....	97
CAPÍTULO 3.....	103
CAPÍTULO 4.....	109
CAPÍTULO 5.....	113
CAPÍTULO 6.....	118
CAPÍTULO 7.....	126
CAPÍTULO 8.....	132
CAPÍTULO 9.....	139

CAPÍTULO 10.....	149
------------------	-----

EL PRESAGIO DE ESTRELLA VAHARINA

FILIACIONES.....	154
------------------	-----

CAPÍTULO 1.....	161
-----------------	-----

CAPÍTULO 2.....	166
-----------------	-----

CAPÍTULO 3.....	176
-----------------	-----

CAPÍTULO 4.....	183
-----------------	-----

CAPÍTULO 5.....	192
-----------------	-----

CAPÍTULO 6.....	196
-----------------	-----

CAPÍTULO 7.....	205
-----------------	-----

CAPÍTULO 8.....	210
-----------------	-----

CAPÍTULO 9.....	217
-----------------	-----

CAPÍTULO 10.....	223
------------------	-----

LOS GATOS GUERREROS

EL VIAJE DE ESTRELLA DE NUBE



Título original: “Cloudstar’s Journey”.

Traducción: Pichu06.

FILIACIONES

CLAN DEL CIELO

LÍDER **ESTRELLA DE NUBE** — pequeño gato gris claro con manchas blancas y ojos de color azul muy claro.

LUGAR-TENIENTE **COLA DE BUSARDO** — gato rojizo de ojos verdes.

CURANDERA **PASO DE CERVATILLA** — gata marrón claro atigrada.

GUERREROS

(gatos y gatas sin crías)

PELAJE DE NOCHE — gato negro.

APRENDIZ, ZARPA DE ROBLE (gris atigrado).

CORAZÓN DE CODORNIZ — gato gris moteado.

PELAJE DE ARMIÑO — macho naranja y blanco.

APRENDIZA, ZARPA DE TANACETO (gata color crema).

BIGOTES DE COMADREJA — gato marrón y rojizo.

APRENDIZ, ZARPA DE BELLOTA (gato marrón claro).

MANTO DE FRONDA — atigrada marrón oscuro.

FAUCES DE RATÓN — gata de pelaje color arena.

APRENDIZ, ZARPA DE CARACOL (gato marrón oscuro atigrado).

SALTO DE LLUVIA — gata plateada atigrada de ojos azules.

APRENDIZA, ZARPA DE MENTA (gata gris claro).

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

VUELO DE AVE — gata de largo pelaje marrón claro y ojos ámbar.

ALA DE AVELLANA — gata naranja atigrada de ojos verdes (madre de Pequeño Telaraña, gatito gris claro; Pequeño Polluelo, gris oscuro; Pequeña Brasa, gatita naranja; y Pequeña Llovizna, plateada atigrada).

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

CAÍDA DE PÉTALO — gata color crema rosado, de ojos verdes.

PLUMA DE ESTORNINO — gato marrón oscuro con ojos ámbar.

HALCÓN NEVADO — marrón atigrado con manchas blancas.

CLAN DEL TRUENO

LÍDER

ESTRELLA ROJA — gato rojizo oscuro.

LUGAR- TENIENTE

MANTO DE SEMILLA — gata gris con motas más oscuras.

CURANDERO **ALA DE CERNÍCALO** — gato gris oscuro atigrado.

GUERREROS

GARRA DE ORTIGA — gato gris atigrado con rayas color gris oscuro.

GARRA ÁMBAR — macho rojizo de piernas largas.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER

ESTRELLA DEL ALBA — gata de pelaje marrón cremoso.

LUGAR- TENIENTE

COLA DE SERPIENTE — gato marrón atigrado.

CURANDERO **MANTO DE TOPO** — pequeño gato negro.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER ESTRELLA VELOZ — gato gris oscuro.

LUGAR-TENIENTE PELAJE DE LECHE — gato blanco cremoso.

CURANDERA ALA DE ALONDRA — atigrada plateada y negra.

CLAN DEL RÍO

LÍDER ESTRELLA DE ABEDUL — gata atigrada marrón claro.

LUGAR-TENIENTE PELAJE DE ENDRINA — gata negra.

CURANDERO BIGOTES DE HIELO — gato gris plateado.



CAPÍTULO 1

Rayas de luz solar moteaban el suelo del bosque, y el aire estaba denso por el olor a humedad de las nuevas hojas. Estrella de Nube levantó la cabeza cuando captó un destello de movimiento gris oscuro por encima de él: una ardilla, moviéndose por entre las ramas con su cola fluyendo detrás como una pluma.

—¿Te vas a quedar mirándola? —maulló Cola de Busardo, moviendo la nariz. El robusto lugarteniente rojizo caminó hasta el tronco del árbol y levantó la mirada—. ¿O estás esperando que encuentre su propio camino hacia el montón de carne fresca?

Estrella de Nube resopló.

—Dejaré que los aprendices la atrapen. —Levantó una pata y la frotó contra la parte de atrás de su oreja—. Mis viejos huesos están disfrutando demasiado de este sol como para ir persiguiendo ardillas por encima de los árboles.

—¿Qué es esa tontería de los huesos viejos? —Cola de Busardo exigió—. Eres apenas mayor que yo, y a mí ciertamente me quedan algunas persecuciones y batallas todavía.

Estrella de Nube rodeó a su lugarteniente y se dirigió hacia un parche de frondas verde claro.

—Ah, pero los pesos del liderazgo me han desgastado —bromeó.

Hubo un rápido golpeteo de patas cuando Cola de Busardo se apresuró hacia Estrella de Nube y le golpeó las ancas con las garras envainadas.

—El único peso que tendrás será a esos cachorros tuyos manteniéndote despierto cuando lleguen. Oí que Vuelo de Ave le dijo a Ala

de Avellana que los dejará dormir en tu guarida para poder tener algo de paz.

Estrella de Nube ronroneó.

—Serán bienvenidos —maulló—. No puedo esperar a conocerlos.

Cola de Busardo puso los ojos en blanco.

—Puede que no te sientas así cuando empiecen a tirar de tu cola y a masticarte los bigotes.

—¡No recuerdo que dieras tanta pelea con los tres tuyos cuando querían jugar! —le recordó Estrella de Nube.

Zarpa de Caracol, Zarpa de Tanaceto y Zarpa de Menta ahora eran aprendices, fuertes y hábiles trepando árboles como todos los guerreros del Clan del Cielo, pero Cola de Busardo había sido tan dulce como la miel con ellos cuando habían nacido.

El lugarteniente gruñó.

—Solo espera. ¡Perseguir a esa ardilla te parecerá fácil comparado con cuidar de esos cachorros!

El sonido de una ramita quebrada los distrajo, y ambos se quedaron mirando hacia los helechos. Una forma borrosa era apenas visible entre los tallos verdes. Estrella de Nube abrió la boca para saborear el aire.

—¿Esa es una patrulla del Clan del Trueno? —llamó.

Las frondas se apartaron y dieron paso a una cara gris moteada.

—¿Estrella de Nube? No estarás persiguiendo ardillas hacia nuestro territorio, ¿no?

El gato gris y blanco resopló.

—Claro que no, Manto de Semilla. Los gatos del Clan del Cielo saben respetar las fronteras. —Habló ligeramente, pero no iba a dejar que la lugarteniente del Clan del Trueno le desafiara sin razón alguna.

Manto de Semilla asintió y caminó por entre los helechos hasta que estuvo a menos de un zorro de distancia de los gatos del Clan del Cielo. Estiró el cuello y olfateó.

—Nuestras marcas fronterizas están en el lugar correcto —Cola de Busardo gruñó.

Manto de Semilla abrió bien sus ojos azules.

—Por supuesto que sí —ronroneó—. No los estaba acusando de nada, Cola de Busardo.

—Para variar —murmuró el lugarteniente del Clan del Cielo.

—¿Está todo bien, Manto de Semilla? —llamó una voz por detrás de los helechos.

—Estoy bien, gracias, Garra de Ortiga —la lugarteniente respondió sin apartar la mirada de Estrella de Nube. Más tranquila, añadió—: Supongo que todo está bien en el Clan del Cielo, ¿no?

—Sí. ¿Hay alguna razón por la que no lo estaría? —Estrella de Nube sintió sus costados erizarse.

Los ojos de Manto de Semilla brillaron.

—No es común que me encuentre al líder y al lugarteniente formando su propia patrulla. Una buena presa para los Clanes rivales que buscan pelea, diría yo.

—No les tenemos miedo —gruñó Cola de Busardo.

Dio un paso adelante, pero Estrella de Nube lo mantuvo atrás con un movimiento de su cola.

—No dejes que te afecte —le advirtió a su viejo amigo—. Manto de Semilla, te concederé el respeto de no ver en donde ponen sus marcas fronterizas, pero no toleraremos ni una zarpa del Clan del Trueno en nuestro territorio.

La gata gris inclinó la cabeza.

—Ni lo soñaríamos, Estrella de Nube.

El líder del Clan del Cielo inclinó las orejas, indicándole a Cola de Busardo que debería seguirlo, y ambos se encabezaron hacia los árboles. Tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído de la patrulla del Clan del Trueno, el lugarteniente escupió:

—¿De qué estaba hablando esa bola de pelos, diciéndonos que somos un blanco fácil para patrullas enemigas?

Estrella de Nube se encogió de hombros.

—Manto de Semilla solo estaba tratando de distraernos del hecho de que su patrulla estaba más cerca de la frontera de lo que debería. Ese montón de frondas siempre ha sido una barrera entre los territorios, y se supone que las patrullas del Clan del Trueno dejen sus fronteras en el otro lado.

Cola de Busardo paró de caminar, con el pelaje erizado.

—¡Tienen suerte de que no les arrancáramos las orejas!

Estrella de Nube siguió caminando.

—Estoy seguro de que Manto de Semilla se sorprendió al encontrarnos allí, y sabe que a partir de ahora estaremos pendientes de las marcas del Clan del Trueno.

El lugarteniente de pelo rojizo caminó tras él, aun murmurando.

—Esos gatos del Clan del Trueno se piensan que pueden cazar donde les dé la gana. Si Estrella Oscura no les hubiese dado ese pedazo de

territorio del Clan del Cielo para empezar, no estarían caminando sobre nosotros como si nuestras fronteras no significaran nada. Sé que era nuestro líder, pero en serio, esa decisión fue muy de cerebro de ratón.

Estrella de Nube miró hacia los árboles del otro lado de la frontera. Allí eran más densos que en el resto del Clan del Cielo, en su mayoría robles de troncos gruesos y ramas nudosas y pesadas que se inclinaban hacia el suelo. Él no era nacido cuando Estrella Oscura hizo el impactante anuncio en una Asamblea de que cedería parte de su territorio al Clan del Trueno, pero la decisión todavía inquietaba al Clan a día de hoy.

—Estrella Oscura tuvo sus razones —le maulló a Cola de Busardo.

—¿Qué, que tenía abejas en el cerebro?

Estrella de Nube sacudió la cabeza e intentó imaginarse a sí mismo en el lugar de Estrella Oscura, cansado de las constantes batallas por una línea de árboles con ramas viejas y frágiles, y donde la enorme cantidad de hojas le facilitaba a las ardillas y aves esconderse.

—Esa parte del bosque ofrecía mejor caza a los guerreros del Clan del Trueno que a nosotros. Además, él sabía que las reinas del Clan del Trueno recientemente habían tenido varias camadas de cachorros, y su necesidad de comida era mayor de lo que su territorio les podía proveer. Tal vez seamos rivales, pero siempre ha habido cinco Clanes en el bosque. Si uno está en peligro de morir de hambre, es nuestro deber ayudarlos a sobrevivir.

—Eso no es parte del código guerrero —gruñó Cola de Busardo.

—No, pero obedecer a tu líder sí —Estrella de Nube señaló, manteniendo su tono ligero—. Gracias a Estrella Oscura, de hecho. ¿Recuerdas que él es responsable de esta parte del código guerrero? Y ahora mismo, ¡tu líder te ordena que volvamos al campamento para ver lo que las patrullas de caza atraparon para nosotros!

—¡Volvió!

Tan pronto como Estrella de Nube y Cola de Busardo se abrieron paso bajo las zarzas que rodeaban el campamento del Clan del Cielo, cuatro formas diminutas atravesaron la dura tierra.

—¡Estrella de Nube! ¡Ala de Avellana dijo que nos enseñarías un movimiento de batalla! ¿Por favor?

El líder suavemente se desenredó de la ráfaga de mantos grises y naranjas.

—Parece que ya son muy buenos saltando —maulló.

Una atigrada naranja se apresuró hacia donde estaban.

—¡Pequeños! ¡Pequeños! ¡Dejen en paz al pobre Estrella de Nube! —se giró hacia el líder, con una verde mirada de disculpa—. Lo siento tanto. No sé de donde sacan tanta energía. La única forma que encontré de que le dieran paz a Vuelo de Ave en la maternidad fue prometerles que les enseñarías un movimiento de batalla.

Estrella de Nube bajó la mirada hacia las cuatro caras ansiosas en frente de sus patas.

—No hay problema, Ala de Avellana. Estoy seguro de que puedo entretenerlos un rato.

El gatito más grande, un macho gris claro, dio brincos.

—¿Eso significa que empezaremos nuestro entrenamiento guerrero? —chilló.

—No, Pequeño Telaraña —maulló el líder—. Tendrán que esperar otras cinco lunas para eso. Ahora, espérenme en el arbusto de avellano y hagan algunos estiramientos para calentar.

Los cachorros se alejaron, Pequeño Telaraña hizo carrera con su hermano, Pequeño Polluelo, mientras sus hermanas, Pequeña Brasa y Pequeña Llovizna, les siguieron unos pasos detrás.

—¿Crees que nuestros cachorros sean tan enérgicos? —murmuró una suave voz detrás de Estrella de Nube.

Se giró para encontrarse con la mirada ámbar de Vuelo de Ave. Se veía cansada, y su vientre estaba hinchado bajo su largo pelaje marrón.

—Deberías estar descansando —le recordó—. Vamos, déjame llevarte de nuevo a la maternidad.

Vuelo de Ave le hizo un gesto con la cola.

—Ya he estado encerrada demasiado tiempo. ¡Déjame tomar algo de aire fresco!

Estrella de Nube apoyó su cara en el vientre de su pareja. Algo se movió contra su mejilla.

—Creo que ese le hará competencia en energía a Pequeño Telaraña —predijo.

—No puedo esperar a conocerlo —Vuelo de Ave ronroneó.

—O conocerla —dijo él—. Dos de cada sería lindo, como la camada de Ala de Avellana. O quizá tres machos para cuidar de sus hermanas.

—¡Mis hijas serán capaces de cuidar de sí mismas! —replicó la gata marrón, con los ojos cálidos—. Quizá ellas cuiden de sus hermanos.

Estrella de Nube posó su hocico en la cabeza de Vuelo de Ave. Sintió la punta de sus orejas restregarse contra su mentón como las alas de una polilla.

—Les enseñaré todo lo que sé para que nada les haga daño —el líder prometió—. Incluso cuando sean guerreros, todavía los cuidaré. Serán la parte más preciosa de mi vida, junto a ti, claro.

Cerró los ojos y respiró el dulce aroma de Vuelo de Ave. *«Gracias, Clan Estelar, por darme todo lo que siempre soñé. Mi Clan es fuerte y feliz, nuestras fronteras están a salvo, y pronto Vuelo de Ave y yo tendremos nuestros propios hijos. Han sido amables conmigo».*

—¡Estrella de Nube! ¡Estrella de Nube! —Pequeña Llovizna lo estaba llamando desde el arbusto de avellano.

Con un suspiro, el gato se alejó de su pareja y comenzó a caminar hacia el lado lejano del claro. Pero un frenético crujido de ramitas lo detuvo, y se volteó para ver a Manto de Fronda dirigiendo a su patrulla de caza de regreso al campamento. Sus ojos estaban bien abiertos de preocupación, y se dirigió directo a Estrella de Nube una vez que hubo salido de las zarzas. El líder miró más allá de la gata para ver lo que llevaba la patrulla. Para su sorpresa, solo Zarpa de Caracol llevaba algo: una ardilla de aspecto húmedo, con su cola gris arrastrándose por el suelo.

—¿Eso es todo? —exclamó.

Manto de Fronda se paró frente a él, con el manto erizado.

—¡No había nada que atrapar! —le dijo—. Fuimos hasta la frontera junto a los pinos, pero estaba completamente vacío. Zarpa de Caracol hizo bien en atrapar esa ardilla.

—Y solo lo hizo porque estaba medio ahogada en un charco —Zarpa de Bellota murmuró. Al igual que el resto de la patrulla, su pelaje estaba alborotado y manchado de barro.

—Pero ya casi estamos en la estación de la hoja verde —maulló Estrella de Nube—. ¡Las presas deberían estar saltando hacia nuestras garras!

Manto de Fronda negó con la cabeza.

—No en esa parte del bosque. Los Dos Patas están haciendo tanto ruido detrás de la frontera que han asustado a todas las presas. Y si queda alguna, no podemos olerla por el hedor de los monstruos.

Estrella de Nube entrecerró los ojos. Unos gigantes monstruos amarillos habían estado moviendo montones de tierra justo más allá de la frontera desde hacía un tiempo. No habían cruzado hacia el territorio del Clan del Cielo, así que les había puesto poca atención. Los Dos Patas

siempre estaban haciendo cosas extrañas, pero rara vez cruzaban las fronteras.

Pelaje de Armiño caminó lentamente hacia Estrella de Nube. Había sido parte de la patrulla de Manto de Fronda.

—No creo que debamos cazar en esa frontera por ahora —maulló—. Los monstruos amarillos parecían estar más cerca hoy, y podría ser peligroso.

El líder negó con la cabeza.

—Discrepo. Sabemos que los Dos Patas toman árboles del cortatroncos, pero nunca nos han dado problemas. Ni siquiera llevan a sus perros a esa parte del territorio. Una vez que las presas se acostumbren al ruido de los monstruos amarillos, volverán. Solo tuvieron mala suerte cazando hoy, eso es todo.



CAPÍTULO 2

Estrella de Nube yacía en su lecho bajo un arbusto de saúco de densas hojas, soñando. Estaba en un bosque de varios tipos de árboles grandes, de roble, de abedul, hayas, y fresnos, todos crecían tan alto que sus copas se perdían en las etéreas nubes. Sus ramas estaban perfectamente posicionadas para trepar con rapidez y sin obstáculos, y el suelo estaba libre de zarzas o frondas enredadas, por lo que un gato podría saltar con seguridad al suelo al perseguir presas o enemigos. Pero Estrella de Nube sabía que no habría enemigos aquí, ni siquiera rivales de los otros Clanes, porque este era el Clan Estelar, donde sus ancestros vivían pacíficamente juntos mientras observaban a los gatos de abajo.

Algunos haces de luz solar se deslizaban por entre los árboles, lanzando destellos de calidez al manto gris y blanco de Estrella de Nube mientras caminaba entre los troncos. El aire se agitaba con el aroma de las presas y nuevas plantas creciendo, y sus garras hormigueaban por el impulso de saltar al árbol más cercano y elevarse hacia el cielo, viendo el bosque desde un punto de vista completamente diferente a medida que se desplegaba bajo sus patas. Unos suaves pasos detrás de él le hicieron girarse.

Una gata rojizo oscuro que reconoció de su ceremonia de nueve vidas se le estaba acercando.

—¡Estrella de Arce! —inclinó la cabeza.

—Saludos, Estrella de Nube —la gata recién llegada ronroneó—. Bienvenido al Clan Estelar.

El gato levantó la cabeza.

—¿Todo está bien? —preguntó, de repente sintiendo un escalofrío bajo el manto—. ¿Me trajiste aquí por alguna razón?

La gata rojiza movió las orejas.

—Todo está bien. Simplemente queríamos verte, para decirte qué tan orgullosos estamos de ti.

Estrella de Nube arqueó la espalda y ronroneó.

—Gracias. Es un honor liderar a mi Clan.

Estrella de Arce le rozó el costado con la cola.

—Camina conmigo —invitó. Lado a lado, los gatos avanzaron por entre los troncos, moviéndose desde la luz del sol hacia la sombra y viceversa—. El Clan del Cielo ha estado en el corazón del bosque, en el corazón del código guerrero, desde la primera vez que unos gatos hicieron su hogar aquí. ¿Sabías que fuimos el primer Clan en marcar fronteras? Cielo Despejado, quien nos lideraba entonces, vio que nuestro territorio podía alimentarnos y defendernos, y supo que tenía que protegerlo de forasteros celosos de nuestras presas y seguridad.

—Todavía marcamos las fronteras en su memoria. Ningún gato del Clan del Cielo olvidará lo que le debemos —maulló Estrella de Nube.

Hubo un crujido en un montón de frondas junto al sendero. Un gato negro y marrón apareció y los saludó con la cabeza.

—Saludos, Estrella de Arce, Estrella de Nube.

El gato gris y blanco inclinó la cabeza a un lado. A su lado, Estrella de Arce movió la cola.

—Estrella de Nube, este es Estrella de Serbal.

El líder vivo inclinó la cabeza.

—Es un honor conocerte —maulló.

Estrella de Serbal bufó, como si estuviera molesto de que Estrella de Nube no le hubiera reconocido.

—Yo fui uno de los líderes que decidió que las fronteras debían ser patrulladas y marcadas diariamente, como parte del código guerrero. Quizá Cielo Despejado trazó la primera frontera de nuestro territorio, pero yo fui el líder que las hizo tan fuertes como piedras.

Estrella de Arce tosió.

—Si no mal recuerdo, Estrella de Serbal, el problema únicamente surgió en una Asamblea después de que tus patrullas fueran atrapadas demasiadas veces en el territorio del Clan del Trueno.

El macho de colores oscuros se erizó.

—Si el Clan del Trueno hubiese marcado sus fronteras con claridad, mis gatos nunca las habrían traspasado accidentalmente.

—Ambos trajeron honor y fuerza al Clan del Cielo. Pero la mayor contribución al código guerrero vino de mí —retumbó una voz detrás de ellos.

Los tres gatos se giraron para ver a un gato marrón oscuro de ojos amarillos parado en el camino. Su espeso manto estaba recubierto de suave pelaje negro, de modo que parecía envuelto en la sombra.

Estrella de Nube levantó las orejas.

—¡Estrella Oscura! —maulló.

El recién llegado inclinó la cabeza.

—Saludos, Estrella de Nube. Confío en que no has olvidado la vida que te di, ¿cierto? De tener fe en tus instintos, y saber que tu palabra es ley.

—No lo he olvidado —prometió.

El gato marrón oscuro miró a los otros dos gatos.

—Estrella de Arce, Estrella de Serbal, es raro que nos encontremos los tres en estos bosques. Todos somos parte de la noble historia del Clan del Cielo, pero es gracias a mi que los líderes de los cinco Clanes saben que su juramento es final, que su palabra no debe ser desafiada. Estrella de Nube, debes usar este poder sabiamente, para el bien de tu Clan más que ganancias personales. Aprende a liderar de nuestros ejemplos, y tu camino será claro y derecho.

Estrella de Nube inclinó la cabeza.

—Es un honor seguir sus pasos. —Se miró las patas. «*¡Tengo que preguntar!*»—. Estrella Oscura, ¿alguna vez te arrepentiste de darle al Clan del Trueno ese pedazo de bosque?

Hubo un momento de silencio, Estrella de Serbal se vio atónito. Entonces Estrella Oscura dijo con tranquilidad:

—En donde sea que estén nuestros corazones, tenemos un deber de preservar la supervivencia de los cinco Clanes en el bosque. No podía ver a nuestros vecinos morir de hambre cuando nosotros teníamos presas de sobra. —El gato marrón oscuro siguió—. Mantén la cabeza en alto, Estrella de Nube. El Clan del Cielo es el más noble de todos los Clanes, con las fronteras más fuertes, los guerreros más valientes, y los cazadores más hábiles. No tienes nada que temer de los Dos Patas, o sus monstruos, o de los animales que han doblegado a su voluntad. ¡El Clan del Cielo perdurará para siempre!

Las nubes por encima de los árboles parecieron hundirse alrededor de las ramas hasta que Estrella de Nube estuvo rodeado por una neblina. Los gatos a su alrededor se volvieron borrosos y se desvanecieron, sus mantos desaparecieron contra el fondo de hojas y troncos. Entonces Estrella de

Nube sintió suaves plumas haciéndole cosquillas en la nariz al ritmo de su respiración, y escuchó el crujido de musgo seco cuando se movió.

—¿Estrella de Nube? ¿Estás despierto? —Una pequeña gata atigrada, cuyo pelaje rayado era del color de los helechos en la estación de la caída de la hoja, lo estaba mirando desde arriba. El aroma a hierbas estaba aferrado a su manto, y había un pedazo de tanaceto colgando de sus bigotes.

—¿Paso de Cervatilla? —el líder se puso de pie—. ¿Vuelo de Ave está bien? ¿Pasa algo?

La curandera dio un paso atrás, dándole al gato espacio para salir de su lecho.

—Vuelo de Ave está bien —ronroneó ella—. Quería hablar contigo de otra cosa.

Estrella de Nube sacudió el manto para dejar caer un pedazo de musgo, y dirigió el camino hacia el claro. El alba era claro y tranquilo, prometiendo un cálido día lleno de aromas de presa y ramas estables para trepar.

—¿Qué pasa? —preguntó, girándose nuevamente hacia Paso de Cervatilla.

Ella agachó la cabeza.

—Preferiría hablar fuera del campamento, si no te molesta.

—Oh, está bien.

Estrella de Nube movió la cola, invitándola a pasar primero. Pasaron por debajo de las zarzas y emergieron a un claro de abedules plateados, cuyas hojas del color de las telarañas susurraban en el soplo más suave del viento. Paso de Cervatilla se abrió paso por la larga hierba que crecía entre los delgados troncos grises y se encaminó más profundo hacia los bosques. Estrella de Nube trotó tras ella.

—No vayas muy lejos, o nos encontraremos con la patrulla del alba —advirtió.

Paso de Cervatilla se detuvo junto al tocón de un árbol y se sentó, posando la cola sobre sus patas.

—Han habido presagios —comenzó.

Instantáneamente, Estrella de Nube se tensó.

—¿Qué clase de presagios?

Paso de Cervatilla se veía seria.

Creo que estas señales involucran lo que los Dos Patas están haciendo al borde de nuestra frontera. Creo que el Clan del Cielo está más amenazado por ellos de lo que nos damos cuenta.

Estrella de Nube pensó en su sueño, y supo que sería capaz de reconfortar a su curandera, fuese lo que fuese lo que le preocupaba, pero primero quería escucharla hablar.

—Cuéntame lo que has visto.

—Ayer, en el montón de carne fresca, había un mirlo sin cabeza. Anteayer, encontré un gorrión sin alas, y luego una ardilla sin cola. —La voz de la gata era aguda por la alarma, y sus ojos azules estaban bien abiertos.

El líder se encogió de hombros.

—Los aprendices han de haber estado cazando con torpeza. Tendré una palabra con ellos más tarde.

Paso de Cervatilla negó con la cabeza.

—Ya hablé con ellos. Me dijeron que las presas estaban enteras cuando las atraparon.

—Entonces ¿qué crees que significa? —incitó.

Todavía se sentía tranquilo, inspirado por el recuerdo de su sueño con tres nobles líderes asegurándole que el Clan del Cielo sobreviviría por siempre.

—Nuestras presas están disminuyendo, se vuelven más pequeñas —la gata maulló. Trazó un círculo en el mantillo de hojas con una de sus patas, entonces lo atravesó, cortándolo a la mitad—. Nuestra caza se vuelve más pequeña, literalmente, desde lo que encontramos en el montón de carne fresca hasta los lugares en los que podemos cazar.

—¿Lo dices por lo que están haciendo los Dos Patas?

Paso de Cervatilla asintió.

—El ruido y el hedor ya han ahuyentado a las presas. Y no sabemos lo que los Dos Patas están haciendo allá. ¿Y si cruzan la frontera y empiezan a apoderarse de nuestro territorio? Sabemos que no respetan las marcas olorosas.

Estrella de Nube apoyó la punta de su cola en el hombro de la curandera.

—No hay razón para creer que eso pasará. Confía en mí. Anoche caminé junto a otros líderes del Clan del Cielo en el Clan Estelar, y prometieron que no nos pasaría nada. Aprecio que me cuentes esto, pero estoy seguro de que solo es una señal de que debemos tener más cuidado cuando cazamos.

Se dio la vuelta para irse, y Paso de Cervatilla se quedó detrás de él. Mientras se alejaba, ella maulló:

—Seguiré buscando, Estrella de Nube. Me temo que algo se avecina.

Cuando Estrella de Nube entró en el círculo de abedules, la larga hierba crujió y Vuelo de Ave se incorporó. La hierba aplastada mostraba el lugar donde había estado echada de lado, disfrutando un rayo de sol. El gato trotó hacia ella y frotó su hocico contra su hombro.

—¿Cómo están hoy esos pequeños gatitos inquietos? —murmuró.

—¡Enérgicos y pateando! —contestó la reina, sonando cansada—. Ayuda a caminar, a veces. ¿Vendrías conmigo?

—Por supuesto —Estrella de Nube maulló—. Pero no iremos muy lejos. ¡No quiero cargarte de regreso!

—¡Zorro descarado! —lo regañó Vuelo de Ave, dándole un golpecito con la cola.

Se alejaron de los abedules y caminaron por entre los árboles hacia el río. La maleza se volvió más delgada cuando el suelo dio paso al agua. Vuelo de Ave se quedó en un parche de suave pasto y Estrella de Nube se sentó junto a ella. El agua corría velozmente, demasiado profunda para vadearla, aunque no es como si algún gato del Clan del Cielo se mojaría las patas de buena gana.

—Nuestros cachorros amarán jugar aquí cuando tengan la edad suficiente para dejar el campamento —comentó la reina, mirando la plana y arenosa orilla a su alrededor.

Estrella de Nube asintió a una roca que estaba al borde de la playa.

—Recuerdo saltar desde ahí por primera vez cuando era un aprendiz. ¡Creí que estaba volando!

—Hasta que te golpeaste la cabeza y volviste lloriqueando al campamento —maulló Vuelo de Ave. Ella era varias lunas mayor que él, y ya era una guerrera cuando a él lo habían hecho aprendiz.

—Aunque no me desanimó por mucho tiempo —Estrella de Nube replicó—. ¡El día siguiente volví y aterricé del otro lado de ese tocón de árbol! —Apoyó su pata delantera en el costado abultado de su pareja—. Le enseñaré a nuestros cachorros a seguir intentando, aunque las cosas salgan mal a la primera. Van a ser muy valientes.

—Justo como tú —Vuelo de Ave ronroneó.

—Y amables e inteligentes como tú —murmuró el líder, enterrando su nariz en su suave pelaje.

—Bueno, eso esperamos —bromeó ella. Se dio la vuelta y se sentó, mirando fijamente a los ojos de Estrella de Nube—. Estoy muy orgullosa de tener tus cachorros —susurró—. Nadie podría desear un mejor padre que tú.

—O una mejor madre que tú —contestó el gato.

Cerró los ojos y respiró su aroma, y mientras lo hacía sintió los movimientos de sus ancestros guerreros a su alrededor, deseándole el bien y cuidándolo a él, a su pareja y a sus cachorros para siempre.



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.



CAPÍTULO 3

Estrella de Nube se agachó, balanceando el peso en sus ancas mientras sus garras traseras se hundían en la suave corteza. Entonces empujó con fuerza y se lanzó hacia arriba, extendiendo las patas delanteras para alcanzar la rama de más adelante. Por un instante sus garras se resbalaron, pero entonces se agarró de la rama y sostuvo su peso el tiempo suficiente para que pudiera balancear sus cuartos traseros hacia arriba y subirse a la rama.

—¡Wow! ¡Así se hace, Estrella de Nube! —chirrió una voz más abajo.

—¿En serio? «¡Así se hace, Estrella de Nube!». Es nuestro *líder*, ¿lo olvidaste? —soltó otro gato.

—¡Lo siento, Estrella de Nube! —llamó la primera voz.

El líder reprimió un ronroneo divertido mientras se estabilizaba en el árbol y bajaba la mirada hacia los aprendices. Amaba las sesiones con sus compañeros de Clan jóvenes, cuando podía disfrutar de su amor por trepar, a veces tan rápido que parecía que *volaba*, mientras les enseñaba algunos de sus trucos favoritos. Estrella de Nube siempre enviaba a los mentores a una patrulla de caza, dejándolo solo con los aprendices para poder ver por sí mismo su emoción, el momento en que sus nervios de estar tan alto daban paso al encanto por el poder que les daba sobre sus presas y enemigos.

—Muy bien, Zarpa de Tanaceto —maulló a la gata color crema, que estaba erguida sobre sus piernas traseras, con las patas delanteras apoyadas en el tronco del árbol—. Ya que estabas prestando tanta atención, ¿por qué no te me unes?

—Sí, y danos algo de paz aquí abajo —murmuró su hermano, Zarpa de Caracol.

—Zarpa de Caracol y Zarpa de Menta pueden seguir la ruta que tú elijas —Estrella de Nube añadió, haciendo que Zarpa de Tanaceto le lanzara una mirada triunfante sobre su hombro a sus hermanos.

«Aún hay mucho tiempo para que aprendan a controlar sus altos espíritus —pensó el líder—. Aprovechémoslos ahora para darles el valor que podría faltarle a los demás».

Zarpa de Caracol y Zarpa de Menta se movieron más lentamente hacia el árbol, con el pelaje del cuello erizado y los ojos bien abiertos y serios. El manto marrón oscuro del primer aprendiz se camuflaba con la corteza mientras encontraba sus primeros agarros justo por encima de su cabeza; el pelaje de la segunda aprendiz brillaba de un color gris claro en las sombras. Las hojas debajo de Estrella de Nube se retorcieron frenéticamente, y Zarpa de Tanaceto apareció, colgada del tronco, con las orejas chatas por el esfuerzo.

—Muévete hacia esa rama de allí —indicó el gato gris y blanco, señalando con la cola—. Entonces podrás saltar hasta donde estoy yo.

La aprendiz parpadeó, luego estiró una pata y la apoyó en la rama.

—Vuelve a desenvainar las garras —Estrella de Nube maulló—. Las necesitarás para agarrarte.

Deslizó su propia suave almohadilla por la rama. Ahora usualmente trepaba con las garras envainadas, para tener más velocidad y para probarse a sí mismo que podía. *«Después de todo, ¡las ardillas no tienen garras como las nuestras!».*

Zarpa de Tanaceto se estaba preparando para saltar cuando Zarpa de Caracol y Zarpa de Menta treparon por el tronco.

—Cuidado —chilló—. ¡Están sacudiendo mi rama!

—Finge que es el viento —sugirió Estrella de Nube—. Tienen que aprender a trepar en toda clase de tiempo, de otro modo ¡pasaríamos hambre cada vez que haya una brisa!

La aprendiz apretó los dientes y saltó hacia su líder, las piernas le temblaron. El gato dio un paso atrás y agarró a la joven gata por el pescuezo mientras ella se agarraba como loca a la rama. La acercó a él y esperó a que recuperara el equilibrio.

—¡Wow! ¡Eso fue fácil! —la gata resopló.

Estrella de Nube desenredó sus fauces de su cuello y asintió.

Para entonces, Zarpa de Caracol y Zarpa de Menta ya habían llegado a la rama de más abajo. El líder les indicó que saltaran uno por uno, y se

preparó para atraparlos cuando estuvieran lo suficientemente cerca. Zarpa de Caracol saltó muy alto, y Zarpa de Tanaceto tuvo que agarrarlo de la cola para evitar que pasara directo por encima de la rama y cayera al vacío. Zarpa de Menta hizo un mejor salto y aterrizó con ayuda de Estrella de Nube. La gata gris claro ronroneó encantada.

—Bien —maulló el líder—. Vamos a por el siguiente árbol.

—Pero acabamos de trepar este —Zarpa de Caracol protestó—. No quiero volver abajo tan rápido.

Estrella de Nube movió las orejas.

—¿Quién dijo que íbamos a bajar? ¡Nuestros enemigos nos saltarían encima! ¡Vamos a practicar salto sobre ramas!

Los ojos del gato marrón oscuro se abrieron de par en par, mientras que Zarpa de Tanaceto bailoteó emocionada.

—¡Sí! ¡Siempre quise aprender a hacer eso!

Zarpa de Caracol dejó escapar un grito cuando la rama se balanceó.

—¡Quédate quieta, Zarpa de Tanaceto! —chilló.

Estrella de Nube se adelantó y le dio soporte al joven gato contra su hombro.

—Estás bien, Zarpa de Caracol. Zarpa de Tanaceto, recuerda que la rama es más sensible con tu peso mientras más te alejes del tronco. Puedes hacer caer a tus enemigos, ¡pero no a tus compañeros de Clan!

Cuando el aprendiz se hubo equilibrado otra vez, Estrella de Nube saltó hacia la próxima rama más arriba.

—Les enseñaré como cruzar hacia el árbol más cercano y luego me seguirán.

Sintió tres pares de ojos quemándole el manto gris y blanco mientras caminaba cuidadosamente hacia el final de la rama. Era más delgada que la de abajo, y por un momento sintió su estómago darse vuelta cuando la rama se inclinó en dirección al suelo. Luego se estabilizó, y respiró profundamente, fijando la mirada en el próximo árbol.

—Tienen que buscar una rama que sea por lo menos igual de gruesa que la rama en la que están —le dijo a los aprendices—. Y que no tenga muchas hojas o ramitas, ya que pueden meterse en su camino. Más que nada, sean realistas. No van a poder saltar más aquí de lo que saltan en el suelo. Cuando lo consigan, se sentirá como volar, pero hasta donde sé, ¡los gatos nunca han tenido alas!

Suavemente dejó escapar su aliento, entonces saltó hacia adelante, estirando las piernas delanteras hacia las ramitas más cercanas. Era un salto fácil, ya que no quería asustar a los aprendices en su primera lección,

y aterrizó ligeramente con las cuatro patas en la nueva rama. Se giró y asintió a los gatos más jóvenes, que lo miraban con ansiedad desde el otro árbol.

—¡Vamos!

Zarpa de Tanaceto fue la primera. Arrugó tanto la cara por la concentración que su nariz rosa casi desaparecía entre su pelaje color crema. Entonces se lanzó fuera del árbol, quedó suspendida en el aire por un latido, y chocó contra la rama de al lado. Estrella de Nube se preparó para bajar y ayudarla, pero la aprendiz logró enterrar las garras en la corteza y subirse a la rama.

—¡Lo hice! —aulló triunfante.

—¡Excelente! —el líder maulló—. Tu turno, Zarpa de Caracol. Observa el lugar en el que vas a aterrizar, justo así. Mantén los ojos fijos allí... ¡y *salta*!

El atigrado marrón oscuro voló fuera del árbol como si todos los gatos del Clan del Trueno lo estuvieran persiguiendo e intentó desesperadamente aferrarse del final de la rama donde estaba su hermana. Por un momento colgó de sus patas delanteras, con las traseras agitándose en el aire, pero con un gruñido de determinación balanceó sus piernas traseras y trepó hasta la rama.

—¡Genial! —exclamó Estrella de Nube. Incluso Zarpa de Tanaceto parecía impresionada.

Finalmente era el turno de Zarpa de Menta. Estrella de Nube la miró con atención; era más pequeña que sus hermanos, así que este salto se sentiría más grande para ella. Fijando la mirada en el final de la rama hasta que sus ojos casi se cruzan, la gata gris saltó al aire con un diminuto chillido. Sus hermanos se quitaron de su camino para que aterrizara junto a ellos, balanceada casi perfectamente en cuatro patas.

—¡Wow! ¡Eso fue asombroso! —maulló Zarpa de Tanaceto.

Zarpa de Menta se veía emocionada.

Estrella de Nube bajó para unirlos.

—¿Listos para algo de diversión? —desafió—. Vean a donde voy, dense tiempo para aterrizar uno por uno, y si sienten que no pueden hacer alguno de los saltos, no tengan vergüenza de hacérmelo saber, y todos podemos bajar al suelo nuevamente. No es una competición o evaluación.

Tres pequeñas cabezas le asintieron. Estrella de Nube dio la vuelta hacia el otro lado del tronco y miró hacia los árboles, buscando un lugar para saltar a continuación. Había un pino cerca, pero los aprendices aún no estaban listos para pelear con las acículas espinosas, así que el líder apuntó

a un joven roble con ramas gruesas y bien espaciadas. Se fijó que los otros le estuvieran siguiendo, entonces se lanzó al aire. *«Me dan pena los otros Clanes. ¿Quién querría estar atrapado en el suelo todo el tiempo, sin conocer jamás la sensación de una corriente de aire atravesando tu pelaje o la vista del bosque extendiéndose a tu alrededor?»*.

Los tres gatos lo siguieron, uno por uno, viéndose más confiados esta vez cuando aterrizaron junto a él.

—La corteza de roble es particularmente buena para agarrarse —el líder explicó mientras trotaba por la rama—. Tiene ranuras más profundas que la de abedul, por ejemplo, que se puede sentir como hielo, especialmente si está húmeda.

En una serie de alegres y elevados saltos, condujo a los aprendices por el borde del pinar, cerca de la frontera donde los Dos Patas estaban moviendo la tierra. El aire estaba cargado de ruidos y temblores provenientes de los monstruos amarillos, y Zarpa de Menta chilló alarmada cuando uno de ellos se asomó por entre los árboles que tenían debajo, agitándose por el suelo con unas extrañas patas alargadas.

—¡Vuelvan al tronco! —ordenó Estrella de Nube.

No había ningún motivo para creer que el monstruo amarillo estuviera cazando gatos, pero no quería arriesgarse. Los gatos ahora estaban en un sicomoro, con amplias hojas verdes que ofrecían una buena protección. Estrella de Nube esperó a que los aprendices estuvieran pegados contra el tronco, luego se paró en frente de ellos, mirando hacia afuera. Esperó a que el monstruo amarillo pasara antes de llevarlos al siguiente árbol.

De pronto, el rugido del monstruo se hizo aun más ruidoso, y el árbol comenzó a temblar.

—¿Qué sucede? —Zarpa de Caracol gritó.

—El monstruo debe de haberse atorado —maulló Estrella de Nube, intentando mirar hacia abajo a través de las hojas. Podía ver la forma amarilla directamente por debajo de ellos, sus patas levantaban barro y hojas mientras se agitaban en el lugar. Cuando Estrella de Nube se inclinó, el árbol se sacudió tan violentamente que perdió el agarre y empezó a caer de cabeza de la rama. Sintió un dolor punzante en las ancas cuando los tres aprendices le clavaron los dientes en el pelaje y lo arrastraron hacia arriba.

—¡Estrella de Nube! —jadeó Zarpa de Menta—. ¡Casi te caes!

El árbol se estaba balanceando y sacudiendo con tanta fuerza que las hojas empezaron a caer a su alrededor.

—¡Tenemos que salir de aquí! —el líder exhaló—. ¡Sígueme!

Empezó a avanzar por la rama, manteniendo tres conjuntos de garras clavadas en la corteza mientras movía una pata a la vez. El árbol más cercano a ellos era un abeto; los aprendices tendrían que aprender los peligros de las acículas espinosas antes de lo que Estrella de Nube había esperado. A medio camino por la rama, el árbol se tambaleó hacia el costado. Detrás de él, los aprendices chillaron aterrorizados. Estrella de Nube miró hacia abajo y vio el suelo acercándose hacia él. ¡El árbol estaba *cayendo*!

—¡Agárrense al tronco! —aulló, deslizándose y precipitándose hacia los demás de una sola zancada.

Lloriqueando, los gatos jóvenes se aferraron al tronco con las patas delanteras. El gato gris y blanco se agarró a la rama e intentó mantener a los aprendices en el lugar con su cuerpo. El árbol flotó en el aire por un momento como si estuviera tratando de resistirse, para luego venirse abajo con un espantoso estruendo de ramas. La rama de Estrella de Nube golpeó el suelo y se dobló sobre sí misma, tragándose entre hojas y ramas con un rugido ensordecedor. Estrella de Nube sintió que le arrancaban las garras de la corteza y el mundo se volvió negro a su alrededor.

—¿Estrella de Nube? ¿Estás ahí? —Un maullido tembloroso lo despertó, proveniente de algún lugar en el enredo de hojas cerca de sus ancas.

El líder forcejeó hasta poder sentarse, escupiendo pedazos de tierra. Le dolía la columna y una de sus patas se sentía extraña y entumecida, pero podía mover todas las piernas, y su visión se aclaró cuando sacudió la cabeza.

—¿Zarpa de Tanaceto? ¿Zarpa de Caracol? ¿Zarpa de Menta?

Empezó a cavar con cuidado al inicio pero cada vez más frenético. Podía oír al monstruo amarillo rugiendo cerca, como si quisiera aplastar el árbol caído y hacerlo pedazos. «¡*Tenemos que salir de aquí!*!». Entonces su pata chocó contra algo sólido y peludo, y apareció la cabeza de Zarpa de Tanaceto.

—¡Estrella de Nube! ¡El árbol se cayó! —chilló ella.

—Lo sé —dijo sombríamente.

Hundió los dientes en el pescuezo de la aprendiz y la sacó. Zarpa de Caracol estaba debajo de ella, sin aliento, pero por lo menos estaba despierto y moviéndose. Estrella de Nube lo ayudó a salir y le dijo que se recostara mientras recuperaba el aire.

Zarpa de Tanaceto estaba mirando hacia abajo por entre las ramas rotas.

—¿Dónde está Zarpa de Menta? —aulló.

Estrella de Nube apartó a Zarpa de Tanaceto a un lado y miró hacia las sombras. Un mechón de pelaje claro era apenas visible debajo de un montón de ramitas destruidas. Estrella de Nube saltó hacia abajo y movió los palitos con cuidado. Zarpa de Menta yacía muy quieta, con los ojos cerrados, pero su costado subía y bajaba constantemente, y murmuró cuando Estrella de Nube la tocó. «*¡Está viva!*». La levantó y la colocó sobre sus hombros, luego trepó hacia donde estaban los otros.

—¿Está muerta? —gimió Zarpa de Caracol, mirando a su hermana con horror.

—No, pero debemos llevarla con Paso de Cervatilla tan pronto como podamos —Estrella de Nube maulló—. ¿Están bien como para correr?

Los aprendices asintieron con valor. El líder estabilizó a Zarpa de Menta en sus hombros y empezó a abrirse paso por entre las ramas aplastadas. Podía escuchar a Zarpa de Caracol y Zarpa de Tanaceto ayudándose mutuamente detrás de él.

Casi habían llegado al borde del árbol destruido cuando hubo un terrible y ruidoso crujido, y la tierra bajo las patas de Estrella de Nube se sacudió tanto que Zarpa de Menta se deslizó hacia el suelo.

—¡Cuidado! —chilló Zarpa de Tanaceto.

Estrella de Nube levantó la mirada justo a tiempo para ver el abeto precipitándose hacia él. Por un momento se congeló, imaginando lo que se sentiría ser aplastado por ramas llenas de acículas de pino; luego saltó hacia atrás, arrastrando el cuerpo inerte de Zarpa de Menta con él, y la punta del árbol de abeto se estrelló contra el suelo a menos de una cola de distancia de su hocico. Detrás del árbol caído, un monstruo amarillo rugió triunfante. Un Dos Patas estaba sentado arriba suyo, levantando una desnuda pata rosa en el aire mientras hacía gestos a sus compañeros parados entre los árboles.

—¡Clan Estelar, ayúdanos! —susurró Zarpa de Caracol—. ¡Los Dos Patas están destruyendo el bosque!



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.



CAPÍTULO 4

A Estrella de Nube le palpitaba la columna cuando tropezó hacia el claro y dejó que Zarpa de Menta se deslizara hacia el suelo. Zarpa de Tanaceto y Zarpa de Caracol colapsaron junto a ella, con las cabezas llenas de escombros y los ojos bien abiertos por el horror.

—Gran Clan Estelar, ¿qué sucedió? —jadeó Fauces de Ratón, corriendo hacia Zarpa de Caracol y olfateando el pelaje de su aprendiz con incredulidad.

—¡El bosque está siendo triturado! —Zarpa de Caracol lloriqueó—. ¡Un monstruo derribó el árbol en el que estábamos!

—¡Oh por mis bigotes, pudieron haber muerto! —Fauces de Ratón aulló—. ¡Paso de Cervatilla! ¡Ven rápido!

La curandera trotó fuera de su guarida, sus fosas nasales se agitaron cuando olió el miedo y el aroma a ramas rotas. Corrió hacia Zarpa de Menta y suavemente empujó a la aprendiz sobre su costado.

—Zarpa de Menta, ¿puedes escucharme?

Para ahora, el claro se estaba llenando de gatos, con los ojos bien abiertos y murmurando en voz baja. Manto de Fronda salió disparada de la guarida de los guerreros y miró horrorizada a los gatos que yacían en el suelo.

—¡Mis hijos! ¡¿Qué les hiciste!?! —Miró a Estrella de Nube de forma acusadora.

Se sacudió un pedazo de ramita del pelaje y miró a su compañera.

—Los Dos Patas y sus monstruos han invadido nuestro territorio —el gato reportó, sintiendo su corazón retorciéndose con cada palabra.

«Tengo que ser fuerte. Mi Clan me necesita más que nunca. No puedo permitir que vean lo asustado que estoy».

—Los aprendices y yo estábamos en un árbol cuando fue empujado por uno de los monstruos amarillos.

Manto de Fronda soltó un débil chillido. Las zarzas se estremecieron cuando apareció Cola de Busardo, seguido por el resto de su patrulla de caza. Venían arrastrando una ardilla pequeña, pero nada más. El lugarteniente miró a los gatos que yacían en el suelo y corrió hacia su pareja.

—Manto de Fronda, ¿qué está pasando?

—¡Estaban en un árbol! —gimoteó ella—. ¡Casi los matan!

Cola de Busardo miró a Estrella de Nube, quien asintió.

—Yo estaba con ellos —maulló—. El Clan Estelar nos salvó, eso seguro.

El lugarteniente se giró para seguir a Manto de Fronda hacia los gatos heridos, pero hizo una pausa durante un momento.

—Perdimos esa frontera, ¿no es así? —maulló tranquilamente a Estrella de Nube.

—Sí. Llevaré una patrulla al anochecer para evaluar el daño. ¿Vendrás conmigo?

Cola de Busardo movió las orejas.

—Por supuesto.

Mientras avanzaba para unirse a Manto de Fronda, Corazón de Codorniz pasó a su lado con un montón de hierbas de la guarida de Paso de Cervatilla.

—Traje consuelda, caléndula y semillas de adormidera —reportó el gato, dejando el montón a las patas de la curandera.

Paso de Cervatillo levantó la mirada del cuerpo inerte de Zarpa de Menta.

—No puedo encontrar ningún hueso roto o herida. Creo que solo está aturdida. Trae a alguien para que te ayude a llevarla a mi guarida, y siéntense con ella hasta que haya tratado a los otros.

—Yo la llevo —maulló Cola de Busardo.

Se agachó y Corazón de Codorniz subió a la pequeña gata gris hacia sus hombros. El lugarteniente se enderezó y caminó lentamente hacia la guarida de la curandera, con el guerrero pisándole los talones.

—¡Zarpa de Tanaceto está sangrando! —gimió Manto de Fronda, quien estaba examinando el manto color crema de su hija.

—Bien, tengo telarañas y caléndula para eso —Paso de Cervatilla maulló con calma—. Zarpa de Caracol, ¿cuáles son tus heridas?

El aprendiz se olfateó el manto.

—Siento como si el árbol me hubiese caído justo arriba —se quejó—. Pero no veo nada de sangre.

La curandera comenzó a aplicar una mezcla de caléndula y consuelda en el corte en la pata trasera de Zarpa de Tanaceto.

—¿Puedes mover todas las piernas? ¿Algún entumecimiento?

El aprendiz estiró cada pierna a su vez con una leve mueca de dolor, luego negó con la cabeza.

—Bien —maulló Paso de Cervatilla—. Come media semilla de adormidera y descansa un poco. Eso te ayudará a dormir, pero prepárate para que los moretones se sientan aun peor mañana.

—¿Y qué hay de ti? —maulló una suave voz al oído de Estrella de Nube—. ¿Estás herido?

Se giró para ver los preocupados ojos azules de Vuelo de Ave.

—Me duele todo —admitió—. Pero no necesito hierbas.

La reina parpadeó.

—Manto de Fronda tiene razón, podrías haber muerto.

—Siempre hay peligros en el bosque —señaló el líder.

—¡Pero no así! ¡No dentro de nuestro territorio! —La gata lo miró—. Es malo, ¿no es así?

—Sí —Estrella de Nube admitió—. Es malo.

—¿Deberíamos prepararnos para irnos? —preguntó Pelaje de Noche, acercándose junto a su aprendiz, Zarpa de Roble.

—¿E irnos a donde? —Fauces de Ratón exigió—. ¿Al Poblado de los Dos Patas? ¿Al otro lado del río? Puede que el Clan del Río tenga algo que decir sobre eso.

—No iremos a ningún lado —declaró Estrella de Nube, inspirando dolorosamente cuando levantó la voz. A su alrededor, sus compañeros de Clan se quedaron mirándolo en silencio—. Estamos a salvo aquí. Mañana evaluaremos qué tan lejos han invadido los Dos Patas, y pondremos las nuevas marcas fronterizas. Este es nuestro hogar.

—¡Pero no sabemos qué tan lejos llegarán los Dos Patas! —soltó Ala de Avellana—. ¡Mis cachorros son demasiado pequeños para sobrevivir caídas de árboles!

—No, no lo somos —Pequeño Polluelo insistió—. ¡Echaré a esos Dos Patas si se atreven a acercarse a nosotros! ¡Grrrr!

—No tenemos ninguna oportunidad contra los monstruos amarillos —agregó Salto de Lluvia—. ¡El Clan del Cielo será *destruido*!

—¡Nunca digas eso! —Estrella de Nube gruñó—. Como su líder, daré mi último aliento para mantenerlos a salvo. Prometo que los Dos Patas no herirán un pelo de nuestros mantos ni tocarán una rama de nuestros hogares. El Clan Estelar está cuidando de nosotros, ¿de qué otra forma habríamos escapado del árbol caído hoy? Saben que este es nuestro hogar, y lo protegerán.

—¿Estás seguro? —maulló Pelaje de Armiño. Estaba parado junto a su aprendiz, Zarpa de Tanaceto, manteniéndola quieta mientras la cataplasma en sus heridas se secaba—. ¿Los viste pelear contra los Dos Patas y sus monstruos amarillos? ¿Te atraparon cuando el árbol cayó?

—Así no es como funciona el Clan Estelar y lo sabes —replicó el líder, obligando a su pelaje a permanecer liso—. Debemos tener fe.

—También debemos tener fe en Estrella de Nube —maulló una frágil y rasposa voz desde el borde del claro. Una gata de color crema rosado de oscuros ojos verdes estaba parada y temblando en la entrada de la guarida de los veteranos—. Nos ha liderado bien hasta ahora, y deberíamos escucharlo.

—Gracias, Caída de Pétalo —Estrella de Nube maulló, inclinando la cabeza—. Tienes que descansar un poco. Alguno de los aprendices te llevará algo para comer.

La anciana gata se giró para regresar a su guarida.

—Ah, no molestes a los jóvenes por mí —gruñó—. Mejor que alimenten al resto del Clan. Los viejos tejones sin dientes como yo no merecen elegir del montón de carne fresca.

En tres zancadas, Estrella de Nube había cruzado el claro y estaba parado cerca de Caída de Pétalo.

—¡Nunca me dejes oírte hablar así! —siseó tranquilo—. Serviste tan bien a tu Clan como cualquier gato aquí, de hecho, mejor que la mayoría.

«*Si no hubieras empezado a sufrir de esa enfermedad, serías líder en mi lugar. Lo sabes tan bien como yo*». Antes de que el anterior líder, Estrella de Mosca, perdiera su novena vida, su lugarteniente Caída de Pétalo había sido forzada a retirarse a la guarida de los veteranos luego de haber sufrido varias alarmantes convulsiones, cuando perdía la conciencia por un rato y temblaba en el suelo como una hoja movida por el viento. Paso de Cervatilla parecía mantener las convulsiones a raya con una diminuta dosis de semillas de adormidera, pero ahora la veterana estaba más débil de lo que debería, y rara vez salía al campamento ahora.

—Caída de Pétalo, ¿te estás negando a comer otra vez? —exclamó una voz desde dentro de la guarida de los veteranos. Era Pluma de Estornino. Hubo un crujido y el gato barrón oscuro asomó la cabeza por entre las ramas—. Escuché lo que pasó en la frontera —maulló al líder. Se giró hacia Caída de Pétalo—. Parece que Estrella de Nube tiene suficientes cosas que resolver como para que tú hagas berrinches por la comida —bufó—. Ahora entra aquí y deja de distraerlo. —La voz del viejo gato fue brusca, pero el líder notó como apoyó suavemente su cola en los hombros de Caída de Pétalo para guiarla de vuelta a su lecho.

Lentamente el claro se vació, con Vuelo de Ave ayudando a Ala de Avellana a reunir a los emocionados cachorros y llevarlos de regreso a la maternidad. Estrella de Nube y Cola de Busardo quedaron solos. Las sombras se amontonaban bajo los árboles, y por encima de ellos el cielo púrpura comenzaba a mostrar pinchazos de luz de estrellas.

—¿Cuándo quieres ir a la frontera? —el lugarteniente preguntó.

Estrella de Nube inclinó la cabeza y escuchó por un momento. Ahora el bosque estaba tranquilo, y la tierra bajo sus patas estaba quieta. Los Dos Patas y los monstruos amarillos habían parado de hacer lo que sea que estaban haciendo.

—Reunamos a una patrulla ya mismo —sugirió—. Mientras más pronto volvamos, más podremos descansar antes del amanecer.

Acompañado por el suave crujido de las hojas y el ocasional ulular de un búho solitario, Estrella de Nube condujo a sus guerreros a través de uno de los familiares senderos de caza. Sus patas sonaban suavemente en la tierra compacta, y su respiración formaba vaho alrededor de su hocico. *«Oh, mi precioso hogar. Sufro por las heridas que te han infligido. Prometo que nunca te abandonaré, no hasta que sea hora de que camine con el Clan Estelar».*

Los pensamientos de Estrella de Nube fueron arrastrados de regreso al presente por un insulto ahogado detrás de él.

—Gran Clan Estelar, ¿qué es eso?

Bigotes de Comadreja había frenado en seco y estaba mirando fijamente el montón de ramas partidas y hojas que se marchitaban rápidamente que yacía frente a ellos, bloqueándoles el paso.

—¿Ese es el árbol en el que estaban? —jadeó Fauces de Ratón.

El líder miró las hojas. Este era un roble, no un sicomoro

—No —maulló—. Nuestro árbol está más cerca de la frontera.

—Entonces llegaron más lejos de lo que pensabas —Cola de Busardo maulló—. ¿Cómo podemos decirle a nuestros compañeros de Clan que el campamento es seguro? —Su voz se elevó con un pánico poco disimulado.

Estrella de Nube hundió las garras en la tierra húmeda.

—¡No hay razón para que los Dos Patas destruyan nuestro bosque! Hemos vivido aquí sin ser desafiados por incontables lunas. El Clan Estelar no me ha dado ninguna advertencia de que algo cambiará, así que no tenemos más opción que marcar nuevas fronteras y seguir como siempre lo hemos hecho. —Para dejar claro su punto, caminó hacia las ramas destruidas y dejó su olor, desafiante, en las hojas marchitas.

—Y crees que los Dos Patas lo notarán, ¿no? —murmuró Bigotes de Comadreja. Su manto marrón y rojizo se veía gris en la penumbra.

—¿Qué más podemos hacer? —Estrella de Nube replicó, intentando sonar fuerte en vez de sombrío por la desesperación—. El código guerrero dice que debemos marcar las fronteras diariamente. A partir de ahora, esta es nuestra frontera.

—Y si los Dos Patas dejan los árboles caídos en paz, aun podemos cazar hasta la vieja frontera —señaló Fauces de Ratón.

—¿Cazar qué? ¿Deliciosos bocados como este? —Pelaje de Armiño preguntó, lanzando un gusano aplastado y arrugado hacia su compañera de Clan. Había varios esparcidos por el camino que los rodeaba—. Incluso ellos tuvieron el sentido común de intentar escapar.

—*Este es nuestro hogar* —Estrella de Nube insistió con los dientes apretados—. El Clan del Cielo sobrevivirá como siempre lo ha hecho, por nuestra habilidad en la caza y el valor de adaptarnos a un territorio cambiado. —Levantó la cabeza y miró a sus guerreros uno por uno—. Cualquier otra cosa será considerada un desafío directo a mi liderazgo y al código guerrero.

Uno por uno, los gatos asintieron.

—Manténganse fuertes —les instó—. Tengan fe en nuestras ancestros, y en el hogar que eligieron para nosotros. Tenemos el derecho a estar aquí, más que los Dos Patas y sus monstruos.

Cola de Busardo apartó la mirada, y Estrella de Nube lo oyó murmurar:

—No creo que los Dos Patas vivan según nuestro código.

—Vuelvan al campamento y descansen —ordenó el líder—. Me quedaré aquí esta noche a hacer guardia. A partir de ahora, uno de nosotros

estará de guardia en esta frontera todas las noches. No dejaremos nuestro territorio desprotegido ni por un momento.

Mientras observaba a sus guerreros alejarse por entre los árboles, Estrella de Nube sintió un profundo dolor en su pecho que no tenía nada que ver con su caída del árbol. *«Que el Clan Estelar los acompañe, mis preciosos compañeros de Clan —rezó en silencio—. Y que nuestros ancestros los protejan donde yo no puedo».*



CAPÍTULO 5

Estrella de Nube se despertó de golpe por un horrible ruido metálico. Estaba acurrucado en el tronco de uno de los árboles caídos, rodeado de hojas que colgaban sin fuerzas a medida que morían con las ramas rotas. Se levantó de un salto y miró por encima de su guarida improvisada. En la intensa luz del amanecer, los restos de la antigua frontera del Clan del Cielo se veían devastados y horripilantes. Árboles hechos pedazos yacían en todos lados, con la tierra marrón revuelta a su alrededor como una herida abierta. El gato gris y blanco miró salvajemente a la línea de árboles de pie detrás de él. ¿Los Dos Patas estaban destruyendo incluso más del territorio? Pero esos árboles estaban parados tan altos como siempre, aunque sus ramas se sacudían por el ruido.

Estrella de Nube se giró otra vez hacia la devastación y vio uno de los árboles caídos temblando como si estuviera intentando hallar la forma de volver al bosque. Con una sacudida, empezó a deslizarse por el suelo, en medio de un estruendo de cortezas que raspaban el suelo y ramas que se rompían. Estrella de Nube se dio cuenta de que estaba siendo arrastrado por un largo zarcillo plateado unido a un monstruo amarillo, cuyas patas arañaban el barro mientras intentaba agarrarse al resbaladizo mantillo de hojas. Muy lentamente, el árbol fue arrastrado lejos de sus compañeros caídos hasta que desapareció detrás de uno de los enormes montículos de tierra. Se oyeron unos gritos de Dos Patas y otro monstruo amarillo se arrastró hacia delante, arrastrando un zarcillo plateado que estaba atado firmemente alrededor del tronco del siguiente árbol. Pero de alguna forma esto no se veía tan preocupante como la devastación de los árboles en

primer lugar. «*Y hoy los Dos Patas están dejando los árboles de pie en paz. Quizá ya destruyeron tantos como querían*». Estrella de Nube saltó hacia abajo, renovó las marcas fronterizas en los troncos de los árboles aun de pie, y corrió de regreso hacia el bosque.

Cuando entró al campamento, Paso de Cervatilla lo recibió. Se veía como si no hubiera dormido por una luna; su pelaje estaba erizado y estaba manchado con pedazos de tierra, y sus ojos estaban grandes y saltones.

—¿Destruyeron más árboles? —exigió tan pronto como Estrella de Nube se libró de las zarzas.

—No hoy —reportó—. Los Dos Patas parecen estar moviendo los árboles que derribaron ayer.

Los ojos de la curandera se entrecerraron.

—¿Moviéndolos? ¿A dónde? ¿Por qué?

Estrella de Nube se dirigió hacia su guarida, deseando lavarse el polvo del pelaje.

—¿Cómo se supone que sepa? —espetó—. Ya es lo bastante malo que los Dos Patas perturben nuestras fronteras. ¡No voy a empezar a saber como funcionan sus cerebros! —Se abrió paso hacia su guarida y se desplomó en su lecho.

Paso de Cervatilla lo siguió y se quedó al borde del tranquilo y oscuro lugar.

—Lo siento —maulló—. Sé que nunca entenderemos las costumbres de los Dos Patas. Pero si pudiésemos saber lo que están haciendo, podríamos saber en qué tanto peligro estamos.

Estrella de Nube la miró.

—¿Has recibido más presagios? —A regañadientes comenzaba a aceptar las presas sin cabeza, alas y cola como una advertencia de lo que estaba pasando.

Paso de Cervatilla pestañeó.

—No más presagios, pero mis sueños están llenos de oscuridad, árboles cayendo y gritos de cachorros. —Se estremeció mientras hablaba, y Estrella de Nube sintió un pinchazo de pena por su gentil e intuitiva curandera.

—Creo que todos nuestros sueños serán así por un tiempo —el líder murmuró—. Déjame descansar un rato, y dile a Cola de Busardo que se ponga a organizar las patrullas. Dile que cazaremos con normalidad.

Escondió la nariz debajo de su cola y cerró los ojos mientras escuchaba a la curandera salir suavemente de la guarida. Apenas había

empezado a dormitar cuando Pelaje de Armiño lo despertó, pinchándolo con una pata.

—Lamento molestarte, Estrella de Nube —maulló—. Cola de Busardo me pidió liderar una patrulla fronteriza, pero con tres de los aprendices fuera de servicio, necesito que rellenes los números.

Estrella de Nube se levantó con rigidez del lecho y estiró cada pierna a su vez.

—Bueno —maulló—. Vamos.

Dejó que Pelaje de Armiño tomara la delantera, y caminó junto a Corazón de Codorniz y Salto de Lluvia mientras se adentraban en los densos árboles que yacían entre el campamento y la frontera con el Clan del Trueno. Los monstruos amarillos rugían en la distancia, y donde el suelo carecía de mantillo de hojas, Estrella de Nube sentía la tierra temblar bajo sus patas. «*¿A dónde se llevan los árboles? ¿Y por qué?*». Los gatos estaban acostumbrados a que los abetos fueran talados por los Dos Patas, pero no a que talaran los árboles que se quedaban sin hojas en las estaciones más frías.

Pelaje de Armiño instruyó a Salto de Lluvia que renovara la primera marca olorosa que se cruzaron, en el tocón de un árbol cubierto de hiedra. En la siguiente, un retorcido avellano, el guerrero asintió hacia Estrella de Nube, ofreciéndole la tarea. El líder se adelantó, disfrutando del rol de un guerrero más que del líder. Estaba a punto de reunirse con la patrulla cuando un siseo a través de los helechos lo detuvo.

—¿Patrullando las fronteras otra vez, Estrella de Nube? —Los helechos crujieron y apareció un gato rojizo oscuro—. Manto de Semilla me dijo que te había visto aquí recientemente. ¿Al Clan del Cielo le faltan guerreros?

Estrella de Nube obligó a su pelaje a permanecer liso.

—No hay razón por la que un líder de Clan no debería patrullar con sus guerreros —gruñó—. Después de todo, ¿no es eso lo que estás haciendo aquí, Estrella Roja?

El líder del Clan del Trueno movió la cola como si estuviera aburrido del tema y avanzó hasta casi estar nariz a nariz con Estrella de Nube.

—¿Qué es todo ese ruido que escuchamos venir de tu territorio? —preguntó, inclinándose más cerca para mirar hacia los ojos de Estrella de Nube—. ¿Hay problemas en el Clan del Cielo? —Sus ojos amarillos brillaron hambrientamente.

Detrás de él, Estrella de Nube escuchó a Corazón de Codorniz gruñir.

—No, no hay problemas en absoluto —respondió Estrella de Nube—. Solo algunos Dos Patas jugando con monstruos más allá de la frontera. Mis compañeros de Clan saben que no deben preocuparse por cualquier cosilla que hagan los Dos Patas. ¿El ruido está poniendo nerviosos a tus guerreros, Estrella Roja?

El líder del Clan del Trueno curvó el labio, y Estrella de Nube sintió un pinchazo de satisfacción por haberse metido bajo el pelaje de Estrella Roja.

—¡Nada asusta a los guerreros del Clan del Trueno! —gruñó el gato.

El líder gris y blanco se giró para irse.

—Si tienen algo de sentido, ¡deberían tener más cuidado con los guerreros del Clan del Cielo! —exclamó sobre su hombro.

Sus compañeros de Clan le siguieron mientras se alejaba del avellano, dejando a Estrella Roja mirándolos.

Una vez que estuvieron fuera de la vista del gato del Clan del Trueno, Estrella de Nube retrocedió por el camino para dejar que Pelaje de Armiño tomara la delantera de nuevo. El gato naranja y blanco parecía ansioso.

—¿No crees que deberías haberle dicho a Estrella Roja la verdad? —maulló—. ¿Que nuestra frontera fue destruida y perdimos territorio?

Estrella de Nube lo miró fijamente.

—¿Se te metieron polillas en el cerebro? ¿Por qué dejaría que el Clan del Trueno sepa que algo anda mal?

El guerrero raspó el suelo con una pata.

—Porque si los Dos Patas destruyen más parte del bosque, podríamos necesitar la ayuda del Clan del Trueno.

—¡Los guerreros del Clan del Trueno no pueden ahuyentar a los Dos Patas y los monstruos! —soltó Salto de Lluvia—. ¡Preferiría morir antes que pedirles ayuda!

Estrella de Nube movió las orejas.

—Eso es un poco extremo, Salto de Lluvia. Pero tienes razón: el Clan del Cielo luchará sus propias batallas.

—¿Qué hay del territorio que solía pertenecernos? —Pelaje de Armiño insistió—. Asintiendo hacia la densa línea de robles justo detrás de la frontera del Clan del Cielo—. Si perdemos mucho territorio de caza del otro lado, deberíamos pedirle al Clan del Trueno que nos lo devuelva.

Estrella de Nube se erizó.

—El Clan del Cielo puede sobrevivir sin él. Jamás iré arrastrándome a Estrella Roja para que nos saque de apuros, y no podemos ir en contra de

la decisión de Estrella Oscura de dejarles tener ese territorio. Sería como desafiar a todos nuestros ancestros y al código guerrero.

Miró a cada uno de sus guerreros a su vez, haciendo una mueca de dolor ante sus miradas intranquilas y sus mantos erizados. «*Tengo que permanecer fuerte por ellos*».

—El Clan del Cielo sobrevivirá, sin la ayuda del Clan del Trueno. Somos fuertes, hábiles, y más honorables que cualquiera de los otros Clanes en el bosque. Confíen en mí, guerreros. Los Dos Patas no destruirán nuestro hogar.

Para cuando volvieron al campamento, el sol estaba en lo alto, ardiendo por entre los árboles. Estrella de Nube se dirigió derecho a la corriente al borde del campamento, justo al lado de la guarida de los veteranos, y tomó un largo trago. Sentía picor y polvo en el manto, y le dolían las piernas, pero había insistido en revisar todas las marcas fronterizas dos veces. No confiaba en Estrella Roja. Estrella de Nube estaba empezando a temer haber sido muy suave con dejar que los guerreros del Clan del Trueno cruzaran la frontera por unos pasos, con la intención de mantener la paz con sus vecinos más cercanos. Ahora quería mantener una frontera mucho más estricta, con patrullas más frecuentes y renovando las marcas tres veces al día, no solamente dos.

Saliendo al claro nuevamente, el estómago de Estrella de Nube rugió. Trotó hacia el montón de carne fresca y se detuvo de golpe con un aullido de consternación. Solo había un estornino de aspecto duro y los restos de un campañol bajo el árbol de saúco.

—¿Las patrullas de caza todavía no han vuelto? —maulló a Bigotes de Comadreja, que estaba tomando el sol en el tocón de árbol en el centro del campamento.

El guerrero levantó la cabeza y miró por encima del borde del tocón.

—Sí, y salieron otra vez —reportó.

—¿Y esto es todo lo que atraparon? —el líder exclamó.

Bigotes de Comadreja asintió.

—Dijeron que el bosque donde los árboles cayeron está vacío, y que en el resto del territorio hay tanto ruido que las presas están huyendo de allí también.

Estrella de Nube maldijo en voz baja.

—Saldré yo mismo —le dijo a Bigotes de Comadreja.

Quizá un gato solo tendría una mejor oportunidad de acechar presas nerviosas. Ignorando los dolores en su estómago, le dio la espalda al montón de carne fresca y se dirigió de vuelta al bosque. Los árboles zumbaban por el ruido de los monstruos amarillos, que ahogaba el susurro de las hojas, el crujido de las ramas, y cualquier sonido de aves o ardillas que pudieran ofrecerle una buena caza. Estrella de Nube sintió que la alarma se retorció en su estómago como un gusano. «*¡Debe haber algo que podamos comer!*».

De repente se sintió impaciente de estar atrapado en el suelo, por lo que saltó al tronco del árbol más cercano y subió por las ramas. Todavía podía oír a los monstruos allí arriba, pero ahora las hojas susurraban en sus oídos, y una suave brisa le levantó el pelaje. Estrella de Nube pegó la oreja a la corteza y escuchó un diminuto ruido de arañazos. «*¡Ardilla!*». Levantando la cabeza, esperó un momento, abriendo las fauces para que los olores del bosque lo inundaran. Su presa estaba más arriba, en una de las ramas más finas. Los guerreros del Clan del Cielo solían evitar cazar en la copa de los árboles porque era peligroso, pues las ramas eran mucho menos capaces de soportar su peso, pero el hambre aplacó los nervios del gato gris y blanco. Se abrió paso hacia arriba, estirando la cola detrás de sí para mantener el equilibrio. Hubo unos cuantos arañazos desesperados por encima de él cuando la ardilla vio a Estrella de Nube subiendo, pero el gato tomó velocidad adicional y aplastó con una de sus patas delanteras a la diminuta criatura antes de que tuviera la oportunidad de correr.

Estudió su caza con decepción. Apenas tenía la edad suficientemente para salir de su guarida, no alimentaría a un veterano, mucho menos a un guerrero. Pero era un comienzo. Mirando hacia a través de las hojas, Estrella de Nube dejó caer cuidadosamente a la ardilla por entre las ramas, luego bajó por el tronco y la enterró bajo un montón de tierra y ramitas para recogerla más tarde.

Cazó hasta que los rayos del sol se colaron bajo entre los árboles y apareció la primera estrella en el cielo brumoso. Estaba exhausto, con el manto erizado y sucio, y la rigidez a lo largo de su espalda se había agudizado hasta convertirse en un ardor feroz. Y aun así todo lo que tenía para agregar a su ardilla era un mirlo, lo suficientemente regordete pero difícilmente una buena comida para más de dos gatos. Estrella de Nube desenterró la ardilla y arrastró sus presas de regreso al campamento.

Vuelo de Ave lo estaba esperando junto a las zarzas del otro lado.

—¿Dónde has estado? ¡Bigotes de Comadreja dijo que fuiste a cazar por tu cuenta!

El líder asintió.

—Déjame poner esto en el montón de carne fresca, luego podremos comer juntos.

—Yo ya comí —la reina maulló—. Lo siento, debería haberte guardado algo.

Estrella de Nube estuvo a punto de protestar cuando su mirada cayó en el montón debajo del árbol de saúco. Había unos restos que podrían ser del campañol que había visto antes, pero nada más. Se giró para encarar a Vuelo de Ave.

—¿Ya comieron todos?

La gata retrocedió ante su tono feroz.

—Eso creo —maulló—. Caída de Pétalo compartió lo suyo con Ala de Avellana y los cachorros. Dijo que no tenía hambre.

Estrella de Nube curvó el labio.

—Eso dice siempre.

Los ojos de Vuelo de Ave se agrandaron.

—¿Crees que a propósito está dejando que los otros se coman su parte?

El líder asintió.

—Pero si no hay suficiente comida para todos, tendremos que pasar hambre por un tiempo. Solo hasta que las presas vuelvan. ¡Cola de Busardo! —llamó a su lugarteniente, que estaba comiendo con Manto de Fronda afuera de la guarida de los guerreros—. A partir de ahora, comeremos una vez al día, al anochecer. No hay suficientes presas para dos comidas por día.

Cola de Busardo parecía atónito.

—¡Nos moriremos de hambre!

—No, eso no pasará —replicó Estrella de Nube, luchando contra el pánico que crecía dentro de su pecho—. Sobrevivimos con una comida al día en la estación sin hojas. ¿Por qué esto sería distinto?

—¡Porque tenemos que comer más en las estaciones cálidas para poder sobrevivir a la estación sin hojas! —señaló el gato rojizo—. No tendremos la fuerza para cazar si tenemos hambre todo el tiempo.

—¡Entonces inventen una nueva forma de cazar! —Estrella de Nube siseó.

Se dio la vuelta y se dirigió a su guarida. *«Vienen a mí en busca de respuestas, pero ¿cómo se supone que haga aparecer presas de un bosque vacío?»*.

Hubo unos pasos suaves tras él, y Vuelo de Ave lo siguió hacia la guarida.

—Estrella de Nube, estoy preocupada por ti.

—Bueno, yo estoy preocupado por todos —murmuró él, girando en su lecho para aplastar el musgo.

—Ese es tu deber, como nuestro líder —su pareja maulló—. Pero yo solo debo preocuparme por ti, y nuestros cachorros, cuando lleguen. ¡Estrella de Nube, necesitan a su padre! ¡Si te matas trabajando antes de que lleguen, tendré que criarlos sola! Por favor, cuídate por su bien, aunque solo sea por eso.

Estrella de Nube se estiró y apoyó su hocico en el hombro de Vuelo de Ave.

—Lo siento. Cuidaré de mí mismo, lo prometo. Y al resto del Clan. Todo estará bien cuando los monstruos se vayan y las presas regresen.

La gata se apretujó a su lado. Estrella de Nube se arrastró hasta el borde del lecho para hacer lugar para su vientre hinchado.

—¿En serio crees que el Clan del Cielo sobrevivirá a esto? —Vuelo de Ave murmuró mientras se acomodaba a su lado.

—Por supuesto —Estrella de Nube ronroneó—. El Clan Estelar no me habría hecho líder si no hubiesen estado seguros de que sería capaz de salvar a mi Clan. Ahora descansa, preciosa. Nuestros cachorros necesitan que ambos seamos fuertes.



CAPÍTULO 6

Estrella de Nube estaba parado al borde de la Gran Roca, bañada por la luz de la luna, mientras miraba a los gatos por debajo. Incontables pares de ojos se posaban en él, con las orejas aguzadas, siendo el susurro de las hojas de los cuatro gigantes robles el único sonido en la hondonada. «¿Desde hace cuánto los cinco Clanes se reúnen aquí? —Estrella de Nube se preguntó—. ¿Y por cuánto más lo harán? ¿Hasta que los Dos Patas destruyan estos árboles también?».

Alguien tosió tranquilamente al pie de la roca, y Estrella de Nube vio a Cola de Busardo mirándolo expectante. Habían pasado tres amaneceres desde que el líder y los aprendices habían sido atrapados en el árbol caído, y los Dos Patas no se habían adentrado más en el territorio del Clan del Cielo. En vez de eso, se habían llevado los árboles arruinados y habían empezado a poner largas filas de piedras grises, cuadradas y filosas, en el espacio vacío. Aún había mucho ruido y las presas todavía no regresaban, dejando al Clan del Cielo delgado y hambriento por la reducida cantidad de carne fresca, pero Estrella de Nube tenía la esperanza de que lo peor ya había pasado.

No quería decir nada sobre los Dos Patas en la Asamblea, y dejar creer a los otros Clanes que todo estaba bien en el Clan del Cielo. Pero Cola de Busardo había insistido que tenía que reconocer que algo estaba pasando. Ya sabían que el ruido de los monstruos amarillos había llegado al Clan del Trueno, y era imposible que el Clan del Río no hubiese escuchado algo también. El lugarteniente había argumentado que era mejor reconocer lo

que los Dos Patas estaban haciendo que dejar que algún rumor se expandiese por los otros Clanes.

La estación de la hoja verde reinaba en el bosque, llenando los árboles de lustrosas hojas verdes y engordando las presas. Los otros Clanes reportaban montones desbordados de carne fresca, camadas sanas de cachorros, y nuevos guerreros que se veían tan fuertes como sus mayores. Estrella de Nube vio en su mente la escasa pila de carne debajo del árbol de saúco, los veteranos escuálidos, y escuchó los lloriqueos de los cachorros de Ala de Avellana cuando les dolía el estómago por el hambre.

Deslizándose sus garras por la piedra plateada, levantó la cabeza.

—Gatos de todos los Clanes, me enorgullece hablar por los gatos del Clan del Cielo. Los cachorros de Ala de Avellana siguen creciendo, ¡y nos agotan a todos con sus juegos!

Hubo ronroneos divertidos abajo, en su mayoría provenientes de gatas y veteranos.

—Estoy esperando presentárselos como aprendices en tres lunas. Mis guerreros cazan con habilidad para sus compañeros de Clan, y como ustedes, estamos agradecidos por la carne fresca que la estación de la hoja verde trae al bosque.

«¡Mantén la calma! No dejes que vean que te preocupa lo más mínimo lo que está pasando».

—Estoy seguro de que algunos de ustedes han escuchado los rugidos de los Dos Patas y sus monstruos justo más allá de nuestra frontera.

Hubo varios asentimientos y murmullos por debajo de la roca, y Estrella de Nube sintió que Estrella Roja se ponía rígido junto a él.

—Bueno, ya conocen a los Dos Patas, ¡siempre intentando arruinar algo! —Le dolió la garganta al intentar mantener su tono ligero—. Se llevaron algunos árboles al borde de nuestro territorio, pero tenemos muchísimos más. Los Dos Patas se aburrirán pronto y se llevarán a sus monstruos a otro lado. —Entrecerró los ojos y se encontró con tantas miradas como pudo de guerreros de los otros Clanes—. En el Clan del Cielo, odiaríamos que ustedes desperdiciaran tiempo en rumores y mentiras acerca de lo que podría estar pasando en nuestro territorio.

Dejó que una pizca de agudeza de colara en su tono, pero entonces se encontró con la mirada alarmada de Cola de Busardo, y suavizó un poco la voz. *«No quiero que parezca que intento ocultar algo».*

—Y para la próxima Asamblea, espero tener noticias incluso mejores. ¡Cachorros míos, gracias a Vuelo de Ave!

Hubo murmullos de aprobación; Estrella de Nube esperaba haber distraído a los gatos de chismorrear sobre cosas sinsentido de los Dos Patas. Retrocedió del borde de la roca y se volvió a sentar. Estrella Roja se inclinó y le murmuró al oído:

—Me alegra saber que al Clan del Cielo no le importa compartir su territorio con Dos Patas.

Estrella de Nube le lanzó una mirada feroz al gato rojizo, y con un esfuerzo se recordó a sí mismo que estaba en la noche de luna llena, por lo que la hostilidad entre Clanes estaba prohibida.

—Por supuesto que no estamos compartiendo nuestro territorio con Dos Patas —maulló, abriendo mucho los ojos como si le sorprendiera que Estrella Roja pudiese tener una idea tan de cerebro de ratón—. Nuestras fronteras son fuertes, y nuestras marcas olorosas se renuevan como de costumbre.

—Más a menudo que de costumbre, me he dado cuenta —comentó Estrella Roja con un leve movimiento de la cola.

Estrella de Nube fue salvado de responder por Estrella Veloz, el líder del Clan del Viento, quien se paró y estiró cada pierna a su vez.

—Ah, me estoy volviendo muy viejo como para sentarme en esta fría roca por tanto tiempo —gruñó—. ¿Y si nos unimos a los otros?

Estrella del Alba del Clan de la Sombra y Estrella de Abedul del Clan del Río asintieron, y saltaron lado a lado de la Gran Roca. Estrella de Abedul se veía grande y fuerte bajo su brillante manto, e incluso Estrella del Alba parecía menos delgada que de costumbre. Estrella de Nube hizo un deliberado esfuerzo por inflar su pelaje para ocultar sus costillas sobresalientes. A pesar de su promesa a Vuelo de Ave, había estado comiendo menos que cualquiera de sus guerreros. «*Las presas volverán antes de que lleguen nuestros cachorros*», se dijo a sí mismo.

Paso de Cervatilla lo estaba esperando al pie de la roca.

—Estrella de Nube, ¿podemos hablar? —Sus ojos azules se veían ansiosos.

El líder la siguió hacia las sombras detrás de la roca.

—Son los otros curanderos —le dijo Paso de Cervatilla, con la voz temblante—. Todos ellos han soñado con nosotros, con el Clan del Cielo siendo tragado por los monstruos amarillos, pisoteados como polvo bajo los árboles que caen. ¡Manto de Topo del Clan de la Sombra está convencido de que estaremos todos muertos antes de la próxima Asamblea!

—Manto de Topo del Clan de la Sombra debería preocuparse más por sus propios guerreros y menos por meter el hocico en los asuntos de los otros Clanes —gruñó Estrella de Nube—. ¡No es mejor que un veterano chismoso! Apenas puede cuidar de su propio manto, mucho menos de un Clan entero.

—Pero los otros lo escuchan —Paso de Cervatilla insistió—. Y todos están preocupados por el Clan del Cielo.

El líder levantó la cabeza.

—¿Acaso viven en nuestro campamento? ¿Han visto a nuestras patrulla de caza trabajar sin descanso para encontrar la cantidad suficiente de comida? ¿Saben que los árboles ya dejaron de caer? ¿O les has dicho que nos estamos muriendo de hambre, a causa de los Dos Patas y sus monstruos? —Su voz fue más áspera de lo que pretendía, y Paso de Cervatilla hizo una mueca de dolor.

—Les dije que estamos bien y que podemos cuidar de nosotros mismos —maulló con un tono agudo—. Jamás les diría otra cosa.

Estrella de Nube sintió un pinchazo de culpa por dudar de su curandera.

—Sé que no lo harías. Lo siento. Ahora, vamos con los demás antes de que alimentemos más chismes de nuestros vecinos.

Era un gran esfuerzo parecer contento e interesado en lo que pasaba en los otros Clanes, por lo que Estrella de Nube se alivió cuando los gatos comenzaron a deslizarse fuera de la hondonada en busca de un breve descanso antes del amanecer. Lideró a sus compañeros de Clan de regreso a lo largo del río en una carrera, arrugando la nariz ante el hedor de las marcas olorosas del Clan del Trueno al borde de la orilla. El Clan del Cielo tenía permitido seguir la ribera para llegar a los Cuatro Árboles, pero Estrella Roja parecía determinado en mantenerlos atrapados en los guijarros con una pared de hedor.

Corazón de Codorniz los recibió justo adentro de las zarzas. Sus ojos estaban llenos de dolor.

—Es Caída de Pétalo —maulló tan pronto como Estrella de Nube y Paso de Cervatilla emergieron de los espinos—. Tuvo otro ataque, y está tan débil que apenas puede abrir los ojos.

La curandera y el líder corrieron hacia la guarida de curandería. La gata vieja yacía en un tenue rayo de luna que se filtraba por las ramas por

encima de ella. Su manto color crema rosado se estiraba sobre los huesos salientes de sus caderas y sus ojos estaban hundidos en su cráneo. El aroma de la muerte colgaba de su pelaje y su respiración traqueteaba en su pecho. Levantó la cabeza cuando Estrella de Nube y Paso de Cervatilla entraron, abrió la boca para hablar, pero de repente todo su cuerpo se puso rígido, sus piernas se estiraron bruscamente, y se le pusieron en blanco los ojos. Empezó a temblar y una espuma burbujeó en sus labios.

La curandera se agachó junto a ella.

—Todo está bien, Caída de Pétalo —la calmó—. Terminará pronto.

Un gemido agudo se coló por entre los dientes apretados de la veterana.

—Tráeme dos semillas de adormidera —Paso de Cervatilla le maulló a Corazón de Codorniz.

El gato se apresuró hacia el almacén, y Estrella de Nube se encorvó junto a la gata enferma.

—¿Dos semillas de adormidera? —cuestionó—. ¿Eso es seguro?

Sabía que una semilla de adormidera era todo lo que usualmente Paso de Cervatilla le permitía comer a un gato.

La curandera no apartó los ojos del cuerpo temblante y miserable de Caída de Pétalo.

—¿Prefieres que siga teniendo estas terribles convulsiones? Si puedo ponerla a dormir profundamente, tendrá una oportunidad de descansar y recuperar su fuerza.

Estrella de Nube miró los filosos huesos que parecían a punto de perforar la piel de la vieja gata. No le parecía que Caída de Pétalo tuviese un solo bigote de fuerza restante en su frágil cuerpo. Necesitaba más comida que sueño, pero el Clan no podía darle eso. El líder se tragó el impulso de aullar desesperado.

Lentamente, Caída de Pétalo paró de temblar.

Estrella de Nube apoyó la cola con suavidad a lo largo de su flanco.

—Todo está bien, Caída de Pétalo. Ahora descansa.

La vieja gata parpadeó, y un desvanecido ojo verde se fijó en el líder.

—No me mientas, Estrella de Nube —dijo con voz rasposa, tan bajo que el gato gris y blanco tuvo que acercarse.

El líder hizo una mueca ante el hedor de su aliento, pero esperó que la gata no se hubiera dado cuenta.

—Tal vez sea vieja, pero no tonta —Caída de Pétalo croó—. Sé que estamos en graves problemas. Oh, mi pobre Clan. Hemos sobrevivido tanto, y ahora seremos destruidos por los Dos Patas.

—¡No, Caída de Pétalo! —Estrella de Nube maulló en su oreja—. ¡El Clan del Cielo puede sobrevivir a esto!

El ojo nublado giró para sostenerle la mirada de forma pétrea.

—Prométeme, Estrella de Nube —jadeó—. Prométeme que no dejarás que los Dos Patas nos expulsen de nuestro hogar.

—Lo prometo —susurró el líder—. Aquí es a donde pertenece el Clan del Cielo. Mientras yo tenga mis nueve vidas, jamás abandonaremos el bosque.



CAPÍTULO 7

Tenues rayos de luz color crema se filtraban por entre las ramas, anunciando el amanecer. Estrella de Nube intentó estirar su pierna trasera sin molestar a Caída de Pétalo. La vieja gata se había comido las semillas de adormidera y había caído en un profundo sueño, interrumpido solamente por ronquidos estruendosos. El líder se había quedado junto a ella, demasiado preocupado para cerrar los ojos pero reacio a dejar que Caída de Pétalo durmiera sola. Estaba acostumbrada al calor del pelaje de los otros veteranos junto a ella.

—¡Estrella de Nube! —El suave maullido de Paso de Cervatilla atravesó la guarida—. ¡Quédate quieto, o despertarás a Caída de Pétalo! ¿Por qué no sales a caminar? —La gata se asomó desde las sombras—. Ve, yo me acostaré a su lado hasta que se despierte.

Estrella de Nube se obligó a levantarse, tropezando con las patas adormecidas, y salió de la guarida. Afuera, el aire ya estaba cálido y diminutas moscas zumbaban en sus oídos. El campamento estaba en silencio; era demasiado temprano incluso para las patrullas del alba. Estrella de Nube se arrastró por debajo del zarzal y trotó hacia los tranquilos árboles. Para variar, el bosque estaba en silencio. Era demasiado pronto como para que los Dos Patas y sus monstruos estuvieran despiertos. Pero el silencio se sentía mal. Las orejas de Estrella de Nube zumbaron cuando se esforzó por escuchar el sonido de alguna otra criatura viviente. No había cantos de aves dando la bienvenida al amanecer, no había ardillas correteando por las ramas, ni siquiera había mariposas agitándose con los

primeros rayos del sol. El bosque se sentía vacío, muerto, y por primera vez en la vida de Estrella de Nube, poco acogedor.

Salió al bosque donde los árboles habían sido talados y se subió a un tocón astillado para observar la devastación. Aquella parte del bosque había cambiado tanto que Estrella de Nube no la podía reconocer. ¿Dónde estaba el pequeño sendero utilizado por tejones y ciervos que conducía a los brezales? ¿O el arbusto de acebo que alguna vez lo había protegido a él y a sus compañeros aprendices durante una granizada? Todos los árboles se habían ido, y ahora los cuadrados de piedras grises estaban siendo cubiertos con brillantes piedras rojas más pequeñas. Algunas filas eran lo suficientemente altas como para tener huecos, algunos espacios llegaban hasta el suelo y otros se detenían a la altura de un Dos Patas joven. Algo se agitó en la mente de Estrella de Nube. Estas construcciones le resultaban familiares... a medio construir, pero definitivamente similares a algo que ya había visto antes.

«¡Guaridas de Dos Patas! ¡Los Dos Patas están construyendo nuevas guaridas en el territorio del Clan del Cielo!».

Estrella de Nube miró a su alrededor. ¡Este era su hogar! ¡No el de los Dos Patas! Sintió un dolor en su pecho como si un compañero de Clan hubiese muerto. Ya no habría oportunidad de recuperar esta parte del territorio. Se había perdido para siempre, gracias a los Dos Patas, sus cachorros y sus monstruos. ¿Se detendrían allí? ¿O seguirían tragándose el bosque, árbol por árbol, hasta que ya no quedara nada?

Estrella de Nube sintió un aullido subir por su garganta, echó la cabeza hacia atrás y dejó que su grito hiciera eco de su desesperación a través de las guaridas de piedra a medio construir.

—¡Mi hogar! ¡Mi precioso hogar!

Sus piernas se sentían tan pesadas como piedras mientras se abría paso hacia el campamento. ¿Qué iba a decirle al Clan? Merecían mantener al menos un bigote de esperanza. Quizá Estrella de Nube no tenía que forzarlos a encarar la verdad todavía, al menos no hasta que descubriera una forma de que sobrevivieran a esto. Cuando se arrastró por las zarzas, supo que este no era el momento de contarles nada. Un suave quejido provenía de la guarida de Paso de Cervatilla; eran Pluma de Estornino y Halcón Nevado, llorando a su compañera de guarida.

La curandera atravesó la entrada de su guarida y trotó hacia Estrella de Nube.

—Caída de Pétalo murió hace unos momentos —maulló. Sus ojos estaban nublados por el dolor—. Murió tranquila. Durmió bien después de que le prometieras que el Clan del Cielo estaría bien.

Estrella de Nube cerró los ojos. *«Ve rápido al Clan Estelar, Caída de Pétalo. No mires atrás. Tus compañeros de Clan siempre te extrañarán».*

Pluma de Estornino y Halcón Nevado aparecieron desde la guarida de Paso de Cervatilla caminando hacia atrás mientras cuidadosamente arrastraban el cuerpo de Caída de Pétalo hacia la luz del sol.

—Velaremos por ella hoy —Paso de Cervatilla explicó al líder—. Hace demasiado calor, debemos enterrarla al anochecer.

Estrella de Nube asintió.

—¿Tienes hierbas suficientes? —preguntó.

Corazón de Codorniz había seguido a los veteranos hacia afuera con un montón de suaves hojas verdes, y las estaba estirando a lo largo del pelaje de Caída de Pétalo para que el claro se llenara con su olor herbáceo.

—Eso creo —contestó la curandera. Miró hacia la maternidad, con una mirada preocupada—. Le diré a Ala de Avellana para que prepare a los cachorros. Estrella de Nube, es raro que le dé órdenes a mi líder de Clan, pero por favor, no salgas a patrullar hoy. Tienes que descansar tanto como el resto de nosotros, y sin ti, el Clan no tendrá esperanza en absoluto. —Le pasó la cola ligeramente por la espalda cuando se alejó.

Estrella de Nube caminó hacia el frente y se agachó junto a la cabeza de Caída de Pétalo. Sus ojos estaban cerrados, y se veía como si estuviese durmiendo. *«Que te vaya bien en el Clan Estelar, vieja amiga».* El aire se agitó a su alrededor y Vuelo de Ave se sentó junto a él. La reina ya estaba jadeando por el calor.

—¿Quieres ir a la sombra? —Estrella de Nube sugirió, pero Vuelo de Ave negó con la cabeza.

—Mi lugar está aquí, junto a Caída de Pétalo —maulló ella.

—Es como si nos hubieran arrancado otro pedazo de nuestro pasado, junto con los árboles —murmuró el líder cuando apoyó el hocico en la mejilla de la veterana, que desprendía un olor dulce por las hierbas.

—Lo sé —Vuelo de Ave maulló—. Paso de Cervatilla me dijo que le prometiste a Caída de Pétalo que todo estaría bien, que el Clan del Cielo no perdería su hogar, pero ¿cómo puedes estar tan seguro? ¡No podemos luchar contra los Dos Patas!

—El Clan Estelar está cuidando de nosotros —Estrella de Nube le recordó a su pareja—. Si nos rendimos, solo estamos mostrando que no confiamos en ellos para que nos mantengan a salvo. Ten fe en ellos, especialmente ahora que Caída de Pétalo camina entre las estrellas también.

—Quería que conociera a nuestros cachorros —susurró Vuelo de Ave.

—Los verá desde dondequiera que esté ahora —Estrella de Nube juró.

Cola de Busardo envió las primeras patrullas, liderando una él mismo antes de unirse a Estrella de Nube junto a Caída de Pétalo. Ala de Avellana hizo pasar a los cachorros, los cuatro tenían los ojos bien abiertos por la curiosidad ante la gata inmóvil. Pequeña Brasa había intentado lamer la oreja de Caída de Pétalo para ver si ahora sabía diferente, y había recibido un golpe en su propia oreja por parte de su furiosa madre. El campamento entero estaba más callado de lo normal, silenciado por la tristeza, y aun así el sol apenas había llegado a las copas de los árboles antes de que el rugido de los monstruos comenzara, y ahora el pelaje de Caída de Pétalo se estremecía suavemente por los temblores que atravesaban la tierra.

Cola de Busardo se sentó junto a Estrella de Nube para la vigilia. Se sentaron en silencio, respirando el aroma de las hierbas, cada uno con sus recuerdos de la anterior lugarteniente. Vuelo de Ave había retrocedido hacia la sombra, donde yacía de costado, jadeando a pesar del musgo húmedo que Paso de Cervatilla había puesto debajo de su cabeza.

De repente, las zarzas crujieron y Fauces de Ratón explotó hacia el claro.

—¡Traigan a Paso de Cervatilla! —chilló.

Detrás de ella, el manto negro de Pelaje de Noche apareció por los espinos caminando de espaldas mientras guiaba a su aprendiz, Zarpa de Roble, por entre las ramas. El gato gris atigrado estaba manchado de barro y tenía una pata delantera en el aire, haciendo una mueca de dolor cada vez que se tambaleaba hacia adelante con sus otras tres piernas.

Estrella de Nube se levantó de un salto.

—¿Qué pasó? —exigió.

La expresión de Pelaje de Noche era sombría.

—Estábamos cazando al borde de los árboles. —Asintió hacia la frontera devastada por los Dos Patas—. Zarpa de Roble encontró una

ardilla y la persiguió hacia el terreno vacío, donde los Dos Patas están poniendo piedras rojas. Se cayó en una zanja que deben haber cavado.

Para entonces Paso de Cervatilla ya había salido corriendo de su guarida y estaba olfateando el hombro del aprendiz.

—Tienes suerte —le comentó—. No creo que haya ningún hueso roto. Ven a mi guarida y encontraré algo para ayudarte con el dolor. —Alejó a Zarpa de Roble, dejándole apoyar su peso en su hombro.

Cola de Busardo se unió a Estrella de Nube y Pelaje de Noche.

—Paso de Cervatilla tiene razón —gruñó—. Zarpa de Roble tuvo suerte de salir tan bien. ¡Se podría haber roto el cuello!

Estrella de Nube asintió.

—Es muy peligroso seguir intentando cazar allí. A partir de ahora, nadie debe acercarse a la nueva frontera, ni siquiera si todas las ardillas del bosque están sentadas del otro lado.

Pelaje de Noche lo miró sorprendido.

—¡Pero tenemos que comer!

—Más importante, tenemos que estar vivos —señaló el líder—. Ese territorio ya no le pertenece al Clan del Cielo. Los Dos Patas nos lo robaron, y no hay nada que podamos hacer. Tendremos que buscar otra manera de encontrar suficiente comida.



CAPÍTULO 8

—Bigotes de Comadreja, llévate a Manto de Fronda, Pelaje de Armiño y Zarpa de Bellota y cacen a lo largo del río. Quizá tengan suerte y encuentren un nido de campañoles, si no les molesta mojarse las patas. Fauces de Ratón, tu patrulla puede cazar...

—¡Espera, Cola de Busardo! —ordenó Estrella de Nube, saliendo de su guarida. Inclino la cabeza a su lugarteniente, disculpándose por interrumpirle—. Nadie cazará hoy. Quiero que todos, guerreros y aprendices por igual, hagan entrenamiento de batalla.

Cola de Busardo lo miró sorprendido.

—¡Pero el montón de carne fresca está casi vacío! ¡Con tan pocas presas en el bosque, tenemos que cazar tanto como podamos!

—No —Estrella de Nube maulló, con el corazón pesado como una piedra. Los ojos le ardían por sus noches sin sueño, revolviéndose en su lecho mientras se daba cuenta de que había solo una oportunidad de encontrar comida suficiente para su Clan—. Tenemos que pelear.

—¡No podemos ir contra los Dos Patas! —protestó Bigotes de Comadreja.

El líder negó con la cabeza.

—No contra los Dos Patas. Contra el Clan del Trueno. Tenemos que recuperar el territorio que Estrella Oscura les dio. Sin él, no tenemos suficientes terrenos de caza para abastecer al Clan.

Cola de Busardo le dedicó a Estrella de Nube una larga mirada pensativa.

—Estrella Oscura habría hecho lo mismo —maulló tranquilo—. No estás rompiendo el código guerrero.

Estrella de Nube ya ni siquiera estaba seguro de que Estrella Oscura, o cualquier gato del Clan Estelar, estuviesen observando al Clan del Cielo. Sus sueños habían estado vacíos desde aquella noche en que los anteriores líderes le habían asegurado lo fuerte que era el Clan del Cielo, que vivirían en el bosque para siempre.

Cola de Busardo comenzó a reorganizar las patrullas. Los aprendices parecían emocionados por el cambio de rutina.

—¡Hemos estado cazando por días! —maulló Zarpa de Bellota—. ¡No puedo esperar a intentar la caída del cielo otra vez!

—Yo quiero practicar el balanceo de rama inverso —Zarpa de Menta maulló—. La última vez me seguía cayendo de la rama, pero ahora definitivamente soy lo suficientemente fuerte como para agarrarme.

Los guerreros estaban más callados, y Estrella de Nube se preguntó si se habían dado cuenta de lo desesperado que estaba, tanto que estaba listo para ir en contra de la palabra de Estrella Oscura. Se quedó de pie en el centro del claro y vio a las patrullas desaparecer por los arbustos. Los guerreros del Clan del Cielo luchaban saltando de los árboles, balanceándose desde las ramas, usando la altura y su peso para dominar a sus enemigos. Habían pasado lunas desde que habían ido a la batalla contra otro Clan, más allá de un simple conflicto fronterizo. A Estrella de Nube le dolían todos los huesos del cuerpo ante la idea de dirigir a sus compañeros de Clan a una batalla estando debilitados por el hambre y sin descanso por el miedo que les causaba lo que los Dos Patas estaban haciendo en su territorio. Pero no podía ver otra opción. De alguna forma tenían que expandir su territorio.

Al amanecer del día siguiente, Estrella de Nube reunió al Clan debajo del nudoso árbol de espino. Se balanceó sobre las ramas delgadas en lo alto de la aulaga y los contempló a la suave luz del alba.

—Compañeros, es hora de recuperar lo que es legítimamente nuestro. Yo estaré en la cabeza del ataque, con Cola de Busardo detrás de mí. Todos tendrán la oportunidad de pelear, excepto ustedes, Zarpa de Caracol y Zarpa de Menta.

Los dos aprendices soltaron lamentos de decepción.

—¡Pero queremos pelear! —protestó Zarpa de Menta—. ¡Practicamos muy duro ayer, y solo me caí de la rama tres veces!

—No tenemos miedo —Zarpa de Caracol añadió, inflando su suave pelaje marrón.

—Nadie duda de su valor —prometió Estrella de Nube—. Pero necesito gatos fuertes y valientes que se queden atrás y protejan a las reinas y los veteranos. ¿Harían eso por mí? Sé que Zarpa de Tanaceto los ayudará tanto como pueda.

La gata color crema se enderezó. Todavía cojeaba donde se había torcido el hombro, no había sido capaz de unirse al entrenamiento el día anterior. Estrella de Nube rezaba para que estos valientes gatos jóvenes no tuvieran que defender a sus compañeros de Clan mientras los demás estaban fuera. Pero eran demasiado pequeños para llevarlos a la batalla, y tenía que encontrar alguna manera de aliviarles la frustración por dejarlos atrás.

Estrella de Nube miró a sus guerreros. Todos se veían delgados y cansados, con los pelajes desprolijos y los ojos hundidos en sus cabezas como si estuvieran listos para unirse a los veteranos. *«De alguna forma, tenemos que hallar la fuerza para luchar por este territorio».*

—¡Gatos del Clan del Cielo! —declaró—. ¡Hoy es un día glorioso! Hoy tenemos la oportunidad de restablecer nuestras marcas fronterizas, de hacer ver al Clan del Trueno que ya no vamos a tolerar que traspasen hacia lo que fue terreno de caza del Clan del Cielo mucho antes que de ellos.

—¡Sí! —corearon los guerreros al pie del arbusto de avellano.

—¡Expulsaremos a esos sarnosos intrusos y les mostraremos que el Clan del Cielo merece cazar allí en su lugar!

Cola de Busardo se encontró con la mirada de Estrella de Nube y asintió. Era hora de partir. El lugarteniente comenzó a dividir a los guerreros en tres patrullas, mientras que Estrella de Nube saltó del árbol. Vuelo de Ave lo estaba esperando. Sus ojos ámbar estaban llenos de miedo. Por un momento Estrella de Nube temió que le dijera que no peleara, que guardara su vida por el bien de sus cachorros.

—Aunque no pueda pelear a tu lado —su pareja le maulló solemne—, siempre estaré contigo en tu corazón. Permíteme ser tu valor y tu fuerza. —Apoyó su hocico en su hombro, y Estrella de Nube respiró su aroma una vez más.

Levantó la cabeza para encontrarse con su mirada y susurró:

—Tenemos que ganar esta batalla. Si no lo hacemos, todo estará perdido.

—Recuerda, estoy en tu corazón —le susurró ella.

El líder del Clan del Cielo se enderezó y atravesó el claro para dirigir a sus compañeros fuera del campamento.

—¡Hacia el Clan del Trueno! —aulló, y corrió por entre las zarzas.

Los gatos del Clan del Cielo se lanzaron a través de la frontera del Clan del Trueno y empezaron a abrirse paso por la maleza para dejar nuevas marcas fronterizas al otro lado de los robles. Estrella de Nube y Cola de Busardo habían dejado en claro cual era el plan: establecer nuevas marcas, resistir todos los desafíos, y hacer saber al Clan del Trueno que el Clan del Cielo no toleraría más que traspasaran hacia aquella parte del bosque. La patrulla de Estrella de Nube atravesó la frontera solo unas zancadas cuando se chocaron con una patrulla fronteriza del Clan del Trueno.

Caras atónitas se volvieron para mirarlos.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué...? —aulló el guerrero a la cabeza.

—¡Estamos siendo atacados! —gruñó su compañero de Clan, desenvainando las garras.

—¡Intrusos! —siseó una tercera.

—¡No, ustedes son los intrusos! —Estrella de Nube gruñó—. Esto es territorio del Clan del Cielo una vez más.

El primer guerrero soltó un aullido divertido.

—Oh, ¿en serio? ¡Demuéstrenlo! —Se abalanzó contra Estrella de Nube, aterrizando de lleno sobre su blando lomo y hundiendo sus dientes en el pescuezo del líder.

Bigotes de Comadreja saltó hacia adelante y alejó al guerrero del Clan del Trueno, sujetándolo y golpeándolo con las patas traseras. Otro gato del Clan del Trueno saltó hacia Bigotes de Comadreja, y su manto marrón y rojizo desapareció en una ráfaga de pelo y hojas arrancadas a patadas. Estrella de Nube se lanzó hacia el enredo de guerreros, con las garras desenvainadas, mientras más guerreros enemigos estallaban desde las frondas. El bosque rompió en chillidos y siseos cuando el Clan del Trueno se dio cuenta de que estaba bajo ataque y corría a defender sus fronteras.

Estrella de Nube se las arregló para sacar a Bigotes de Comadreja de la multitud y resistió a uno de los guerreros del Clan del Trueno mientras su compañero recuperaba el aire. Estrella de Nube se arriesgó a mirar a su

alrededor y vio que los gatos del Clan del Cielo estaban trepando los árboles. «¡Sí! ¡*Luchen con sus puntos fuertes!*!», instó. Los guerreros del Clan del Trueno observaron frustrados como sus enemigos desaparecían entre las ramas.

—¡Vuelvan y peleen! —rugió una de ellos, sacudiéndose motas de sangre del hocico—. ¡Cobardes!

Hubo un momento de silencio, y entonces los árboles explotaron con gatos saltando al aire. Pelaje de Noche, Bigotes de Comadreja y Zarpa de Bellota se lanzaron sobre un robusto gato gris llamado Garra de Ortiga. Estrella de Nube sintió una oleada de satisfacción, pero luego miró consternado como el guerrero se los quitaba de encima a los tres como si fueran cardos y saltaba sobre Zarpa de Bellota antes de que el aprendiz pudiese ponerse de pie. Estrella de Nube corrió para ayudar, pero unas garras le ardieron por detrás y se tambaleó hacia atrás, sintiendo una respiración caliente y apestosa en el pelaje de su cuello. Se giró y vio a Manto de Semilla gruñéndole.

—El Clan del Cielo debe aprender a respetar nuestras fronteras —ella siseó, lanzándose contra él y atravesándole el hocico con las garras.

Estrella de Nube se sacudió sangre de la nariz y se irguió sobre sus patas traseras para arañar las orejas de la lugarteniente del Clan del Trueno, pero ella lo esquivó con facilidad, bien alimentada y fuerte.

Atónito, Estrella de Nube vio que incluso Estrella Roja se había unido a la pelea. Estaba nariz a nariz con Manto de Fronda, quien le había arrancado un mechón de pelo del costado cuando se balanceó desde una rama hacia sus patas traseras. Ahora estaba en el suelo, golpeando al gato rojizo oscuro con las patas. Estrella Roja bajó la mirada hacia ella y la derribó de lado con un poderoso golpe. Manto de Fronda giró hacia los helechos y quedó tendida, no más que un montón inmóvil. Estrella de Nube estaba a punto de ir hacia ella cuando la gata se levantó, se sacudió y corrió una vez más hacia la multitud.

Estrella de Nube se centró en su lugar en un guerrero naranja del Clan del Trueno llamado Garra Ámbar. El gato estaba mirando hacia el otro lado, por lo que el líder del Clan del Cielo se agachó y se preparó para saltar sobre los cuartos traseros del guerrero enemigo. Justo antes de saltar, escuchó una voz desde arriba que exclamó:

—¡Cuidado!

En el próximo latido, Fauces de Ratón se lanzó del árbol y cayó por el aire. Pero la advertencia que le había dado a Estrella de Nube también había sido oída por Garra Ámbar, y el guerrero del Clan del Trueno saltó

hacia un lado. Fauces de Ratón se estrelló contra el suelo con un golpe repugnante. La gata chilló de agonía. Los ojos de Garra Ámbar brillaron y se irguió sobre sus patas traseras, listo para arañar su vientre expuesto. Estrella de Nube se empujó con las patas traseras y saltó sobre el cuerpo de Fauces de Ratón, golpeando a Garra Ámbar y empujándolo hacia atrás. El gato enemigo se retorció debajo de él, y Estrella de Nube se dio cuenta de que no había forma en que lo pudiese mantener quieto. Rodó antes de que Garra Ámbar pudiese hundirle los dientes en el cuello.

Por lo menos le había dado a Fauces de Ratón una oportunidad de alejarse, arrastrando una pierna trasera detrás de ella. Estrella de Nube la alcanzó a ver desapareciendo hacia las frondas, y por el ángulo de su pata se pudo dar cuenta de que estaba rota. Miró a sus guerreros a su alrededor, cuya rabia era impulsada por el miedo y el hambre, y sabía que estaban demasiado débiles y delgados para pelear contra los robustos y lustrosos gatos del Clan del Trueno. Sus compañeros de Clan estaban cometiendo errores tontos por la desesperación, y muy frecuentemente los guerreros enemigos simplemente esperaban a que sus atacantes se tropezaran con sus propias patas. Los robles todavía estaban empapados con el aroma del Clan del Trueno, aunque sus troncos y hojas caídas estuvieran salpicados con la sangre del Clan del Cielo. Estrella de Nube supo que esta era una batalla que no podía ganar. Si permitía que sus guerreros siguiesen luchando, habría heridas peores que la pierna rota de Fauces de Ratón.

Cansado sin medida, ardiendo por el dolor de más que simplemente los arañazos en su manto, Estrella de Nube alzó la cabeza.

—¡Clan del Cielo, retirada!



CAPÍTULO 9

—Compañeros, perdimos.

Estrella de Nube arrastró sus adoloridas patas hacia el claro. Todos los arañazos en su manto ardían como fuego, y sus patas estaban entumecidas por saltar hacia el duro suelo polvoriento.

—Lo siento tanto —murmuró.

Vuelo de Ave trotó hacia él, con los ojos oscuros de horror.

—¿Pe...? ¿Perdieron? ¡Pero dijiste que teníamos que ganar esta batalla!

—Sí, teníamos que hacerlo. ¡Pero no lo hicimos! —replicó Estrella de Nube. Vio a su pareja retroceder, y suavizó su tono—. Perdón. Tienes razón, deberíamos haber ganado. Necesitamos ese pedazo de territorio para alimentarnos.

Cola de Busardo salió por debajo de las zarzas, con un ojo hinchado y cerrado, y el manto pegajoso de sangre.

—Ve directo a Paso de Cervatilla —su líder le ordenó.

En el claro a su alrededor, las reinas y los veteranos se amontonaban alrededor de los guerreros que acababan de volver. Hablaban tan bajo, que Estrella de Nube podía oír a un tordo gorjear en alguna parte del territorio. «*Ave valiente e insensata* —pensó—. *Si te quedas aquí, mañana no serás más que una presa*». Quedaban tan pocas aves que se preguntó si debía enviar a un guerrero ahora para que la atrapase. Pero todos los gatos lo suficientemente aptos para cazar habían luchado en la batalla, y todos habían vuelto con heridas, desde orejas rasgadas hasta la pierna rota de Fauces de Ratón.

Estrella de Nube se preguntaba si el Clan Estelar había observado su humillante derrota. Ciertamente se había sentido como si ninguno de los ancestros guerreros del Clan del Cielo hubiesen estado de su lado.

—Necesitas que te revisen ese corte en el costado —le dijo Vuelo de Ave.

—Todavía no —Estrella de Nube contestó—. Primero debo hablar con el Clan, decirles que no nos rendiremos después de una derrota.

Se abrió paso hacia la rama en el espino nudoso. La rama parecía más alta que de costumbre, y sus piernas traseras explotaron de dolor cuando se intentó levantar a sí mismo. Estrella de Nube se levantó con las patas delanteras en su lugar y se balanceó sobre las ramitas que se mecían. Alguna vez podía mirar directo hacia los árboles desde allí y adivinar en donde terminaba su territorio. Ahora las guaridas de Dos Patas a medio construir se asomaban detrás de la delgada pantalla de ramas, rojas, duras y amenazantes.

Una tos por debajo de él le devolvió la atención hacia los gatos expectantes. Los gatos que habían luchado a su lado parecían vacíos y maltratados sin posibilidad de recuperarse; los únicos signos de esperanza estaban en los ojos de los gatos que se habían quedado detrás.

—¡Gatos del Clan del Cielo! —Elevó la voz, intentando sonar como un líder en el que sus gatos pudieran confiar para salvar a su Clan—. La razón por la que perdimos hoy es porque el Clan del Trueno luchó más y mejor. Querían la victoria más que nosotros.

Hubo algunas miradas de sorpresa de sus exhaustos guerreros, pero otros asintieron y movieron las colas como si se sintieran culpables por decepcionar a sus compañeros de Clan. Algo le atravesó el corazón a Estrella de Nube. Sabía que sus guerreros habían dado todo lo que podían, pero habían sido superados en número, estaban hambrientos, exhaustos de tantas patrullas de caza sin frutos.

—No culpo a ninguno de ustedes. Todo lo que les pido es que vean lo que hicieron hoy y piensen si pudieron haber hecho más. Si la respuesta es sí, entonces habrá más batallas, más oportunidades para demostrar lo que significa ser un guerrero del Clan del Cielo.

Los gatos debajo se agitaron, levantando la cabeza como si ya estuvieran contemplando futuros enfrentamientos con sus vecinos. Estrella de Nube hizo una mueca de dolor ante su desafío. *«No puedo soportar la idea de hacerlos pelear otra vez, pero aun así tendremos que hacerlo. Lo siento tanto».*

Terminó su discurso:

—El Clan del Cielo tomará lo que es legítimamente nuestro. ¡Le arrebataremos ese territorio a esos ladrones del Clan del Trueno!

Hubo unos finos coreos. Estrella de Nube suspiró. Sus gatos eran tan valientes, tan leales. No podía pedir mejores guerreros; pero ¿podían ellos pedir un mejor líder? Saltó cuidadosamente del espino y cojeó hacia la guarida de Paso de Cervatilla. Necesitaba telarañas y algo para aliviar sus moretones, pero no semillas de adormidera. Necesitaba permanecer despierto aquella noche para pensar en una mejor manera de atacar al Clan del Trueno, una estrategia diferente que le diese a sus guerreros la mejor, y quizá la única, oportunidad de ganar.

—¡Estrella de Nube! ¡Estrella de Nube, despierta!

Un hocico húmedo estaba en la oreja de Estrella de Nube. Gruñendo, lo apartó y se sentó. A través de las ramas de su guarida, podía ver el cielo tornándose de un color lechoso por la llegada del alba, pero estaba lo suficientemente oscuro como para que las estrellas siguieran brillando por encima de su cabeza. «¿*Todavía nos observan, Clan Estelar? ¿Qué tal algunas palabras de sabiduría ahora?*».

—¡Estrella de Nube, tengo que hablar contigo!

—¿Qué pasa? —exigió el líder, reconociendo el aroma herbáceo de Paso de Cervatilla—. ¿Vuelo de Ave está teniendo a los cachorros? —Se levantó de un salto, bien despierto—. ¿Está bien? ¿Necesitas que vaya a buscar hierbas?

—Siéntate —le siseó la curandera—, o vas a despertar a todos los del Clan. Vuelo de Ave está bien. Sus cachorros estarán aquí en el próximo cuarto de luna, pero no hoy. Está durmiendo tranquilamente en la maternidad.

Se alejó un poco por la guarida y se sentó. Su pelaje marrón claro apenas era visible contra las hojas, y sus ojos brillaron cuando giró la cabeza hacia él.

—Tuve un sueño —comenzó.

Su voz sonó más aguda de lo normal, y Estrella de Nube reconoció otro aroma por debajo del polvo de hierbas que colgaba de su pelaje: miedo.

—Estoy segura de que el Clan Estelar me estaba mostrando el futuro. No muy lejano, Vuelo de Ave estaba allí con sus cachorros, y todavía eran muy pequeños...

—¿Pero fuertes? —interrumpió Estrella de Nube—. No hay nada de malo con ellos, ¿o sí?

Paso de Cervatilla negó con la cabeza.

—No, tus cachorros se veían... saludables. —Tomó un profundo respiro—. El Clan del Cielo estaba abandonando el bosque. Estábamos en una Asamblea, todos nosotros. Tu... tuvimos que preguntar para quedarnos, pero los otros Clanes se negaron. No podíamos quedarnos más aquí.

—¿Qué? ¡Eso es absurdo! —Estrella de Nube dio un latigazo con la cola—. No depende de los otros Clanes si nos quedamos aquí o no. ¡Este es nuestro territorio!

Paso de Cervatilla lo miró, y el líder hizo una mueca de dolor por la tristeza en su mirada.

—No lo entiendes —ella maulló suavemente—. Ya no quedaba territorio. No para nosotros. Los Dos Patas lo habían tomado todo, y no teníamos a donde ir.

Estrella de Nube la miró consternado. ¿Era así realmente como iba a terminar? ¿Con el Clan del Cielo expulsado de su hogar como un zorro?

Paso de Cervatilla le apoyó la cola en el hombro.

—Lo siento tanto, Estrella de Nube. No deberían haber perdido esa batalla. Es una derrota que no podemos sobrevivir.



CAPÍTULO 10

Una pálida media luna lanzaba un rayo de luz hacia la maternidad. Vuelo de Ave abrió la boca para dejar escapar un leve quejido. Estrella de Nube se agachó sobre ella.

—Lo estás haciendo muy bien —le instó—. Solo un empujón más, ¡y nuestra primera cría estará aquí!

Vuelo de Ave giró los ojos para dedicarle una mirada furiosa.

—¡No lo hagas sonar tan fácil! —siseó entre dientes—. ¡No tienes idea de lo que se siente!

—Ah, es lo mismo con todos los gatos —Paso de Cervatilla maulló—. Estrella de Nube está haciéndolo lo mejor que puede. Concéntrate en tu respiración, Vuelo de Ave.

Estrella de Nube hizo una mueca cuando Vuelo de Ave le hundió los dientes en la pata delantera. Se recordó a sí mismo que no era nada comparado al dolor que su pareja sentía en ese momento. Un espasmo atravesó el vientre de la reina y una diminuta forma se deslizó hacia el musgo. Paso de Cervatilla se inclinó y mordió el saco de parto con los dientes. La pequeña forma comenzó a moverse, y Vuelo de Ave se giró para lamerle el húmedo pelaje.

—¡Un macho! —anunció la curandera, empujando al cachorro más cerca del vientre de su madre.

Estrella de Nube miró con alegría a su hijo. Su pelaje oscuro apuntaba en todas direcciones por la lengua de Vuelo de Ave, sus ojos estaban bien cerrados, y aun así encontró su camino hacia el origen del olor a leche.

Vuelo de Ave se puso rígida.

—Ahí viene otro —jadeó.

—¡Bien! —maulló Estrella de Nube—. Queremos cuatro, ¿recuerdas?

Vuelo de Ave se limitó a mirarlo fijamente. Un esfuerzo más y una segunda forma apareció, incluso más pequeña que la primera. Paso de Cervatilla liberó el hocico de la cría del saco de parto y le empujó hacia la cabeza de Vuelo de Ave. La cría se movía mucho menos que la primera.

—¿Está bien? —el líder preguntó.

Vuelo de Ave comenzó a lamer a la cría con caricias enérgicas de su lengua. La criatura levantó la cabeza y soltó un diminuto gimoteo.

—Está bien —ronroneó Paso de Cervatilla—. Una encantadora gatita para unirse a su hermano. —La curandera pasó la pata por encima del vientre de Vuelo de Ave—. Eso es todo, creo. Te traeré algo de musgo húmedo, Vuelo de Ave. Intenta dormir un poco mientras maman.

Paso de Cervatilla se deslizó fuera de la guarida, y Estrella de Nube escuchó a Ala de Avellana, que estaba sentada justo afuera, preguntar por los cachorros.

Se agachó y acarició suavemente las orejas de Vuelo de Ave con el hocico.

—Estoy tan orgulloso de ti —murmuró—. ¡Un hijo y una hija!

Vuelo de Ave levantó la mirada hacia él.

—Lamento no haber podido darte dos más.

—No seas cerebro de ratón. Estos dos son perfectos. ¡Nos mantendrán lo suficientemente ocupados por lunas por venir! —Estrella de Nube estudió las diminutas formas que se retorcían junto al vientre de Vuelo de Ave—. ¿Cómo deberíamos llamarlos?

La gata levantó la cabeza para mirarlos.

—¡El gatito de pelaje puntiagudo parece un mechón de aulaga! ¿Qué te parece Pequeño Aulaga?

—Perfecto —maulló estrella de Nube. Pasó la pata suavemente por encima de la gatita—. Mira, su pelaje se vuelve moteado mientras se seca, como el sol brillando por entre las hojas. ¿Pequeña Manchada para esta?

—Pequeña Manchada y Pequeño Aulaga —murmuró Vuelo de Ave, acomodándose otra vez en su lecho—. Nuestros preciosos cachorros... —Su voz se apagó cuando cerró los ojos.

Estrella de Nube salió de la guarida y tomó un profundo respiro. Esta debería haber sido la noche más feliz de su vida, pero nada podía mover la pesada piedra de tristeza que se había asentado en su estómago. Levantó la cabeza y miró las siluetas que rodeaban al Clan. Donde alguna vez habían sido rodeados por árboles, ahora habían monstruos amarillos,

acorralándolos desde todas partes. El resto del bosque se había ido, cortado y llevado a otro lado para hacer espacio para más filas de piedras grises y rojo sangre. Solo quedaba la parte más densa del bosque, en donde el Clan del Cielo había hecho su hogar.

Estrella de Nube se abrió paso por las zarzas y caminó hacia el espacio vacío y revuelto donde alguna vez había estado el claro de abedules. Levantó la mirada hacia los pinchazos de luz plateada que brillaban en el cielo púrpura. «*Guerreros del Clan Estelar, ¿ven que tengo nuevos hijos? ¿Los van a proteger, o los van a abandonar como nos abandonaron al resto de nosotros?*».

De repente una ola de cansancio lo invadió. Había pasado todo el día cazando en los juncos junto al río, el único lugar donde quedaba esperanza de encontrar alguna presa. Algunos de los guerreros incluso habían intentado sacar peces del agua como gatos del Clan del Río, pero solo habían recibido garras raspadas y pelaje húmedo por sus esfuerzos. Todos los gatos habían empezado a detestar el sabor del campañol de agua, incluso los cachorros de Ala de Avellana, quienes se quejaban más que nadie del hambre.

Estrella de Nube cerró los ojos y metió la nariz bajo la cola. Se deslizó hacia el sueño, y se encontró a sí mismo caminando en el Clan Estelar, a través de los altos y susurrantes árboles, en donde se había encontrado con sus ancestros antes. Miró a su alrededor, olfateando el aire, buscando a aquellos gatos que le habían dicho lo fuerte y seguro que era el Clan del Cielo, como sobreviviría en el bosque por siempre. Pero el bosque estaba vacío, los únicos aromas en su lengua eran el de las hojas y el de la corteza de los árboles.

—¡Cobardes! —aulló Estrella de Nube—. ¡¿Dónde están?! ¡Vengan y díganme ahora a la cara que el Clan del Cielo está a salvo!

Comenzó a correr a través de los árboles, las frondas le azotaban las orejas y le enganchaban la cola. ¿Todo el Clan Estelar había desaparecido en la noche? ¿O estaban sus ancestros mirándolo en secreto, evitándolo porque se habían dado cuenta de que no tenían el poder para ayudar? Estrella de Nube se detuvo en un claro, con los costados agitados.

—Denme una señal de que todavía hay esperanza —suplicó—. ¡Muéstrenme que no nos han abandonado! ¡Ustedes son todo lo que nos queda!

Pero no se oyó nada más que el crujido de las hojas, que se volvió más y más fuerte hasta que el pelaje de las orejas del gato gris y blanco tembló. Se puso las patas en las orejas, intentando bloquear el terrible ruido, pero

se volvía cada vez más fuerte. Con un jadeo, levantó la cabeza y vio un monstruo amarillo cerniéndose sobre él, enorme y amenazante contra el cielo lechoso del alba. Con un chillido, Estrella de Nube corrió de regreso hacia el borde del terreno vacío y miró como el monstruo pasaba retumbando y gruñendo.

—Dudo de que nuestros ancestros siquiera reconozcan su antiguo hogar —dijo una voz rasposa detrás de él.

Estrella de Nube se giró, sorprendido, y vio a Pluma de Estornino agachado en la tierra, con el manto desaliñado y los ojos nublados por la edad.

—He venido aquí todos los días para ver como los Dos Patas destruían nuestro territorio —el viejo gato continuó—. Cola por cola, se han llevado nuestros árboles, nuestras presas, y nuestro refugio. Y lo peor de todo, se llevaron nuestra esperanza.

Estrella de Nube dio un latigazo con la cola.

—¡No digas eso! ¡Seguiremos luchando! ¡Tenemos que hacerlo!

Pluma de Estornino le dedicó una fija y enferma mirada.

—Estrella de Nube, mira lo que yace a tu alrededor. Puede haber nobleza en admitir la derrota y buscar otro camino. Siempre has liderado bien a este Clan, y eso no va a cambiar, aunque todo lo demás lo haga.

—Nuestra única esperanza reside en encontrar más territorio —maulló el líder. Se miró las patas manchadas de barro—. En la próxima Asamblea, le pediré a los otros Clanes que nos ayuden dándonos un poco de los suyos, justo como Estrella Oscura lo hizo alguna vez.

—¿Y si se rehúsan? —incitó el veterano.

Estrella de Nube miró sombríamente al viejo gato.

—Entonces no sé qué más puedo hacer —confesó.

La luna llena colgaba pesadamente del cielo en el cielo despejado, pintando el bosque de plateado y el manto de todos los gatos de un gris desteñido. Estrella de Nube se deslizó a través de los arbustos en la cima de la hondonada y guió a sus compañeros de Clan por el borde. Por los aromas en el cálido aire se dio cuenta de que los otros Clanes ya habían llegado. Todos los gatos estaban reunidos debajo de los cuatro gigantes robles, y los líderes esperaban en la Gran Roca. Estaban mirando sorprendidos a los gatos del Clan del Cielo que tropezaban por la pendiente de la hondonada.

—¡Estrella de Nube! —llamó Estrella Veloz—. ¿Qué te atrasó?

El líder del Clan del Cielo no contestó de inmediato. En su lugar, se abrió paso por entre los gatos debajo de la roca y trepó para unirse a los otros líderes. Bajó la mirada hacia el resto de sus compañeros de Clan, que aparecían desde los arbustos que crecían en las laderas de la hondonada. Los aprendices estaban apretados entre sí, con los ojos bien abiertos y nerviosos por las miradas de los otros gatos. Luego aparecieron Pluma de Estornino y Halcón Nevado, viéndose muy frágiles como para estar en una Asamblea. Estrella de Nube escuchó siseos de desaprobación provenientes de los veteranos de los otros Clanes; todos ellos esperaban que los dejaran en paz cuando llegaran a tan avanzada edad.

Hubo un breve espacio, y entonces aparecieron Ala de Avellana y Vuelo de Ave. Ala de Avellana llevaba a Pequeño Aulaga, cuya boca estaba bien abierta mientras se quejaba por ser arrastrado a través de las espinas. Vuelo de Ave llevaba a Pequeña Manchada, que se veía incluso más diminuta mientras colgaba de las fauces de su madre. Pequeño Telaraña, Pequeña Brasa, Pequeño Polluelo y Pequeña Llovizna tropezaron tras las reinas, demasiado cansados por el trayecto a lo largo del río como para seguir emocionados por asistir a una Asamblea. Los guerreros rodeaban a las reinas y a los veteranos de manera protectora, erizando las colas y acerándoseles como si quisieran salvar a sus compañeros de Clan de los jadeos alarmados a su alrededor.

—¡Gran Clan Estelar! —Estrella Veloz exclamó—. Estrella de Nube, cualquier gato pensaría que trajiste a tu Clan entero a la Asamblea.

Estrella de Nube se obligó a encontrarse con la mirada del líder del Clan del Viento,

—Sí —maulló—, eso es exactamente lo que he hecho.

—¿Por qué, en el nombre del Clan Estelar, hiciste eso? —exigió Estrella de Abedul.

Estrella de Nube tomó un profundo respiro. *«Este es el momento en el que le ruego a los otros Clanes que nos ayuden. Oh, Clan Estelar, ¿es esto realmente lo que querían?»*.

—Porque ya no podemos vivir en nuestro territorio —anunció—. Los Dos Patas lo han destruido.

—¿Qué? —Estrella Roja dio un paso adelante—. Mis patrullas reportaron más Dos Patas en tu territorio, y ruido de monstruos, pero seguramente no pueden haberlo destruido todo.

—Lo hicieron. —Estrella de Nube miró a través de los oscuros árboles, como si fuese capaz de ver todo el camino hacia el devastado

hogar del Clan del Cielo—. Vinieron con monstruos que empujaron los árboles y revolvieron la tierra. Todas nuestras presas murieron o huyeron. Los monstruos están acechando nuestro campamento ahora, esperando el momento para saltar. El hogar del Clan del Cielo se ha ido. —Se giró hacia los otros líderes—. He traído a mi Clan para pedirles su ayuda. Tienen que darnos algo de sus territorios.

Aullidos de protesta surgieron de los gatos debajo de la roca. A Estrella de Nube le dolió el corazón cuando vio a sus compañeros de Clan ponerse rígidos, como si se estuvieran preparando para un ataque. «*¡Solo estamos pidiendo ayuda!*».

Estrella Veloz fue el primero en responder.

—No puedes simplemente venir hasta aquí y exigir una parte de nuestro territorio. Apenas podemos alimentar a nuestros propios Clanes así como están.

Estrella Roja pasó una pata por encima de la dura piedra gris.

—Las presas están corriendo bien ahora en la estación de la hoja verde, pero ¿qué va a pasar cuando llegue la estación de la caída de la hoja? El Clan del Trueno no podrá prescindir de nada entonces.

—Tampoco el Clan de la Sombra —maulló Estrella del Alba, parándose y encontrándose con la mirada de Estrella de Nube—. Mi Clan es más grande que cualquier otro. Necesitamos cada paso de terreno para alimentar a nuestros propios gatos.

Estrella de Nube miró a la cuarta líder.

—¿Estrella de Abedul? ¿Tú qué piensas?

—Me gustaría ayudar —maulló ella—. En serio que sí. Pero el río está muy bajo y es más difícil que nunca atrapar suficientes peces. Además, los gatos del Clan del Cielo no saben *como* pescar.

—Exactamente —Estrella Veloz añadió—. Y solo los gatos del Clan del Viento son lo suficientemente rápidos como para atrapar conejos y aves en el páramo. Ciertamente no hay ningún lugar en nuestro territorio en el que pudiesen hacer un campamento. Pronto se cansarían de dormir bajo arbustos de aulaga.

Estrella de Nube los miró durante un largo momento.

—¿Qué se supone que haga mi Clan entonces?

Todos los gatos de la hondonada se quedaron callados. Estrella de Nube sentía su corazón latir con fuerza bajo su pelaje. «*¡Ayúdenos, por favor! Sin el Clan Estelar, ¡ustedes son nuestra única ayuda!*».

Estrella Roja fue el primero en hablar.

—Irse.

Estrella de Nube parpadeó. «¿Qué?».

—Así es. —Hubo una pizca de gruñido en el maullido de Estrella Veloz—. Váyanse del bosque y encuentrense otro lugar, lo suficientemente lejos como para que no se roben nuestras presas.

Al pie de la roca, Ala de Alondra, la curandera del Clan del Viento, se puso de pie.

—Estrella Veloz —llamó—, como tu curandera, puedo decirte que el Clan Estelar no estará contento si el resto de nosotros expulsamos al Clan del Cielo. Siempre han habido cinco Clanes en el bosque.

Estrella Veloz la miró con una pizca de impaciencia en los ojos.

—Ala de Alondra, dices conocer la voluntad del Clan Estelar, pero ¿podrías decirme por qué la luna sigue brillando? Si el Clan Estelar no coincidiera en que el Clan del Cielo debería abandonar el bosque, enviarían nubes para cubrir el cielo.

Ala de Alondra sacudió la cabeza y se volvió a sentar, pareciendo consternada.

Estrella de Nube sintió una ola de pánico creciendo en su pecho.

—Cinco Clanes han vivido en este bosque durante más tiempo del que cualquier gato puede recordar —le recordó a los otros líderes—. ¿Eso no significa nada para ustedes?

—Las cosas cambian —replicó Estrella Roja—. ¿Es posible que también haya cambiado la voluntad del Clan Estelar? Nuestros ancestros le dieron a cada Clan las habilidades que necesitan para sobrevivir en su propio territorio. Los gatos del Clan del Río nadan bien. Los del Clan del Trueno son buenos acechando presas en la maleza. Los del Clan del Cielo pueden saltar a los árboles porque no hay mucha cobertura en su territorio. ¿No significa eso que ningún Clan podría vivir en el territorio de otro?

Manto de Topo, el escuálido y arrugado curandero del Clan de la Sombra, inclinó la cabeza hacia atrás para mirar directamente a Estrella de Nube.

—Sigues diciendo que el Clan Estelar quiere cinco Clanes en el bosque, pero ¿estás seguro de que eso es cierto? Hay cuatro robles aquí en los Cuatro Árboles. Esa podría ser una señal de que solo deben haber cuatro Clanes.

—El Clan del Cielo no pertenece aquí —siseó un atigrado plateado del Clan del Viento—. Vamos a expulsarlos ahora.

Estrella de Nube vio a sus guerreros erizarse y desenvainar las garras, listos para pelear a pesar del hambre y el cansancio. «¡Oh, mis valientes

compañeros! Siento que haya tenido que llegar a esto. Abandonados por el Clan Estelar, y ahora por los únicos gatos que podían ayudarnos».

—¡Alto! —llamó—. Guerreros del Clan del Cielo, no somos cobardes, pero esta es una batalla que no podemos ganar. Esta noche hemos visto lo que vale el código guerrero. A partir de ahora estaremos solos, y no dependeremos de nadie más que de nosotros mismos.

Cerró los ojos por un momento, sintiendo que el corazón se le partía en dos. Sin territorio, el Clan del Cielo no tenía comida ni refugio. Sin el Clan Estelar, no tenían esperanza. *«Ya no queda nada para nosotros aquí. Soy el líder que no pudo salvar a su Clan».*

Estrella de Nube bajó de la Gran Roca y se abrió paso a través de los gatos hasta que estuvo de pie junto a Vuelo de Ave. Sus cachorros maullaban a sus patas, mirándolo a él con enormes ojos aterrorizados. Se veían tan frágiles como polluelos. Estrella de Nube se encontró con la mirada de Vuelo de Ave, y supo de inmediato lo que le iba a decir.

—Estrella de Nube. —La voz de la gata tembló—. Nuestros cachorros son demasiado pequeños para hacer un viaje tan largo. Me quedaré aquí con ellos, si algún Clan nos acoge.

Por un latido Estrella de Nube maldijo la noche en la que el Clan Estelar le había dado nueve vidas. Si no fuese el líder del Clan del Cielo, podría quedarse allí también, o vivir con Vuelo de Ave como proscritos, más allá del miserable código guerrero. Ahora sus nueve vidas se extendían más allá de él, frías, solitarias y eternas. *«Oh, Vuelo de Ave. ¿Tengo que perderte a ti también?».*

Ala de Cernícalo, el curandero del Clan del Trueno, se abrió paso entre dos guerreros del Clan del Cielo, ignorando sus gruñidos, e inclinó la cabeza para olfatear a los cachorros.

—Serán bienvenidos en el Clan del Trueno.

Estrella de Nube se giró para mirarlo.

—¿Estás seguro? —exigió—. ¿Después de lo que nos dijo tu líder hoy?

Los ojos de Ala de Cernícalo se oscurecieron.

—Pienso que mi líder se equivoca —maulló—. Pero no condenará a cachorros indefensos a morir. Tendrán un futuro en el Clan del Trueno, y también tú, Vuelo de Ave.

La gata inclinó la cabeza.

—Gracias. —Se giró hacia Estrella de Nube, el dolor brillaba en sus ojos verdes—. Entonces esto es una despedida.

—Vuelo de Ave, no. —De repente, Estrella de Nube ya no podía seguir siendo valiente—. ¿Cómo puedo dejarte?

—Debes hacerlo. —La voz de Vuelo de Ave tembló—. Nuestro Clan te necesita, pero nuestros cachorros me necesitan a mí ahora.

Estrella de Nube inclinó la cabeza.

—Te esperaré —susurró—. Te esperaré por siempre. —Presionó el costado de su pareja con su hocico—. Quédate con Ala de Cernícalo. Él encontrará guerreros para ayudar a cargar a los cachorros de regreso al campamento del Clan del Trueno. —Al curandero, le añadió—: Cuida de ellos.

Ala de Cernícalo asintió.

—Por supuesto.

Estrella de Nube acarició a sus cachorros, primero a Pequeño Aulaga, luego a Pequeña Manchada. Inhaló su dulce aroma lechoso, sabiendo que lo llevaría consigo hasta su último aliento. Se preguntó si alguna vez lo recordarían. Luego miró a Vuelo de Ave, contemplándola como si fuese la única cosa que vería por el resto de su vida. «*Lo siento tanto*».

Vuelo de Ave le dio un pequeño asentimiento, y Estrella de Nube supo lo que estaba pensando. Le estaba recordando que todavía era el líder de su Clan. Sin su hogar, sin comida, sin el Clan Estelar, sus compañeros de Clan dependían enteramente de él. Estrella de Nube levantó la cabeza y señaló con la cola al resto de su Clan.

—Sígueme.

Lideró el camino pendiente arriba, pero antes de que pudiese llegar a sumergirse en los arbustos, Estrella Roja llamó desde la cima de la Gran Roca.

—¡Que el Clan Estelar vaya con ustedes!

Estrella de Nube se giró y le dedicó una gélida mirada al líder del Clan del Trueno.

—El Clan Estelar puede ir a donde le dé la gana —siseó—. Han *traicionado* al Clan del Cielo. A partir de este día, no tendré nada más que ver con nuestros ancestros guerreros. —Ignoró los jadeos de conmoción a su alrededor, algunos de su propio Clan—. El Clan Estelar permitió que los Dos Patas destruyeran nuestro territorio. Ahora nos miran desde arriba, y permiten que la luna siga brillando mientras ustedes nos expulsan. Ellos dijeron que siempre habrían cinco Clanes en el bosque, pero *mintieron*. El Clan del Cielo jamás volverá a mirar a las estrellas.

Con un último movimiento de su cola se sumergió en los arbustos. Sus compañeros de Clan le siguieron, y fueron tragados por las sombras

frondosas. Estrella de Nube no tenía idea de a donde se dirigían, o de en donde terminarían. En aquel momento, todo lo que le importaba lo había dejado atrás, bajo los cuatro gigantes robles.

«Adiós, Vuelo de Ave, Pequeño Aulaga, Pequeña Manchada. Algún día los encontraré otra vez, lo prometo».



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.

LOS GATOS GUERREROS

LA HISTORIA DE CARRASCA



DEDICATORIA

Gracias especiales a Victoria Holmes.

Título original: "Hollyleaf's Story"

Traducción: xK1rarax.

Correcciones: Milly Mendoza.

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER

ESTRELLA DE FUEGO — gato de un intenso color rojizo.

LUGAR- TENIENTE

ZARZOSO — gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

CURANDE- ROS

HOJARASCA ACUÁTICA — gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

GLAYO — gato atigrado gris de ciegos ojos azules.

GUERREROS

(gatos y gatas sin crías)

LÁTIGO GRIS — gato gris de pelo largo.

MANTO POLVOROSO — gato atigrado marrón oscuro.

APRENDIZ, RAPOSINO.

TORMENTA DE ARENA — gata de color melado claro y ojos verdes.

FRONDE DORADO — gato atigrado marrón dorado.

APRENDIZA, ALBINA.

ACEDERA — gata Carey y blanca de ojos ámbar,

NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA — gata blanca con manchas canela.

ESPINARDO — gato atigrado marrón dorado.

ESQUIRUELA — gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

ZANCUDO — gato negro de largas patas, con el estómago marrón y ojos ámbar.

BETULÓN — gato atigrado marrón claro.

BAYO — gato de color tostado.

PINTA — pequeña gata gris y blanca.

RATONERO — gato gris y blanco.

CARBONERA — gata atigrada de color gris.

ROSELLA — gata Carey y blanca

LEONADO — gato atigrado dorado de ojos ámbar.

APRENDICES

(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)

RAPOSINO — atigrado rojizo.

ALBINA — gata blanca.

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

FRONDA — gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

DALIA — gata de pelo largo color crema. Madre de los hijos de Zancudo: Rosina (gata de color tostado oscuro) y Tordillo (gato blanco y negro).

MILI — gata gris claro atigrada. Madre de los hijos de Látego Gris: Gabardilla (gata marrón oscuro), Floreta (gata tricolor con manchas blancas) y Pequeño Abejorro (gato gris claro con rayas negras).

CANDEAL — gata blanca de ojos verdes. Madre de las hijas de Betulón: Pequeña Tórtola (gata gris claro) y Pequeña Hiedra (gata atigrada plateada y blanca).

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

MUSARAÑA — pequeña gata marrón oscuro.

RABO LARGO — gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras. Retirado anticipadamente por problemas de vista.

PUMA — gato atigrado de hocico gris. Anteriormente un solitario.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER

ESTRELLA NEGRA — gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

LUGAR-TENIENTE

BERMEJA — gata de color rojizo oscuro.

CURANDE-ROS

CIRRO — gato atigrado muy pequeño.

APRENDIZ, ROSO (gato rojizo).

GUERREROS

ROBLEDO — pequeño gato marrón.

APRENDIZ, ZARPA DE TIGRE (gato atigrado marrón oscuro).

TRIGUEÑA — gata carey de ojos verdes.

SERBAL — gato rojizo.

CHAMUSCADO — gato negro.

APRENDIZ, RAPACERO (gato atigrado marrón claro).

YEDRA — gata blanca, negra y carey.

APRENDIZA, CANELITA (gata color crema).

SAPERO — gato marrón oscuro.

GRAJO — gato negro y blanco.

APRENDIZA, OLIVINA (gata carey).

PELOSA — gata atigrada de pelo largo que apunta en todas direcciones.

LOMO RAJADO — gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

APRENDIZA, TOPINA (gata gris con patas negras).

CRÓTALO — gato marrón oscuro de cola rayada.

APRENDIZ, CARBÓN (gato gris oscuro).

ESPUMOSA — gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.

APRENDIZ, RUANO (marrón moteado y rojizo).

REINAS

AGUZANIEVES — gata de un blanco inmaculado.

VETERANOS

CEDRO — gato gris oscuro.

AMAPOLA — gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER

ESTRELLA DE BIGOTES — gato atigrado de color marrón.

LUGAR- TENIENTE

PERLADA — gata gris.

CURANDE- ROS

CASCARÓN — gato marrón oscuro de cola corta.

APRENDIZ, AZORÍN (gato gris moteado).

GUERREROS

OREJA PARTIDA — gato gris atigrado.

CORVINO PLUMOSO — gato gris oscuro.

CÁRABO — gato atigrado de color marrón claro.

COLA BLANCA — pequeña gata blanca.

NUBE NEGRA — gata negra.

GENISTA — gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN — gato rojizo de patas blancas.

LEBRÓN — gato marrón y blanco.

HOJOSO — gato atigrado oscuro de ojos ámbar

APRENDIZA, CARDERA (gata de largo pelo blanco).

MANCHADA — gata gris atigrada manchada.

APRENDIZA, CAÑERA (gata atigrada marrón claro).

SALCE — gata gris.

APRENDIZA, FOSQUINA (gata gris oscura).
HORMIGUERO — gato marrón con una oreja negra.
RESCOLDO — gato gris con dos patas oscuras.

APRENDIZA, ZARPA SOLEADA (gata carey con una larga marca blanca en la frente).
COLA BRECINA — gata atigrada marrón oscuro con ojos azules.
VENTOLERO — gato negro con ojos ámbar.

VETERANOS

FLOR MATINAL — reina carey muy vieja.
MANTO TRENZADO — gato atigrado gris oscuro.

CLAN DEL RÍO

LÍDER

ESTRELLA LEOPARDINA — gata atigrada con insólitas manchas doradas.

LUGAR-TENIENTE

VAHARINA — gata gris azulada de ojos azules.

CURANDE-RAS

ALA DE MARIPOSA — gata dorada moteada.

BLIMA — gata gris atigrada.

GUERREROS

PRIETO — gato negro ahumado.

MUSGAÑO — pequeño atigrado marrón.

APRENDIZA, PALOMINA (gata gris oscuro).

JUNCAL — gato negro.

MUSGOSA — gata blanca y carey.

APRENDIZ, GUIJOSO (gato gris moteado).

FABUCÓN — gato marrón claro.

TORRETERO — gato atigrado gris oscuro.

APRENDIZ, MALVINO (gato marrón claro atigrado).

BOIRA — gata atigrada gris claro.

FLOR ALBINA — gata gris claro.

ROANA — gata gris moteada.

SALTÓN — gato blanco y canela.

AJENJO — gato atigrado de color gris claro.

APRENDIZ, ORTIGO (atigrado marrón oscuro).

NUTRIA — gata marrón oscuro.

APRENDIZ, SOPLO (gato gris y blanco).

PINOCHA — gata atigrada de pelo muy corto.

APRENDIZ, PARDALÍN (gato carey y blanco).

CHUBASCO — gato gris azulado moteado.

VESPERTINA — gata atigrada marrón.

APRENDIZA, COBRIZA (gata de color rojizo oscuro).

REINAS

NÍVEA — gata blanca de ojos azules. Madre de los hijos de Ajenjo: Bichín (gato atigrado marrón y blanco), Pinchito (gato blanco y marrón), Petalina (gata gris y blanca) y Matojillo (gato marrón claro).

VETERANOS

GOLONDRINA — gata atigrada oscura.

PIZARRO — gato gris.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

SOLO — gato de pelaje largo tricolor, con ojos de color amarillo claro.

HUMAZO — musculoso gato de color blanco y gris. Vive en el cercado de los caballos.

PELUSA — pequeña gaya blanca y gris. Vive en el cercado de los caballos.

CARRASCA — gata negra de ojos verdes.

OTROS ANIMALES

MEDIANOCHE — tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.



CAPÍTULO 1

El trueno estalló, más fuerte que cualquier cosa que Carrasca hubiera escuchado antes. Hubo una onda en lo alto y un extraño crujido. «¡*El cielo se está cayendo!*!». Y luego estuvo a su alrededor, más fuerte y más duro de lo que Carrasca esperaba, tirándola al suelo y aplastándole los huesos. «¡*No puedo respirar!*!». Luchó frenéticamente, sintiendo que sus garras se rasgaban, pero el cielo estaba demasiado pesado, demasiado frío, y dejó que la interminable oscuridad se la llevara.

Carrasca estaba de pie al borde de un acantilado. Detrás de ella, la hondonada bostezaba como una boca hambrienta. Las llamas, silbantes y anaranjadas, llenaron el aire de humo y ceniza amarga.

Los compañeros de camada de Carrasca, Leonado y Glayo, se agacharon junto a ella; podía sentirlos temblar contra su pelaje. Frente a ellos, Cenizo estaba al final de una rama que los conduciría a través del fuego. Esquiruela estaba junto a él, la furia ardía en sus ojos. Carrasca miró fijamente a su madre, esperando que apartara a Cenizo del camino.

—Ya basta, Cenizo —siseó Esquiruela—. Es conmigo con quien tienes una cuenta pendiente. Estos jóvenes no han hecho nada para herirte. Haz lo que quieras conmigo, pero a ellos déjalos salir de ahí.

Cenizo la miró sorprendido.

—No lo comprendes, Esquiruela. Ésta es la única forma de lograr que sientas el mismo dolor que me provocaste. Me destrozaste el corazón cuando escogiste a Zarzoso en vez de a mí. Nada de lo que yo pudiera

hacerte ahora podría provocarte un dolor semejante. Pero tus hijos... Si los ves morir, entonces sí que experimentarás el dolor que yo sentí.

Esquiruela lo miró a los ojos.

—Mátalos, entonces. No me harás ningún daño. —Se alejó un paso de él y luego miró por encima del hombro—. Si de verdad quieres hacerme daño, Cenizo, tendrás que encontrar algo mejor que eso. Ellos no son hijos míos.

El suelo se tambaleó bajo las patas de Carrasca. «¿Esquiruela no es mi madre?». Carrasca no tenía Clan, no tenía código. Podría ser una proscrita, incluso una minina doméstica. No había forma de que Carrasca permitiera que Cenizo les contara a los cuatro Clanes sobre la confesión de Esquiruela. ¡Ella y sus compañeros de camada serían echados! Todo lo que habían hecho hasta ahora, toda su lealtad al código guerrero, no contaba para nada.

El silencio fue ensordecedor, presionando con más fuerza los oídos de Carrasca que las piedras que la inmovilizaron contra el frío suelo. El polvo le llenó la boca y la nariz, y el dolor atravesó una de sus patas. «*¡Me han enterrado viva!*». Carrasca se agitó y se sacudió contra el peso de las rocas. Su cabeza se soltó con una lluvia de pequeñas piedras. No había un rayo de luz en la boca del túnel. Estaba atrapada en la oscuridad.

—¡Ayuda! ¡Ayúdenme! ¡Estoy atascada!

Ella paró. ¿A quién estaba llamando? Ahora no tenía compañeros de Clan. Había dejado esa vida atrás, al otro lado de las rocas, tan lejos como la luna. Sus hermanos y Hojarasca Acuática sabían que había matado a Cenizo. Y ahora Glayo y Leonado probablemente pensaban que ella había muerto en el desprendimiento de rocas. «*Quizás sea mejor así. Al menos no vendrán a buscarme*». Carrasca volvió a cerrar los ojos.

Carrasca había seguido a Cenizo hasta la frontera del Clan del Viento. Ella lo había acechado como si fuera una presa, pisando suavemente, con las garras enfundadas para evitar que se enredaran en las zarzas o arañaran la piedra. Cuando llegó a la orilla del arroyo, con el agua espumosa muy abajo, Carrasca saltó sobre él, giró su cabeza hacia un lado, hundió los dientes en su pelaje y piel, diciéndose una y otra vez: «¡Ésta es la única manera!». Cenizo cayó sobre su vientre y Carrasca saltó hacia atrás mientras rodaba hacia el arroyo. Se lavó la sangre de las patas, dejando que el agua fría le enfriara las patas, los flancos, hasta el corazón. «¡Lo hice por mi Clan!».

...

Carrasca apartó las imágenes de su mente con un escalofrío. Respiró hondo, soltó las patas delanteras y apartó las piedras que le apretaban el pecho. Luego extendió la zarpa lo más lejos que pudo y comenzó a levantarse. Ella siseó cuando una de sus patas traseras se movió. Fue tan dolorosa que sintió como si su pata estuviera rota. Carrasca se imaginó la guarida del curandero surtida, con consuela para reparar el hueso y semillas de adormidera para ayudarla a dormir a pesar de las peores molestias. «*Está tan lejos como la luna*», se recordó a sí misma. Apretando los dientes, arrastró el resto de su cuerpo fuera de las piedras. Su pata herida rebotó agonizante en el suelo.

—¡Gran Clan Estelar, me duele! —Carrasca gruñó. Hablar en voz alta pareció ayudar, así que continuó—. He estado aquí antes. Sé que hay otras salidas. Solo necesito seguir este túnel hasta encontrar una fuente de luz. Vamos, una pata delante de la otra. —A pesar de su miedo, a pesar del dolor en su pata, los recuerdos seguían fluyendo hacia atrás...

—*Soy tu madre, Carrasca —había susurrado Hojarasca Acuática.*

Carrasca negó con la cabeza. Eso era imposible. ¿Cómo podía ser hija de una curandera, cuando a los curanderos se les prohibía tener cachorros? Peor que ser proscrita o minina doméstica, su propio nacimiento había roto el código de los Clanes.

Carrasca desenvainó sus garras para darle un mejor agarre a la piedra. Para su consternación, varias de ellas ya se habían roto en su lucha por salir, y las puntas de sus almohadillas se sentían húmedas y pegajosas. Olió la sangre y se imaginó el rastro que estaba dejando mientras se arrastraba por el túnel. Si Leonado y Glayo cavaban a través del desprendimiento de rocas, sabrían que había sobrevivido y seguirían el rastro para encontrarla. De repente, sus patas delanteras chocaron contra la piedra. Gritó de dolor y se giró hacia un lado para seguir la curva de la pared. Estaba tan oscuro que ni siquiera podía decir si tenía los ojos abiertos. «*Si pudiera encontrar algo de luz... Si pudiera...*».

Glayo había descubierto quién era su padre.

—*Es Corvino Plumoso.*

Carrasca lo miró con incredulidad.

—*Pero... ¡Corvino Plumoso es del Clan del Viento! ¡Soy una gata del Clan del Trueno!*

—Fauces Amarillas vino a mí en un sueño —insistió Glayo—. Ella me dijo que era hora de que supiéramos la verdad.

Para Carrasca, no quedaba nada. ¿Medio Clan? Se paró en la boca del túnel y sintió el aroma de la piedra alisar su pelo erizado. Ella podría desaparecer ahí abajo y emerger en algún lugar lejos de los Clanes. Podría comenzar una nueva vida, lejos de todas estas mentiras y promesas incumplidas.

Carrasca se volvió y corrió hacia el túnel. Escuchó a Glayo llamándola, y luego llegó el trueno, el cielo se hundió y ella fue tragada por la mareante oscuridad.

Carrasca siguió adelante. «Respira, raspa, arrastra». Una y otra vez. Anhelaba detenerse, dormir, esperar a que un guerrero del Clan Estelar viniera por ella. ¿Pero el Clan Estelar siquiera sabía que estaba ahí? Su nacimiento había roto el código guerrero. Había matado a otro gato. Y había renunciado a su lugar en el Clan del Trueno.

Ningún antepasado la estaría cuidando. ¿Habían estado observando cuando Carrasca reveló todos los secretos de su Clan en la Asamblea?

—¡Espera! —Carrasca dio un salto—. Tengo algo que decir y todos los Clanes deberían oírlo. —Había demasiadas mentiras, demasiado daño hecho al código guerrero, para que ella se mantuviera callada por más tiempo.

El claro estaba tan silencioso que Carrasca pudo oír un ratón corriendo entre las hojas muertas bajo el Gran Roble.

—Creen que me conocen —comenzó—. Y que conocen a mis hermanos, Leonado y Glayo, del Clan del Trueno. Creen que nos conocen, pero ¡todo lo que les han dicho sobre nosotros es mentira! No somos hijos de Zarzoso y Esquiruela.

—¡¿Qué?! —Zarzoso se incorporó desde donde estaba sentado con los otros lugartenientes entre las raíces del Gran Roble—. Esquiruela, ¿por qué Carrasca está diciendo semejante estupidez?

—Lo lamento, Zarzoso, pero es verdad. Yo no soy su madre y tú no eres su padre.

El lugarteniente del Clan la miró fijamente.

—Entonces, ¿quiénes son sus padres?

Esquiruela volvió su triste mirada verde hacia la gata que siempre había considerado su hija.

—Cuéntaselo, Carrasca. Yo llevo guardando el secreto estaciones enteras, no voy a desvelarlo ahora.

—¡Cobarde! —Carrasca la miró. Su mirada recorrió el claro, viendo los ojos de todos y cada uno de los gatos que la miraban—. ¡A mí no me da miedo la verdad! Nuestra madre es Hojarasca Acuática, y nuestro padre Corvino Plumoso... Sí, Corvino Plumoso, del Clan del Viento.

Maullidos de sorpresa recibieron sus palabras, pero Carrasca gritó sobre ellos.

—¡Esos dos gatos se avergonzaban tanto de nosotros que nos entregaron, y a todos ustedes les mintieron para ocultar el hecho de que habían quebrantado el código guerrero! ¡Todo es culpa de ella! —Giró la cola para señalar a Hojarasca Acuática—. ¡¿Cómo se supone que van a sobrevivir los Clanes cuando en ellos viven cobardes y mentirosos?!

Sus palabras parecían resonar en las paredes del túnel. Carrasca deseaba poder volver al comienzo de la Asamblea, recuperar la terrible verdad que había contado, evitar a sus compañeros de Clan el dolor y la conmoción que había visto en sus rostros. «*¿Qué he hecho?*».

La oscuridad constante hacía que le dolieran los ojos. Había estado buscando un rayo de luz durante tanto tiempo que se imaginó que había aparecido más adelante. La línea más tenue de algo más pálido que el negro, como el primer indicio de un amanecer lechoso sobre los árboles. Carrasca parpadeó y negó con la cabeza, tratando de aclarar su visión. Pero la raya gris todavía estaba allí. ¿Quizá era luz? Cojeó más rápido, ignorando el ardor en su pata trasera. La luz se hizo más fuerte. Se estaba filtrando por un hueco en la pared: otro túnel más pequeño salía. Carrasca se arrastró por la esquina. ¿Era su imaginación o podía ver las paredes de una cueva abriéndose más adelante? En su emoción, trató de ponerse de pie. Su pata trasera se dobló debajo de ella y las estrellas aparecieron en su cabeza. Lo último que vio fue el suelo de piedra acercándose a su rostro.



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.



CAPÍTULO 2

«¡Hojarasca Acuática! Hojarasca Acuática, ¡tengo sed!». Carrasca estaba ardiendo. Sentía la garganta reseca y la lengua pegada al paladar. Debía estar en la guarida del curandero con fiebre. ¿Dónde estaba el musgo empapado que Hojarasca Acuática siempre dejaba cerca de sus pacientes? Giró la cabeza y su hocico chocó con algo suave, húmedo y con olor fresco. Carrasca chupó los zarcillos de musgo, tratando de no hacer una mueca mientras tragaba la preciada agua. Nunca nada había sabido mejor.

De repente se dio cuenta de que no estaba sola. Había un gato inclinado sobre ella, empujando algo debajo de su pata herida. Carrasca siseó de dolor y el gato se disculpó en voz baja.

—Son solo algunas plumas, para que te sientas más cómoda. Acuéstate quieta ahora.

Carrasca se puso rígida. No reconoció la voz ni el olor de ese gato.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde estoy? —Ella comenzó a agitar sus patas delanteras—. ¡Déjame ir!

Se colocó una pata pequeña y fría sobre su hombro, empujándola suavemente hacia abajo. Le acercaron hojas de olor fuerte al hocico.

—Shh, está bien. Estás a salvo. Cómete estas y luego vuelve a dormirte.

Carrasca permitió que la empujaran hacia el suelo. Tragó las hierbas, era consuelo, por su olor, y dos diminutas semillas de adormidera. Las plumas se sentían suaves y cálidas contra su pata herida. Con un pequeño suspiro, Carrasca cerró los ojos y el sueño la arrastró una vez más.

* * *

Cuando volvió a despertar, su cabeza se sentía más despejada y el dolor en su pata se había convertido en una persistente molestia. Carrasca se quedó quieta por un momento, dejando que sus ojos se adaptaran a la casi oscuridad. Esa definitivamente no era la guarida del curandero del Clan del Trueno. Estaba acostada sobre una fina cama de plumas sobre piedra fría. «*¡Todavía estoy en los túneles!*». Carrasca sintió una sacudida de alivio, luego alarma. ¿Quién estaba ahí con ella? Carrasca trató de recordar el olor del gato que le había dicho que se volviera a dormir, pero su estómago retumbó y de repente lo único en lo que pudo pensar fue en lo hambrienta que estaba. ¿Cuándo había comido por última vez? Trató de ponerse de pie, pero su pata trasera se dobló y se dejó caer de lado, frustrada.

—¡Estás despierta! —Un rostro surgió de las sombras—. ¿Cómo está tu pata?

Carrasca abrió mucho los ojos hasta que pudo distinguir las manchas blancas y rojas en el pelaje del gato. Olía a piedra, agua y musgo.

—¿Quién eres tú? —preguntó, con su voz ronca por la falta de uso.

El gato la ignoró. En cambio, empujó algo hacia ella con una pata.

—Debes estar hambrienta. Toma, come.

«*¡Carne fresca!*». Carrasca inclinó la cabeza, lista para sumergirse, luego se echó hacia atrás. Un pececillo pequeño y viscoso yacía frente a ella.

—No me gusta el pescado —maulló.

El gato movió las orejas.

—Aquí abajo, no siempre tienes una opción. —Su tono era suave, pero Carrasca se sintió avergonzada.

Su vientre dejó escapar un fuerte gruñido como si fuera feliz con cualquier cosa, incluso con carroña. Conteniendo la respiración, Carrasca mordió el pescado. «*Es un ratón regordete y sabroso* —se dijo a sí misma—. *Ardilla con aroma a pino. La primera paloma de la hoja nueva*». Tragó el último bocado y bebió del musgo a su lado. El gato rojizo y blanco la miró expectante.

—Gracias —maulló Carrasca—. Yo... supongo que no sabía tan mal.

El gato todavía la estaba estudiando.

—Eres Carrasquera, ¿no?

Ella parpadeó.

—Carrasca, en realidad. ¿Cómo lo supiste? Nunca te había visto antes, ¿verdad?

El gato negó con la cabeza y sus ojos se nublaron.

—No, nunca me has visto. Pero te vi con tus compañeros de camada cuando viniste a rescatar esas cachorras, justo antes de que el río se inundara.

Carrasca lo miró fijamente. Nunca olvidaría la búsqueda desesperada de las cachorras perdidas del Clan del Viento con Glayo y Leonado. Habían sido arrastrados fuera de los túneles y dentro del lago cuando el río subterráneo se desbordó. Había sido un escape afortunado para todos ellos. ¡Ahora este gato le estaba diciendo que había estado aquí!

—¿Quién *eres* tú? —ella maulló.

El gato rojizo y blanco se ocupó de las plumas debajo de su pata lesionada, reorganizándolas para que estuvieran esparcidas uniformemente.

—Mi nombre es Hojas Caídas —maulló en voz baja.

—No eres de los Clanes, ¿verdad? —presionó Carrasca—. ¿Dónde vives?

Hojas Caídas se acercó a un pequeño paquete de hierbas y comenzó a dividirlas.

—Una vez viví en las colinas sobre el lago, pero esta es mi casa ahora. —Se volvió, empujando algunas hierbas hacia Carrasca—. Come esta consuela; ayudará a tu pata. No te daré más semillas de adormidera a menos que tengas problemas para dormir.

Carrasca masticaba obedientemente las fragantes hojas.

—¿Eras un curandero? —ella preguntó.

Hojas Caídas inclinó la cabeza hacia un lado.

—No sé qué es eso. Todos aprendimos sobre hierbas y lesiones para poder ayudarnos unos a otros. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Más o menos. —Carrasca se incorporó sobre sus patas delanteras, sintiendo que su corazón latía más rápido—. ¿Quiénes eran los otros gatos? ¿Eras parte de un Clan? —¿Había otro grupo de gatos viviendo cerca de aquí, uno de los cuales los Clanes no sabían?

—No más preguntas —ordenó Hojas Caídas—. Necesitas descansar. No te has roto la pata, solo te la has torcido. Te arreglaré lo suficientemente pronto, y luego supongo que querrás volver con tus amigos.

—¡No! —Carrasca gritó—. ¡No puedo volver! ¡Jamás!

Hojas Caídas simplemente se encogió de hombros.

—Eso depende de ti. Acuéstate y deja de retorcerte. Te traeré algo para comer más tarde. —Recogió los restos de espinas de pescado y se alejó.

Carrasca lo miró fijamente hasta que las sombras se lo tragaron. Las paredes del túnel parecían más pálidas, como si se filtrara más luz. Cuando había estado hablando, había escuchado su voz resonando desde muy lejos, lo que sugería que su primera impresión había sido acertada y que yacía a la entrada de una cueva. No podía oír nada de agua, por lo que no era la cueva con el río. Carrasca apoyó la barbilla en sus patas y cerró los ojos. Estaba perdida y herida, pero de alguna manera un gato la había encontrado y la había mantenido con vida con comida, agua y hierbas para su pata. ¿Lo había enviado el Clan Estelar? ¿O simplemente tuvo mucha, mucha suerte? De cualquier manera, pensó que estaba a salvo, al menos por ahora.

Se despertó de un sueño y encontró otro pececito a su lado, así como musgo recién remojado y algo más de consuelo. Era más difícil ver las paredes de la cueva, lo que significaba que debía haberse oscurecido más afuera. ¿Era de noche? Carrasca se preguntó cuántos días había estado allí. Había sido luna llena cuando ella... se fue. Quizás Hojas Caídas podría decirle qué luna era ahora. Después de comer su pescado y enmascarar el sabor con la consuelo, Carrasca trató de mantenerse despierta, esperando que Hojas Caídas regresara. La cueva se oscureció hasta que no pudo ver nada. Carrasca dejó de esperar a su extraño compañero. Volvería por la mañana, estaba segura.

Esta vez estaba despierta y medio sentada para lavarse el pecho cuando llegó Hojas Caídas. Llevaba algo más voluminoso y de aspecto más esponjoso que un pez. Carrasca hizo una pausa entre lamidas.

—¡Oye! ¡Atrapaste un ratón!

Hojas Caídas depositó la carne fresca en sus patas. Parecía sonrojado de triunfo.

—Lo escuché arrastrarse por uno de los túneles —explicó—. Esperaba que te gustara.

—¡Me gusta! —Carrasca maulló—. ¡Gracias! —Se inclinó hacia delante para tomar un bocado y luego miró hacia arriba—. Hay mucho aquí. ¿Quieres un poco?

Hojas Caídas negó con la cabeza.

—No, es todo tuyo. —Mientras Carrasca seguía comiendo, él le dio un suave golpe en la pata lesionada—. ¿Se está mejorando, no crees?

Carrasca asintió con la boca llena.

—Definitivamente —murmuró—. Puedo doblarla ahora, y no duele tanto cuando me muevo.

—Puedes intentar caminar sobre ella cuando hayas terminado de comer —decidió Hojas Caídas—. No muy lejos, pero debes comenzar a ejercitarla antes de que los músculos se consuman.

Carrasca movió las orejas con sorpresa. Hojas Caídas sonaba como un curandero. ¡*Debe* haber venido de un Clan! O algo muy parecido a un Clan, como la Tribu de las Aguas Rápidas.

Ella tragó y maulló:

—¿Eres un gato de la Tribu? ¿Vienes de las montañas?

Hojas Caídas la miró sin comprender.

—Esta es mi casa ahora —respondió—. No hay ningún otro lugar.

Carrasca se estremeció como si una garra fría le hubiera recorrido la espalda. Había algo en la voz de Hojas Caídas que la hacía sentirse más sola y desesperada de lo que podía imaginar. Se enderezó y apartó los restos de orejas y cola de ratón.

—¿Dónde debo caminar? —ella preguntó.

—No te emociones demasiado —advirtió Hojas Caídas—. Solo unos pocos pasos hoy, eso es todo.

Carrasca usó sus patas delanteras para incorporarse. Una punzada de dolor recorrió su pata herida, pero respiró hondo y mantuvo la pata en el suelo. Vacilante, dio un paso adelante. Su pata trasera aguantaba, aunque se sentía débil y no del todo conectada al resto de ella. Carrasca cojeó hacia el lugar donde la luz se hacía más intensa. Las paredes del túnel se abrían a ambos lados en una pequeña cueva, de unos seis zorros de ancho. Un pequeño agujero en el techo resplandecía de luz, tan brillante que Carrasca tuvo que entornar los ojos para mirarlo.

—El sol brilla hoy —comentó Hojas Caídas mientras se acercaba a su hombro.

Carrasca se giró hacia él.

—¿Alguna vez sales afuera? ¿Cómo puedes vivir aquí todo el tiempo? Hojas Caídas miró hacia otro lado.

—Esta es mi casa —repitió—. Ahora, ¿puedes regresar a tu lecho?

Carrasca comenzó a caminar de regreso por el túnel, frustrada por no haber ido más lejos. Pero cuando llegó al montón de plumas abolladas, le dolía mucho la pata y se hundió aliviada.

—Puedes intentarlo de nuevo mañana —maulló Hojas Caídas como si pudiera decir que ella estaba sufriendo—. Descansa ahora.

Se volvió para irse, pero Carrasca extendió una pata.

—¡Espera! Estoy aburrida de estar sola. ¿No puedes quedarte y hablar conmigo?

Hojas Caídas la miró con sombríos ojos azules.

—Descansa —maulló—. De esa manera tu pierna se curará más rápido. Te veré de nuevo más tarde.

Se alejó y Carrasca se desplomó sobre las plumas. Deseó que su pata mejorara pronto. Quería escapar del Clan del Trueno, pero una vida en la oscuridad, dependiendo de otro gato para comer y beber, no era lo que había imaginado.



CAPÍTULO 3

El delgado rayo de sol se sintió cálido sobre su pelaje mientras Carrasca cruzaba la cueva y regresaba sobre sus cuatro patas.

—¿Ves? —desafió a Hojas Caídas, que estaba sentado en la entrada—. ¡Como nueva!

Se sentía como si hubieran pasado temporadas enteras antes de que Carrasca pudiera caminar todo el camino a través de la cueva sin cojear, pero Hojas Caídas le aseguró que la luna aún no estaba llena. Él había insistido en que se quedara dentro de la cueva para hacer ejercicio, caminando en círculos hasta que se sintió mareada. Todavía la dejaba sola durante la mayor parte del día y toda la noche, pero Carrasca no quería empezar a vagar por las cuevas sin él. Había tenido suerte una vez; no podía confiar en que Hojas Caídas la encontrara de nuevo.

Hojas Caídas se acercó y olió su pata.

—Si estás diciendo la verdad acerca de no sentir dolor, entonces debe haber sanado.

—¡Por supuesto que estoy diciendo la verdad! —Carrasca protestó. ¿Cómo se atrevía a sugerir que estaba mintiendo? La verdad era lo único que importaba, siempre. «*Pero no me sentí así cuando le conté los secretos de mi Clan en la Asamblea*».

Carrasca apartó de su mente la imagen del rostro horrorizado de Esquiruela.

—¿Podemos explorar ahora? —ella preguntó.

Hojas Caídas trazó una línea en el polvo de piedra con su pata.

—Quieres decir que quieres que te muestre la salida.

—¡No! —Carrasca exclamó—. Quiero que me muestres tu casa. ¿Dónde está la cueva con el río? ¿Qué tan lejos llegan los túneles?

El gato rojizo y blanco la miró sorprendido.

—¿De verdad quieres saber? La mayoría de los gatos quieren salir directamente de aquí.

Había tal dolor en sus ojos que Carrasca sintió una oleada de simpatía.

—No tengo ningún otro lugar a donde ir —maulló suavemente—. Has sido un buen amigo para mí, Hojas Caídas. ¿Por qué querría dejarte ahora?

Hojas Caídas condujo a Carrasca por un estrecho túnel en el lado más alejado de la cueva, hacia una oscuridad tan densa que parecía lamer el pelaje de Carrasca como el agua. El suelo se sentía liso y frío bajo sus patas, y solo se dio cuenta de las paredes a ambos lados cuando las puntas de sus bigotes rozaron contra ellas. Al principio, se sobresaltó demasiado y se lanzó contra la pared opuesta con estrépito, pero pronto aprendió a mover la cabeza un mínimo cuando le hormigueaban los bigotes.

—El túnel se abre aquí abajo —dijo Hojas Caídas por encima de su hombro. Debió haberla oído tropezar de un lado a otro.

Carrasca se dio cuenta de que podía ver el contorno de su compañero contra un tono más pálido de gris. El sonido del agua resonó por el túnel, no exactamente salpicando, sino como un suave murmullo líquido que solo podía ser el río subterráneo. Carrasca empezó a trotar, pasó junto a Hojas Caídas y entró en la enorme caverna. Estaba llena de luz oscura y para Carrasca, después de estar atrapada en la oscuridad durante tanto tiempo, le parecía tan familiar y acogedor como su guarida en la hondonada. Frente a ella estaba el río, dócil y silencioso entre sus orillas de piedra poco profundas, y estaba la cornisa en lo alto de la pared donde Leonado se había jactado de estar.

—Tu hermano y la gata jugaron allí —comentó Hojas Caídas, acercándose a ella.

«*Se refiere a Leonado y Cola Brecina*». Carrasca sintió una punzada de incomodidad. ¿La impresión de Hojas Caídas de los Clanes se basó en gatos escondidos fuera de la vista y rompiendo el código guerrero?

Para cambiar de tema, señaló con la cabeza hacia un túnel al otro lado del río.

—Eso lleva al exterior, ¿no? —Era extraño pensar que una corta caminata la llevaría de regreso al corazón del Clan del Trueno.

—Solía hacerlo —maulló Hojas Caídas—, pero ahora está bloqueado por el barro. ¿Recuerdas ese túnel de allí? Ahí es donde encontraste las cachorras.

Carrasca miró la enorme boca negra, cerca de la orilla del río. Se estremeció al recordar la búsqueda desesperada de las gatas pérdidas del Clan del Viento mientras que, muy por encima de ellos, Estrella de Bigotes y Estrella de Fuego se preparaban para librar la guerra por su desaparición.

—Los túneles no dan miedo una vez que te acostumbras —le aseguró Hojas Caídas—. Te lo mostraré, pero primero debes comer.

Caminó hasta la orilla del río y se detuvo un momento, con la mirada fija en el agua negra que pasaba deslizándose. De repente, una de sus patas delanteras salió disparada y arrojó un tembloroso pez plateado a la roca. Aleteó locamente hasta que Hojas Caídas lo mató con un solo golpe.

—Aquí —maulló, empujándolo hacia Carrasca.

—Eh, ¿no quieres comer tú también? —sugirió Carrasca, rechazando otro pescado para comer. Si hubiera nacido en el Clan del Río, ¿habría elegido morir de hambre!

Hojas Caídas negó con la cabeza.

—No, este es para ti. Comételo; entonces podremos explorar.

A regañadientes, Carrasca se tragó el pescado. Esta vez no sabía tan mal, y cuando bebió del río, el fresco y penetrante olor del agua fue refrescante. Hojas Caídas la estaba esperando en la boca del túnel más oscuro. La llamó con la cola antes de trotar hacia las sombras.

Carrasca lo siguió más lentamente, echando un último vistazo a la cueva a medio iluminar antes de rendirse a la oscuridad.

Podía oír pasos de pata adelante, sonando con confianza en la piedra.

—Pronto se aclarará —le gritó Hojas Caídas.

Carrasca trotó, contenta de sentir algo de calor en sus huesos.

De repente, su nariz rozó algo suave y redujo la velocidad para evitar chocar contra las caderas de Hojas Caídas. Ella olfateó, tratando de fijar su esencia, pero todo lo que podía oler era piedra fría y húmeda. ¿Hojas Caídas había estado en los túneles durante tanto tiempo que había tomado el olor de su entorno?

Hojas Caídas aceleró y Carrasca corrió para seguirle el ritmo. Las paredes del túnel emergieron de las sombras y pudo ver la silueta del gato frente a ella. Carrasca no podía decir de dónde venía la luz y, por una vez, no miró hacia abajo instantáneamente para comprobar dónde estaba poniendo sus patas. Sabía que el suelo era liso y nivelado ahí, ningún guijarro suelto la había hecho tropezar hasta ahora y no había ninguna pendiente pronunciada.

Hojas Caídas se volvió para mirarla, con sus ojos brillando en la penumbra.

—¿Está bien ir un poco más rápido? —maulló. Había una pizca de desafío en su voz.

—¡Por supuesto! —Carrasca respondió.

Su pata lesionada no le dolía en lo más mínimo, y estaba lista para usar los músculos que habían estado quietos durante demasiado tiempo.

Apenas tuvo tiempo de respirar antes de que Hojas Caídas se alejara corriendo. Su pelaje rojizo y blanco fue tragado casi instantáneamente por las sombras más allá del alcance de la pálida luz. Esta vez Carrasca no lo pensó dos veces antes de seguirlo. Sus bigotes temblaron con el esfuerzo de palpar las paredes a ambos lados, y mantuvo su peso bajo sobre sus patas para poder adaptarse a los cambios en el piso del túnel. Comenzó a descender abruptamente, por lo que Carrasca se balanceó hacia atrás hasta que sus patas delanteras hicieron poco más que palpar el camino, manteniéndola en equilibrio sobre sus ancas.

Después de un tiempo, le empezó a doler la pata trasera, pero luego el túnel se aplanó y Carrasca pudo correr a toda velocidad de nuevo. Podía oír a Hojas Caídas delante de ella, y estaba empezando a saber cuándo el túnel se curvaba o golpeaba una pendiente por el sonido de sus patas.

Cuando irrumpieron en una pequeña cueva que estaba llena de luz solar desde una grieta en el techo, Carrasca casi se sintió decepcionada. Los gatos se detuvieron un momento, jadeando.

—¡Eso fue divertido! —Carrasca jadeó.

—¡Lo estás haciendo realmente bien! —Hojas Caídas ronroneó con admiración.

—¡Gracias! —Carrasca miró a su alrededor—. ¿Dónde estamos? Quiero decir, ¿en relación con el exterior?

—Hemos llegado al otro lado de las colinas —explicó Hojas Caídas—. Ese túnel de allí —señaló con la cabeza hacia un espacio en la pared—, conduce hacia afuera si sigues el olor de los árboles cuando llegas a la bifurcación.

Carrasca echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. Hojas puntiagudas de piedra colgaban, rodeadas de delicadas líneas. Un goteo de agua se adhería a cada punta. No conocía el territorio sobre ellos, no si estaba más allá de los límites del Clan. Pero era extraño pensar que cuevas como esa y túneles largos y sinuosos habían estado bajo sus patas todo el tiempo.

—Deberíamos regresar —maulló Hojas Caídas—. No quieres lastimarte la pata. Vamos, vayamos por un camino diferente.

Antes de que Carrasca pudiera protestar que su pata estaba bien, corrió a un túnel lateral.

—¡Espérame! —Carrasca chilló juguetonamente. Corrió hacia la oscuridad, estirando su cuello hasta que su hocico chocó contra el pelo frío —. ¡Te atrapé! —bromeó.

Hojas Caídas chirrió de diversión.

—¡Ya lo veremos! —Alargó el paso y se adelantó.

Carrasca dio un salto hacia adelante, pero un dedo de su pata se atascó en una piedra suelta y tropezó. Recuperó el equilibrio y se detuvo a escuchar. Las patas de Hojas Caídas sonaron débilmente en algún lugar del túnel.

Carrasca se puso en marcha, pero casi de inmediato se estrelló contra la pared porque estaba muy ocupada aguzando el oído en busca de pasos. Hizo una pausa y negó con la cabeza. «¡Atenta!». Enderezó sus bigotes con un movimiento de su pata y comenzó a trotar por el túnel. Definitivamente podía escuchar a Hojas Caídas delante de ella. Una brisa en su rostro reveló un túnel que conducía a un lado. Carrasca instintivamente giró la cabeza para mirar, pero estaba tan oscuro que no pudo ver ningún cambio en las sombras a su alrededor. Luchó contra un pulso de alarma y olfateó el espacio vacío donde comenzaba el túnel lateral. No había rastro de calor o pelo, ninguna señal de que Hojas Caídas se hubiera ido por ahí. Entonces, ¿se había mantenido en el túnel principal? Carrasca aguzó el oído. El silencio la envolvía, pesado como agua llenando sus oídos. Se obligó a caminar hacia adelante y saltó al escuchar el más leve sonido de pasos de patas. Se detuvo, esforzándose por escuchar. Los pasos se habían detenido. Carrasca miró sus patas, aunque no podía verlas. «¡Cerebro de ratón!». Había estado escuchando el eco de sus propios pasos. Estaba completamente sola en la oscuridad.

Un gemido subió a su garganta y tragó para contenerlo. Su pelo se puso de punta y sintió que sus patas comenzaban a temblar. ¿Quizás Hojas Caídas notaría que ella no estaba detrás de él? ¿O asumiría que ella había encontrado un camino de regreso diferente? Había estado corriendo tras él con tanta confianza. Carrasca dio un paso adelante y su cabeza golpeó contra la roca. Tambaleándose, saltó de lado y golpeó su hombro contra la pared opuesta. ¿Se había encogido el túnel? ¿Se estaban cerrando las paredes sobre ella, aplastándola lentamente hasta convertirla en nada?

—¡Carrasca! —Un susurro a su lado hizo que Carrasca casi saltara del susto—. ¿Estás bien? —preguntó Hojas Caídas, acercándose hasta que su hocico tocó sus orejas—. ¿Qué pasó?

—¡No sabía dónde estabas! —estalló Carrasca—. Estaba tan oscuro, y pensé que podía escucharte, ¡pero eran solo mis propios pasos! ¡Entonces golpeé las paredes y pensé que me habías perdido!

—Nunca haré eso, lo prometo —murmuró Hojas Caídas en su oído—. Nunca te perderás aquí, porque me tienes a mí. Vamos, te llevaré de regreso.

Con su cabeza cerca de la de ella, condujo a Carrasca a lo largo del túnel, ralentizando su paso mientras ella cojeaba a su lado. Salieron a la caverna, atravesaron el río y regresaron al túnel donde estaba el lecho de Carrasca. Se derrumbó sobre las plumas, sintiéndose agradecida por su calor contra su pelaje helado. Su pata palpitaba y Hojas Caídas empujó algunas semillas de adormidera hacia ella.

—Cómete estas, te ayudarán a dormir —sugirió. Se giró para irse, pero Carrasca levantó la cabeza.

—¿Puedes... puedes quedarte aquí esta noche? —ella maulló—. No quiero volver a estar sola en la oscuridad. Hay espacio en mi lecho si me muevo.

Hojas Caídas vaciló, luego entró en el círculo de plumas.

—Está bien, solo por una noche —maulló. Se acurrucó junto a ella con cierta torpeza y Carrasca se retorció para darle más espacio.

Las semillas de adormidera estaban funcionando y sus párpados se sentían pesados. Se estiró hasta que su espalda se presionó contra el costado de Hojas Caídas. Por un momento fue como estar de vuelta en la hondonada, compartiendo su lecho con Carbonera. Carrasca respiró profundamente y comenzó a quedarse dormida. Pero justo antes de que la límpida negrura llenara su mente, se estremeció. «*¿Por qué tengo tanto frío?*». No había calor proveniente del pelaje de Hojas Caídas en absoluto. ¿Vivir bajo tierra lo había helado hasta los huesos?



CAPÍTULO 4

—¡Oye! ¡Despierta! ¡Es hora de la patrulla del amanecer!

Carrasca se dio la vuelta y se pasó una pata por los ojos. Hojas Caídas la miraba con la cola enroscada por encima de la espalda.

—¡Vamos, babosa somnolienta! —bromeó.

Carrasca se puso en pie. Había estado soñando que estaba de vuelta en el Clan del Trueno, persiguiendo a una ardilla que se volvía más y más pequeña cuanto más se acercaba. Justo cuando extendió la zarpa para agarrarla, la ardilla se había desvanecido por completo.

Miró más allá de Hojas Caídas para ver la luz amarilla pálida que se filtraba hacia el interior del túnel. El ángulo entre el haz de luz y el techo era más estrecho hoy, lo que significaba que el sol estaba más bajo en el cielo. Carrasca inclinó la cabeza hacia un lado. Ella había estado aquí... ¿Cuántas lunas? Tres o cuatro, al menos. La estación de la caída de la hoja debía estar arrastrándose hacia el bosque exterior, volviendo los árboles dorados y escarchados. Carrasca se preguntó si haría más frío en los túneles. Pinchó su lecho con la pata. Necesitaría encontrar más plumas.

Hojas Caídas se alejaba de ella al trote.

—Tomaré el túnel del páramo hoy —gritó por encima del hombro—. Y puedes comprobar el túnel del bosque.

Se le habían ocurrido nombres para los dos túneles de salida principales que no conducían de regreso al territorio del Clan del Trueno. Nunca entraron en esos túneles; sin decir nada en voz alta, Carrasca sabía que Hojas Caídas estaba tratando de mantenerla distraída de su antiguo hogar. Ella había elegido quedarse con él, así que eso debía ser lo que

quería, ¿verdad? Cuando ella le contó sobre la vida cotidiana en los Clanes, con las patrullas fronterizas y de caza y las ceremonias para aprendices y guerreros, él sugirió hacer lo mismo aquí.

Ahora, cada día comenzaba con una patrulla de los túneles de salida, aunque nunca encontraban nada en los senderos de piedra vacíos, seguido de pesca en el río subterráneo. Carrasca había aprendido a enganchar pececillos con la pata casi tan suavemente como Hojas Caídas, y se había acostumbrado al sabor fuerte y acuoso. Ahora podía correr a través de la oscuridad con confianza, detectando las brisas más leves en sus bigotes y captando los ecos más pequeños del agua que fluía del río para localizar dónde estaba. Cuando patrullaba un túnel de salida, solo llegaba hasta la luz que se derramaba por la boca y se quedaba atrás como si le quemara las patas. Ahora pertenecía a las sombras, escondiéndose de la luz del día y del sonido del viento en los árboles.

Carrasca se estremeció. Tenía refugio, comida y compañía. ¿No era eso más de lo que merecía, después de lo que había hecho? Hojas Caídas era mucho menos exigente que sus antiguos compañeros de Clan; la dejó comer todo el pescado que pescaron juntos, y nunca pasó tanto tiempo con ella para que se cansara de su compañía.

De hecho, a menudo la dejaba sola, especialmente por la noche. Carrasca se preguntó dónde dormía; pensó que ya había explorado todos los túneles, pero nunca había visto señales de otro lecho.

—¡Vamos! —La voz de Hojas Caídas resonó por el túnel y Carrasca echó a correr.

Ella lo alcanzó en la cueva del río y se quedaron uno al lado del otro, mirando el agua. Hoy fluía más rápido y pequeñas olas se derramaban sobre los bordes del barranco de piedra.

—Anoche llovió —explicó Hojas Caídas.

Carrasca sintió un destello de alarma.

—¿Se va a desbordar el río?

Hojas Caídas negó con la cabeza.

—Todavía no. —Se acercó a una esquina y regresó haciendo rodar una gran piedra plana con el hocico. La empujó hasta el borde de la línea húmeda que dejaban las olas—. Usaremos esto como un marcador para ver si el río sube más.

Carrasca pasó la pata por la piedra. Se sentía suave, como un huevo.

—Es una buena idea —comentó.

—Es lo que los garra afiladas me dijeron que hiciera —maulló Hojas Caídas—. Antes de venir aquí para mi iniciación.

Carrasca lo miró con dureza. Hojas Caídas había mencionado una vez antes que se había perdido en los túneles mientras entrenaba para ser un garra afilada, quienes parecían ser lo mismo que un guerrero del Clan. No le diría nada más sobre su Clan o Tribu, o como se llamaran sus parientes.

—Si regresaras ahora —maulló ella suavemente—, serías uno de los garra afiladas más grandes de la historia. Puede que te hayas perdido una vez, ¡pero conoces estos túneles mejor que cualquier gato! Si se supone que encontrar tu camino a través de los túneles te enseña a ser fuerte, valiente e independiente, ¡eres todas esas cosas! ¡Serías un héroe!

Hojas Caídas la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Regresar? —siseó—. ¡No puedo volver! ¿No lo entiendes? ¡Es demasiado tarde! —Temblando de angustia, se dio la vuelta y corrió hacia el túnel que conducía al Clan del Viento, al que llamaban el túnel del páramo.

—¡Espera! —Carrasca llamó, corriendo tras él.

Pero se detuvo cuando llegó al borde de la cueva del río. Todo lo que tenía eran preguntas para Hojas Caídas, y no quería molestarlo más. El pensamiento destelló en su mente de que tal vez ella no sea la única que huyera de un terrible secreto. Nunca le había contado a Hojas Caídas lo que había sucedido con Cenizo; tal vez tenía más en común con su nuevo compañero de lo que pensaba.

Se dio la vuelta y caminó de regreso a través de la cueva. La entrada al túnel del bosque estaba en el otro lado del río, y hoy tomó un salto mucho más grande para llegar al barranco. Carrasca gritó cuando sus patas traseras salpicaron el borde del agua y le rociaron el pelaje del vientre con gotas heladas. Al entrar en el túnel, echó a correr para calentarse.

Las toscas paredes grises de cada lado emergieron de la oscuridad mientras se acercaba a la entrada. El viento soplaba directamente en el túnel, llenando la boca de Carrasca con aromas de hojas secas y pasto quebradizo. Se acercó más hasta que la luz se derramó sobre sus patas. Levantó una y miró su almohadilla con sorpresa. Estaba pálida y dura por las lunas de correr sobre piedra. De repente, Carrasca anhelaba sentir la suave hierba verde bajo sus patas y ver el cielo, vasto y lleno de luz, por encima de ella. Se sintió arrastrada hacia la boca del túnel como si fuera una ramita en un río. «¡Afuera!».

La luz se hizo más fuerte y Carrasca entrecerró los ojos. No era el sol, esta luz era fría y gris, pero era más brillante que cualquier cosa que hubiera visto en mucho tiempo. La entrada al túnel era un círculo de un blanco deslumbrante, demasiado doloroso para mirarlo directamente. De

repente, hubo un estruendo más allá del brillo, el sonido de las ramas crujiendo bajo las pesadas patas. Luego, una andanada de ladridos, mezclada con un chillido agudo. Carrasca hizo una mueca cuando el ruido llegó a sus oídos; estaba acostumbrada al pesado silencio de los túneles. Se encogió contra la pared, demasiado asustada para saber qué camino tomar. Hubo una explosión de pasos de garras en la entrada y una enorme forma oscura irrumpió a través de la luz. Al mismo tiempo, una ola de hedor golpeó la nariz de Carrasca. «¡Zorro!».

El miedo clavó sus patas en el suelo. El intruso chocó contra ella, rebotó en la pared opuesta, luego se volvió y miró por donde había venido, sin darse cuenta de que Carrasca estaba encogida en la esquina. Se asomó una cabeza a través del círculo de luz en la boca del túnel. Una lengua larga y rosada colgaba de unas mandíbulas chorreantes y unas orejas enormes caían a ambos lados de unos ojos amarillos. El zorro dejó escapar un grito y se arrastró hacia atrás, aplastando a Carrasca contra la pared del túnel. Contuvo la respiración, mareada de terror. El perro de la entrada gruñó y dio un paso hacia ellos. Bloqueó la luz de modo que sus rasgos desaparecieron y todo lo que Carrasca pudo ver fue el tenue contorno de sus enormes hombros. El zorro se agachó, llenando la nariz de Carrasca con su pelaje suave y cosquilleante. Ansiaba estornudar pero no podía arriesgarse a que la descubrieran.

Se oyó un grito desde el exterior, una voz profunda de Dos Patas, levantada con ira, y las orejas del perro se movieron. Un momento después, se echó hacia atrás y Carrasca entrecerró los ojos para ver al Dos Patas sujetando el collar del perro con una zarpa rosada y gruesa. El perro gimió mientras se lo llevaban. El zorro se relajó, dándole a Carrasca el espacio suficiente para deslizarse suavemente hacia atrás. Era solo un cachorro, no más alto que ella, y su pelaje olía a leche y tierra de su guarida.

De repente, Carrasca escuchó un susurro feroz.

—¿Qué está pasando? ¿Estás bien? —Hojas Caídas estaba de pie junto a la curva del túnel. Ella corrió hacia él. Sus ojos brillaban como lunas en la penumbra.

—¡Ten cuidado! —Carrasca siseó—. ¡Hay un zorro detrás de mí! ¡Corre!



CAPÍTULO 5

Carrasca metió la nariz debajo de la cola y trató de acallar el ruido que se filtraba por los túneles hacia su lecho. El cachorro de zorro todavía estaba en algún lugar subterráneo, gimiendo en la oscuridad. ¿Por qué no se había ido? ¿Tenía miedo de que el perro lo estuviera esperando? Carrasca olfateó y se hundió más profundamente en las plumas. El gemido agudo se abrió paso, molestándola como espinas.

Carrasca se sentó. «*¡Por el amor del Clan Estelar, cállate!*». No había forma de que pudiera dormir con este ruido. Saltó de su lecho y caminó por el túnel hasta la cueva del río. Estaba lleno de agua gris pálida por la luz de las estrellas. Hojas Caídas estaba sentado al borde del agua.

—¿Puedes oír al zorro? —Carrasca preguntó con irritación.

Hojas Caídas se encogió de hombros.

—Encontrará la salida eventualmente.

—¡Pero me mantiene despierta! —Carrasca se quejó. «*¿No es necesario para Hojas Caídas dormir también?*».

El zorro dejó escapar un grito fuerte, como si pudiera oírlos hablar. Carrasca sintió una oleada de lástima. Sabía lo que se sentía estar perdido y asustado en la oscuridad.

—Tal vez debería ir a buscarlo —murmuró.

Hojas Caídas la miró con sorpresa.

—¡Pero es un zorro!

—Es un bebé —respondió—. No dejarías un cachorro aquí abajo, ¿verdad?

—Un cachorro no intentaría comerme —señaló Hojas Caídas.

—Soy demasiado bocado para ese cachorro —le aseguró Carrasca, esperando que fuera cierto.

El zorro olía fuertemente a leche, lo que significaba que probablemente aún no estaba comiendo carne fresca. Y ciertamente no se había dado cuenta de que estaba encima de una presa cuando el perro lo persiguió hasta el interior del agujero. Sacudió su pelaje y se dirigió hacia el túnel del bosque.

—Realmente no lo vas a buscar, ¿verdad? —Hojas Caídas sonaba asombrado.

—Sí, sí eso significa que puedo dormir un poco —maulló Carrasca—. Si no he vuelto al amanecer, ven a buscarme, ¿de acuerdo? —añadió, bromeando a medias.

—Por supuesto —respondió Hojas Caídas sombríamente.

La oscuridad se sentía aún más sólida que de costumbre, y Carrasca luchó contra el impulso de dar media vuelta y huir de regreso a la cueva del río. Los gemidos del cachorro de zorro resonaron en las paredes, confundiendo sus sentidos y desorientándola. Hizo una pausa cuando sintió el aire frío soplar en un lado de su cabeza. Había una abertura a otro túnel aquí; ¿se había ido el cachorro por ahí? Escuchó por un momento. Hubo un pequeño ruido de raspado, como si almohadillas blandas se arrastraran contra la piedra. Si el zorro realmente hubiera bajado ahí, estaría realmente atascado, porque ese túnel en particular se hacía cada vez más estrecho hasta que terminaba abruptamente en una caída de rocas. Lo que significaba que si Carrasca seguía al cachorro, podría quedar atrapada en un callejón sin salida...

Carrasca respiró hondo y entró en el túnel. Casi de inmediato, el zorro dejó escapar un chillido como si la hubiera oído acercarse.

—¡Está bien, no te voy a hacer daño! —Carrasca llamó a la oscuridad.

Se oyó un rápido sonido de arañazos y una oleada de miedo con olor a zorro rodó por el pasillo hacia ella. Carrasca se recordó a sí misma que se trataba de un joven perdido y asustado, por lo que no corría ningún peligro.

Ella se acercó más.

—Shh, no tengas miedo —murmuró.

El escarbar se detuvo y Carrasca supuso que el zorro estaba presionado contra el desprendimiento de rocas sin ningún otro lugar adonde ir. Dejó escapar el más mínimo gemido.

—Pobre cosita —maulló Carrasca, como si estuviera consolando a una cría—. ¿Te perdiste?

Dio otro paso hacia adelante y su hocico chocó contra un pelaje suave y de olor fuerte. Tratando de no vomitar, Carrasca le dio una lamida. El zorro se tensó, rígido como una roca, luego se relajó mientras seguía lamiendo. Sintiendo más audaz, Carrasca se acercó a donde supuso que estaba la cabeza del cachorro. Su nariz tocó la punta de una oreja suave como una pluma.

—Está bien, estás a salvo ahora —susurró entre lamidas.

La cabeza del cachorro se inclinó hasta que se apoyó contra el pecho de Carrasca. Sintió el leve cosquilleo de sus bigotes cuando metió la barbilla debajo de las patas delanteras. Carrasca se acercó más hasta que su cuerpo estuvo acurrucado alrededor de la mayor cantidad de zorro que pudo alcanzar. Podía sentir su respiración ralentizándose y volviéndose más estable. Dejó de lamer y apoyó la cabeza en el cuello del zorro.

—Duerme, pequeño —murmuró.

Se apretó contra el pelaje frío a su lado, esperando que algo de su calidez se filtrara. Se le pasó por la cabeza que ninguno de sus antiguos compañeros de Clan creería que había dormido junto a un zorro. Pero ella ya no estaba en el Clan, y este cachorro la necesitaba, al igual que una cría necesita a su madre. Carrasca movió la cabeza a una posición más cómoda y cerró los ojos.

La despertó algo que le pellizcó la pata delantera. ¿Hojas Caídas estaba llamando su atención mordiéndola? Carrasca abrió los ojos a una tenue luz gris. Una forma se cernió sobre ella, y cuando bajó la mirada a su pata vio pequeños dientes blancos hundiéndose en su pelaje.

—¡Ouch! —gritó, luchando para liberarse.

El cachorro de zorro inclinó la cabeza hacia un lado y la miró.

—¡Yip!

Carrasca retrocedió. El cachorro era más grande de lo que recordaba, dos veces más ancho que ella en sus hombros, y sus dientes eran pequeños pero definitivamente afilados.

—Okaaay —maulló, dando otro paso hasta que estuvo a salvo fuera de su alcance—. Vamos a sacarte de estos túneles.

El zorro se puso en pie de un salto, llenando el espacio. Carrasca se preparó. No había señales de que el cachorro pensara que era una presa; de hecho, parecía como si quisiera jugar. Dejó escapar otro ladrido agudo y saltó sobre sus patas delanteras. Carrasca se volvió y miró por encima del hombro. Iba en contra de todos sus instintos tener al zorro detrás de ella,

porque ahora se sentía como si la estuvieran persiguiendo. «*No eres perseguida, sino seguida*», se dijo a sí misma con firmeza.

—¡Vamos! —maulló ella.

Dio unos pasos hacia adelante. El zorro corrió tras ella, luego se detuvo y gimió. Carrasca miró el túnel que tenía delante. Se desvaneció en la oscuridad, en comparación con la pálida luz que llenaba esta sección.

—Está bien —le dijo al cachorro—. Esta es la salida, lo prometo. —Caminó hacia las sombras, pero el zorro se quedó donde estaba. Hubo un golpe suave y Carrasca se dio cuenta de que se había sentado. Suspirando, se volvió y se apretó a su lado—. Levántate —instó, empujando el costado del cachorro con el hocico—. ¡No puedes quedarte aquí!

Ella golpeó sus ancas con su pata y el zorro saltó con un grito. Carrasca le dio otro empujón con la nariz.

—Vamos, estaré a tu lado. —El cachorro dio un paso cauteloso y Carrasca se mantuvo cerca, presionando contra su flanco—. ¡Así es! —ella maulló.

Lentamente, avanzaron poco a poco a lo largo del túnel. El zorro se detuvo en seco cuando llegaron al cruce con el túnel del bosque, pero Carrasca le dio un empujón, lo empujó y lo alentó a la vuelta de la esquina hasta que pudieron sentir la brisa del exterior en sus caras. El zorro dejó escapar un grito de alegría y echó a correr. Con demasiada confianza, se estrelló contra la pared opuesta y se sentó con un golpe, gimiendo. Carrasca corrió hacia adelante y lamió el hocico del zorro. No podía saborear la sangre, por lo que no estaba gravemente herida.

—¡Cosita tonta! —lo regañó—. Quédate a mi lado hasta que puedas ver, ¿de acuerdo?

Sabía que el zorro no podía entender lo que estaba diciendo, pero aun así caminaba más lentamente mientras doblaban la curva del túnel. La luz gris se derramó delante de ellos, dolorosamente brillante como antes. El zorro parpadeó y gimió, frotándose los ojos con una pata delantera.

—Es porque has estado en la oscuridad por un tiempo —explicó Carrasca—. ¡Sigue adelante; ya casi has llegado! —Se acercó y lamió las orejas del cachorro, y una imagen de Esquiruela haciéndole lo mismo irrumpió en su mente. Se había caído en un charco y su madre la había llevado rápidamente a la maternidad para secarla. *Su madre*. De repente, Carrasca extrañaba a Esquiruela con un dolor físico.

El zorro se levantó de un salto y siguió trotando. Cogió velocidad a medida que sus ojos se acostumbraban a la luz, y Carrasca se quedó atrás, resistiendo el impulso de permanecer presionada contra su cálido pelaje. El

cachorro no pertenecía ahí. Necesitaba estar de vuelta con su madre, en su guarida en el bosque. De repente, el cachorro se detuvo, justo en la entrada. Volvió a mirar a Carrasca y dejó escapar un ladrido interrogativo.

Carrasca negó con la cabeza.

—No puedo ir contigo, pequeño —maulló—. Esta es mi casa. —Las palabras se atascaron en su garganta como un trozo de carne fresca.

Hubo un fuerte grito desde más allá de la boca del túnel. La cabeza del cachorro giró, sus orejas se erizaron. Dejó escapar un aullido y hubo otro ladrido, confiado y alegre.

—Esa es tu madre, ¿no? —Carrasca susurró.

El cachorro saltó hacia adelante y desapareció en el círculo de blancura. Carrasca se arrastró por el túnel hasta que pudo ver los árboles afuera. El túnel se abría a un bosque muy parecido al territorio del Clan del Trueno, con una mezcla de árboles y una densa maleza. La luz se estrelló contra los ojos de Carrasca y los entrecerró tanto como pudo. Sus oídos resonaban con el crujir de las hojas, el canto de los pájaros y el trueno de las patas mientras el cachorro y la madre zorra corrían uno hacia el otro. Parpadeando, Carrasca observó cómo chocaban en un revoltijo de pelaje rojizo. El cachorro dejó escapar una andanada de gritos emocionados cuando su madre lo envolvió, olfateando cada parte de su pelaje.

—Estás a salvo ahora —murmuró Carrasca, tratando de ignorar el nudo de tristeza en su pecho—. Estás de vuelta a donde perteneces.

La visión del cachorro golpeando el vientre de su madre en busca de leche se mezclaba con imágenes de Carrasca retorciéndose con sus compañeros de camada en la maternidad del Clan, bañada en reconfortantes aromas de comida. *«Entonces era feliz, antes de saber la verdad —pensó—. Pero esa vida se acabó ahora».*



CAPÍTULO 6

La caída de la hoja se había posado sobre el bosque y el suelo estaba cubierto por una capa de hojas quebradizas de color rojo y naranja. Mientras Carrasca observaba desde la boca del túnel, la brisa arrebató otra ráfaga de hojas de un haya y las colgó en el aire antes de dejarlas flotar hasta el suelo. Una voz detrás la hizo saltar.

—¿Estás buscando al cachorro?

Carrasca se dio la vuelta, su pelaje pinchaba por culpa.

—¡Hojas Caídas! ¿Cuánto tiempo has estado ahí?

—El tiempo suficiente para ver cuánto quieres estar ahí —maulló el gato rojizo y blanco.

Carrasca se quedó a un lado, dejando espacio para que él se uniera a ella en la entrada, pero Hojas Caídas se quedó dónde estaba, con las patas ocultas en la sombra.

—¿Esperas que el cachorro regrese? —bromeó Hojas Caídas, pero su voz sonó hueca en el túnel resonante.

—Por supuesto que no —maulló Carrasca—. Sé que pertenece allí, en el bosque, con su madre.

—¿Y qué hay de ti? —Hojas Caídas presionó suavemente—. ¿Pertenece ahí fuera, con tu familia?

Carrasca apartó la cara.

—No tengo familia —gruñó.

—Todos tenemos familia —suspiró Hojas Caídas.

—¿En verdad? Entonces, ¿dónde están tus parientes? —Carrasca lo desafió—. Dices que vienes de un grupo grande de gatos, pero ¿qué les pasó? Nunca hemos visto rastros de otros gatos viviendo cerca de aquí.

Hojas Caídas miró sus patas.

—Se fueron —susurró.

—¡Entonces vamos a buscarlos! —Carrasca declaró—. Debe haber algunas señales de adónde se han ido.

Para su sorpresa, los ojos de Hojas Caídas se abrieron con horror.

—¡No! ¡Debo quedarme aquí! Si me voy, ¿cómo sabrá mi madre dónde encontrarme? Ella vendrá por mí algún día. Sé que lo hará.

Carrasca luchó contra un arranque de impaciencia.

—¡Pero podríamos encontrarla primero! Ven conmigo. Te cuidaré.

—No necesito que me cuiden —siseó Hojas Caídas—. Solo necesito quedarme aquí. Ve si quieres. No puedo irme. —Se volvió y se adentró en la oscuridad.

Carrasca lo miró fijamente, sintiéndose desdichada. Tantas cosas que dijo no tenían sentido. ¿Por qué no había venido su madre a buscarlo antes? Debió haberlo visto entrar en los túneles, entonces, ¿por qué no empezó a buscarlo tan pronto como él no salió? Pero Hojas Caídas nunca dio una respuesta directa. Parecía decidido a ser lo más misterioso posible y, a veces, Carrasca se preguntaba si incluso quería compañía en su casa subterránea. «*Bueno, no tengo que quedarme aquí con él*». Levantó la cabeza y dejó que los aromas del bosque se deslizaran por su hocico: tierra, hojas, ardilla y el olor almizclado de un campañol escondido entre unos troncos de pino... ¿Qué estaba haciendo, acechando en los túneles cuando podía estar viviendo afuera, donde pertenecía?

Carrasca corrió tras Hojas Caídas. Cuando ella irrumpió en la cueva del río, él estaba acurrucado debajo del saliente rocoso con la nariz metida debajo de la cola. Sin embargo, no estaba dormido; sus ojos estaban muy abiertos, brillando a la luz gris pálida.

—Me salvaste la vida —espetó Carrasca, deteniéndose frente a él—. Y siempre estaré agradecida por eso. Pero estás en lo correcto. Necesito estar al aire libre, comer ardillas y ratones en lugar de peces, donde pueda ver el cielo y sentir el viento en mi pelaje...

—Entonces vete —la interrumpió Hojas Caídas—. Nadie dijo que tenías que quedarte aquí.

Carrasca lo miró fijamente. ¿Le importaba tan poco ella que ni siquiera intentaría que se quedara? Bueno, ¡ella tampoco lo necesitaba!

—Bien —espetó—. Solo pensé en hacerte saber que me voy a ir en caso de que te preguntes dónde estoy.

Hojas Caídas se encogió de hombros y volvió a pasar el extremo de la cola por la nariz. Carrasca tuvo la clara sensación de que la habían despedido. Tratando de no sentirse herida, se volvió y regresó al túnel del bosque. Caminó lentamente al principio, medio esperando que Hojas Caídas viniera corriendo detrás de ella, rogándole que cambiara de opinión. Pero las sombras detrás de ella permanecieron obstinadamente en silencio.

El viento era más frío de lo que recordaba Carrasca, pinchándole el pelaje a pesar de que trató de permanecer al abrigo de los troncos más anchos. La luz se estaba desvaneciendo y las sombras se extendían desde la base de cada árbol, pero de alguna manera esta oscuridad era menos cómoda que estar en los túneles y Carrasca se encontró tropezando con cada ramita caída y grupo de musgo. Apretando los dientes, se abrió camino hacia un denso matorral de zarzas. ¿Las espinas siempre habían arrastrado su pelaje así? ¿Y los árboles sin hojas siempre habían sido tan ruidosos mientras golpeaban sus ramas juntas? Las orejas de Carrasca estaban demasiado llenas para captar los movimientos de cualquier presa, y su vista estaba extrañamente borrosa cuando trató de mirar más allá de un zorro de distancia. Seguía diciéndose a sí misma que eso era lo mismo que el territorio del Clan del Trueno, pero no lo era en absoluto, en realidad: no había marcadores de olor familiares o caminos a través de los arbustos, no había señales de que los gatos hubieran estado ahí antes.

Carrasca se abrió paso hasta el centro de las zarzas y giró en círculos junto al nudo de troncos hasta que hubo despejado un espacio pequeño y aproximadamente circular. Arañó la hierba seca para hacer un lecho en el que acostarse, luego se acurrucó y metió el hocico debajo de la cola. Su estómago gruñó, recordándole que no había comido desde su «caza» matutina en el río subterráneo, pero no había posibilidad de atrapar ninguna presa esa noche. Carrasca presionó su espalda contra el grupo de troncos de zarzas, deseando que fuera Hojas Caídas a su lado. A pesar de que nunca emitió ningún calor, había sido extrañamente amigable en las raras noches en que había compartido su lecho. «¿*Lamenta haberme dejado ir?*».

Carrasca se despertó antes del amanecer, demasiado hambrienta para dormir más. Salió arrastrándose de las zarzas y olfateó el aire. El olor a lluvia se lo llevó el viento y se estremeció. Su guarida espinosa no sería completamente impermeable, por lo que tendría que encontrar algunas hojas grandes para tejer en los tallos inmediatamente por encima de su cabeza. Pero primero tenía que cazar. La luz lechosa se filtraba a través de las ramas, lo suficiente para revelar un pequeño rastro de huellas a través del mantillo de hojas debajo de un árbol de haya. Carrasca se dejó caer en cuclillas como cazadora, con los músculos rígidos y protestando después de lunas de no haber sido utilizados. Caminó hacia adelante, dando un paso ligero mientras se esforzaba por escuchar el leve crujido revelador de la presa. En la base del tronco, se movió una hoja y asomó la punta de una cola suave y marrón. Carrasca saltó y aterrizó de lleno en la espalda del ratón, matándolo con un rápido mordisco en el cuello.

Sabía cómo carne fresca del Clan Estelar. Carrasca comió donde estaba agachada, saboreando cada bocado. Su vientre retumbó en agradecimiento y casi de inmediato se apretó de dolor. Carrasca siseó entre dientes. Había pasado mucho tiempo desde que había comido tanto. Quizás debería haber guardado la mitad del ratón para más tarde, en su propia pila de carne fresca. Levantó la cabeza, buscando el mejor lugar para guardar sus capturas. Luego se encogió de hombros. Si solo se estaba alimentando a sí misma, ¿cuál era el punto de almacenar presas? Cazaría y comería cuando tuviera hambre, eso es todo. Como lo haría un proscrito...

Carrasca se puso de pie y trotó rápidamente entre los árboles. Ella no era una proscrita, ¿verdad? Era una gata de Clan sin Clan, eso es todo. No proscrita, ni solitaria o, no lo quiera el Clan Estelar, una minina doméstica. Ninguno de esos. «*Una asesina*», susurró una vocecita dentro de su cabeza, pero Carrasca aplanó sus orejas y la ignoró, corriendo mientras el suelo se inclinaba hacia arriba. Con la cabeza gacha, no se dio cuenta de que el bosque se estaba ralentizando hasta que el viento le azotó el pelaje de repente. Sobresaltada, miró hacia arriba para ver que estaba casi en la cima de la cresta. Solo unos pasos más la llevarían a la cima, y podría mirar hacia el lago y su antiguo hogar.

Sus patas se quedaron pegadas a la hierba. Carrasca sintió que sus oídos se esforzaban por escuchar cualquier sonido de gatos: sus antiguos compañeros de Clan en una patrulla fronteriza, tal vez, o los gatos del Clan del Viento en busca de un conejo. No escuchó nada más que el viento silbando sobre la cresta y descendiendo en picado para sacudir los árboles debajo de ella. Casi sin pensarlo, Carrasca empezó a retroceder. Parte de

ella anhelaba escuchar los distintivos sonidos de los gatos del Clan del Trueno y correr sobre la cresta para unirse a ellos; otra parte temía que pudieran estar buscándola para castigarla por la muerte de Cenizo. ¿Hojarasca Acuática o Leonado y Glayo habrían revelado la verdad a estas alturas? No había forma de que lo supiera, porque nunca podría regresar. Dándose la vuelta, Carrasca corrió cuesta abajo y se hundió en los árboles que la protegían.

Unos días después llegó la primera nevada. Carrasca abrió los ojos para encontrar su guarida de zarzas llena de una extraña luz turbia. Se abrió paso y chilló cuando un grupo de escarcha brillante cayó sobre su cuello. Ella la sacudió de mal humor y saltó lejos de las ramas restantes. Sus patas se hundieron en la suave nieve blanca y al instante se enfriaron hasta los huesos. Carrasca siseó en voz baja mientras saltaba a la rama caída más cercana, donde solo se había asentado una capa de copos. El musgo estaba viscoso debajo de sus patas, pero al menos pudo quitar la materia blanca adherida. Tendría suerte si pescara algo para comer hoy; todas las presas quedarían enterradas bajo una cálida capa de hojas. En el Clan, Estrella de Fuego se habría abastecido de carne fresca en un agujero fuera de la hondonada, donde la tierra fría la mantendría fresca. El estómago de Carrasca retumbó al pensarlo, y frunció el labio, molesta consigo misma por no estar mejor preparada.

Estaba a punto de saltar de la rama e intentar encontrar algo para comer cuando notó un rastro de huellas de patas que se alejaban entre los árboles. Eran más grandes que las de ella, pero pequeñas para un perro que pasaba. El pelo le picaba en la nuca de Carrasca. Con un siseo de disgusto, hundió las patas en la nieve y fue a mirar más de cerca. Más que el tamaño y la forma de las impresiones, el olor distintivo le dijo quién había caminado por este camino: ¡Un zorro! Un zorro joven, a juzgar por sus pequeñas patas, y ¿era solo su imaginación, o Carrasca reconoció el olor persistente?

«¡Sí!».

¡Era el cachorro que había rescatado!

El corazón de Carrasca comenzó a latir más rápido. En ese momento, la perspectiva de volver a ver al pequeño cachorro la llenó de más emoción que la idea de encontrar comida. Siguió el rastro, saltando con cuidado junto a las vías para no mancharlas. Atravesaron los árboles, se dirigieron a

lo largo del borde de la cresta antes de girar hacia abajo hacia un denso bosquecillo de pinos. A Carrasca le dolían las patas de saltar a través de la nieve, y se hacía más profundo cuanto más bajaba la colina, pero no iba a darse por vencida ahora. El olor del cachorro se había vuelto más fuerte y las huellas eran aún más claras, como si acabara de caminar por ese camino.

Los pinos se abrían en un pequeño claro donde la nieve estaba raspada y amontonada entre profundas marcas de garras y plumas teñidas de escarlata. Carrasca arrugó la nariz cuando el olor a sangre llenó el aire. El zorro debe haber matado una paloma ahí, decidió, estudiando las anchas plumas grises. Sintió un destello de orgullo, como si ella misma hubiera sido la mentora del cachorro.

Hubo un ruido detrás de ella y el olor penetrante la inundó con más fuerza que nunca. Carrasca se volvió y un ronroneo le subió a la garganta. El cachorro estaba de pie en el borde del claro, mirándola. Tenía las orejas erguidas y la punta de su cola tupida rozaba la nieve. ¡Ese era definitivamente su zorro! Se estaba convirtiendo en un macho apuesto, su pelaje sobresalía contra la nieve casi tan escarlata como la sangre de la paloma.

—¡Hola! —Carrasca maulló—. ¿Me recuerdas?

Con un gruñido, el zorro saltó hacia ella. Los dientes amarillos chasquearon en el aire donde había estado el cuello de Carrasca, un segundo después de que ella retrocediera. Se estrelló contra un pino y se dio la vuelta para trepar por el tronco, con la criatura mordiendo apenas a un bigote de sus patas. El árbol estaba rodeado de musgo hasta la mitad y las garras de Carrasca perdieron su agarre; se deslizó hacia abajo, sintiendo que las ramas le pinchaban las costillas y los flancos, y el cachorro se levantó de un salto, aullando de hambre y emoción. Carrasca clavó sus garras en la corteza y logró detener su caída justo cuando los dientes se cerraron sobre el pelaje al final de su cola. Ella se soltó y trepó a las ramas más altas, el miedo la impulsó hacia arriba. Debajo de ella, el cachorro gruñó de frustración.

Carrasca se acurrucó en una rama delgada que se balanceaba bajo su peso. Miró hacia abajo a través de las agujas de pino verde oscuro y observó al zorro dando vueltas muy por debajo. «*Por supuesto que no me recuerda. ¡No soy más que una presa!*». Carrasca hundió sus garras en la rama, cerró los ojos y esperó a que su corazón dejara de intentar abrirse camino fuera de su pecho.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba oscuro. El miedo y la huida debían haberla agotado lo suficiente como para dormir en su incómoda rama. El bosque estaba en silencio, y todo lo que podía oler era nieve y el olor punzante de piña. El cachorro se había ido hace mucho. Sobre los árboles, una luna llena de plata flotaba en el cielo, rodeada de estrellas deslumbrantes. El bosque estaba bañado por una luz blanca y nítida, y Carrasca podía ver todo el camino hasta la cima de la cresta. Por otro lado, los cuatro Clanes se reunirían en la isla para la Asamblea. ¿Se mencionaría su nombre? ¿Algún gato se preguntó alguna vez qué le había pasado? Carrasca sintió una oleada de miseria tan intensa que casi perdió el agarre de la rama. Cuando se hundió de forma alarmante debajo de ella, recobró el sentido y se deslizó por el tronco hasta el suelo nevado.

Sentía un dolor agudo en el estómago y, mientras Carrasca caminaba de regreso entre los árboles, se detuvo junto a un grupo de milenrama que se había protegido de la nieve para comer algunas hojas. Pero el dolor en su interior persistió, y Carrasca supo que era más que hambre: era soledad, arrepentimiento y tristeza. Solo había un lugar al que podía ir. Esponjando su pelaje contra el frío glacial, Carrasca comenzó a caminar cuesta arriba por la pendiente.

Cuando llegó, amanecía, iluminando las sombras proyectadas por los árboles a la luz de la luna y despertando el canto de algunos pájaros. Carrasca se tambaleó en los últimos pasos y se detuvo en la entrada, jadeando por respirar. El túnel se abría ante ella, cálido, oscuro y acogedor.

—¡Hojas Caídas! —llamó mientras se sumergía en el interior—. Hojas Caídas, ¿estás ahí?



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.



CAPÍTULO 7

Carrasca durmió durante dos días completos después de su regreso. Hojas Caídas le trajo pescado para comer cuando la removió brevemente, y algunas hierbas que no reconoció para la tos molesta que se desarrolló tan pronto como estuvo fuera del viento constante. Su lecho estaba donde lo había dejado, pero más suave y profundo de lo que recordaba.

—Añadí más plumas —admitió Hojas Caídas con timidez—. En caso de que volvieras. —Luego trepó delicadamente a su lado y acurrucó su cuerpo frío alrededor del de ella mientras volvía a dormirse.

Finalmente se despertó con la cabeza más despejada, sintiéndose hambrienta e inquieta. La luz amarilla se filtró en el túnel, insinuando la luz del sol afuera. Carrasca estaba sola en su lecho, pero Hojas Caídas apareció casi de inmediato, llevando un pececillo.

—Toma, come esto —le instó, dejándolo caer a su lado.

No sabía tan bien como los ratones y las ardillas del bosque —nada volvería a saber tan bien, sospechaba Carrasca—, pero lo tragó obedientemente y sintió que la fuerza volvía a sus patas.

Hojas Caídas se sentó junto a su lecho y miró.

—Volví a ver al cachorro de zorro —anunció Carrasca mientras limpiaba los últimos rastros de pescado de sus bigotes.

Hojas Caídas pareció sorprendido.

—¿Estás seguro de que era el mismo?

—Definitivamente. Reconocí su olor de inmediato.

—¿Te reconoció? —preguntó Hojas Caídas.

Carrasca miró sus patas y negó con la cabeza. Se sentía estúpida y avergonzada de admitir lo que había hecho, pero esperaba que Hojas Caídas no la juzgara con demasiada dureza.

—Me vio como una jugosa presa —maulló en voz baja—. Acabo de escapar.

Sintió algo suave en su oído cuando Hojas Caídas la tocó con la punta de su cola.

—Lo siento mucho. ¿Le salvas la vida y él te paga así? Honestamente, ¡algunos animales no tienen gratitud!

Había una nota de diversión apenas reprimida en su voz y Carrasca miró hacia arriba para ver sus ojos brillando con humor.

—Supongo que fue un poco tonto pensar que me recordaría —admitió.

—¡Solo un poco! —Hojas Caídas explotó—. ¿Qué pensaste que pasaría? ¿Qué te llevaría a su guarida para conocer a su madre?

Carrasca se encogió de hombros.

—Estaba tan sola —murmuró—. Solo quería un amigo.

En un instante, Hojas Caídas se agachó a su lado, presionando su pelaje contra el de ella.

—Y tienes un amigo —insistió—. Aquí mismo. Ahora, he sido terriblemente perezoso haciendo patrullas mientras estabas fuera. ¿Deberíamos comenzar con una revisión de los túneles, en caso de que el cachorro piense en seguirte, y luego ver si puedes recordar cómo pescar un pez?

Más tarde, cuando los agujeros en el techo estaban oscuros y las patas de Carrasca le dolían por correr sobre la piedra, se acostó en su lecho de plumas y sintió que el dolor de la soledad se aliviaba. Dejó escapar un ronroneo y Hojas Caídas se agitó a su lado.

—¿Qué estás pensando? —murmuró.

—Qué estoy feliz de haber regresado —respondió Carrasca con sinceridad—. No estoy hecha para vivir sola, supongo.

Hojas Caídas le lamió la oreja.

—Me alegro de que hayas vuelto también.

Carrasca se giró para mirarlo.

—¿Alguna vez piensas en los gatos que dejaste?

—Todo el tiempo —Hojas Caídas maulló suavemente—. Pero ha pasado tanto tiempo, no recuerdo tanto.

Carrasca parpadeó. Había estado alejada del Clan del Trueno durante varias lunas, pero no se había olvidado de nada.

—¿Cuántas temporadas has estado en los túneles?

Hojas Caídas se encogió de hombros y volvió la cara.

—Más de lo que puedo contar. Pero ya es demasiado tarde para cambiar algo.

Carrasca sabía que no debía sugerirle que volviera a buscar a su antigua comunidad. En cambio, se acomodó más cómodamente contra su flanco y le pidió:

—Háblame de tu familia. Debes recordarlos.

—Mi madre se llamaba Sombra Rota. Ella era muy amable y hermosa. Ella... ella no quería que yo entrara en los túneles. Creo que sabía que pasaría algo malo.

—¿No podría detenerte? —preguntó Carrasca.

—No si iba a ser un garra afilada —respondió Hojas Caídas—. Eso es lo que quería, más que nada. —Se apagó, sonando dolorosamente triste. Luego se sacudió—. Eso es un largo camino en el pasado. ¿Qué hay de tu madre? ¿Le dijiste que abandonabas el Clan?

Carrasca comenzó a cortar una de las plumas con su garra.

—No exactamente —murmuró.

Hojas Caídas se puso rígido.

—¿Quieres decir que no tiene idea de dónde estás? ¿Y si cree que estás muerta?

—Probablemente sea mejor si lo cree —susurró Carrasca. Mientras hablaba, se preguntó a qué gata se refería: Hojarasca Acuática, su verdadera madre; o Esquiruela, la gata que la había criado—. Es complicado —confesó—. Yo... tengo dos madres.

Detrás de ella, sintió que Hojas Caídas aguzaba sus oídos.

—¿Dos?

—Mi verdadera madre, Hojarasca Acuática, es una curandera. Se supone que no debe tener cachorros, pero se escapó con Corvino Plumoso del Clan del Viento, y cuando regresó, nos dio a luz a mis hermanos y a mí. Para ocultar lo que había hecho, nos dio a su hermana, Esquiruela, quien fingió que éramos sus hijos. ¡Incluso el compañero de Esquiruela, Zarzoso, pensó que era nuestro padre!

Hojas Caídas se quedó en silencio por un momento. Luego preguntó:

—¿Crees que Esquiruela te amaba?

—Oh, sí —maulló Carrasca—. Quiero decir, ella se preocupaba por nosotros todo el tiempo, al igual que las otras reinas en la maternidad.

¡Pero ella nos mintió! Solo nos dijo la verdad cuando otro gato la obligó a hacerlo.

—¿Qué pasó con... Hojarasca Acuática, no? ¿Cómo actuó ella contigo?

Carrasca suspiró.

—Ella siempre se interesó por nosotros, pero pensé que era porque Esquiruela era su hermana. Fui su aprendiz por un tiempo, en la guarida del curandero, pero luego decidí entrenarme como guerrera. Me gustó trabajar con ella; simplemente no era lo que quería hacer por el resto de mi vida.

—¿Y Hojarasca Acuática sabe que descubriste la verdad? —preguntó Hojas Caídas.

—Sí —maulló Carrasca, haciendo una mueca al recordar su último y furioso enfrentamiento con la curandera del Clan del Trueno—. Yo... le dije que se merecía morir por lo que había hecho, pero dijo que el peor dolor de todo era tener que vivir con eso. —Carrasca dejó de hablar y miró las astillas de pluma a sus patas.

—Me parece —comenzó con cuidado Hojas Caídas—, que esas dos gatas te amaban mucho. ¿Quizás dos madres son mejores que ninguna? Y sea lo que sea lo que hiciste antes de venir aquí, ambas deben esperar que estés viva y a salvo.

—Supongo —admitió Carrasca. Empujó las astillas de plumas fuera del lecho—. ¿Pero cómo pueden vivir con todos estos secretos? ¡La verdad es todo lo que importa!

—No siempre —maulló Hojas Caídas—. Quizás esas gatas creían que estaban haciendo lo correcto por ti y tus hermanos. No puedes castigarlas por amarte demasiado, Carrasca.

Le dio unas palmaditas en el hombro con la pata y Carrasca volvió a tumbarse. No podía negar que Hojas Caídas tenía razón: Esquiruela y Hojarasca Acuática la habían amado. Pero todo se había complicado por los secretos y las mentiras, y por el hecho de que Carrasca había matado a Cenizo para evitar que se lo contara a todo el mundo. *«Pero luego me di cuenta de que nunca permanecería en secreto, así que se lo conté a todos los Clanes en la Asamblea»*. La muerte de Cenizo había sido en vano, y Carrasca no tuvo más remedio que irse.

* * *

Afuera, el clima se volvió aun más frío. Había menos peces en el río subterráneo, por lo que Carrasca hizo incursiones en el bosque, dejando los túneles lo suficientemente tiempo para atrapar un ratón o una ardilla y una vez una paloma bastante escuálida. Hojas Caídas nunca la acompañó; había salido varias veces, dijo, para recolectar hierbas cuando Carrasca entró por primera vez en los túneles, pero no se sentía como si perteneciera allí. El corazón de Carrasca siempre se retorció de tristeza cuando veía el rostro rojizo y blanco de su amigo asomándose desde las sombras, mirando ansiosamente mientras cazaba. Hojas Caídas parecía ver los túneles como su hogar y su prisión por igual. ¿De verdad creía que era demasiado tarde para encontrar a su familia?

Carrasca siempre estaba atenta al cachorro de zorro o a su madre, pero no vio nada más grande que una paloma entre los árboles nevados, y solo una vez un rastro de huellas llenas de nieve que conducían al bosquecillo de pinos. Se desvió en la dirección opuesta, usando el aroma de milenrama para llevarla rápidamente de regreso a la boca del túnel. Había un pequeño grupo creciendo justo afuera de la entrada, desafiando la nieve con sus espesas hojas verdes.

Cada vez que Carrasca salía, se encontraba escuchando las señales de los gatos al otro lado de la cresta. ¿Sus compañeros de Clan lograron encontrar suficientes presas en la nieve? ¿Estaban los veteranos fuertes y en forma? Varias veces sus patas parecieron llevarla hasta la cima de la cresta sin que ella se diera cuenta, hasta que estuvo apenas a la distancia de un zorro de la frontera del Clan del Trueno. Pero la idea de encontrarse cara a cara con uno de sus antiguos compañeros de Clan hizo que su sangre se le congelara en las venas, y siempre Carrasca se daba la vuelta en el último momento y corría de regreso a donde Hojas Caídas la estaba esperando.

Después de un cuarto de luna, las nubes de nieve se levantaron, dejando un cielo despejado y un aire fresco y tranquilo. Carrasca se enterró en su lecho, tratando de calentarse, pero su mente estaba llena de lo que podría estar sucediendo en la hondonada. Se sentó, sabiendo que no iba a dormir ahora. El túnel se llenó de luz plateada tan brillante que era casi como la luz del sol. Carrasca salió de su lecho y trotó por el pasillo hacia la cueva del río. Estaba vacío, aparte de la luz deslumbrante que brillaba en cada rincón y volvía el río blanco. Carrasca echó la cabeza hacia atrás y se esforzó por mirar por el agujero del techo. Muy, muy arriba, una perfecta luna redonda cruzaba el cielo. Era una noche fría para una

Asamblea. Carrasca imaginó a los gatos acurrucados juntos en un hueco, el vapor salía de sus bocas mientras escuchaban hablar a cada líder.

—Extrañas a tus compañeros de Clan, ¿no? —murmuró Hojas Caídas detrás de ella.

Carrasca saltó. No lo había oído entrar en la cueva.

—Solo quiero saber si están bien —maulló, sintiendo un destello de culpa—. La estación sin hojas puede ser muy dura en los Clanes, y con toda esta nieve, es posible que no hayan encontrado suficiente para comer.

Hojas Caídas levantó una pata para detenerla.

—Entonces ve a verlos.

—¡No puedo! ¡Tienen que creer que me voy para siempre!

—Visítalos sin que te vean, si eso es lo que quieres —sugirió Hojas Caídas—. No puedes pasar todo tu tiempo mirando la luna y preguntándotelo.

Carrasca se estremeció. Quizás tenía razón. Conocía su antiguo territorio lo suficientemente bien como para permanecer oculta. Si pudiera asegurarse de que el Clan del Trueno sobreviviera a la dura estación, podría volver a dormir.



CAPÍTULO 8

Carrasca sintió como si un enjambre de abejas zumbara en cada una de sus patas tan pronto como decidió regresar al Clan del Trueno en secreto, pero se obligó a esperar un cuarto de luna hasta que el cielo estuviera menos iluminado. Justo antes del amanecer, cuando la noche estaba en su punto más oscuro, Hojas Caídas la llevó a un túnel que no era mucho más ancho que una madriguera de conejo. Esa era una de las pocas entradas claras que quedaban al Clan del Trueno. Carrasca trató de agradecerle de nuevo antes de que ella se apretujara en la última sección, pero él se dio la vuelta antes de que ella pudiera decir algo y las sombras rápidamente se lo tragarón.

«¡Volveré, lo prometo!». Carrasca lo llamó en silencio.

Carrasca se agachó y se metió en el diminuto agujero. El techo le raspó las orejas y por un momento sintió como si la estuvieran enterrando viva. Su corazón se aceleró en pánico y su respiración se convirtió en jadeos superficiales, pero siguió arrastrándose hacia adelante con sus patas delanteras.

De repente, el aire fresco estalló en su rostro y el sonido de las ramas susurrando en el viento llenó sus oídos. Carrasca se puso de pie, bebiendo los aromas familiares de gatos, senderos y marcadores fronterizos. ¡Estaba en su hogar!

«¡No! Este no es mi hogar ahora».

Sacudiendo la tierra de su pelaje, Carrasca trotó hacia un parche de helechos y rodeó un roble solitario. Después de comprobar que no había gatos en patrullaje nocturno, cruzó un sendero estrecho que corría a lo largo de la cima del acantilado. Carrasca se dijo a sí misma que estaba

temblando de frío, pero podía oler el miedo en su piel y sabía que estaba aterrorizada de ser descubierta. Cuando una lechuza aleteó ruidosamente desde una rama en lo alto, casi se cae del susto. Se agachó en un grupo de zarzas y se abrió camino hasta que emergió al borde del acantilado. Ella se agachó y miró por encima.

La hondonada estaba llena de sombras y Carrasca no podía distinguir ninguna guarida individual, pero algo se sentía mal. El ruido del viento que resonaba en los acantilados era diferente y las formas negras de abajo no eran las mismas que recordaba. Era como si los árboles hubieran crecido dentro del campamento desde que ella se fue, completamente ramificados y cargados de hojas quebradizas. ¡Eso era imposible!

Mientras miraba, una línea de luz amarilla apareció sobre la cresta detrás de ella. Amanecía, y las sombras se diluían lo suficiente para que Carrasca viera un árbol enorme que llenaba la hondonada, no creciendo, sino acostado de lado con las raíces dobladas en la esquina donde estaba la guarida del curandero. Carrasca se puso rígida de horror. Si un árbol tan grande se hubiera caído de la cima del acantilado, ¡debe haber aplastado gatos debajo de él! Estaba directamente encima de las guaridas de los guerreros y los veteranos. ¿Cómo podía haberle sucedido algo tan terrible a su Clan, sin que ella supiera nada al respecto? ¿No podría haberle dicho el Clan Estelar en un sueño?

«Quizás el Clan Estelar me ha repudiado, ahora que ya no formo parte de un Clan».

Carrasca se dio cuenta de que estaba temblando tanto que corría el peligro de resbalar por el borde. Retrocedió un poco, justo cuando las ramas del árbol caído se estremecían y dos gatos salían con cautela al aire frío. Su aliento formó nubes alrededor de los hocicos.

—Puedo ir al aliviadero por mi cuenta —refunfuñaba Musaraña. El aire estaba tan quieto que su voz llegó hasta Carrasca hasta la cima del acantilado.

—Sé que puedes —dijo Puma con voz ronca—. Pero no hay nada de malo en tener compañía, ¿verdad?

—Parece que no tengo otra opción —murmuró Musaraña mientras el viejo gato marrón la conducía a través del claro y hacia las zarzas que llenaban la entrada a la hondonada.

Carrasca se inclinó hacia adelante, sintiendo un estremecimiento de placer. *«¡Mis compañeros de Clan!».*

—¡Luz de Garbeña! —llamó una voz desde la guarida del curandero—. Puedo traerte algo de comer si tienes hambre. No es necesario que lo

vayas a buscar tú misma. —Era Glayo, sonando como si acabara de despertar.

—Todavía tengo dos patas que funcionan —fue la respuesta, cuando una gata de color marrón oscuro emergió de debajo de las raíces enredadas.

«¿*Gabardilla?*». Carrasca miró con incredulidad mientras la joven gata se arrastraba por el suelo con sus patas delanteras, mientras sus patas traseras se arrastraban inútilmente detrás de ella. Mili salió disparada de en medio de las ramas caídas.

—¿Qué estás haciendo? ¡Ayer fuiste tan lejos! ¡Deberías estar descansando! —ella regañó.

Luz de Garbeña —Glayo había usado su nombre de guerrera, aunque claramente no iba a patrullar— se desvió para evitar a su madre.

—Estoy bien —siseó entre dientes—. ¡No puedes hacer todo por mí!

Mili se inclinó y lamió las orejas de su hija.

—Desearía que pudiera —murmuró.

¿Cómo se había lastimado tanto Luz de Garbeña? ¿Había sido cuando cayó el árbol? «*¡Debería haber estado ahí!*». Carrasca hundió sus garras en el suelo desmoronado al borde del acantilado. Algunas piedras diminutas se desprendieron y cayeron ruidosamente al claro. Carrasca se congeló.

Un pelaje oscuro y familiar de un gato atigrado emergió de las ramas. Zarzoso miró hacia el escondite de Carrasca, entrecerrando los ojos. Ella retrocedió y contuvo la respiración. Entonces lo escuchó llamar:

—¿Leonado? ¿Carbonera? Lleva la patrulla fronteriza por la parte superior de la hondonada, ¿quieres? Zarpa de Tórtola y Zarpa de Hiedra pueden ir contigo.

Se oía el sonido de gatos reunidos abajo. Carrasca se arriesgó a echar un vistazo más por el borde. Su corazón casi se rompe cuando vio a su hermano Leonado dando vueltas alrededor de Carbonera, con la punta de su cola trazando su suave pelaje gris. Zarpa de Tórtola y Zarpa de Hiedra —¡habían sido pequeñas cachorras cuando Carrasca se fue, y ahora eran aprendices fuertes y de apariencia segura!— saltaban a su alrededor, ansiosas por salir a patrullar.

—¿Zarzoso oyó a un zorro? —preguntó Zarpa de Hiedra con entusiasmo.

Zarpa de Tórtola había inclinado la cabeza hacia un lado y parecía pensativa.

—No lo creo —maulló.

Leonado comenzó a guiarlos hacia la barrera de espinas. Carrasca sabía que tenía que irse. Solo esperaba que su pelaje todavía tuviera suficiente aroma del Clan del Trueno para que no pudiera ser rastreada hasta el túnel. Afortunadamente, los helechos estaban empapados por el deshielo, lo que hacía menos probable que tuvieran rastros de ella. Se abrió paso a empujones, haciendo una mueca cuando el agua fría le atravesó el pelo, luego corrió hacia el túnel. Podía oír a Leonado llevando a la patrulla por el costado de la hondonada. Zarpa de Hiedra corría adelante, informando sobre cada arbusto y zarza que olía.

—¡Nada aquí! ¡Ningún zorro vino por aquí!

Carrasca hizo una pausa por un momento, repentinamente salvaje con la esperanza de que la encontraran y la llevaran de regreso al Clan. ¿Seguro que la echaban de menos de alguna manera? Luego pensó en todo lo que había sucedido, la verdad que Hojarasca Acuática, Glayo y Leonado habían descubierto, y supo que el Clan estaba mejor sin ella. Con un pequeño suspiro, se metió en el estrecho agujero y dejó que las sombras la envolvieran.

—Y luego vi a Gabardilla, bueno, ahora es Luz de Garbeña, ¡Y ha perdido el uso de sus patas traseras! Se arrastraba boca abajo por el claro. Quizás el árbol le cayó encima. ¡Debería haber estado allí para ayudar! — Carrasca se detuvo para tomar aliento, consciente de que no había dejado de hablar desde que regresó.

Desde su asiento junto al río, Hojas Caídas la miró. Era un día sombrío y apenas se filtraba luz en la cueva, pero Carrasca podía ver que sus ojos brillaban débilmente.

—No podrías haber evitado que el árbol cayera —señaló—. De todos modos, elegiste irte, ¿recuerdas?

Carrasca raspó la piedra con la pata.

—No sentí que tuviera otra opción en ese momento —murmuró—. Yo... no te he contado todo sobre lo que pasó. No fue solo que me enteré de que Esquiruela y Hojarasca Acuática me estaban mintiendo. Otro gato también se enteró, un gato llamado Cenizo. Amenazó con decir la verdad a todos los Clanes, así que yo... así que lo maté.

Hubo un largo silencio. Carrasca se arriesgó a mirar a Hojas Caídas. Él estaba mirando al río.

—¿El Clan te envió lejos cuando se enteraron? —Hojas Caídas preguntó en voz baja.

—¡No! ¡Ellos nunca supieron! Solo Hojarasca Acuática se enteró, y luego se lo conté a Glayo y Leonado. Quería que supieran por qué tenía que irme.

—Pero podrías volver —maulló Hojas Caídas, levantando repentinamente la mirada—. Tus hermanos y Hojarasca Acuática te quieren demasiado para decir la verdad sobre Cenizo. Tu secreto seguirá estando a salvo.

—¡No lo sabes! —Carrasca gimió.

—Creo que sí —argumentó Hojas Caídas—. Todo lo que me has dicho demuestra lo importante que eras para los tuyos.

—No lo entiendes —maulló Carrasca con tristeza—. Han pasado demasiadas cosas. El Clan ya no me necesita.

Hojas Caídas se dio la vuelta.

—Tu Clan siempre te necesitará —susurró mientras caminaba hacia las sombras.

Carrasca se las arregló para esperar tres cuartos de luna más antes de regresar a su lugar de espionaje sobre la hondonada. La nieve había caído de nuevo, convertida en destellos plateados por la dura helada. Carrasca se agachó entre la hierba quebradiza, temblando, y observó cómo el Clan se despertaba lentamente debajo de ella.

Zarzoso envió una patrulla de guerreros somnolientos para comprobar la frontera del Clan del Viento. Carrasca se sorprendió por lo delgados que se veían sus compañeros de Clan. Buscó en el claro cualquier señal de un montón de carne fresca, pero solo había unos pocos trozos de pelo y plumas junto al tronco del árbol. Las presas debían ser escasas después de un período tan largo de clima severo.

Hubo un ruido de movimiento en el extremo más alejado del árbol caído, donde apenas se veían las espinosas paredes de la maternidad. La voz de Rosella se elevó, aguda por la frustración.

—¡Cerecita! ¡No vas a salir con esa tos! ¡Topín, trae a tu hermana de vuelta ahora mismo!

Dos formas diminutas y esponjosas surgieron de las zarzas y se deslizaron por el claro. La gata rojiza que iba delante se detuvo cuando su cuerpecito estaba atormentado por la tos, y su compañero de camada color crema y marrón se detuvo a su lado.

—No puedes salir a jugar hoy —maulló—. Sabes lo que dijo Rosella.

Una gata carey se deslizó a través de la pared de la maternidad y se inclinó sobre la gatita rojiza.

—Vamos, pequeña —murmuró Rosella—. De vuelta al lecho contigo.

—¿No puede Glayo darme alguna medicina? —suplicó Cerecita, mirando a su madre con enormes ojos ámbar.

—Dijo que se le acabó la milenrama —explicó Rosella. Había una nota tensa de preocupación en su voz, aunque Carrasca se dio cuenta de que estaba tratando de ocultárselo a los cachorros—. Estoy segura de que encontrará algunas hoy, y luego te sentirás mucho mejor.

Llevó a su hija de regreso a la maternidad, dejando a Topín vagando solo por el claro. Carrasca entrecerró los ojos. Sabía dónde crecía la milenrama fresca. Se dio la vuelta y corrió de regreso al túnel. Ahora estaba acostumbrada al apretón fuerte, y se arrastró sin pensar en ello. Luego corrió a través de los túneles, con sus patas firmes y firmes sobre la piedra fría y húmeda. No había señales de Hojas Caídas cuando irrumpió en la cueva del río. Saltando sobre el agua, Carrasca se lanzó hacia el túnel del bosque y lo siguió hasta el final, sumergiéndose en la luz del día justo cuando un sol amarillo pálido rompía sobre los árboles.

«¡Gracias Clan Estelar!».

El grupo de milenrama seguía creciendo junto a la boca del túnel, fresca y con olor verde a pesar de la helada. Carrasca cortó todos los tallos que pudo llevar, luego se dirigió de regreso al túnel, con cuidado de no pisar las hojas que se arrastraban. Cuando salió del estrecho agujero al territorio del Clan del Trueno, dejó la milenrama y olfateó el aire. Una patrulla acababa de pasar, lo que significaba que debería tener tiempo suficiente para llevar las hierbas al fondo del acantilado. Carrasca intentó ralentizar su corazón. Golpeaba con tanta fuerza que sus patas temblaban al tiempo. Era demasiado temprano para que muchos gatos estuvieran fuera del campamento y la patrulla se dirigía en la dirección opuesta. Si corría rápido y se mantenía en las sombras, no había razón para que la vieran.

No se dio un momento más para cambiar de opinión. Recogió las hojas de milenrama y corrió por el sendero que conducía al fondo del acantilado. Patinando alrededor de la esquina, casi chocó contra las zarzas que protegían el aliviadero.

Una voz gruñó desde adentro:

—¡Espera tu turno!

Carrasca reprimió una disculpa instintiva y se lanzó alrededor del borde de la barrera. No había ningún gato de guardia ahora que había

llegado el amanecer. Dejó caer las hierbas cerca del camino bien escondido a través de las espinas. El próximo gato que saliera los encontraría. Cerecita podría tratarse antes de que salga el sol.

Cuando escuchó a un gato abriéndose paso entre las zarzas desde el otro lado, Carrasca se dio la vuelta y corrió hacia el acantilado. Sus compañeros de Clan podrían preguntarse quién había entregado hierbas tan convenientemente, pero con suerte asumirían que uno de los aprendices las había recogido sin que se lo pidieran. Ningún gato necesitaba saber que Carrasca había regresado para ayudarlos.

No todos los secretos eran terribles.



CAPÍTULO 9

—¡Cerecita ha dejado de toser! Rosella parecía tan aliviada. Esta mañana estaba jugando con los cachorros, enseñándoles a saltar sobre una bola de musgo. Recuerdo cuando Esquiruela nos mostró nuestro primer salto... — Carrasca se apagó.

Hojas Caídas, sentado junto a ella a la orilla del río subterráneo, movió una oreja.

—Las hojas de milenrama funcionaron, entonces —maulló.

—¡Deben haberlo hecho! —Carrasca saltó sobre sus patas y lo enfrentó—. ¿Crees que debería tomar un poco más? ¿Qué hay de la caléndula? O nébeda, ¿sabes si hay algo que crezca cerca del túnel del bosque?

—No, no lo sé —respondió Hojas Caídas con un toque de impaciencia—. No necesito hierbas para mí, entonces, ¿por qué debería ir a buscarlas?

—Pero encontraste consuelo para mí y semillas de adormidera —le recordó Carrasca—. Cuando me lastimé la pata.

La punta de la cola de Hojas Caídas se movió.

—Eso fue diferente —murmuró—. Estabas justo enfrente de mí. Difícilmente podría dejarte sufrir, ¿verdad?

—¡Bueno, el Clan del Trueno está justo encima de nuestras cabezas! —Carrasca respondió—. El código guerrero dice que debemos proteger los cachorros de todos los Clanes, no solo el nuestro. Si recolectamos hierbas que ayuden a Cerecita y Topín a sobrevivir a la estación sin hojas, solo estamos obedeciendo el código.

—No es *mi* código —maulló Hojas Caídas, dándose la vuelta—. Buena suerte en la búsqueda de hierbas si eso es lo que quieres hacer. —Entró en el túnel que conducía de regreso al nido de Carrasca.

Carrasca lo vio desaparecer en las sombras. Se estaba comportando de manera muy extraña. No lo había visto en absoluto durante varios días, y las únicas criaturas que había tenido como compañía eran sus compañeros de Clan cuando los espío desde lo alto del acantilado. Hojas Caídas nunca compartió su lecho ahora, y nunca vino a verla cazar desde la boca del túnel del bosque. ¿Había hecho algo que lo molestara?

«Quizás no le guste el hecho de que pase tanto tiempo en el Clan del Trueno».

El pelaje de Carrasca se erizó de culpa. Era cierto que volvía casi todos los días para ver qué estaban haciendo sus compañeros de Clan. Los cachorros de Rosella tenían casi seis lunas, por lo que pronto serían aprendices; Carrasca se preguntó qué gatos serían elegidos como mentores. Si hubiera estado en el Clan, le hubiera gustado tener a Cerecita como aprendiz, con su espíritu y sentido del humor. Pero ella nunca sería una mentora, no ahora.

Dándose una sacudida, Carrasca trotó hacia el túnel del bosque. Necesitaba atrapar algo para comer, luego buscaría hierbas frescas. La estación sin hojas estaba en su apogeo, por lo que había pocas hojas verdes en cualquier lugar, pero podría tener suerte en los lugares protegidos debajo de los árboles caídos. Y tal vez podría atrapar algo para Hojas Caídas, para compensarlo por todo el tiempo que había pasado afuera. Nunca antes había compartido con ella la carne fresca, pero tal vez nada lo había tentado. Debe haber algún tipo de presa, regordeta de piñas y nueces caídas, entre estos árboles que él estaría dispuesto a comer.

Carrasca atrapó una ardilla, suave y peluda contra su pelaje gris, pero Hojas Caídas no estaba por ningún lado cuando regresó a los túneles. Carrasca comió sola en la cueva del río, dejando cuidadosamente la mitad para Hojas Caídas antes de enjuagarse el hocico en el agua helada. No había encontrado ninguna hierba fresca para llevar al Clan, así que se dirigió a su lecho, sus patas se arrastraban un poco por el cansancio y la decepción.

Se acurrucó sobre las plumas y metió la nariz debajo de la cola. Mañana pasaría todo el día con Hojas Caídas, si podía encontrarlo,

patrullando los túneles hasta donde él quisiera llegar. Solo pareció haber cerrado los ojos por un momento antes de que Hojas Caídas la empujara con su pata.

—¡Despierta, Carrasca!

Adormilado, Carrasca se sentó.

—¿Ya amaneció? —murmuró.

—¡No! —Hojas Caídas giró en círculo, la impaciencia le puso la piel de punta—. ¡Dos de tus compañeras de Clan están en los túneles!

Carrasca se despertó al instante.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Quiénes son?

—¡No lo sé! —Hojas Caídas espetó—. Pero no pueden quedarse aquí. Les dije cómo salir, pero no me escucharon y todavía están perdidas. Ve y ayúdales, ¿quieres?

—¿Están bien?

—Están lo suficientemente bien como para parlotear como estorninos, así que supongo que no están heridas. —Hojas Caídas comenzó a alejarse—. Solo haz que vuelvan a donde pertenecen —maulló por encima del hombro.

Carrasca saltó de su lecho y corrió hacia la cueva del río. A pesar del ruido del río, era el mejor lugar para saber si había algo en los túneles principales. Se agachó junto al agua y aguzó el oído. Un parloteo nervioso y agudo resonó en uno de los pasajes. Carrasca se levantó de un salto y corrió hacia el sonido, girando con confianza en las esquinas sin necesidad de abrirse camino en la oscuridad. De repente, las voces sonaron muy cercanas. Las gatas estaban justo delante, invisibles en las sombras pero lo suficientemente cerca como para que su olor se apoderara de Carrasca: reconoció a Charca de Hiedra, la guerrera más nueva, y a la hija de Látigo Gris, Flores Caídas. Se metió en una grieta a un lado del pasillo y escuchó.

—Ojalá le hubiera preguntado a ese gato su nombre —murmuraba Charca de Hiedra—. Podríamos llamarlo. —Hubo una pausa antes de que ella añadiera—: De todos modos, supongo que no habría venido.

«*¡Se refiere a Hojas Caídas!*».

Un suave sonido de raspado sugirió que una de las gatas se había caído al suelo.

—Lo siento —susurró Flores Caídas, sonando sin aliento y asustada—. Todo esto es mi culpa. Yo era la que quería venir aquí.

—Podría haberte detenido —argumentó Charca de Hiedra.

—¿Jalándome la cola?

Carrasca admiraba el espíritu de Flores Caídas. Se preguntó cómo las gatas habían llegado a los túneles. Por un momento, la urgencia de revelarse a ellas, de reunirse con sus compañeros de Clan, fue tan fuerte que le temblaron las patas.

«¡No! ¡Elegiste irte! No hay vuelta atrás, no ahora».

Pero aún podía ayudarlas a encontrar la salida. Ya habían conocido a un gato aquí; siempre y cuando no se acercaran demasiado, asumirían que él volvería para ayudarlas por segunda vez. Carrasca se asomó fuera de su escondite y gritó suavemente:

—¡Vamos! ¿Qué están esperando?

El aire crepitaba como si ambas gatas se hubieran tensado alarmadas. Carrasca oyó que Charca de Hiedra se volvía para mirar hacia el túnel, pero sabía que las sombras mantendrían oculta su oscuro pelaje.

—Quieres salir, ¿no? —preguntó ella—. Sabes que no deberías estar aquí.

—¡Oh, sí, por favor ayúdanos! —rogó Flores Caídas.

—Muy bien. Sígueme.

Carrasca se dio la vuelta y corrió por el túnel, juzgando por el sonido de pasos detrás de ella lo rápido que tenía que ir para mantenerse fuera de la vista, pero lo suficientemente lento para que las demás pudieran seguirla. Las condujo por una ruta deliberadamente confusa, por pasajes laterales y en una etapa cruzando un túnel por el que ya habían pasado, para disuadir a las gatas de que regresaran. Una de las gatas, quien Carrasca pensó que era Flores Caídas, comenzó a caminar más lentamente y su respiración se hizo más fuerte.

—¿Está mucho más lejos? —Charca de Hiedra llamó.

Carrasca no respondió. Al doblar la siguiente esquina, el túnel se inclinaba abruptamente hasta un viejo agujero de zorro, abandonado hace mucho tiempo, que se abría a uno de los rincones menos transitados del territorio del Clan del Trueno. No había ningún lugar para que Carrasca se escondiera dentro del túnel, por lo que tendría que arriesgarse a salir antes que las gatas y esconderse en la maleza. Corrió los últimos pasos hasta la entrada, luego se lanzó a través del pequeño claro y se abrió paso hacia un grupo de helechos. Girándose tan silenciosamente como pudo, esperó, con el corazón latiendo con fuerza, mientras las dos gatas salían cojeando detrás de ella.

Charca de Hiedra se detuvo y miró a su alrededor.

—¿A dónde se fue? —ella maulló.

Flores Caídas parecía demasiado agotada para hablar. Se arrastró hacia campo abierto y se derrumbó en un parche de luz solar junto a un tronco de roble.

Muy lentamente, Carrasca se hundió más en los helechos. Se congeló cuando las orejas de Charca de Hiedra se movieron y pareció mirar directamente a Carrasca.

—¡Gracias! —Charca de Hiedra llamó.

«*Cualquier cosa por mis compañeros de Clan*», respondió Carrasca en silencio.

Carrasca no regresó a su antiguo hogar durante muchas lunas. Sabía que había herido a Hojas Caídas con sus constantes visitas para espiar la hondonada, y él se merecía más que eso de ella. Pasaron los días patrullando los túneles en busca de enemigos invisibles y acechando junto al río a que pasaran los pececillos. Si hablaban menos de lo que había sucedido en el pasado o de lo que les esperaba en el futuro, Carrasca se decía a sí misma que era porque ahora se sentían más cómodos con el silencio, como un par de veteranos disfrutando de una vida más tranquila y más fácil. Todavía cazaba en el bosque cuando no podía soportar comerse otro pescado, pero Hojas Caídas no miraba desde la boca del túnel, ni comentó cuando regresó oliendo a sangre y plumas. Carrasca nunca volvió a intentar atraparle algo, ya que él no había tocado la media ardilla que ella le había dejado la noche en que Charca de Hiedra y Flores Caídas se perdieron. Hojas Caídas no estaba débil de hambre, por lo que obviamente prefería comer en privado. Era un recordatorio más de que él no era un gato del Clan, pero Carrasca había elegido no vivir como una guerrera, ¿no? Ella y Hojas Caídas tenían más en común que el techo de piedra sobre sus cabezas.

La estación sin hojas cedió al calor determinado de la hoja nueva, y luego la hoja verde se arrastró hacia el bosque para dejar rastros de tentadores aromas de presas y húmedos olores verdes. Carrasca comenzó a pasar más tiempo afuera, corriendo entre los árboles con sus bigotes temblando por todas las fragancias, o recostada en la pradera abierta para dejar que el sol calentara su pelaje. Los días se hicieron más calurosos hasta que anhelaba caminar junto al lago y dejar que las olas le bañaran las patas. Las laderas superiores de la cresta eran su lugar favorito para refrescarse con la suave brisa, hasta que un día se acercó demasiado a la

frontera del Clan del Viento y casi choca con una patrulla. Corrió hacia la cima de la colina y se lanzó a los árboles, jadeando de miedo.

Cuando su corazón se desaceleró, regresó al túnel del bosque, manteniéndose en las sombras en caso de que algún guerrero del Clan del Viento hubiera venido en busca del extraño a su territorio. Carrasca esperaba que no acusaran al Clan del Trueno de invasión. Habían existido suficientes problemas entre los dos Clanes desde que llegaron al lago, a pesar de que los veteranos hablaron de un momento en que Estrella de Fuego y Estrella de Bigotes habían sido buenos amigos a través de la división del Clan. Carrasca se preguntó cómo estaban lidiando los gatos del Clan del Trueno con el clima abrasador. ¿Estaban los aprendices en servicio de musgo a tiempo completo, trayendo agua del lago? ¿Zaroso había ordenado patrullas de caza al anochecer para evitar lo peor del calor?

El túnel del bosque apareció frente a ella, pero Carrasca se detuvo. Más fuerte que el sol, ardía por saber cómo estaban sus compañeros de Clan. Casi sin pensarlo, dio la vuelta a la entrada del túnel y subió la pendiente. Los árboles crecían hasta la cima de la cresta ahí y por el otro lado, proporcionando cobertura hasta la frontera del Clan del Trueno. De hecho, Carrasca casi se perdió por completo, hasta que percibió el leve aroma de una marca en el borde de un tocón de árbol cubierto de musgo. Los marcadores se secarían rápidamente al sol y debían reemplazarse más de una vez al día. Controlando su paso, se arrastró a través de los helechos hacia la hondonada.

Un leve y tentador olor a presa se dirigió hacia ella. Carrasca separó los tallos frente a ella con una pata y vio el suave contorno marrón de un conejo mordisqueando un grupo de plantas verdes. A Carrasca se le hizo agua la boca, pero sabía que no había forma de que pudiera cazar ahí. Estaba a punto de darse la vuelta y dejar ese bocadillo regordete para la próxima patrulla cuando reconoció el olor de las plantas que el conejo estaba devorando. «¡*Caléndula!*!». Preciada por curar heridas y mantener limpios los rasguños, y raro tan cerca de la hondonada. Carrasca no podía dejar que el conejo se comiera toda la cosecha. Ella dio un salto hacia adelante, siseando y mostrando los dientes. El conejo se congeló, luego se alejó corriendo, con su cola blanca moviéndose como una señal de advertencia a través de los árboles.

Carrasca luchó contra su instinto de perseguirlo y se centró en las caléndulas. Casi todas habían sido devoradas hasta las raíces. Carrasca no podía quedarse ahí y cuidarlas, y el conejo volvería para acabar con ellas tan pronto como ella se fuera. Tenía que encontrar una manera de mantener

a salvo las últimas plantas. Mirando a su alrededor, vio una hendidura profunda entre la rama y el tronco de un árbol cercano, no muy lejos del suelo para que no pudiera ser visto por un gato que pasara, pero demasiado alto para que lo alcanzara un conejo. Rápidamente cortó las flores restantes lo más cerca posible del suelo. Con la boca llena de jugosos tallos, trepó al árbol y colocó las flores en la hendidura.

Ella entrecerró los ojos, pensando. Con este sol, las plantas pronto se marchitarían. Necesitaban agua para mantenerse frescos. Carrasca saltó del árbol y se detuvo un momento para escuchar las patrullas que se acercaban, luego se dirigió a través del bosque hacia la frontera con el Clan del Viento. Allí, empapó una bola de musgo en el arroyo y la llevó con cuidado de regreso a la parcela de caléndulas. Cuando trepó por el tronco de nuevo, el agua goteó sobre su pecho y el pelaje del vientre, haciéndola jadear en estado de shock. Pero el musgo se aferró lo suficiente para llenar la hendidura con un pequeño charco, que mantendría los tallos de caléndula húmedos hasta que Hojarasca Acuática o Glayo vinieran en busca de más suministros.

Carrasca saltó al suelo, se detuvo una vez para comprobar que las caléndulas estuvieran a salvo en su escondite y corrió de regreso al túnel. Puede que ya no fuera parte del Clan del Trueno, pero si pudiera ayudarlos, lo haría.

Toda esa noche, Carrasca no pudo dormir pensando en las plantas de caléndula. ¿Las había encontrado Hojarasca Acuática? ¿Podría el Clan proteger el resto del parche del conejo? Después de dos amaneceres más ansiosos, decidió regresar y ver si las plantas habían sido tomadas de la hendidura del árbol. Corrió a lo largo del túnel del bosque, sintiéndose mareada por el nerviosismo. Más allá de la entrada, los árboles estaban tranquilos y cargados de hojas verdes, con solo la más mínima brisa para agitar las hojas. Carrasca se mantuvo alejada de los senderos mientras se abría paso a través de los helechos hacia el lugar donde crecía la caléndula. De repente escuchó voces que se acercaban a ella, jóvenes y emocionadas.

—¡Mira esto, Zarpa de Topo!

Carrasca se acercó al borde de los frágiles helechos y se asomó. Una pequeña gata rojiza estaba agachada con la cola en el aire.

—¡Voy a atacar ese palo! —ella declaró.

—No olvides que se supone que debes cerrar un ojo, Zarpa de Cereza —maulló el gato crema y marrón.

—Centella dijo que necesitábamos practicar todos los movimientos como si estuviéramos lesionados.

Carrasca dejó escapar un ronroneo. Recordó haber sido entrenada por Centella en movimientos especialmente diseñados para hacer frente a la pérdida de visión de un lado. Estudió la posición de Zarpa de Cereza. No le estaba yendo tan mal, aunque necesitaba cambiar su peso sobre las patas del lado de su ojo bueno para mejorar su equilibrio.

De repente, la nariz de Carrasca se movió. Un nuevo aroma se había filtrado en los helechos, por encima del de cálidos aprendices jóvenes y hojas verdes. Un aroma que hizo que el pelaje de Carrasca se erizara y sus garras se extendieran: ¡zorro! Antes de que pudiera dar una advertencia, una enorme forma rojiza salió de los árboles y se cernió sobre los aprendices. Carrasca se preparó para saltar, pero Centella, Salto de Raposo y Pétalo de Rosa ya se estaban lanzando desde los arbustos al otro lado del claro.

Los tres guerreros corrieron hacia el zorro con los dientes al descubierto.

—¡Salgan de aquí! —chilló Pétalo de Rosa.

El zorro levantó la cabeza y abrió los ojos alarmados. Golpeó a Salto de Raposo, que era el más cercano, pero el guerrero de pelaje rojizo se agachó y se acercó al zorro por detrás, rastrillando sus garras por su flanco. Centella se arrojó sobre la oreja del zorro y se quedó allí con los dientes apretados rápidamente.

Pétalo de Rosa agitó sus patas en su nariz, sacando gotas de sangre escarlata volando sobre la hierba. El zorro luchó brevemente, luego se dio la vuelta, arrojó a Centella a los helechos y corrió hacia los árboles. Los guerreros corrieron tras él, todavía aullando.

Carrasca se quedó donde estaba, sin apenas atreverse a respirar. Los helechos habían sido aplastados en la pelea y apenas quedaba lo suficiente en pie para mantenerla oculta. Durante la pelea, Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo habían huido al refugio de un matorral de zarzas en el lado más alejado del claro. Carrasca podía verlos en las sombras, agachados en un grupo de tres colores. Al menos estaban a salvo. Tenía que salir de ahí antes de que los guerreros regresaran y recogieran su olor encima del zorro.

Justo cuando se dio la vuelta para irse, los helechos traquetearon y el zorro saltó al claro. La saliva se derramó de sus mandíbulas y sus ojos amarillos brillaron con furia y determinación. Carrasca lo miró consternado. ¡Debe haber retrocedido y perdido a sus perseguidores! El zorro bajó la cabeza y olisqueó el parche de hierba donde los aprendices habían estado entrenando. Luego miró hacia la espesura de zarzas y aplanó

las orejas. Hubo un pequeño chirrido de las espinas, cortado abruptamente como si Zarpa de Cereza hubiera gemido y Zarpa de Topo le hubiera metido la zarpa en la boca.

Carrasca juntó sus ancas debajo de ella y saltó fuera de su escondite.

—¡Aléjate de esos cachorros! —ella siseó—. ¡O tendrás que lidiar conmigo! —Se irguió sobre sus patas traseras y rastrilló sus garras por el hocico salpicado de sangre del zorro.

El zorro la miró y frunció el labio para revelar dientes afilados y manchados. Carrasca se mantuvo firme.

—¡Salgan de aquí! —siseó, sintiendo la furia de todo un Clan de reinas listas para defender sus cachorros.

A lo lejos, podía oír a los guerreros regresar, trotando a través de los árboles con gritos de alarma. El zorro se agachó a un lado, luego se volvió y huyó. Carrasca lo siguió, el alivio hizo que sus oídos zumbaran. Se sumergió en la maleza y siguió corriendo, aplanando una oreja hacia atrás en busca de señales de persecución.

Pero los guerreros se habían quedado con Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo y no volvieron a perseguir al zorro. Por un momento Carrasca se preguntó cuánto habrían visto Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo debajo de la espesura; ¿le dirían a sus compañeros de Clan sobre el gato desconocido que había perseguido al zorro? Carrasca sabía que había corrido un gran riesgo, pero no había tenido otra opción. Ella había salvado la vida de esos cachorros, y eso era todo lo que importaba.



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.



CAPÍTULO 10

Carrasca dejó de intentar dormir y se arrastró fuera de las plumas dobladas. No recordaba la última vez que sus ojos permanecieron cerrados toda la noche. Cuando se había quedado dormida antes, soñó que estaba de vuelta en la hondonada, defendiendo a sus compañeros de Clan de los zorros, ayudándolos a recolectar hierbas, viendo a los cachorros jugar bajo el sol. Solo tomó unos momentos antes de que se despertara en la solitaria oscuridad, con un dolor agudo en su interior que los recuerdos nunca aliviarían.

Caminó por el túnel hasta la cueva del río con una extraña sensación de calma. Hojas Caídas estaba sentado en su lugar habitual junto al agua. Carrasca se sentó junto a él y esperó hasta que él la miró a los ojos.

—Lo siento —comenzó—. Nunca olvidaré cómo me salvaste la vida y me diste un lugar donde quedarme cuando pensé que lo había perdido todo. Has sido un verdadero amigo y siempre estaré agradecida por eso. Pero yo no pertenezco aquí.

—Lo sé —maulló Hojas Caídas—. Siempre esperé que te quedaras. Yo... nunca tuve a alguien con quien compartir mi hogar antes. Pero tu Clan te necesita más que yo. Debes darte cuenta de eso a estas alturas.

Carrasca asintió, mirando sus patas.

—Y yo los necesito. ¡Pero no sé cómo volver! ¡Han pasado tantas cosas!

—Cuando llegue el momento, lo sabrás —susurró Hojas Caídas, y cuando Carrasca levantó la cabeza, él había desaparecido y ella estaba sola junto al agua ondulante.

* * *

Pasó una luna. Carrasca estaba aún más inquieta que de costumbre, arrastrándose en el territorio del Clan del Trueno todos los días antes del amanecer, pero siempre evitando presentarse en la hondonada. No podía imaginar lo que dirían o cómo reaccionarían los gatos. En la noche de luna llena, subió la cresta y miró hacia la isla en el lago, imaginando a los cuatro Clanes reunidos allí. ¿Se acordaron siquiera de ella? De repente llena de dudas, Carrasca regresó a los túneles y se acurrucó en su lecho, solo para soñar que estaba en una Asamblea rodeada de gatos burlones y desdeñosos que querían saber por qué un solitario pedía unirse a los Clanes. Carrasca se despertó sobresaltada, temblando. Ella todavía era guerrera, ¿no?

Después de eso, se quedó dentro de los túneles durante varios días, comiendo pescado y patrullando interminables pasajes de piedra hasta que sus patas estaban tan ásperas como la corteza de un árbol. Hojas Caídas le había dicho que sabría cuándo era el momento de regresar. Esperaba que él tuviera razón y que la oportunidad no la hubiera pasado ya.

Estaba terminando una comida tardía de pececillos cuando oyó unos suaves pasos detrás de ella y se volvió para ver a Hojas Caídas entrando en la cueva del río. Carrasca no lo había visto por un tiempo, y saltó con emoción.

—¡Oye! ¿Dónde has estado?

Hojas Caídas levantó la cola para silenciarla.

—Hay gatos en los túneles. Algo malo está pasando. —Dio media vuelta y se dirigió al túnel que conducía finalmente al páramo.

Carrasca lo siguió, corriendo para mantenerse cerca. Apenas habían abandonado la tenue luz de la cueva del río cuando escuchó voces que resonaban en la oscuridad. Esta vez no eran los gatos del Clan del Trueno, sino del Clan del Viento, y otra voz que ella reconoció, un gato que hablaba más fuerte que los demás en un profundo estruendo que sonaba como un trueno al rebotar en la piedra. «¡Solo!». En un instante, Carrasca recordó al gato blanco y tricolor que había causado tantos problemas antes, prediciendo la desaparición del sol y tratando de persuadir a Estrella Negra para que le diera la espalda a sus ancestros guerreros. «¿Qué está haciendo de vuelta aquí?».

Frente a ella, Hojas Caídas se detuvo. La conversación viajó claramente a lo largo del túnel.

—¡Esta es su oportunidad para tener verdadera gloria! —Solo estaba diciendo—. ¡Estrella de Bigotes puede querer la paz, pero eso es un signo de debilidad! ¡Ataquen al Clan del Trueno a través de los túneles y la victoria será fácil sobre esos idiotas masca-ratones!

—¡Solo tiene razón! —llamó a otro gato; Carrasca estaba segura de que era Cáрабо—. Hemos escuchado a Estrella de Bigotes durante demasiado tiempo. ¡Debería dejarnos luchar ahora, y hacer para lo que hemos entrenado y enseñar a esos gatos del Clan del Trueno que somos más fuertes de lo que piensan!

Hubo un coro de aullidos de acuerdo. El pelo de Carrasca se puso de punta. ¡Sus compañeros de Clan iban a ser atacados! ¡No podía dejar que esto sucediera! Junto a ella, Hojas Caídas se puso rígido.

—Hay otros gatos aquí —susurró en el oído de Carrasca.

Con mucho cuidado, se volvió y olfateó el aire. Dos gatos del Clan del Trueno estaban parados en un túnel lateral, a la vuelta de la esquina. Carrasca inhaló de nuevo hasta que pudo identificar los aromas: Charca de Hiedra y su hermana, Ala de Tórtola. Ella comenzó a caminar hacia ellas, luego se detuvo cuando hubo un silbido de los gatos del Clan del Viento.

—¿Alguien escuchó un ruido? —gruñó un guerrero.

Hojas Caídas acercó su boca a la oreja de Carrasca.

—Tienes que sacarlas de aquí. Todo tu Clan te necesita ahora. Si el Clan del Viento va a atacar a través de los túneles, tú eres la única que puede ayudarlos.

Carrasca miró a su amigo.

—Es hora, ¿no? —ella maulló suavemente.

Hojas Caídas asintió.

—Ve bien —murmuró—. Nunca te olvidaré, Carrasca.

En ese momento, hubo un crujido en el túnel lateral, nada más que un guijarro deslizándose debajo de una pata, pero resonó y amplificado por las paredes de piedra hasta que sonó tan fuerte como un trueno.

—¿Qué fue eso? —Cáрабо gruñó—. ¿Algún gato nos está escuchando a escondidas?

Carrasca comenzó a arrastrarse hacia las sombras más espesas donde se escondían sus compañeras de Clan.

—¡Sácanos de aquí! —escuchó susurrar a Charca de Hiedra.

—Seguí las voces para llegar aquí —respondió Ala de Tórtola—. No estoy segura de cómo salir.

Detrás de ella, Carrasca escuchó a los gatos del Clan del Viento moverse. Parecía que más de uno venía a investigar.

Charca de Hiedra también los había oído.

—¡Vienen a buscarnos! Tenemos que irnos.

No hubo tiempo para sacar a esas gatas en la seguridad de las sombras. Carrasca tendría que mostrarse ante ellas, hacerles saber que era una gata en la que se podía confiar. Ella respiró hondo. Todas las lunas de esconderse, tratando de olvidar que alguna vez había pertenecido a un Clan, parecieron desvanecerse en un solo segundo. La sangre de una guerrera corría por sus venas. Nada era más importante que la lealtad a su Clan.

Entró en el túnel lateral y sintió un cosquilleo en el aire cuando Ala de Tórtola y Charca de Hiedra se tensaron, listas para defenderse.

—Vengan conmigo —le ordenó a la oscuridad—. ¡Rápido!

—¡De ninguna manera! —Charca de Hiedra siseó—. Podrías estar con ellos.

—No lo estoy —maulló Carrasca, tratando de mantener la voz calmada.

—Demuéstralo —desafió Ala de Tórtola.

—No debería tener que hacerlo —espetó Carrasca. ¿No reconocieron esas gatas el olor del Clan del Trueno cuando estaba frente a ellas?—. Por el bien del Clan Estelar, vamos.

Con el más leve destello de luz de las estrellas que se filtraba desde la cueva del río, Carrasca vio que los ojos de Charca de Hiedra se abrían ampliamente mientras intercambiaba una mirada con su hermana.

—¿El Clan Estelar? —repitió Charca de Hiedra—. Entonces tú...

—¿Quieren salir de aquí o no? —Carrasca interrumpió.

—Sí, queremos —respondió Charca de Hiedra—. ¿Pero cómo sabemos que no nos llevarás más lejos?

Carrasca dejó escapar un siseo de frustración. ¿No podrían haber esperado esas preguntas? Y, sin embargo, tal vez no era sorprendente que esas gatas jóvenes no tuvieran idea de quién era ella. Iba a ser una extraña para muchos de sus compañeros de Clan después de estar fuera durante tanto tiempo.

—Porque soy una gata del Clan del Trueno como tú —maulló alzando la voz sobre los latidos de su corazón—. Mi nombre es Carrasca.

LOS GATOS GUERREROS

EL PRESAGIO DE ESTRELLA VAHARINA



Título original: “Mistystar’s Omen”

Traducción: Pichu06.

FILIACIONES

CLAN DEL RÍO

LÍDER

ESTRELLA LEOPARDINA — gata atigrada con insólitas manchas doradas.

LUGAR-TENIENTE

VAHARINA — gata gris azulada de ojos azules.

CURANDE-RAS

ALA DE MARIPOSA — gata dorada moteada.

APRENDIZA, BLIMA (gata gris atigrada).

GUERREROS

(gatos y gatas sin crías)

JUNCAL — gato negro.

APRENDIZ, ZARPA VACÍA (gato marrón atigrado oscuro).

BOIRA — gata atigrada gris claro.

APRENDIZA, ZARPA DE TRUCHA (gata gris claro atigrada).

AJENJO — gato atigrado de color gris claro.

NÍVEA — gata blanca de ojos azules.

COLA PALOMINA — gata gris oscuro.

APRENDIZA, ZARPA MUSGOSA (gata marrón y blanca).

GUIJARRO — gato gris moteado.

APRENDIZ, ZARPA VELOZ (gato marrón claro atigrado).

NARIZ MALVA — gato marrón claro atigrado.

PARDAL — gato Carey y blanco.

INSECTERO — gato atigrado marrón y blanco.

PELAJE DE PÉTALOS — gata gris y blanca.

MANTO MONTÉS — gato marrón claro.

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

VESPERTINA — gata atigrada marrón (madre de Pequeña Rizada, gatita marrón claro; y Pequeño Vaina, macho gris y blanco).

MUSGOSA — gata blanca y carey.

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

ROANA — gata gris moteada.

SALTÓN — gato blanco y canela.

CLAN DEL TRUENO

LÍDER **ESTRELLA DE FUEGO** — gato de un intenso color rojizo.

LUGAR-
TENIENTE **ZARZOSO** — gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

CURANDERO **GLAYO** — gato atigrado gris de ojos azules.

GUERREROS

LÁTIGO GRIS — gato gris de pelo largo.

MILI — gata gris claro atigrada.

MANTO POLVOROSO — gato atigrado marrón oscuro.

TORMENTA DE ARENA — gata de color melado claro y ojos verdes.

FRONDE DORADO — gato atigrado marrón dorado.

ACEDERA — gata Carey y blanca de ojos ámbar.

NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA — gata blanca con manchas canela.

ESPINARDO — gato atigrado marrón dorado.

APRENDIZA, ZARPA GABARDILLA (gata marrón oscuro).

ESQUIRUELA — gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

HOJARASCA ACUÁTICA — gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

ZANCUDO — gato negro de largas patas, con el estómago marrón y los ojos ámbar.

CANDEAL — gata blanca de ojos verdes.

BETULÓN — gato atigrado marrón claro.

BAYO — gato de color tostado.

PINTA — pequeña gata gris y blanca.

APRENDIZA, ZARPA FLORETA (gata tricolor con manchas blancas en forma de pétalos).

RATONERO — gato gris y blanco.

APRENDIZ, ZARPA DE ABEJORRO (gato gris claro con rayas negras).

CARBONERA — gata atigrada de color gris.

APRENDIZA, ZARPA DE HIEDRA (gata gris y blanca atigrada).

LEONADO — gato atigrado dorado de ojos ámbar.

APRENDIZA, ZARPA DE TÓRTOLA (gata gris claro).

SALTO DE RAPOSO — gato atigrado rojizo.

NUBE ALBINA — gata blanca.

PASO TORDINO — gato blanco y negro.

PÉTALO DE ROSA — gata de color tostado oscuro.

REINAS

FRONDA — gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

DALIA — gata de pelo largo color crema. Viene del cercado de los caballos

ROSELLA — gata carey y blanca (madre de Pequeña Cereza, una gatita rojiza; y Pequeño Topo, gatito color marrón y crema).

VETERANOS

MUSARAÑA — pequeña gata marrón oscuro.

PUMA — gato atigrado con hocico gris. Anteriormente un solitario.

RABO LARGO — gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras. Retirado anticipadamente por problemas de vista.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER

ESTRELLA NEGRA — gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

LUGAR-TENIENTE

BERMEJA — gata de color rojizo oscuro.

CURANDERO

CIRRO — gato atigrado muy pequeño.
APRENDIZ, COLA ROSO (gato rojizo).

GUERREROS

ROBLEDO — pequeño gato marrón.
APRENDIZ, ZARPA DE HURÓN (gato color crema y gris).
SERBAL — gato rojizo.
CHAMUSCADO — gato negro.
SAPERO — gato marrón oscuro.
MANZANERA — gata marrón moteada.
GRAJO — gato negro y blanco.
LOMO RAJADO — gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.
APRENDIZA, ZARPA DE PINO (gata negra).
AGUZANIEVES — gata de un blanco inmaculado.
TRIGUEÑA — gata carey de ojos verdes.
APRENDIZ, ZARPA DE ESTORNINO (gato rojizo).
OLIVA — gata carey.
GARRA RAPAZ — gato atigrado marrón claro.
TOPERA — gata gris con patas negras.
PELAJE DE CARBÓN — gato gris oscuro.
SAUCE RUANO — marrón moteado y rojizo.
CORAZÓN DE TIGRE — gato atigrado marrón oscuro.
CANELA — gata color crema.

REINAS

PELOSA — gata atigrada de pelo largo que apunta en todas direcciones.
YEDRA — gata blanca, negra y carey.

VETERANOS

CEDRO — gato gris oscuro.

AMAPOLA — gata atigrada marrón claro de patas muy largas

CRÓTALO — gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA — gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER

ESTRELLA DE BIGOTES — gato atigrado de color marrón.

LUGAR-TENIENTE

PERLADA — gata gris.

CURANDERO

VUELO DE AZOR — gato gris moteado.

GUERREROS

CORVINO PLUMOSO — gato gris oscuro.

CÁRABO — gato atigrado de color marrón claro.

APRENDIZ, ZARPA DE BIGOTES (gato marrón claro).

COLA BLANCA — pequeña gata blanca.

NUBE NEGRA — gata negra.

GENISTA — gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN — gato rojizo de patas blancas.

LEBRÓN — gato marrón y blanco.

HOJOSO — gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

HORMIGUERO — gato marrón con una oreja negra.

RESCOLDO — gato gris con dos patas oscuras.

COLA BRECINA — gata atigrada marrón oscuro con ojos azules.

VENTOLERO — gato negro con ojos ámbar.

CAÑAMERA — gata atigrada marrón claro.

COLA DE FOSQUINA — gata gris oscura.

ONDA SOLEADA — gata carey con una larga marca blanca en la frente.

VETERANOS

MANTO TRENZADO — gata atigrado gris oscuro.

OREJA PARTIDA — gato gris atigrado.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

HUMAZO — gran gato gris y blanco que vive en el cercado de los caballos.

PELUSA — pequeña gata gris y blanca que vive en el cercado de los caballos.

OTROS ANIMALES

MEDIANOCHE — tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.



CAPÍTULO 1

Vaharina se mantuvo al borde de la roca y observó como el agua daba vueltas bajo sus patas. Estaba marrón y densa por los escombros: ramitas, pedazos de hojas, e incluso un nudo de raíces que alguna vez habían sostenido un árbol, y por mucho que Vaharina lo intentara, era incapaz de ver las rocas al fondo del lago, o el distintivo destello plateado que traicionaba la posición de un pez. Se inclinó hacia abajo para lamer la superficie con la lengua. El agua sabía amarga y embarrada.

—No es lo mismo, ¿verdad? —Estrella Leopardina comentó a su lado.

Vaharina levantó la cabeza y miró a su líder. El dorado pelaje de Estrella Leopardina se veía apagado y sucio en la grisácea luz del alba, y las oscuras manchas doradas que habían inspirado su nombre parecían haberse desvanecido en la última luna.

—Pensé que cuando el agua volviera, todo regresaría a como lo era antes —continuó Estrella Leopardina. Hundió una pata en el lago, tambaleándose un poco cuando volvió a erguirse, y observó las gotas caer desde las puntas de sus garras hacia la piedra.

—Los peces volverán pronto —Vaharina maulló—. Ahora que las corrientes están fluyendo, no hay razón para que no vengan.

Estrella Leopardina observó el agua alborotada.

—Muchos peces murieron en la sequía —suspiró, como si Vaharina no hubiese hablado—. ¿Y si el lago queda vacío para siempre? ¿Qué vamos a comer?

Vaharina se acercó más a su líder hasta que su hombro rozó el pelaje de Estrella Leopardina. Se quedó atónita al sentir los huesos de la gata afilados contra su piel.

—Todo estará bien —murmuró—. La presa de los castores ha sido destruida, la lluvia ha llegado, y la larga sequía terminó. Fue una estación de la hoja verde difícil, pero sobrevivimos.

—Prieto, Musgano y Flor Albina no lo hicieron —soltó Estrella Leopardina—. ¿Tres veteranos perdidos en una sola estación? Tuve que ver a mis compañeros de Clan morir de hambre porque no habían peces para atrapar, no quedaba nada en el lago excepto barro. ¿Y qué hay de Torrentero? Él era tan valiente como cualquiera de los otros gatos que fueron a ver a donde había ido el agua, ¿por qué el no merecía volver? ¿Acaso se alejó demasiado de la vista del Clan Estelar?

Vaharina dejó que su cola se doblara hacia adelante para apoyarla en el lomo de su líder.

—Torrentero murió salvando al lago, y a todos los Clanes. Será honrado por siempre.

Estrella Leopardina se giró y comenzó a caminar por la orilla.

—Pagó un precio demasiado alto —gruñó—. Si los peces no regresan con el agua, no estaremos mejor de lo que estuvimos durante la sequía.

La gata dorada se tambaleó, y Vaharina saltó hacia adelante, lista para sostenerla. Pero Estrella Leopardina la apartó con un siseo y continuó cojeando sobre las piedras. Vaharina la siguió a una distancia respetuosa, no queriendo molestar a su orgullosa líder. Sabía que a Estrella Leopardina siempre le dolía algo estos días, exhausta por una enfermedad que había resistido a todas las habilidades de curandera de Ala de Mariposa, aunque no era desconocida: la devastadora sed, la dramática pérdida de peso debido a la constante hambre, la creciente debilidad que apagaba los ojos y oídos de un gato. Vaharina sintió que su mirada se suavizaba mientras observaba a Estrella Leopardina llegar al final de los guijarros y abrirse paso entre las frondas que rodeaban el campamento del Clan del Río.

De repente se escuchó un amortiguado chillido que venía de las profundidades de la maleza.

—¿Estrella Leopardina?

Vaharina brincó hacia los tallos verdes. Se adentró unas zancadas y llegó al lado de su líder. Estaba desplomada en el suelo, con los ojos bien abiertos de dolor, y sus flancos pesaban por el esfuerzo de tomar otra bocanada de aire.

—No te muevas —le ordenó Vaharina—. Traeré ayuda.

Se abrió paso por el resto de las frondas y estalló hacia el claro en el corazón del territorio.

—¡Ala de Mariposa! ¡Ven rápido! ¡Estrella Leopardina se cayó!

Se oyó un ruido de patas apresuradas; entonces el manto color arena de Ala de Mariposa, tan parecido al tono de Estrella Leopardina, apareció en la entrada de su guarida. La curandera se detuvo, mirando a su alrededor, y Vaharina la llamó:

—¡Por aquí!

Lado a lado, ambas gatas se abrieron paso hacia su líder. Estrella Leopardina había cerrado los ojos, y su respiración se agitaba en su pecho mientras jadeaba por aire. Ala de Mariposa se inclinó sobre ella, olfateándola y probando su pelaje con la lengua. Vaharina se inclinó hacia adelante pero retrocedió ante el hedor rancio que provenía de la gata enferma. Más de cerca, pudo ver tierra y caspa en el manto de Estrella Leopardina, como si la líder no se hubiese lavado en días.

—Trae a Ajenjo y a Guijarro —Ala de Mariposa maulló en voz baja sobre su hombro—. No han salido a patrullar aún. Pueden ayudarnos a llevar a Estrella Leopardina hacia su guarida.

Aliviada por tener una excusa para irse, y culpable por querer hacerlo, Vaharina se volvió y corrió hacia el claro. Regresó con Ajenjo y Guijarro, y observó mientras Ala de Mariposa instaba suavemente a su líder a ponerse de pie, apoyada pesadamente en ambos flancos por los guerreros. Vaharina mantenía las frondas apartadas mientras los gatos medio guiaban, medio arrastraban a su líder al campamento.

—¿Estrella Leopardina está *muerta*? —Vaharina escuchó que uno de los cachorros de Vespertina susurraba.

—Claro que no, querida. Solo está muy cansada —maulló Vespertina.

Vaharina se quedó parada en la entrada a la guarida y observó a Guijarro poner musgo debajo de la cabeza de Estrella Leopardina. Aquello era más que mero agotamiento. La guarida ya parecía más oscuras, las sombras más gruesas, como si guerreros del Clan Estelar se estuvieran reuniendo para dar la bienvenida a la líder del Clan del Río. Ajenjo pasó junto a Vaharina cuando se fue, su pelaje gris claro olía fuertemente a frondas.

—Hazme saber si puedo hacer algo por ella —murmuró, y Vaharina asintió.

Guijarro le siguió, con la cabeza gacha y la punta de la cola dejando una leve marca en el polvo.

Ala de Mariposa metió la pata delantera de Estrella Leopardina más cómodamente debajo de su pecho y se enderezó.

—Tengo que traer algunas hierbas de mi guarida —maulló—. Quédate con ella; hazle saber que estás aquí. —Apoyó el hocico en la oreja de Vaharina por un momento—. Sé fuerte, amiga —susurró.

La guarida pareció mortalmente tranquila cuando la curandera se hubo ido. La respiración de Estrella Leopardina se había vuelto superficial, apenas un jadeo audible que hacía poco más que mover el musgo junto a su hocico. La lugarteniente se agachó junto a la cabeza de su líder y le pasó la cola a lo largo de su huesudo costado.

—Duerme bien —le maulló suavemente—. Estás a salvo ahora. Ala de Mariposa está recogiendo hierbas para hacerte sentir mejor.

Para su sorpresa, Estrella Leopardina se revolvió.

—Es demasiado tarde para eso —la gata dijo con voz rasposa, sin abrir los ojos—. El Clan Estelar se acerca; puedo sentirlos a mi alrededor. Es mi hora de partir.

—¡No digas eso! —Vaharina siseó—. ¡Tu novena vida apenas ha empezado! Ala de Mariposa te curará.

Estrella Leopardina soltó un gruñido.

—Ala de Mariposa me ha servido muy bien, pero algunas cosas están incluso más allá de sus habilidades. Déjame ir en paz, Vaharina. No lucharé esta última batalla, y tú tampoco deberías.

—¡Pero no quiero perderte! —protestó la gata gris azulada.

Un nuboso ojo ámbar se abrió y la miró.

—¿En serio? —Estrella Leopardina jadeó—. ¿Después de lo que le hice a tu hermano? ¿A todos los gatos mestizos?

Por un momento, Vaharina se sumergió de regreso en la oscura y apestosa madriguera de conejo en el antiguo campamento del Clan del Río en el bosque. Estrella de Tigre y Estrella Leopardina se habían unido para formar al Clan del Tigre, y en su búsqueda de los guerreros con la sangre más pura, habían encarcelado a todos los gatos con ascendencia mixta. Vaharina y Pedrizo, quien había sido su hermano y el lugarteniente del Clan del Río, recientemente se habían enterado de que Estrella Azul del Clan del Trueno era su madre. Aquello había sido suficiente para condenarlos ante los ojos de Estrella Leopardina, y ella había permitido que Estrella de Tigre los persiguiera hasta que Pedrizo había muerto, asesinado a sangre fría por el lugarteniente de Estrella de Tigre, Patas Negras. Vaharina había sido rescatada por Estrella de Fuego y llevada al

Clan del Trueno hasta que la batalla con el Clan de la Sangre había terminado el reinado lleno de muerte del Clan del Tigre.

—Nunca merecí tu perdón —Estrella Leopardina susurró, trayendo a Vaharina nuevamente a la fría y silenciosa guarida.

—Estrella de Tigre fue responsable de la muerte de mi hermano —le gruñó Vaharina—. Estrella de Tigre y Patas Negras. El tiempo del Clan del Tigre no tuvo nada que ver con el código guerrero en el que creo. Yo siempre fui leal al Clan del Río, y a ti, como nuestra líder.

Estrella Leopardina suspiró.

—Tu vida ha sido más difícil de lo que me hubiera gustado, Vaharina. Perdiste a tu hermano y a tres de tus cachorros. Has sobrellevado bien tu dolor.

Vaharina se puso rígida. Ningún gato sabría nunca el dolor que había sentido cuando enterró a sus hijos.

—Todas las reinas saben que la vida de un cachorro es algo precioso y frágil. Los veré otra vez en el Clan Estelar, y caminaré con ellos en mi corazón todos los días —maulló.

Hubo una pausa cuando Estrella Leopardina se esforzó por respirar, y Vaharina medio se levantó, lista para pedir ayuda. Entonces la líder se relajó.

—Me arrepiento de no haber sabido la alegría de tener cachorros. Hubo un tiempo en el que creía que pasaría, pero no pudo ser. —Sus palabras se desvanecieron como si se imaginara algo con lo que había soñado hacía mucho tiempo—. Quizá fue lo mejor. Pero habría estado orgullosa de llamarte mi hija, Vaharina.

Vaharina no pudo responder. Su corazón dolió con la familiar tristeza de que nunca había tenido oportunidad de conocer a su verdadera madre, Estrella Azul. La líder del Clan del Trueno había revelado su secreto más oscuro a Vaharina y Pedrizo justo antes de morir en la orilla del río. Por un momento, Vaharina había sido abrasada por el amor de una madre, pero entonces se había ido, dejando un frío vacío que nunca podría ser rellenado.

Se acurrucó alrededor de Estrella Leopardina, justo como cuando había intentado calentar el empapado cuerpo de Estrella Azul tantas lunas atrás.

—Descansa —murmuró en el oído de su líder—. Estaré aquí cuando despiertes.



CAPÍTULO 2

Cuando Vaharina se despertó, un viento se había levantado, agitando los arbustos y haciendo que las olas salpicaran contra la orilla. La guarida estaba pálida por la luz del alba que destellaba mientras las ramas del serbal se balanceaban por la brisa. Junto a Vaharina, Estrella Leopardina estaba quieta y fría. Vaharina apoyó el hocico en la cabeza de la vieja gata, y luego se deslizó fuera de la guarida y caminó a través del campamento hacia la orilla. Miró la agitada agua grisácea, preguntándose si Estrella Leopardina ya se había unido a sus ancestros.

Unos pasos detrás de ella la hicieron darse vuelta. Ala de Mariposa se acercaba cuidadosamente por las piedras.

—Estrella Leopardina está muerta —anunció la curandera.

—Lo sé —Vaharina maulló. Cerró los ojos contra la ráfaga de dolor. Sintió que Ala de Mariposa se ponía a su lado, irradiando calor y suavidad de su pelaje—. No me siento lista para liderar al Clan —confesó en un susurro, sin abrir los ojos—. ¿Cómo podré seguir los pasos de Estrella Leopardina?

Ala de Mariposa apoyó la cola en el lomo de Vaharina.

—Estás más que lista —prometió—. Piensa en el camino que has recorrido hasta el día de hoy. Has visto más de lo que muchos gatos verán en su vida entera.

—Eso es porque soy vieja —señaló Vaharina—. ¡Prieto era tan solo unas estaciones mayores que yo! A veces siento como si me estuviese quedando más tiempo del debido aquí, como si ya debiese estar caminando en el Clan Estelar con Pedrizo.

—Esa es una idea de cerebro de ratón, y lo sabes —Ala de Mariposa le contestó—. Todavía tienes una larga vida por delante. Nueve largas vidas, de hecho.

«*¡Nueve vidas!*». Por un latido, Vaharina se sintió abrumada por el cansancio. ¿Cómo encontraría la energía necesaria para liderar a su Clan cuando apenas podía mover sus propias patas? ¿Tendría una oportunidad de sentirse triste por la muerte de Estrella Leopardina, con tanto que hacer?

Ala de Mariposa pareció percibir su duda.

—Habrá mucho tiempo para llorar por Estrella Leopardina. Estaré aquí cuando sea que me necesites. No estás sola, Vaharina. Debes reunir a nuestros compañeros de Clan; diles lo que pasó. Eres su líder ahora, y te necesitan tanto como necesitaban a Estrella Leopardina.

Manteniendo la cola en el lomo de Vaharina, la curandera la guió de regreso al campamento. La gata azul grisácea aspiró el delicado aroma a hierbas del manto de su amiga y comenzó a sentirse mejor.

—No podría hacer esto sin ti —murmuró.

—No deberías hacerlo —Ala de Mariposa le respondió con energía—. Soy tu curandera, y haré todo lo que pueda para ayudarte.

El claro ya se estaba llenando de gatos, quienes daban vueltas y susurraban con ansiedad.

Vaharina saltó al ancho tocón de sauce afuera de la guarida de Estrella Leopardina y llamó a sus compañeros de Clan.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para nadar se reúnan para escuchar mis palabras!

A pesar de su dolor, no pudo evitar sentir una ráfaga de emoción cuando los gatos se detuvieron y se sentaron en sus cuartos traseros alrededor del tocón del árbol, levantando miradas expectantes hacia ella. «*¡Ala de Mariposa tenía razón! ¡Me ven como su líder incluso antes de que haya recibido mis nueve vidas y mi nuevo nombre!*».

—Estrella Leopardina ha ido a caminar con el Clan Estelar —anunció.

Un murmullo de tristeza se esparció por los gatos como una ráfaga de viento helado.

—Fuimos afortunados de tenerla como nuestra líder por tantas lunas —maulló Boira—. Era valiente y de carácter fuerte por todos nosotros.

—Me dijo que me estaba yendo muy bien en mi entrenamiento de batalla —la aprendiz Zarpa Musgosa comentó tristemente.

Vespertina acercó a sus cachorros con la cola.

—Esperaba que hubiese vivido lo suficiente para ver a estos pequeños convertirse en aprendices —suspiró.

Insectero se paró, su manto marrón y blanco brillaba con los primeros rayos del sol.

—¿Cuándo vas a ir a recibir tus nueve vidas? —preguntó a Vaharina.

Vaharina hizo una mueca. Aquello era lo que había temido, que apenas iba a tener tiempo de respirar, mucho menos de llorar a su antigua líder, antes de que la sumergieran directo en su nueva vida. Pero había sido la lugarteniente de Estrella Leopardina por un largo tiempo, y siempre había sabido como serían sus tareas cuando este momento llegara. Y no podía evitar esperar la oportunidad de caminar con Ala de Mariposa entre sus ancestros guerreros, y aprender los secretos del futuro que la ayudarían a liderar a su Clan.

—Iré a la Laguna Lunar tan pronto como pueda —declaró.

Ala de Mariposa se movió, y Vaharina la miró inquisitivamente.

—Podemos esperar hasta mañana —maulló la curandera—. Esta noche tenemos que velar por Estrella Leopardina.

Un gato negro se paró y asintió a Vaharina.

—Hablo por todos los guerreros cuando digo que estaré honrado de servirte como mi líder —anunció.

—Gracias, Juncal —ronroneó Vaharina.

Su mente volvió al tiempo en el que había amamantado a aquel gato con su vientre, junto a sus hermanos de camada; él era el único de sus hijos que había sobrevivido, y cada día se sentía orgullosa por el guerrero en el que se había convertido.

Pelaje de Pétalos movió la cola.

—Algunos podemos hablar por nosotros mismos —maulló, irritada—. Pero te seré tan leal como lo fui con Estrella Leopardina, que camine en paz entre las estrellas.

—¡Estrella Vaharina! —exclamó Zarpa de Trucha.

Vaharina entrecerró los ojos a la aprendiz gris claro.

—Aún no, Zarpa de Trucha. No hasta que haya recibido mis nueve vidas.

«Mañana caminaré con mis ancestros, y me despediré de mi nombre de guerrera para siempre».

Vaharina bajó de un saltó del tocón del árbol y llamó a Manto Montés:

—¿Podrías liderar una patrulla de caza antes del mediodía? Llévate a Cola Palomina y a Zarpa Musgosa, y a Pelaje de Pétalos, si tiene ganas.

La gata gris y blanca olfateó.

—¡Por supuesto que tengo ganas! Me he pasado los últimos tres amaneceres encerrada en este campamento, así que estoy más que lista para estirar las piernas.

Vaharina ocultó un ronroneo de diversión.

—Tienes permitido descansar tanto como quieras después de haber viajado a la presa de los castores —le recordó a la guerrera—. Pero si tienes ganas de cazar, te estaremos agradecidos por tu aguda vista.

Juncal se acercó a Vaharina.

—¿Quieres que visite a los otros Clanes y les haga saber lo de la muerte de Estrella Leopardina?

Vaharina negó con la cabeza.

—No. Se van a enterar pronto. Debemos honrar a Estrella Leopardina encargándonos de nuestras tareas como todos los días.

—En ese caso, ¿debería liderar una patrulla fronteriza? —ofreció Juncal—. Quiero asegurarme de que el zorro que oímos ayer no se haya acercado al campamento.

La gata gris azulada asintió.

—Sí, por favor. Y estén atentos a cualquier ardilla o ratón mientras están en esa parte del territorio. En caso de que aún no hayan suficientes peces en el lago todavía.

Se preguntó si alguno de sus compañeros de Clan sabía lo vacía que parecía el agua. *«Si no se han dado cuenta, no se los voy a señalar. Pero puede ser que tengamos que rellenar el montón de carne fresca con otras presas por un tiempo».*

—No tendrás que hacer esto por mucho tiempo más —Boira le maulló cerca de la oreja.

Vaharina se sobresaltó.

—¿Hacer qué? —Se preguntó si había dicho algo sobre la escasez de peces en voz alta.

Boira asintió hacia los gatos que se reunían en grupos.

—Organizar patrullas. Vas a tener que elegir un nuevo lugarteniente antes de la medianoche, ¿no?

—¿Un lugarteniente? —Vaharina repitió—. Sí, por supuesto.

La gata la miró más de cerca.

—¿Sabes a quién vas a elegir? Ya debes de haberlo pensado antes.

Vaharina no creyó poder admitir que no, no lo había pensado. Por supuesto que había sabido que Estrella Leopardina estaba enferma, pero realmente no se había imaginado que la novena vida de su líder se acabaría. ¡Había mucho que hacer! Y todo parecía pesar en sus hombros.

Para su alivio, Juncal llamó a Boira para que se uniera a su patrulla fronteriza, y Vaharina se salvó de responder.

Por un momento los arbustos parecieron vivos por el movimiento mientras los gatos salían en sus patrullas; entonces de repente el claro estaba vacío y en silencio. Vaharina respiró profundamente y miró a su alrededor. Todo le era reconfortantemente familiar, desde la frecuentada tierra desnuda donde los gatos se sentaban a comer y compartir lenguas hasta las zarzas cuidadosamente cubiertas que escondían las diferentes guaridas. Solo Vaharina se sentía cambiada por completo, intimidada y sin aliento ante la idea de lo que tenía por delante.

—¿Vaharina? —Blima estaba parada junto a la entrada a la guarida de las curanderas, que estaba resguardada entre dos rocas musgosas. Trotó a través del pasto aplastado con la cola doblada sobre su espalda—. ¿Quieres que vaya contigo a la Laguna Lunar? Cuando vayas a recibir tus nueve vidas, me refiero.

Vaharina parpadeó.

—¿Ese no es el deber de Ala de Mariposa?

—Bueno, sí —maulló Blima, sonando un poco insegura—. Pero como es tu primera vez compartiendo lenguas con tus ancestros, creí que te gustaría algo de compañía.

Vaharina ronroneó.

—No tengo miedo de caminar en el Clan Estelar, pequeña. Pero fue amable de tu parte ofrecerlo, y algún día estoy segura de que acompañarás a tu líder cuando reciba sus nueve vidas. Pero esta vez es el turno de Ala de Mariposa.

Una vez más hubo un confuso destello de duda en los ojos de la gata gris atigrada; entonces asintió.

—Por supuesto —maulló—. Sea lo que sea que pase mañana, te deseo bien. —Volvió a adentrarse en su guarida, dejando a Vaharina frunciendo el ceño tras ella.

«¿Sea lo que sea que pase mañana?». ¿Había algo de lo que debía temer? Se encogió de hombros, decidiendo que Blima solo estaba un poco impaciente por demostrar su mérito como curandera, y quizá no lo suficientemente experimentada para todas sus responsabilidades.

Cruzó el claro hacia el lugar favorito del Clan para tomar el sol, una pendiente arenosa que servía como un pobre reemplazo de las Rocas Soleadas, según los gatos que recordaban el bosque. Roana y Saltón yacían en la suave luz dorada, sus colas se movían y tenían los ojos entrecerrados.

«Pero apuesto a que no se perdieron nada de lo que pasó esta mañana», Vaharina pensó.

—Tenemos que encontrar un lugar para enterrar a Estrella Leopardina —maulló, sintiendo que el dolor le pesaba en el estómago como una piedra.

Los veteranos asintieron, y Roana se puso de pie, sacudiéndose la arena de su moteado manto gris.

—Conozco el lugar perfecto. Sígueme.

Saltón se paró más rígidamente, estirando cada pierna rojiza y blanca a su vez. Roana los guió por la cresta de una pendiente y hacia los delgados árboles al otro lado. Se desvió hacia un camino medio oculto a través de un denso parche de consuelda hasta que emergieron a un pequeño claro, sombreado por un joven serbal con una clara vista hacia el lago y a la isla donde los Clanes se reunían cada luna llena. Detrás de la isla, las colinas en las que vivía el Clan del Viento se alzaban para encontrarse con las nubes, y por detrás de esa cresta yacía el bosque, el primer hogar de Estrella Leopardina.

—Siempre he pensado que este sería un buen lugar para que Estrella Leopardina descanse —explicó Roana.

Vaharina asintió.

—Es perfecto. ¿Pueden cavar el agujero, o debería traer ayuda?

Saltón resopló.

—Por el amor del Clan Estelar, ¡confía en que hagamos esta última tarea por nuestra líder! ¿Crees que hemos perdido el uso de las piernas?

Roana apoyó la cola por entre los hombros de su compañero de guarida.

—Ignora a esta trucha malhumorada —le dijo a Vaharina—. Pero tiene razón, podemos arreglárnoslas. Deberías volver al claro y conseguirte algo de comer. Te ves exhausta, y necesitarás tu fuerza para el viaje a la Laguna Lunar.

Sintiéndose un poco abrumada por la simpatía maternal de la vieja gata, Vaharina les agradeció y se abrió paso de regreso por la consuelda. En el claro, la patrulla de Manto Montés había regresado con una captura de dos diminutos pececillos, y habían vuelto a salir. Vespertina estaba pinchando los pececillos pensativamente, pero cuando Vaharina apareció, los empujó hacia ella.

—Puedes quedarte estos —le instó—. Mis cachorros y yo podemos comer más tarde.

Vaharina parpadeó. ¿Era tan vieja que sus compañeros de Clan estaban preocupados por su habilidad de sobrellevar el volverse líder?

Vespertina pareció adivinar sus pensamientos.

—Déjanos ayudarte como sea que podamos —incitó suavemente—. Sabemos los sacrificios que estarás haciendo por nosotros de ahora en adelante.

Vaharina no discutió. No podía decirle a Vespertina lo repentinamente aislada que se sentía de los gatos que habían sido sus amigos y compañeros de guarida toda su vida. La muerte de Estrella Leopardina había cambiado todo. «*Gracias al Clan Estelar tengo a Ala de Mariposa* —pensó—. *Ella es la única que entiende lo que se siente ser responsable de todo el Clan*».

Mientras masticaba el pececillo, vio a las dos curanderas arrastrar cuidadosamente el cuerpo de Estrella Leopardina de su guarida y cubrir su manto con romero y menta acuática. El aroma de las hierbas frescas flotaba en el aire, asfixiando la contaminación de la muerte. Oyó que Blima le advertía a Ala de Mariposa que estaban usando sus últimos suministros de menta acuática, pero la curandera dorada solo sacudió la cabeza y le dijo que continuara.

—Estrella Leopardina la necesita más que nosotros ahora —insistió.

El corazón de Vaharina se hinchó de calidez por su vieja amiga. Sabía lo afortunada que era de tener a Ala de Mariposa como su curandera. No había forma de que siquiera contemplara el camino que tenía por delante sin ella.

Cuando la luz comenzó a desvanecerse, los gatos del Clan del Río se reunieron alrededor del cuerpo de su antigua líder para el inicio de la larga noche de vigilia. El aire estaba lleno del olor a hierbas, y el viento había disminuido, de modo que las olas eran poco más que un suave susurro junto a los arbustos. Vaharina se sentó a la cabeza de Estrella Leopardina, observando a sus compañeros de Clan caminar tristemente a su lado.

Ala de Mariposa apareció tras ella.

—¿Estás lista para nombrar a tu lugarteniente? La luna se está elevando.

Los gatos que estaban más cerca aguzaron las orejas, y Vaharina sintió que sus miradas le pinchaban el manto. Asintió y se puso de pie.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para nadar se reúnan para escuchar mis palabras!

En un instante la línea de gatos paró de moverse y se giró para mirarla. Todos sabían lo que estaba por pasar. ¿Aprobarían su decisión? Vaharina se lo preguntó. Nuevamente sintió que le temblaban las piernas bajo el peso de sus nuevas tareas, y dio un paso hacia Ala de Mariposa para poder sacar fuerza de la calidez del pelaje de la curandera.

—Es hora de que nombre a mi lugarteniente —Vaharina anunció, su voz sonó aguda y chillona en el frío aire de la noche—. Juncal, te invito a caminar a mi lado y ayudarme a liderar a este Clan. Que el Clan Estelar escuche y apruebe mi decisión.

Hubo un momento de silencio; entonces los gatos estallaron en coreos.

—¡Juncal! ¡Felicidades!

El hijo de Vaharina avanzó, sus ojos gris oscuro brillaban.

—Estoy honrado por haber sido elegido —ronroneó—. Daré mi vida para protegerte a ti y a mis compañeros de Clan.

—Esperemos que no llegue a eso —Vaharina le dijo. Estiró el cuello para apoyarle el hocico en la cima de la cabeza. El pelaje de Juncal olía igual que cuando era un cachorro.

Hubo un murmullo entrecortado desde las sombras al borde del claro.

—¡Apuesto a que solo lo eligió porque es su hijo!

—¡Silencio, Zarpa Musgosa! —espetó Cola Palomina—. Juncal es un guerrero leal y valiente, y será un gran lugarteniente.

«*Eso espero*», pensó Vaharina. Había esperado alguna crítica por nombrar lugarteniente a su hijo, pero quería creer que esa no era la razón tras su decisión.

—Una elección valiente —murmuró Ala de Mariposa en su oreja—. Pero la correcta, creo yo.

Vaharina se sintió un poco mejor, pero se habría sentido más cómoda si Ala de Mariposa le hubiese mencionado alguna señal de aprobación del Clan Estelar, o incluso un presagio que anticipara su anuncio.

—Disculpa, ¿Vaharina? —Vespertina estaba parada en frente suyo—. ¿Está bien si me llevo a mis pequeños ahora? Están muy cansados.

Vaharina miró a los dos cachorros, quienes bostezaban mientras abrían y cerraban sus enormes y redondos ojos.

—Por supuesto —ronroneó.

Mientras la reina llevaba a sus crías a través del claro, la línea de gatos comenzó a moverse otra vez.

—Hasta pronto, Estrella Leopardina. Que tengas buena caza en el Clan Estelar.

—Nos volveremos a ver, vieja amiga. Guárdame un lugar para disfrutar del sol.

—¡Wow! ¡Nunca había visto un cadáver antes! ¿Qué es esa cosa verde en su pelaje?

—Zarpa Veloz, ve a tu guarida si no puedes comportarte como se debe. ¡Y deja esa menta acuática quieta!

Finalmente Vaharina quedó sola en el claro con Estrella Leopardina y los veteranos, quienes se quedarían junto a su antigua líder toda la noche. Vaharina se inclinó y tocó con el hocico la fría oreja de Estrella Leopardina, delgada como una hoja.

—Que el sol caliente tu lomo y los peces salten en tus patas —le murmuró.

—No he escuchado ese dicho en mucho tiempo —Saltón dijo con la voz rasposa—. No desde que vivíamos en el bosque.

—Tabora solía decirnos eso a Pedrizo y a mí cuando íbamos a dormir —Vaharina maulló—. Era su forma de desearnos dulces sueños.

—Ah, Pedrizo —suspiró Saltón—. Todavía lo extraño. —Miró a Vaharina, entrecerrando los ojos en la oscuridad—. Tenías mucho que perdonarle a Estrella Leopardina, ¿no?

Vaharina tragó.

—Fue una buena líder la mayor parte de su vida —contestó—. Eso es por lo que debería ser recordada.

Se acostó con la nariz apretada contra el pelaje de Estrella Leopardina. *«Te prometo que seré la líder más fuerte y sabia que pueda. Haré mi mejor esfuerzo por reflejar tu lealtad al Clan del Río y tu valor para hablar por nosotros, y aprenderé de tus errores. Sé que no tengo que probarle a los otros Clanes que el Clan del Río es el más fuerte y poderoso. Solo quiero que mis compañeros de Clan estén felices y a salvo».*

—Y esa es la mejor ambición de todas —murmuró una voz detrás de ella.

Vaharina se sobresaltó y se dio la vuelta. Un gato gris estaba parado atrás de ella, su grueso pelaje brillaba con la luz de las estrellas.

—¡Pedrizo!

El gato asintió.

—¿Creíste que me perdería esta noche? —maulló—. Te he estado observando todo este tiempo, y me enorgullece que vayas a liderar a nuestro Clan.

La cola de Vaharina cayó.

—Deberías haber sido tú.

Pedrizo negó con la cabeza.

—Ese no era mi destino. Te deseo bien, Vaharina. Necesitarás un gran valor para lo que te espera, pero recuerda que no estás sola. Siempre caminaré a tu lado. Nos volveremos a ver pronto.

Su pelaje comenzó a desvanecerse, hasta que Vaharina pudo ver las hojas oscuras en el arbusto detrás de él.

—¡Espera! —lo llamó—. ¿A qué te refieres? ¿Por qué necesitaré valor? ¿Se acerca una batalla?

Pero no hubo respuesta, solo un amortiguado ronquido de Saltón, quien dormía a su lado. Vaharina miró salvajemente el claro a su alrededor, pero su hermano se había ido. ¿Le había tratado de advertir que algo horrible estaba en el horizonte? No había forma de que Vaharina pudiese dormir ahora. Pasó cuidadosamente junto a los veteranos durmientes y se dirigió a la entrada de la guarida de las curanderas.

—¡Ala de Mariposa! —llamó en un alto susurro.

Sonó un tenue murmullo desde detrás de las rocas; entonces la curandera apareció. Tenía los ojos bien abiertos y se veía alborotada, como si ella tampoco hubiese sido capaz de dormir.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Pasó algo malo?

—¡Tengo que ir a la Laguna Lunar ahora! —Vaharina le dijo—. Pedrizo me visitó en un sueño, y hay cosas que tengo que preguntarle.

Ala de Mariposa se vio alarmada.

—¿Por qué? ¿Qué te dijo?

—¡Nada que tuviera sentido! —siseó la gata gris azulada—. ¡Vamos, tenemos que ir!

—Sería más seguro esperar hasta el amanecer —la curandera dijo—. Ya que tenemos que cruzar el territorio del Clan del Viento.

—No, tenemos que irnos ahora —insistió Vaharina—. ¡Si se avecinan problemas, el Clan del Río no puede estar sin líder ni un momento más! ¡Hay mucho que tengo que aprender!

Ala de Mariposa salió de la guarida y se sacudió unos restos de hierbas que tenía colgando del pelaje.

—Sí —murmuró—. Tienes más por aprender de lo que crees.



CAPÍTULO 3

La primera luz del alba comenzaba a aparecer en el horizonte cuando Vaharina y Ala de Mariposa llegaron a la cima de la cresta del Clan del Viento. Era demasiado temprano como para que cualquier patrulla estuviese fuera, por lo que cruzaron el páramo sin ser desafiadas, viajando en silencio a excepción del suave roce de sus patas en el pasto. Vaharina se detuvo para recuperar el aliento en la cima de la colina y bajó la mirada hacia el lago. El agua se veía densa y casi negra desde allí, empujando contra los rizos y puntas de la orilla. El campamento del Clan del Río era una mancha negra a lo lejos; Vaharina se imaginó a los gatos en el claro, y se preguntó si alguno de ellos estaba mirando hacia la cresta en aquel momento, divisando su silueta contrastar contra el lechoso amanecer.

A su lado, Ala de Mariposa movió las patas.

—Deberíamos seguir —maulló.

Vaharina se sorprendió de que la gata no pareciera más emocionada respecto a la ceremonia de nueve vidas. ¿Visitar la Laguna Lunar y compartir lenguas con el Clan Estelar era una rutina ordinaria para los curanderos?

Su paso se ralentizó cuando comenzaron la larga y empinada escalada por las rocas. Vaharina había recorrido ese camino una sola vez, y había olvidado lo complicado que era, o quizá sus piernas simplemente habían envejecido.

—¿Falta mucho? —jadeó después de perder el agarre en una roca y casi haberse caído hacia atrás.

—No —Ala de Mariposa respondió por encima de su hombro—. ¿Ves esos arbustos allí arriba? El camino que baja hacia la Laguna Lunar está justo detrás de ellos.

La cabeza de Vaharina daba vueltas para cuando se abrieron paso entre las espinosas ramas y comenzaron a bajar por el camino en espiral. Sus patas encajaban en las huellas dejadas por generaciones anteriores de gatos, y por un momento sintió que sus mantos rozaban el suyo, y la bañaron con su aroma almizclado. «Bienvenida, bienvenida». ¿También escuchaba sus voces, o era solo su imaginación?

Ala de Mariposa la guió hacia el borde del estanque. Brillaba bajo la pálida luz del sol, reflejando las nubes y el rápido vuelo de un pájaro a través de su superficie. El corazón de Vaharina pareció latir con más fuerza. ¡Ya casi! ¡Realmente iba a ser la líder del Clan del Río! Miró a Ala de Mariposa y se sorprendió al ver que la curandera también parecía nerviosa. Movía la punta de su peluda cola, y parecía reacia a encontrarse con la mirada de Vaharina. Tal vez se sentía ansiosa por la desconocida ceremonia, después de todo.

—Vas a estar bien —Vaharina le aseguró a su vieja amiga—. Es la primera vez para ambas, pero lo superaremos juntas.

Ala de Mariposa solo parpadeó.

—Acuéstate al borde de la laguna —instruyó—, y deja que tu hocico toque el agua.

Vaharina se echó con las patas metidas por debajo suyo. La piedra estaba fría bajo su vientre, pero el agua estaba aun más fría, brillando como hielo contra su nariz. Respiró profundamente y cerró los ojos.

—Buena suerte —escuchó a Ala de Mariposa decir suavemente, como si estuviera muy lejos.

Hubo un revuelo de estrellas a su alrededor, y luego una vertiginosa oscuridad se la tragó. Vaharina luchó contra el impulso de gritar. «¿*Estoy cayendo?*». Hubo susurros y gritos en sus oídos, pero ninguno de ellos lo suficientemente claro como para escucharlo, y el olor de muchos gatos, algunos medio familiares, otros extraños y agudos. Justo cuando Vaharina estuvo a punto de chillar por el terror, sintió arena firme bajo sus patas. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba parada en una orilla suavemente inclinada al borde de un ancho río de poca profundidad que chapoteaba en los guijarros y llevaba olor a peces. Por encima suyo, el cielo estaba brillante y el sol resplandecía, calentándole el pelaje. Vaharina sintió el impulso de sumergirse en el agua y dejar que los peces nadaran

hacia sus garras; de alguna forma sabía que no sería difícil atrapar un montón de presas.

Los arbustos detrás de ella crujieron, y apareció una gata gris oscuro. Por un momento, Vaharina pensó que era su hermano, Pedrizo, pero entonces reconoció el olor y supo que se trataba de Tabora, la gata del Clan del Río a la que había llamado madre por tanto tiempo. Vaharina ronroneó fuertemente, y en dos zancadas Tabora estaba a su lado, lamiéndole el pelaje y acariciándole la cabeza con la barbilla. Vaharina hundió la nariz en el pecho de Tabora, tan suave como un montón de plumas, de repente sintiéndose como una cachorra otra vez.

—Me preocupa tanto cometer un error en la ceremonia —confesó.

—Calla, pequeña —la calmó Tabora—. No hay nada en lo que puedas equivocarte; te lo prometo. ¿Estás lista?

Vaharina se enderezó y asintió. Se quedó atónita al notar que la costa estaba llena de gatos ahora, sus pelajes estaban encendidos por las estrellas y sus ojos brillaban de calidez. Se preguntó por un momento fugaz en donde estaba Ala de Mariposa, pero entonces Tabora avanzó y levantó la voz por encima del chapoteo del río.

—Mi preciosa Vaharina, mi querida casi-hija, te doy una vida para amar a tus compañeros de Clan como si cada uno de ellos fuera tu hijo, nacido de tu cuerpo y tu dolor. —Apoyó el hocico contra el de Vaharina, y un rayo como un relámpago se disparó a través de su manto.

Chilló y saltó hacia atrás por el dolor, pero los ojos de Tabora la miraban brillantes, dándole fuerza, y Vaharina clavó las garras en la arena para sostenerse al suelo. El fuego bajo su piel se apagó y jadeó por aire.

—Gracias, Tabora —susurró.

La gata asintió y retrocedió.

Entonces una figura familiar se cernió sobre Vaharina, y aspiró el aroma de su hermano.

—Te dije que nos volveríamos a ver —Pedrizo ronroneó—. Te doy una vida para tratar a todos los gatos por igual, para luchar contra la injusticia y desigualdad en donde sea que venga.

Vaharina se preparó, pero la descarga de esta vida fue menos severa, sintiéndose en su lugar como una ola de fuerza construyéndose en su interior, creciendo desde su nariz hasta la punta de la cola hasta que se sintió capaz de poder saltar montañas.

La próxima gata era una esbelta atigrada plateada de suave pelaje, con unos ojos que relejaban el azul del cielo.

—¡Plumosa! —Vaharina gritó—. ¡Te he extrañado!

La mirada de Plumosa se suavizó.

—Yo también te he extrañado, Vaharina. No he olvidado las lecciones que aprendí de ti. La vida que te doy es para aceptar tu destino, sin importar qué tan difícil pueda parecer. Algunas cosas están más allá de nuestro control; eso no significa que debamos pelear en su contra.

Esa vida fue incómoda, pinchándole como espinas y atragantándola como una espina de pez atorada en su garganta. Vaharina luchó por quedarse quieta y no escupir la espina invisible. ¿Tal vez esa era una advertencia de cuan difícil iba a ser su destino? Vaharina sintió un temblor de inquietud.

—Bienvenida, Vaharina —ronroneó una profunda voz.

Abrió los ojos para encontrarse con Estrella Doblada, el líder del Clan del Río anterior a Estrella Leopardina, mirándola. Vaharina inclinó la cabeza.

—No hace falta que hagas eso ahora —Estrella Doblada le recordó—. Aquí somos iguales. Te doy una vida con la sabiduría y fuerza para soportar el peso del liderazgo. Será muy pesado, pero recuerda que cada problema no es más que un desafío que superar.

Las piernas de Vaharina se doblaron cuando sintió una enorme e invisible presión aplastándola. Se obligó a enderezarse, y sintió la presión transformarse en una suave y poderosa calidez. «*Soy lo suficientemente fuerte como para cargar con este peso*», se dijo a sí misma.

La siguiente vida provino de un gato marrón rojizo de anchos hombros, Corazón de Roble, quien había sido el hermano y lugarteniente de Estrella Doblada. Pero Vaharina ahora lo conocía como algo más: su padre.

—Mi hermosa hija —murmuró, apoyándole el hocico en las orejas—. Lamento no haber podido ser un verdadero padre para ti. Vive bien, cree en ti misma, y algún día caminaremos juntos en el Clan Estelar. Te doy una vida con el valor de seguir tu corazón —ronroneó, y Vaharina se preparó para recibir la sacudida de sentimientos que la atravesó.

Sintió un destello de tristeza cuando su padre se apartó de ella, pero casi al instante otra gata estaba a su lado, respirándole cálidamente en la oreja.

—Oh, mi hija —susurró Estrella Azul—. Si tan solo supieras cuanto te he extrañado.

Vaharina levantó la cabeza y examinó a la gata de pelaje gris azulado claro. Estrella Azul se veía joven, ágil y fuerte, tan distinta de la abatida y empapada gata que ella y su hermano habían arrastrado del río.

Estrella Azul apoyó la punta de su cola en el costado de Vaharina.

—La vida que te doy es para hacer lo correcto, sin importar qué tan difícil pueda ser.

El arrepentimiento en su voz casi rompió el corazón de Vaharina. Se obligó a ronronear, a pesar del fuego que parecía esparcirse por su sangre.

—Sé que solo quisiste intentar hacer lo correcto —le dijo con la voz rasposa.

Estrella Azul se inclinó hacia adelante hasta que apoyó el hocico en la punta de la oreja de Vaharina.

—Gracias —exhaló.

Una hermosa gata plateada con rayas negras dio un paso adelante. Vaharina inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Corriente Plateada? ¿Eres tú?

La gata ronroneó.

—Bienvenida, Vaharina, Estoy tan orgullosa de en lo que te has convertido. Te doy una vida para encontrar felicidad, incluso en los lugares donde creerías que no la hay. Pase lo que pase, jamás olvides como ser alegre. —Cuando tocó la nariz de Vaharina, una clara luz plateada destelló, haciendo que la gata gris azulada parpadeara.

Su pelaje hormigueó y sintió que se le erizaba a lo largo del manto.

—Gracias —murmuró ella.

Un atigrado gris oscuro tomó el lugar de Corriente Plateada. El corazón de Vaharina le dolió al verlo.

—Oh, Torrentero. Lamento tanto que no regresaras. Salvaste al lago, ¿sabías? ¡El agua volvió!

«*Aunque los peces no*», añadió en silencio, aunque no le iba a decir eso a su antiguo compañero de Clan.

Torrentero inclinó la cabeza.

—Lo único que he querido es ayudar a mi Clan —maulló—. Mi vida valió la pena. La vida que te doy es para la curiosidad, para el valor de encontrar lo que yace más allá del horizonte. Nunca rechaces una oportunidad de aprender algo nuevo.

—No lo haré; lo prometo —susurró Vaharina cuando el calor la abrasó una vez más. Se estaba empezando a sentir mareada y débil, y su visión se volvió borrosa.

En un primer momento pensó que nadie había aparecido después de Torrentero. Había un espacio vacío en frente de ella. Le faltaba una vida, ¿o no? Entonces sonó un diminuto chillido debajo de ella, y Vaharina bajó la mirada a un pequeño gatito negro con unos penetrantes ojos verdes.

—¡Pequeño Perca! ¡Mi bebé!

El diminuto cachorro brincó sobre sus patas.

—Sabía que te volvería a ver —chirrió—. Me dijeron que yo también podía darte una vida. Así que la mía es para la valentía, incluso cuando estás caminando en las sombras. Siempre habrá luz, incluso en la noche más oscura.

Se estiró para apretar la barbilla de Vaharina con la nariz. La gata inhaló el precioso olor a cachorro y bebió de la energía que fluía de él. *«Nunca te olvide, ni siquiera por un momento».*

—¡Estrella Vaharina! ¡Estrella Vaharina!

Los gatos en la orilla alzaron las voces, haciendo resonar su nombre hasta el cielo. Dos gatos más se abrieron paso a través de la multitud y se movieron alrededor de las piernas de Estrella Vaharina.

—¡Zarpa de Prímula! ¡Zarpa de Lucio! —Sintió una ráfaga de amor por sus hijos que no habían vivido lo suficiente para convertirse en los guerreros que deberían haber sido.

—Estaremos esperándote —Zarpa de Lucio le prometió sinceramente.

—¡Estamos tan orgullosos de ti! —añadió Zarpa de Prímula, apretando la mejilla contra el hombro de su madre.

Estrella Vaharina abrió la boca para decirle a sus hijos lo mucho que los extrañaba, pero la luz se estaba volviendo grisácea y neblinosa, y la orilla se desvaneció para ser reemplazada por los curvos acantilados de piedra. Estrella Vaharina estaba echada junto a la Laguna Lunar una vez más, sus oídos resonaban y su pelaje todavía estaba alborotado por la agonía de las nueve vidas.

Ala de Mariposa se le acercó.

—¿Estás bien?

Estrella Vaharina parpadeó. Se volvió a imaginar a los gatos en la orilla, y supo que había faltado alguien.

—¡No estuviste allí!

Ala de Mariposa frunció el ceño, y luego se relajó como si le hubieran quitado un peso de encima.

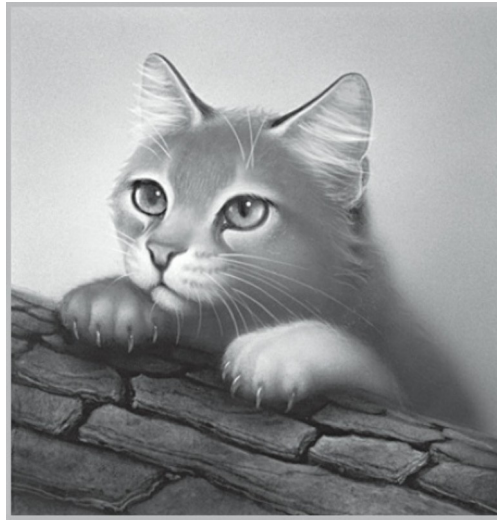
—No. —Sostuvo la mirada de Estrella Vaharina sin retroceder—. Siempre vas a visitar al Clan Estelar sola. Ellos no existen para mí de la forma en que lo hacen para ti.

Estrella Vaharina miró a su amiga, consternada. ¿Qué estaba diciendo Ala de Mariposa? ¿Era una curandera! ¿Cómo podía eso ser cierto? Luchó por hablar, incluso aunque el piso se estuviera tambaleando bajo sus patas.

—¿No... no crees en el Clan Estelar?



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.



CAPÍTULO 4

—¡Pero has sido nuestra curandera por tanto tiempo! ¿Jamás caminaste con el Clan Estelar en tus sueños?

Ala de Mariposa negó con la cabeza.

—Tú tienes tus creencias —maulló tranquila—. Yo tengo las mías. Los gatos que ves en tus sueños te guían y protegen de formas que yo no he necesitado para vivir. Soy experta en curar y cuidar de mis compañeros, y eso ha sido suficiente para servir a mi Clan.

La mente de Estrella Vaharina estaba dando vueltas. ¡Esto no podía estar pasando! ¿Cómo podía una curandera no creer en el Clan Estelar? ¿Por qué nadie le había dicho nada durante su ceremonia de nueve vidas? Debían de saber que Ala de Mariposa nunca caminaba con ellos. ¿Qué había de los presagios? ¿El Clan Estelar se molestaba en enviar alguno si Ala de Mariposa nunca les ponía atención? Dio un paso al frente, de repente desesperada por volver al lago, por encontrar equilibrio en un suelo que parecía haber cambiado.

—Vamos, volvamos a casa.

Mientras Ala de Mariposa la seguía por el camino repleto de huellas, Estrella Vaharina creyó oírla murmurar:

—Lo siento.

Pero no podía pensar en nada para decir en respuesta.

Viajaron rápida y silenciosamente, saltando mientras bajaban por las rocas caídas hasta que estuvieron paradas una vez más en el corto y flexible pasto del territorio del Clan del Viento. Les llegaron olores del

Clan del Trueno a través de la angosta corriente que marcaba la frontera entre ambos Clanes.

—Pasemos a contarle a Estrella de Fuego lo que pasó —Estrella Vaharina sugirió—. Los otros líderes tendrán que saber en algún momento que Estrella Leopardina murió.

Ala de Mariposa asintió. Saltaron sobre la corriente y trotaron hacia el otro lado hasta que llegaron a un sendero despejado que se dirigía entre los árboles. Aromas frescos del Clan del Trueno flotaban en el aire; claramente una patrulla acababa de pasar por ahí. Estrella Vaharina tomó la delantera a lo largo del camino, recordándose a sí misma que ahora era líder de Clan, y tenía todo el derecho de visitar a sus vecinos con una noticia tan importante sin ser acusada de intrusión. Pero aun así se sentía raro caminar en el territorio de otro Clan sin estar constantemente mirando sobre su hombro, atenta a una posible emboscada.

Llegaron al hueco en los muros de la hondonada y se abrieron paso a través de los espinos. Estrella Vaharina se sacudió la cabeza para desalojar las espinas que se le habían quedado en la nariz. No tenía idea de como los gatos del Clan del Trueno vivían con una entrada tan incómoda hacia su hogar.

Estrella de Fuego estaba cruzando el claro para recibirlas.

—¿Todo está bien?

Estrella Vaharina se quedó quieta y esperó a que la alcanzara.

—Estrella Leopardina ha muerto —anunció.

Estrella de Fuego bajó la cabeza.

—Lo siento tanto —susurró.

—Acabamos de llegar de la Laguna Lunar —Ala de Mariposa le explicó—. Estrella Vaharina ha recibido sus nueve vidas.

Estrella de Fuego bajó aun más el hocico.

—Estrella Vaharina —maulló respetuosamente.

—Estrella Vaharina —repitió Látigo Gris, un robusto gato gris que la gata gris azulada había conocido desde que se había vuelto un guerrero, de regreso en el bosque.

—Estrella Vaharina, Estrella Vaharina —exclamaron los demás gatos del Clan del Trueno.

Estrella Vaharina se sintió un poco incómoda. Nunca le había gustado ser el centro de atención, y se sentía incluso más extraño porque todavía se estaba acostumbrando a su nuevo nombre.

—Gracias —maulló cuando los gatos se callaron—. He elegido a Juncal como mi lugarteniente. Esperamos una larga y justa relación con el Clan del Trueno.

Estrella de Fuego levantó la cabeza y le tocó suavemente la nariz.

—¿Cómo está el Clan del Río?

Su tono fue más ligero, más relajado; ahora que habían dejado atrás el saludo formal, sonaba más como el gato que Estrella Vaharina había conocido y en el que había confiado por tanto tiempo. Le contó sobre la pérdida de los tres veteranos, y que la sequía había golpeado fuerte a su Clan. Estrella de Fuego fue simpático, y Glayo le ofreció a Ala de Mariposa algunas hierbas para reponer sus almacenes, incluyendo menta acuática.

Cuando salieron al aire libre y llegaron a la corriente otra vez, Estrella Vaharina bajó su montón de hierbas.

—¿Glayo sabe que no crees en el Clan Estelar? —maulló.

Ala de Mariposa asintió.

—¿Y qué piensa al respecto?

La curandera dejó sus hierbas cuidadosamente en un matojo de pasto.

—Él sabe que soy una buena curandera y que haré lo que sea para ayudar a mi Clan.

Estrella Vaharina miró frustrada a su compañera de Clan. ¿Cómo podía estar tan tranquila y aceptarlo tan fácilmente? Deseaba preguntarle a Ala de Mariposa acerca de presagios, sueños y ceremonias, acerca de todas las responsabilidades de un curandero que involucraban la confianza en la invisible presencia de sus ancestros guerreros. Pero paradas en el territorio del Clan del Trueno, aun lejos de casa, no era el lugar apropiado para esa conversación. Las preguntas tendrían que esperar. Estrella Vaharina levantó las hierbas y saltó por encima de la corriente.

Ala de Mariposa la siguió, y bajaron hacia el borde del lago para caminar por la orilla, la cual estaba fuera del territorio del Clan del Viento. Mientras se acercaban a la frontera del Clan del Río, una patrulla del Clan del Viento las divisó y corrió hacia ellas, con los pelajes erizados, pero sus mantos se alisaron cuando Estrella Vaharina les contó sobre la muerte de Estrella Leopardina, y los guerreros le habían ofrecido simpatía y felicitaciones por haber recibido sus nueve vidas. Habían prometido contarle a Estrella de Bigotes tan pronto como volvieran al campamento.

Estrella Vaharina se dio cuenta de que debería hacérselo saber a Estrella Negra del Clan de la Sombra también, pero para cuando llegó al campamento del Clan del Río, sus patas estaban demasiado cansadas como

para dar otro paso. Quería estar en su máxima fuerza cuando se encontrara con Estrella Negra como su igual, como otra líder de Clan con el poder de desafiarlo si uno de sus guerreros siquiera ponía un bigote en su lado de la frontera que compartían. Había demasiada historia entre Estrella Vaharina y el líder del Clan de la Sombra —el recuerdo del gato blanco matando a Pedrizo era demasiado fuerte— como para que ella contemplara alguna vez una alianza con su Clan.

Juncal se encontró con ella mientras cojeaba hacia su guarida.

—¿Viste a nuestros ancestros? ¿Tienes tus nueve vidas?

Estrella Vaharina asintió.

—Sí, las tengo. —Se obligó a levantar aun más la cabeza—. Con la bendición del Clan Estelar, lideraré a este Clan hasta el último suspiro de mi última vida.

—¡Hurra! ¡Estrella Vaharina! —sus compañeros de Clan corearon, pero Estrella Vaharina notó que Ala de Mariposa estaba parada al borde del claro, con una mirada preocupada.

—Ala de Mariposa dice que vieron a Estrella de Fuego y a una patrulla del Clan del Viento —maulló Juncal—. ¿Quieres que le lleve la noticia a Estrella Negra?

Estrella Vaharina parpadeó agradecida hacia su lugarteniente.

—Gracias —maulló—. Asegúrate de volver antes de que oscurezca.

Juncal inclinó la cabeza y se alejó corriendo. La gata gris azulada lo vio atravesar los arbustos al otro lado del claro. Se preguntó si sus hermanos lo estarían vigilando desde el Clan Estelar. Tendría que decirle que una de sus vidas había venido de su hermano, Pequeño Perca.

—¿Estrella Vaharina? —Roana estaba parada cerca de ella—. Estamos por enterrar a Estrella Leopardina. ¿Quieres unirtenos?

—Por supuesto —maulló la nueva líder. Estiró las piernas para aliviar un poco la rigidez. El sueño podía esperar.

Casi todo el Clan se reunió en el claro junto al lago para ver a los veteranos suavemente echar tierra sobre el cuerpo de Estrella Leopardina. Ala de Mariposa se paró junto a la cabeza de la anterior líder y pronunció las palabras de la ceremonia, dejando que flotaran en el aire como un olor.

—Que el Clan Estelar alumbre tu camino, Estrella Leopardina. Que encuentres buena caza, corrientes de agua y cobijo donde dormir.

Estrella Vaharina observó el manto dorado de Ala de Mariposa, y se preguntó qué harían los demás gatos si supiesen la verdad. Estaba rodeada por sus compañeros de Clan, sus coreos de su nuevo nombre todavía resonaban en sus oídos, y aun así nunca se había sentido más sola. ¿Cómo

podía liderar a su Clan sin un curandero que creyera en sus ancestros guerreros? ¿Por qué ninguno de los gatos del Clan Estelar le había dicho la verdad? ¿Estaban enojados con el Clan del Río por tener una curandera que nunca podría cumplir con todas sus tareas? Pero aun así le habían dado sus nueve vidas...

Después de la ceremonia, Estrella Vaharina se dirigió hacia la guarida de Estrella Leopardina debajo del serbal y comenzó a desarmar el lecho polvoroso. Un trozo de musgo enmarañado se atascó en la entrada de la guarida, y Estrella Vaharina clavó las patas traseras mientras luchaba por liberarlo. Boira se le unió, y juntas sacaron el musgo al aire libre. Olía húmedo y rancio, haciendo que Estrella Vaharina estornudara.

—Debes de estar exhausta —comentó Boira.

«¿Por qué todos siguen diciéndome lo cansada que debo estar?».

—Estoy bien —Estrella Vaharina espetó, un poco más brusca de lo que pretendía.

Boira inclinó la cabeza a un lado y examinó a su líder.

—¿Está todo bien? Pareces molesta.

Estrella Vaharina se encogió de hombros mientras arañaba el montón de musgo, rompiéndolo en pedazos pequeños que serían más fácil de sacar del campamento.

—Hay mucho que hacer —maulló—. Y extraño a Estrella Leopardina.

—Todos lo hacemos —Boira le recordó—. Pero no tienes por qué apresurarte a seguir sus pasos. Con los Clanes todavía recuperándose de la sequía, las cosas deberían ser pacíficas por un tiempo. No seas tan dura contigo misma.

Estrella Vaharina repentinamente sintió la necesidad de confiarle a Boira el asunto de Ala de Mariposa, de decirle lo perdida que se sentía sin un curandero capaz de compartir lenguas con el Clan Estelar. Pero era un secreto demasiado enorme para compartir con sus compañeros de Clan. Tendría que encontrar una forma de lidiar con eso ella sola. Le tocó ligeramente el costado a Boira con la cola.

—Estoy bien —maulló—. Limpiaré esto más tarde. Ahora solo quiero dormir un poco.

Boira parecía dudosa.

—¿Qué hay de traer materiales limpios para el lecho? ¿Envío a los aprendices a que te busquen un poco?

Estrella Vaharina negó con la cabeza.

—Puedo dormir en lo que queda. Lo añadiré a sus tareas mañana.

Boira se alejó, y la gata gris azulada se arrastró hacia la angosta guarida debajo del serbal. Aunque hubiese sacado el musgo, el olor de Estrella Leopardina todavía colgaba de las paredes y las ramas por encima de su cabeza. Estrella Vaharina se acurrucó con la nariz metida debajo de la cola y cerró los ojos. Mientras se deslizaba hacia el sueño, se preguntó si volvería a soñar con el Clan Estelar, para poder preguntarle a sus ancestros respecto a Ala de Mariposa, pero en su lugar se encontró buscando a través de un oscuro y vacío paisaje, con un sonido de agua corriente justo fuera de su alcance y ningún gato para responder sus lamentos.

Se despertó el día siguiente por el sonido de las ramas del serbal agitándose por el viento. Algunas hojas cayeron hacia la guarida, voladas por una ráfaga que atravesó el pelaje de Estrella Vaharina. Por un momento, se quedó mirando los curvos muros de tierra a su alrededor, preguntándose donde estaban los otros guerreros; entonces recordó que Estrella Leopardina estaba muerta, ahora ella era la líder del Clan del Río, y esa sería su guarida por el resto de su vida. *«De mis nueve vidas»*.

Afuera oyó que Ala de Mariposa le daba instrucciones a Blima:

—Gracias a Glayo, tenemos mucha menta acuática y tanaceto, pero se nos está acabando la consuelda, deberíamos recolectar más mientras las plantas sigan creciendo. Usé la mayor parte de las telarañas en el corte de Zarpa Veloz cuando se cayó del tronco del árbol, así que tenemos que recolectas más de eso también.

Estrella Vaharina recordó que Blima se había ofrecido a ir con ella a la Laguna Lunar, y sintió que se le revolvía el estómago cuando se dio cuenta de que la aprendiz de Ala de Mariposa debía de saber sobre la falta de fe de su mentora. Había una enorme parte de su entrenamiento que Ala de Mariposa nunca le enseñaría. ¿Acaso Blima había hablado con los otros curanderos al respecto? Estrella Vaharina se puso de pie, sintiendo cada una de sus estaciones mientras arqueaba el lomo. Salió de la guarida justo cuando Blima se dirigía hacia la entrada del campamento.

—¡Espera, Blima! ¡Iré contigo!

La curandera se giró, sorprendida.

—Em, bueno, Estrella Vaharina.

La gata gris azulada vio a Ala de Mariposa observarlas desde el otro lado del claro. La expresión de la gata dorada era ilegible. ¿Tenía miedo de lo que Blima pudiera decir, o estaba aliviada de que la verdad saliera a la

luz? Estrella Vaharina atravesó el hueco en los arbustos y caminó junto a Blima mientras se abrían paso por entre las frondas que goteaban.

—¡Puaj! —exclamó Blima cuando una hoja le derramó gotas de lluvia en el pelaje del cuello.

—Necesitamos la lluvia —Estrella Vaharina le recordó, desviándose para evitar un grupo de tallos que se veían especialmente húmedos.

—¿No podría caer en la noche, y dejar que estemos secos durante el día? —Blima se quejó, medio bromeando, mientras se sacudía el manto.

—Quizá deberías pedírselo al Clan Estelar —Estrella Vaharina le regresó la broma.

Blima estaba rodeando un espinoso zarcillo que yacía en mitad del camino.

—Lo intentaré —contestó, sonando divertida.

—Y ¿cómo va el entrenamiento? —le preguntó la de pelaje gris azulado, esperando que la pregunta no sonara forzada.

Blima rodeó un charco.

—Es genial —maulló—. Ala de Mariposa me está enseñando como combinar hierbas para que sean más efectivas. ¡Sabe mucho sobre plantas! No sé si algún día seré capaz de aprenderlo todo.

—Estoy segura de que lo harás —maulló Estrella Vaharina—. ¿Y qué hay de... de la parte relacionada al Clan Estelar de tus tareas? ¿Te ha enseñado sobre eso también?

Estrella Vaharina había alcanzado a Blima, por lo que pudo ver a la pequeña gata parpadear y mirar hacia otro lado.

—Ala de Mariposa es la mejor mentora que podría desear —contestó.

Su respuesta evasiva le dijo todo a Estrella Vaharina. «*¡Ella sabe que Ala de Mariposa no cree en el Clan Estelar!*». Por un momento, la líder se sintió desgarrada. No quería cuestionar la lealtad y respeto de Blima hacia su mentora, ¿pero cómo podían ignorar el hecho de que Ala de Mariposa no podía cumplir con todas sus obligaciones como curandera? Se detuvo y se giró para encarar a su curandera más joven.

—Sé la verdad —maulló—. Ala de Mariposa no estuvo conmigo en el Clan Estelar cuando recibí mis nueve vidas. Es por eso que te ofreciste a venir, ¿no?

Blima asintió, con sus ojos verdes llenos de dolor.

—¡No es culpa de Ala de Mariposa! ¡Ella es la mejor curandera que el Clan del Río podría tener!

—¿Pero qué hay de visitar la Laguna Lunar, compartir lenguas con el Clan Estelar, reconocer señales de nuestros ancestros? Todo eso es parte de las responsabilidades de un curandero —señaló Estrella Vaharina.

—¡Yo puedo encargarme de eso! —Blima insistió. Hizo rodar un pedazo de fronda por debajo de su pata delantera—. Cuando empecé a entrenar, Hojarasca Acuática me visitó en sueños. Me ayudo a aprender las cosas que Ala de Mariposa no podía enseñarme. Sé como ayudar; ¡te lo prometo!

Estrella Vaharina negó con la cabeza.

—Estoy segura de que sí, pequeña. Pero eres demasiado joven para cargar con toda esa responsabilidad tú sola. Ala de Mariposa debería haber dicho algo antes de que llegáramos tan lejos.

El pelaje de Blima se alborotó y abrió la boca para hablar, pero Estrella Vaharina levantó una pata para detenerla.

—No digas nada de lo que te puedas arrepentir, Blima —le advirtió—. Esto no depende de ti. Ve a recolectar las hierbas para Ala de Mariposa, y te veré de nuevo en el campamento.

Blima cerró la boca con un chasquido y se abrió paso por entre el largo pasto. Estrella Vaharina la vio irse por un momento, y entonces se dirigió de regreso al claro. Ala de Mariposa estaba parada en el centro del campamento vacío, como si la estuviera esperando.

—¿Hablaste con Blima? —le preguntó.

Estrella Vaharina asintió.

—Tienes una aprendiz valiente y leal —le remarcó ella.

—No podría estar más orgullosa de ella —la gata dorada coincidió—. Pero mi... mi relación con el Clan Estelar no tiene nada que ver con ella. No deberías haberla cuestionado al respecto.

—¡Tiene todo que ver con ella! —respondió—. ¡Se supone que la tienes que entrenar para que sea una curandera! ¡Y eso incluye ser capaz de caminar en el Clan Estelar y hablar con nuestros ancestros!

Los costados de Ala de Mariposa se erizaron.

—Jamás le he impedido a Blima hacer eso. Nunca le diría lo que tiene que creer.

—¡Pero tú también deberías creer en el Clan Estelar! ¡Eres nuestra curandera! ¿Acaso no ves que estás traicionando a tu Clan al vivir tu vida entera como una mentira?

—¡Yo no estoy mintiendo! —siseó Ala de Mariposa—. Jamás fingí ser capaz de hacer algo que no puedo.

Estrella Vaharina miró a su vieja amiga.

—De hecho, yo creo que sí. Has arriesgado la seguridad de tu Clan al no ser capaz de leer señales del Clan Estelar o de caminar con nuestros ancestros en la Laguna Lunar. Lo siento, Ala de Mariposa, pero ya no puedes considerarte una curandera.



CAPÍTULO 5

Ala de Mariposa retrocedió como si Estrella Vaharina la hubiese golpeado.

—He servido a mi Clan por muchas temporadas —discutió—. He cuidado de la salud de cada gato como si fuesen hijos míos. Estrella Leopardina confiaba en mí.

—¡Estrella Leopardina no sabía la verdad! —le espetó Estrella Vaharina—. ¿O sí?

Ala de Mariposa negó con la cabeza.

—No —admitió. Sus ojos se nublaron de tristeza—. ¿Qué quieres que haga ahora?

Estrella Vaharina movió la punta de la cola.

—No lo sé. Reabastece tus almacenes con Blima, y déjame pensar en algo. No queremos que todos los gatos del Clan se enteren de esto. —Se alejó caminando, sintiendo que se le revolvía el estómago. ¿Realmente acababa de destituir a su curandera?

«Oh, Clan Estelar, ¿por qué no me dijeron la verdad cuando tuvieron la oportunidad?».

Sonaron pasos rápidos, y Nariz Malva apareció en la cabeza de su patrulla de caza. Llevaba un diminuto pececillo en la boca, el cual dejó en el espacio en donde debería estar el montón de carne fresca. Pardal, Pelaje de Pétalos y Cola Palomina dejaron presas de tamaño similar junto al minúsculo pescadito. La aprendiz de Cola Palomina, Zarpa Musgosa, estaba cubierta en mala hierba verde y apestosa, pero no tenía nada comestible que contribuir.

Estrella Vaharina miró el montón con espanto.

—¿Eso es todo? —jadeó—. Eso no alimentará ni a los cachorros de Vespertina, ¡mucho menos al resto de nosotros!

—Lo siento —maulló Nariz Malva—. Puede que el agua haya vuelto, pero los peces no. El lago está vacío.

—Aparte de malas hierbas —Zarpa Musgosa intervino, tratando de sacarse las frondas viscosas de las orejas.

—Te dije que esa roca estaba resbaladiza —suspiró Cola Palomina.

Estrella Vaharina sintió una ola de pánico surgir en su pecho.

—Tendremos que buscar presas en otro lado, entonces. Comiencen a cazar otro tipo de presas lejos del lago.

Zarpa Musgosa hizo una mueca.

—¡Puaj! ¿Quién quiere comer pelaje y bigotes?

Nariz Malva le dio un golpe con la cola.

—Cualquier gato que no quiera morir de hambre —gruñó.

—El Clan Estelar realmente debe odiarnos si no hacen que los peces regresen —la aprendiz murmuró.

Estrella Vaharina se erizó. *«No hay forma en la que el Clan Estelar nos castigaría por dejar que Ala de Mariposa sea nuestra curandera, ¿o sí? No, claro que no. Ha sido nuestra curandera desde antes de que viniéramos al lago; ¿por qué el Clan Estelar se pondría en nuestra contra ahora? Y aun así, si nos enviaran una guía hacia una mejor fuente de presas, ¿quién la vería?»*.

Los arbustos en la entrada se estremecieron y Juncal se abrió paso.

—Estrella Negra dice que lamenta oír que Estrella Leopardina ha perdido su última vida, y espera darte la bienvenida en la próxima Asamblea —anunció a Estrella Vaharina. Su mirada cayó en el lastimoso montón de presas—. ¡Gran Clan Estelar! ¿Ya comieron todos?

—No —la líder gris azulada maulló—. Justo estábamos discutiendo sobre encontrar otros lugares para cazar hasta que los peces vuelvan al lago.

Juncal asintió.

—Puedo llevarme a una patrulla ahora a los pantanos si quieres. Y ¿Ajenjo? —llamó al gato gris claro que se estaba lavando al otro lado del claro—. ¿Por qué no te llevas a los aprendices arroyo arriba, a ver que pueden encontrar en los juncos más allá de la frontera?

Por un momento Estrella Vaharina quedó desconcertada por la repentina ráfaga de órdenes de Juncal; entonces recordó que ahora él era el lugarteniente, y era su deber organizar patrullas.

—Sí, gracias, Juncal —ella maulló—. Iré con ustedes, si está bien.

Juncal pareció sorprendido.

—Claro que sí. Nívea, Guijarro, ¿vienen con nosotros?

Ambos guerreros acababan de regresar de una patrulla fronteriza, pero asintieron. La líder los siguió mientras salían en fila del campamento. Sintió que Ala de Mariposa la miraba desde la entrada a la guarida de las curanderas, pero Estrella Vaharina no se giró. Era demasiado doloroso mirar a su vieja amiga a los ojos y saber que había estado guardando un secreto que amenazaba al Clan entero.

Soplaba un fuerte viento a través de los pantanos que olía a lluvia. El pelaje de Estrella Vaharina se erizó mientras caminaba por el empapado suelo, saltando de una mata de pasto a otra más espinosa. El lago parecía llamarla, las olas revoloteaban sobre la orilla pedregosa. Pero Estrella Vaharina se recordó a sí misma que el agua estaba vacía, que el fin de la sequía no había traído un fin a la hambruna del Clan del Río. «*Oh, Clan Estelar, ¿acaso Torrentero murió en vano?*».

De repente Nívea soltó un siseo y se puso rígida cuando un campañol se arrastró fuera de una mata de pasto. La gata blanca saltó un latido muy tarde, y el campañol salió disparado. La guerrera tropezó con un surco embarrado, y por un momento parecía que el campañol estaba a salvo. Entonces Estrella Vaharina se dio cuenta de que se estaba dirigiendo hacia ella, así que saltó hacia adelante, bloqueando el camino del campañol con las patas delanteras, e inclinó la cabeza hacia abajo, por lo que la presa prácticamente corrió hacia sus fauces. Un fuerte y frenético mordisco, y la criatura yacía muerta en sus patas.

—¡Buena captura! —exclamó Juncal.

Estrella Vaharina miró a Nívea, quien había tropezado hasta detenerse a su lado.

—Lo hicimos juntas —maulló la gata gris azulada.

Nívea asintió, sin aliento como para poder hablar.

Más arriba, Guijarro estaba agachado al pie de un pino deformado por el viento.

—Puedo ver una ardilla —aulló por encima de su hombro.

—¡No trepes tras ella! —Estrella Vaharina advirtió. Los gatos del Clan del Río ciertamente no pertenecían en los árboles—. ¡Espera a que baje!

Guijarro raspó las garras impacientemente en el tronco del árbol. Hubo un breve borrón de pelo gris, y la ardilla saltó desde una de las ramas más bajas y corrió por el pantano, con su peluda cola ondeando tras ella. Guijarro se lanzó tras ella, lanzando restos de pasto y barro con las patas

traseras. Con un sobresalto, Estrella Vaharina se dio cuenta de que estaba corriendo demasiado rápido como para ver donde estaba.

—¡Alto, Guijarro! —chilló—. ¡Estás demasiado cerca de la frontera!

Juncal saltó tras su compañero de Clan, pero la ardilla saltó la última mata de pasto pantanal hacia la superficie lisa y corta del territorio del Clan del Viento y subió por la pendiente. Guijarro corrió tras ella, directamente hacia una atónita patrulla del Clan del Viento que acababa de aparecer por el costado de una colina. Un guerrero marrón llamado Hormiguero le bloqueó el camino.

—¡Intruso! ¡Ladrón de presas! —chilló.



CAPÍTULO 6

—¡No está robando presas! —aulló Estrella Vaharina, atravesando con rapidez las marcas olorosas y derrapando hasta detenerse junto a su impactado compañero de Clan

—Lo siento —Guijarro jadeó—. No estaba mirando a donde estaba yendo.

Los costados de Hormiguero se erizaron.

—Oh, yo creo que sabías exactamente hacia donde estabas yendo —se burló—. ¡Hacia un territorio con mejores presas que el suyo! —Sus ojos rastrillaron a los guerreros del Clan del Río.

Estrella Vaharina hizo una mueca cuando vio sus escuálidos cuerpos con los ojos de un forastero. Era dolorosamente obvio que los gatos del Clan del Río no habían tenido una comida decente en lunas.

Perlada, la lugarteniente del Clan del Viento, dio un paso al frente.

—Estrella Vaharina, oí sobre la muerte de Estrella Leopardina, y de verdad lo siento. Pero ¿qué estás haciendo, dejando que tus guerreros se desvíen a nuestro territorio? ¿Olvidaste renovar tus marcas fronterizas?

Su tono era amable, pero Estrella Vaharina oyó un reproche por debajo de él. ¿Qué clase de líder permitía que su propia patrulla cruzara una frontera?

—Lo siento, Perlada —maulló, le costaba mantener el pelaje liso—. Fue un error auténtico. Guijarro solo se dejó llevar persiguiendo a esa ardilla.

—Bueno, ahora es nuestra —Hormiguero intervino—. Así que pueden quitar sus sarnosos mantos de nuestro territorio antes de que los

obliguemos a hacerlo. —Levantó una pata delantera y dejó que sus garras se deslizaran.

Guijarro lo miró, con el pelaje erizándosele a lo largo del lomo.

—¡Hormiguero, basta! —ordenó Perlada—. Estrella Vaharina, llévate a tus gatos a casa. Te sugiero que renueves las marcas fronterizas para recordarle a tus guerreros que cacen en su propio territorio en el futuro.

Sintiendo que el manto se le quemaba por la vergüenza, Estrella Vaharina inclinó la cabeza.

—Sí, Perlada. Que el Clan Estelar ilumine su camino.

—Y el suyo —la gata gris maulló brevemente antes de reunir a sus guerreros con un movimiento de la cola—. Hormiguero, guarda las garras. Vamos, volvamos al campamento.

Los gatos del Clan del Viento corrieron por el páramo, con los vientres lo bastante bajos como para tocar el pasto. Estrella Vaharina guió a sus compañeros de Clan de regreso a la frontera y no se detuvo hasta que dejaron bien atrás las marcas olorosas, las cuales eran lo suficientemente fuertes. Guijarro todavía estaba erizado.

—Hormiguero nos trató como a unas ratas sarnosas —escupió—. ¿Y cómo se atreve Perlada a decirte que renueves las marcas fronterizas? ¡Eres una líder! ¡Ella es solo una lugarteniente!

Estrella Vaharina suspiró.

—Solo estaba señalando un hecho, Guijarro. Cruzaste la frontera, después de todo. Veamos si podemos atrapar algo que no huya hacia otro Clan, ¿está bien?

Observó a sus guerreros esparcirse por el pantano, levantando alto las patas para evitar tropezar con las matas de pasto, y achatando las orejas mientras trataban de captar el olor de alguna presa. «*Entrenamos para cazar peces, no ratones y campañoles* —pensó—. *Somos igual de inútiles que unos cachorros en terreno seco. Oh, Clan Estelar, ¿por qué nos estás dejando morir de hambre?*».

Tres amaneceres después, con el montón de carne fresca todavía penosamente pequeño, Estrella Vaharina divisó la tenue silueta de una media luna flotando entre las nubes. Esa noche los curanderos de los cuatro Clanes se reunirían en la Laguna Lunar para compartir lenguas con el Clan Estelar. Estrella Vaharina dejó que sus pensamientos volvieran a las medias lunas pasadas, dándose cuenta de que apenas podía recordar

alguna en la que Ala de Mariposa no hubiese enviado a Blima en su lugar, con la excusa de que algún gato enfermo o alguna gata preñada necesitaba que ella se quedara en el Clan. ¿Cómo es que Estrella Leopardina no se había dado cuenta de que Ala de Mariposa estaba negando muchas de sus responsabilidades?

Tras un día de infructífera caza en los arbustos que rodeaban el campamento, Estrella Vaharina se sentó afuera de su guarida y esperó a que una de las curanderas se fuera. Vio a Ala de Mariposa salir de entre las rocas, y por un momento la líder pensó que la gata dorada podría hacer un último intento por demostrar su derecho a ser la curandera del Clan del Río. Pero entonces Blima apareció tras ella.

—Dale las gracias a Glayo por las hierbas —la gata mayor le instruyó a la gata gris—. Y pregúntale a Vuelo de Azor si la tos de Oreja Partida se curó con la cataplasma de flox y levístico.

Blima asintió.

—Nos vemos luego —maulló, estirándose para entrechocar hocicos con su mentora. Con una mirada ansiosa a Estrella Vaharina, trotó fuera del campamento.

La líder se levantó. Ala de Mariposa había desaparecido otra vez en las sombras tras las rocas, y el claro estaba en silencio a excepción de algunos murmullos de guerreros dormidos en sus lechos. Estrella Vaharina se abrió paso a través de las frondas y bajó hasta el borde del lago. Se paseó por la orilla, sintiendo las suaves piedras bajo sus patas. Brillantes reflejos de estrellas daban vueltas y danzaban en la superficie del agua, la vacía agua sin peces que se burlaba de los gatos del Clan del Río y de sus estómagos hambrientos. ¿Debían de pescar de una forma distinta? ¿Los peces estaban a punto de regresar? Quizá la hambruna estaba por llegar a su fin.

¿Pero cómo iba a saber si había algún mensaje que ver? ¡Ella no era una curandera! Estrella Vaharina siseó y hundió las garras en la arenilla entre los guijarros. Ala de Mariposa había hecho que le fuera imposible liderar a su Clan con algún tipo de confianza.

—¡Oh, Pedrizo! —susurró Estrella Vaharina—. ¡No puedo hacer esto yo sola!

Estrella Vaharina se agitó y retorció toda la noche, incapaz de ponerse cómoda en su lecho. El musgo fresco parecía estar lleno de espinas, y

estaba convencida de que había un pedazo de aulaga atascado en él. Cuando los primeros rayos de sol atravesaron las ramas del serbal, se levantó de un salto y trotó hacia el claro. Salió justo para ver la cola rayada de Blima adentrarse en la guarida de curandería. Estrella Vaharina la siguió y se paró en la entrada. Ambas curanderas la miraron desde las sombras.

—Blima, a partir de ahora serás la curandera absoluta del Clan del Río —anunció. Su corazón latía, y clavó las garras en la tierra para evitar que le temblaran las piernas—. Ala de Mariposa ya no vivirá contigo en esta guarida.

—¡Eso no es justo! —gritó Blima—. ¡Aún tengo mucho que aprender!

—El Clan Estelar te ayudará —Estrella Vaharina maulló. Miró a Ala de Mariposa, quien la estaba mirando consternada—. He tenido suficiente tiempo como para pensar en esto. Ala de Mariposa, has servido al Clan del Río por muchas estaciones, y te estamos agradecidos. Como veterana, te vamos a cuidar. Nadie necesita saber sobre... nada.

Ala de Mariposa dio un paso al frente.

—Estrella Vaharina, sé que quieres castigarme...

—¡Esto no se trata de castigo! —interrumpió Estrella Vaharina—. ¡Se trata de hacer lo correcto para el Clan!

Ala de Mariposa movió una oreja.

—¿No crees que el Clan ya ha sufrido demasiado cambio, con la pérdida de Estrella Leopardina? Déjalos asimilar eso antes de que los hagas aceptar cualquier otra cosa. No eres la única que tiene las mejores intenciones en su corazón, Estrella Vaharina. Anunciaré mi retiro la próxima Asamblea, pero no antes. —Sus ojos ámbar brillaron brevemente de enojo.

Estrella Vaharina apretó los dientes. «*¡Seguro ve que no tengo opción en esto! ¡No puede ser una curandera si no cree en el Clan Estelar!*».

—Muy bien —siseó—. Puedes quedarte aquí por el resto de esta luna.

Empezó a retroceder, pero Ala de Mariposa se le acercó. Poniéndole el hocico cerca del oído, murmuró:

—Lo siento mucho.

«*Yo también* —pensó la gata gris azulada—. *Eras mi mejor amiga*». Pero no había nada que decir, por lo que simplemente sacudió la cabeza y se alejó rápidamente de las rocas, sintiendo que se le rompía el corazón con cada paso.

—¡Estrella Vaharina! ¡Mira esto! —Era Pequeño Vaina, el robusto hijo de Vespertina. Había hundido las garras en una ramita y la estaba

arrastrando hacia la maternidad—. ¡Atrapé a este gigantesco pez y voy a alimentar a todo el Clan! —chilló con orgullo.

Estrella Vaharina ronroneó.

—Gran captura, Pequeño Vaina. ¡Asegúrate de que no te coma a ti primero!

—No lo hará. ¡Lo maté con una sola zarpa!

Vespertina apareció en la entrada a la maternidad.

—¡Pequeño Vaina! ¡Espero que no estés molestando a Estrella Vaharina!

—No lo está —le aseguró la líder—. Si puede atrapar un pez de ese tamaño, ¡tal vez tengamos que hacerlo un guerrero ya!

—¿En serio? —el cachorro jadeó, con los ojos enormes.

—Claro que no —le espetó su hermana, Pequeña Rizada, quien estaba escabulléndose junto a su madre—. ¡Eres un cerebro de pececillo!

—No seas grosera con tu hermano —Vespertina regañó—. Si no pueden jugar bien, uno de ustedes tendrá que volver al lecho.

—Ella empezó —murmuró Pequeño Vaina, cortando la corteza de la ramita con sus diminutas garras.

Vespertina puso los ojos en blanco.

—Dime que se pone mejor —le suplicó a su líder—. ¡Algunos días siento que no hago más que regañarlos del alba al crepúsculo!

—Se hace más fácil —Estrella Vaharina le prometió, aunque dentro suyo sentía una puñalada de agonía de que su tiempo con cuatro pequeñas crías juguetonas había pasado demasiado rápido.

Vespertina arrastró las patas como si se hubiese dado cuenta de que había dicho algo torpe.

—Estamos tan contentos de que seas nuestra líder —le dijo la atigrada marrón seriamente—. No es que no me agradara Estrella Leopardina, por supuesto, pero todos creen que eres la mejor elección para el Clan del Río.

«*¿Incluso aunque sigamos pasando hambre?* —se preguntó la gata gris azulada—. *¿Qué van a decir cuando perdamos a una de nuestras curanderas la próxima luna llena?*».

—Había algo de lo que quería hablarte —continuó Vespertina—. Encontré a Pequeña Rizada llena de barro hasta el vientre ayer, en la corriente, y me preguntaba si podríamos quizá poner algún tipo de barrera para que los cachorros se mantengan lejos del agua. Sé que está dentro de los límites del campamento, pero odiaría que ocurra un accidente allí con un cachorro tan pequeño.

Estrella Vaharina asintió.

—Es un buen punto. La reciente lluvia ha hecho que la orilla sea muy resbaladiza, yo misma casi me he resbalado allí. Le preguntaré a Manto Montés si se le ocurre algo. Puede hacer que los aprendices ayuden.

—Tendrá suerte —gruñó Saltón, levantándose desde donde yacía afuera de la guarida de los veteranos—. Se suponía que nuestros lechos iban a ser cambiados hoy, pero no he visto a ningún aprendiz.

Guijarro levantó la mirada de la musaraña que estaba masticando sin entusiasmo alguno.

—¿Ah no? Sé que le dije a Zarpa Veloz y a Zarpa Vacía que tenían que hacer eso antes de que tuviéramos práctica de batalla después del mediodía.

—Bueno, será mejor que revise sus oídos —Saltón gruñó.

Guijarro apartó los restos de la musaraña y se paró.

—Si no los has visto, ¿dónde están? —se preguntó, intranquilo.

—Podrían haber ido a recolectar musgo fresco primero —Estrella Vaharina sugirió, no quería que los aprendices se metieran en problemas innecesarios.

Pardal cruzó el campamento y dejó caer un montón de musgo afuera de la guarida de los guerreros.

—No los vi cuando estaba recolectando esto —señaló.

Zarpa de Trucha y Zarpa Musgosa entraron al claro, arrastrando una húmeda criatura de pelaje oscuro entre los dos.

—¿Eso es una rata? —chirrió Pequeña Rizada—. ¡Qué asco! ¡No voy a comer eso!

Vespertina movió la oreja de su hija con la cola.

—Entonces pasarás hambre —le espetó—. Este no es el momento de ponernos quisquillosos.

Estrella Vaharina avanzó para recibir a los aprendices y a sus mentores, Boira y Cola Palomina.

—¿Han visto a Zarpa Veloz y Zarpa Vacía? Se suponía que iban a limpiar la guarida de los veteranos, pero nadie los ha visto.

Boira frunció el ceño.

—No estaban en los pantanos. ¿Viste lo que Zarpa de Trucha y Zarpa Musgosa atraparon? ¡Eso debería alimentarnos por un rato!

Zarpa de Trucha miró con orgullo por encima del lomo del cuerpo andrajoso.

—¡Nos llevó épocas traerla hasta aquí! —declaró ella—. ¡Ahora me duelen los dientes!

En su interior, Estrella Vaharina compartía el sentimiento de Pequeña Rizada respecto a morder una rata, esa era comida del Clan de la Sombra, no del Clan del Río. Pero asintió y maulló:

—¡Bien hecho! Ahora, ¿en qué otro lado podrían estar Zarpa Vacía y Zarpa Veloz?

Zarpa Musgosa se encogió de hombros.

—No sé. Estaban murmurando algo anoche cuando yo estaba tratando de dormir, pero no escuché lo que estaban diciendo.

Estrella Vaharina sintió que el suelo se hundía bajo sus patas. ¿Acaso estaba perdiendo el control de todo su Clan? No habían peces, las presas escaseaban en la tierra, tenía una curandera que no creía en el Clan Estelar, ¿y ahora la mitad de los aprendices habían desaparecido?

Justo en ese momento, las zarzas detrás de la guarida de curandería crujieron, y aparecieron Zarpa Veloz y Zarpa Vacía, parecían triunfantes y algo alborotados. Ambos traían pedazos de musgo.

—¿Dónde han estado? —exigió Guijarro—. ¡Deberían haber limpiado la guarida de los veteranos hace lunas!

Zarpa Vacía soltó su montón de musgo.

—¡Estábamos recolectando musgo fresco! —protestó.

—Pueden usar lo que yo recolecté —maulló Pardal. Entrecerró los ojos ante los aprendices—. No sé en donde encontraron eso, pero aténganse a nuestros suministros usuales en el futuro, ¿entendido? No tiene sentido rellenar una guarida con musgo que va a ser incómodo, sobre todo para los veteranos.

—Como sea —Zarpa Veloz murmuró—. Solo intentábamos ayudar.

Estrella Vaharina examinó a los aprendices más de cerca. Por el estado de su desaliñado pelaje, parecía que habían viajado un largo camino en busca del musgo para los veteranos. ¿Compromiso excepcional, o además habían estado buscando algo más? Sintió un destello de miedo que hubiesen estado intentando pescar por su cuenta. Con el lago tan desbordado, eso estaba estrictamente prohibido para los gatos más jóvenes. Tendría que advertirle a Guijarro y Juncal que mantuvieran un ojo en ellos en futuras patrullas.

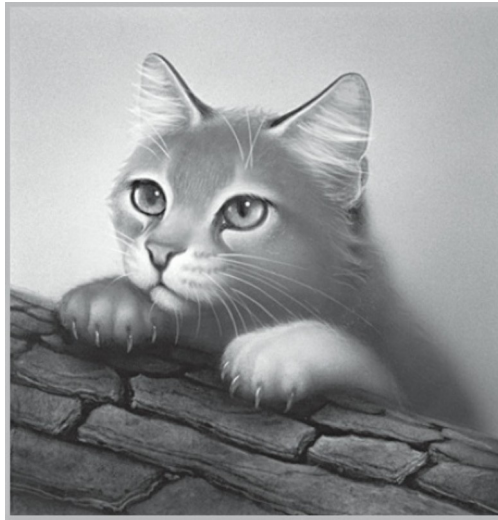
Los aprendices arañaron los lechos viejos de Saltón y Roana, y los reemplazaron con el suministro fresco de Pardal. Entonces se unieron a sus compañeros de Clan junto al montón de carne fresca, mientras los gatos se dividían las presas. Estrella Vaharina notó que Zarpa Vacía y Zarpa Veloz compartían solo un diminuto pececillo. ¿Se sentían culpables por no haber hecho bien su trabajo aquella mañana? Suspiró. Fuese lo que fuese que

hubieran estado haciendo, no quería que ninguno de sus compañeros de Clan se castigara a sí mismo con más hambre.

Miró hacia las rocas que protegían la guarida de curandería. Blima y Ala de Mariposa parecían estar evitando a Estrella Vaharina tanto como pudieran. ¿Blima siquiera estaba atenta a cualquier presagio que pudiera aparecer? ¿O el Clan Estelar los estaba ignorando después de todo?



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.



CAPÍTULO 7

Una racha de días tormentosos mantuvo al Clan del Río encerrado en su campamento; a ninguno de ellos le importaba mojarse el pelaje a propósito cuando tenían que nadar, pero odiaban las lluvias torrenciales tanto como cualquier otro Clan. Por fin el viento cesó y la lluvia aligeró a una llovizna que simplemente les aplastaba el manto. Estrella Vaharina y Juncal se pararon en las rocas al borde del lago y miraron hacia el agua. Estaba un poco más clara que antes, y una o dos formas plateadas se movían en las sombras, pero aún no habían peces grandes como truchas o carpas.

—¿Vale la pena pescar hoy? —exclamó Guijarro, acercándose por las piedras hacia ellos.

Juncal negó con la cabeza.

—No a menos que quieras perseguir pececillos. Ah, por cierto, Zarpa Vacía y Zarpa Veloz preguntaron si podían entrenar movimientos de batalla por su cuenta hoy. Saben que sus evaluaciones se acercan y querían practicar la técnica de agachada y salto que les enseñamos.

Guijarro pareció sorprendido.

—No me di cuenta de que se estaban tomando las evaluaciones tan en serio. A veces me pregunto si Zarpa Veloz quiere ir directo a la guarida de los veteranos cuando cumpla las doce lunas. ¡Nunca antes conocí a un aprendiz tan bueno en encontrar atajos para hacer las cosas!

Estrella Vaharina resopló.

—Quizá solamente será un guerrero muy eficiente. —Se volvió para subir por la orilla, y ambos guerreros la siguieron—. No podemos seguir esperando a que los peces grandes regresen —maulló tranquilamente antes

de que llegaran al campamento—. Y nuestro territorio no es lo bastante grande como para proporcionar suficientes presas terrestres para todos nosotros. Tendremos que pensar en expandirnos arroyo arriba.

—Parece ser la única opción —coincidió Guijarro—. Las patrullas de caza ya han atrapado algunas aves justo detrás de la frontera. ¿Crees que deberíamos ir incluso más allá?

Estrella Vaharina asintió.

—Yo misma llevaré a una patrulla allí hoy. No quiero anunciar la expansión a todo el Clan aún, pero todos saben que nos estamos quedando sin comida.

—¿Te gustaría que yo vaya también? —Juncal ofreció.

—No, gracias. Quiero que lideres una patrulla a lo largo de la frontera del Clan del Viento y renueven esas marcas olorosas, solo en caso de que sigan esperando que la crucemos otra vez. Y Guijarro, ¿llevarías una patrulla de caza a los pantanos?

Ambos guerreros veteranos asintieron.

De regreso en el claro, Juncal comenzó a seleccionar gatos para su patrulla y la de Guijarro, mientras que Estrella Vaharina miraba a su alrededor en busca de guerreros que la acompañaran arroyo arriba. Estaba a punto de llamar a Manto Montés cuando Ala de Mariposa se le acercó. Estrella Vaharina sintió que se le erizaba el pelaje. «*¿Por qué soy tan hostil? ¡Ala de Mariposa solía ser mi amiga!*».

Los ojos ámbar de Ala de Mariposa parecían preocupados.

—¿Sabes dónde están Zarpa Vacía y Zarpa Veloz? —ella preguntó.

—Están practicando para su evaluación —le dijo Estrella Vaharina.

—¿Estás segura? Los escuché contarles a Zarpa Musgosa y a Zarpa de Trucha que habían encontrado algo de lo que ninguno de los guerreros sabía, pero no podían decir qué era porque era un gran secreto. ¿Crees que están tramando algo?

Por un momento Estrella Vaharina deseó ser capaz de hablar con Ala de Mariposa abiertamente, como lo habían hecho tantas veces antes. «*¡Siempre creí que lideraríamos a nuestro Clan juntas!*». Pero Ala de Mariposa había guardado un secreto aun mayor que cualquier cosa que los aprendices pudieran estar ocultando, y Estrella Vaharina no podía ver como podían encontrar una forma de volver las cosas a como eran antes.

—Probablemente solo estaban presumiendo —le dijo ella a la gata dorada—. No te preocupes por ellos.

Sonó más despectiva de lo que había pretendido, y Ala de Mariposa se encogió como si le hubieran golpeado.

—Solo creí que debería hacértelo saber —maulló. Se dio la vuelta y se alejó antes de que Estrella Vaharina pudiera decir nada más.

La líder se obligó a concentrarse en la patrulla que llevaría arroyo arriba.

—¡Manto Montés! ¿Puedes venir aquí? ¡Trae a Nívea!

Los tres guerreros se acercaron trotando. Se erizaron de la emoción cuando Estrella Vaharina les contó que iban a ir a explorar más allá de la frontera.

—Tiene sentido, ya que no tenemos suficientes presas alrededor del campamento —Manto Montés maulló.

—¿Quieres que dejemos marcas fronterizas? —preguntó Nívea.

—No aún —Estrella Vaharina respondió—. No sé qué tan lejos iremos hoy. Por el momento, solo iremos a ver posibilidades de caza.

Abandonaron el claro y se abrieron paso hacia el borde de la angosta corriente. Como Vespertina había dicho, la orilla estaba embarrada y resbaladiza por las lluvias recientes, y Estrella Vaharina sintió que sus patas se hundían cada vez más con cada paso que daba. Los gatos se aferraron a la orilla y treparon por el largo pasto hasta que salieron de entre los árboles que delimitaban el territorio del Clan del Río. Justo bajo sus patas, el arroyo estaba desbordado y fluía rápidamente, haciendo imposible pescar en él aunque quisieran. Estrella Vaharina se abrió camino por la empinada ladera, manteniendo la cabeza por debajo de la orilla. Pronto su pelaje se cubrió de barro marrón rojizo y sus patas no paraban de resbalar. Detrás de ella, a Nívea le iba mejor, ya que era de constitución más ligera y parecía capaz de saltar entre parches de pasto menos empapado. Su compañero de guarida, Manto Montés, avanzaba torpemente por detrás, maldiciendo en voz baja cada vez que perdía el apoyo.

Finalmente las almohadillas de Estrella Vaharina estaban tan cubiertas de tierra húmeda que ya no podía mantener más el agarre en la orilla. Trepó hasta la cima y miró por el borde. Enormes extensiones de tierra plana, ondeando con pasto verde oscuro, se extendían a ambos lados del arroyo. Sintiéndose muy expuesta bajo el vasto cielo gris, Estrella Vaharina se irguió sobre sus patas traseras y miró por encima de los tallos. La extensión de pasto terminaba en una fila de guaridas de Dos Patas del color de las nubes, tres de ellas lado a lado con oscuras plantas verdes que crecían por las paredes. Mientras la gata gris azulada miraba, captó un movimiento junto a una de las guaridas, un borrón de pelaje marrón grisáceo.

—¡Mininos caseros! —gruñó Manto Montés a su lado—. Dos de ellos, al parecer.

Una segunda forma se había unido a la primera; entonces ambas desaparecieron por el lateral de la guarida.

—Si hay otros gatos alrededor, tal vez hayan menos presas para nosotros aquí —advirtió Nívea. Su pelaje estaba erizado, claramente le incomodaba estar tan lejos de su territorio en un espacio tan abierto y desprotegido.

Estrella Vaharina levantó el hocico y olfateó el aire.

—No puedo oler ningún rastro de ellos —comentó—. ¿Los mininos caseros no deben de ser demasiado perezosos para recorrer todo el camino hasta aquí si tienen suficiente porquería para comer de sus Dos Patas?

—Probablemente —Manto Montés gruñó. Comenzó a abrirse paso entre el pasto, con las orejas aguzadas—. ¡Por aquí! —susurró por encima de su hombro.

Estrella Vaharina y Nívea lo siguieron a lo largo del borde del pasto hacia un zarzal que colgaba sobre la orilla del arroyo. Manto Montés redujo la velocidad cuando se acercaron a las zarzas, bajando el vientre hasta que casi tocaba el suelo, antes de lanzarse hacia adelante con ambas patas delanteras extendidas. Unos chillidos partieron el aire; Estrella Vaharina y Nívea se adelantaron para ver que el gato se cernía sobre un nido de jóvenes ratones sin pelo. Se metieron en él, matando a los ratones bebé con rápidos y cuidadosos golpes para no estropear los delicados cuerpos.

Cuando todo quedó en silencio, retrocedieron y miraron el montón instantáneo de carne fresca.

—Fue un buen hallazgo —Estrella Vaharina elogió a Manto Montés.

Su compañero de Clan se encogió de hombros.

—Difícilmente es suficiente para reemplazar un lago lleno de peces.

—Pero es un comienzo —maulló Nívea. Agarró los ratones, reuniendo sus colas con los dientes.

Los otros dos la ayudaron, y empezaron el camino de regreso arroyo abajo, manteniendo a las presas lejos del barro mientras se esforzaban por mantener el apoyo.

De regreso en el campamento, sus compañeros de Clan se abalanzaron hambrientamente sobre su captura.

—¡Los ratones son casi tan ricos como las truchas! —declaró Pequeño Vaina, masticando una suave oreja rosa.

Habían suficientes ratones para que cada gato tuviera la mitad de uno. Estrella Vaharina observó a sus compañeros de Clan comer y sintió una ola de satisfacción. Tal vez cazar más arroyo arriba era la respuesta hasta que los peces regresaran. Levantó la mirada hacia el cielo, preguntándose si sus ancestros guerreros estaban de acuerdo. «*Si Ala de Mariposa no puede escucharlos, ¿podrían enviarle una señal a Blima en su lugar?*».

Se dio cuenta de voces elevadas al borde del montón de carne fresca.

—No puedes comer otro, Zarpa Musgosa —Juncal estaba diciendo—. Zarpa Vacía y Zarpa Veloz todavía no han comido su parte.

—¡Deberían estar aquí, entonces! —la aprendiz discutió.

—Ahí vienen —maulló Boira.

Los dos aprendices trotaban desde la entrada.

—¡Miren! —los llamó Nariz Malva—. ¡Ratones frescos!

—Genial —Zarpa Vacía maulló, sonando menos que emocionado.

—¿Cómo estuvo su práctica de batalla? —les preguntó Estrella Vaharina. Observó a los gatos jóvenes de cerca, teniendo en mente lo que Ala de Mariposa le había dicho acerca de sus alardes privados.

—¡Muy bien! —maulló Zarpa Veloz.

—Fue la mejor —Zarpa Vacía declaró.

—¿A dónde fueron? —maulló la líder.

Zarpa Veloz pareció sorprendido.

—Oh, ¿viste el arbusto de saúco junto al acebo? Hay un espacio abierto allí que es perfecto para practicar movimientos de batalla.

—Excelente —murmuró Estrella Vaharina. Estaba comenzando a sentirse culpable por cuestionarlos—. Juncal les guardó un ratón.

Los aprendices intercambiaron una mirada.

—No tenemos hambre ahora —Zarpa Vacía maulló—. ¿Está bien si lo guardamos para más tarde?

—Sí, por supuesto. —Estrella Vaharina se giró y miró por encima del hombro—. Y bien hecho por trabajar tan duro. Sé que las cosas no son fáciles por el momento, pero me enorgullece que continúen con su entrenamiento.

Zarpa Veloz movió la cola.

—Solo estamos haciendo lo que cualquier gato leal haría —insistió—. Puedes contar con nosotros, Estrella Vaharina.



CAPÍTULO 8

Manteniendo el peso balanceado en sus ancas para no inclinarse hacia adelante y caerse, Estrella Vaharina balanceó la pata por el agua. Sus garras se hundieron en el estrecho cuerpo de un pececillo y lo sacudió triunfante hacia la roca a su lado. El diminuto pez aleteó por un momento antes de quedarse completamente quieto.

—¡Bien hecho! —exclamó una voz, haciendo que la líder se girara sorprendida.

Insectero la estaba mirando desde la cima de la orilla. Su pelaje marrón y blanco contrastaba fuertemente con las piedras grises.

—Sigue sin ser mucho más que un bocado —Estrella Vaharina señaló, mirando decepcionada su captura.

Juncal había llevado a una patrulla arroyo arriba esa mañana en busca de más presas fuera del territorio, pero Estrella Vaharina había querido comprobar el estado del lago por su cuenta.

—¡Al menos los peces grandes están regresando! —Insectero ronroneó.

Estrella Vaharina inclinó la cabeza a un lado.

—¿En serio?

Insectero asintió.

—Oh, sí. Vi una trucha enorme ayer, más larga que mi cola. Aunque Ala de Mariposa me dijo que la dejara.

—¿Ah, sí?

—Sí, para darle al lago la oportunidad de reconstituir sus reservas. Dijo que deberíamos dejar que los peces grandes se reproduzcan y aumenten sus números antes de atraparlos.

Estrella Vaharina sintió que se le abría la boca.

—Ella no me mencionó eso.

Insectero parpadeó.

—Bueno, ¿tal vez creyó que opinarías lo mismo?

El gato sonaba incómodo, y Estrella Vaharina se sintió apenada por desafiarlo. Él no era con quien tenía que hablar al respecto. Se puso de pie.

—Será mejor que agregue esto al montón de carne fresca. Nos vemos luego, Insectero —maulló, y recogió el pececillo.

Dejó al guerrero parado, bastante infeliz, en la orilla, y se abrió paso entre las frondas hacia el campamento. Dejó su pescado en el montón y fue directo a la guarida de curandería. Ala de Mariposa estaba adentro, sola, haciendo algo complicado con un montón de hojas.

—¿Por qué le dijiste a Insectero que no atrapara la trucha? —exigió Estrella Vaharina.

Ala de Mariposa levantó la mirada.

—Porque queremos dejar que el lago recupere los peces —maulló—. ¿Cuál es el punto de tomar todos los peces grandes tan pronto como aparezcan?

—Esa debería haber sido mi decisión —insistió Estrella Vaharina.

Sabía que estaba siendo terca, Ala de Mariposa tenía un buen punto, pero no podía evitar sentir que estaba siendo deliberadamente socavada.

—¡Tú no estabas ahí! —Ala de Mariposa señaló—. Y tengo permitido tener una opinión, ¿o no? —Había una pizca de desafío en su mirada, lo que hizo que Estrella Vaharina se erizara aun más.

—¿Sabes qué? ¡Ya no estoy segura! ¡No después de que le mentiste a todo el Clan sobre el Clan Estelar!

—¡Yo no mentí! —le espetó la gata dorada.

—Dejándonos creer que podías ser nuestra curandera, lo hiciste.

Ala de Mariposa la miró fijamente.

—¿Estás diciendo que no confías en que haga nada?

Estrella Vaharina sintió que su cola se inclinaba hacia abajo.

—No lo creo —murmuró—. Todo ha ido mal, el Clan todavía está hambriento, y necesito que el Clan Estelar sepa que pueden enviarnos una señal en cualquier momento.

—Blima te dirá si ve una señal.

—¿En serio lo hará? ¿O acaso su lealtad hacia ti es demasiado fuerte?
—Repentinamente Estrella Vaharina se sintió muy cansada—. Por favor acepta que ya no puedes ser una curandera, Ala de Mariposa. Antes de que el Clan Estelar nos abandone por completo.

Ala de Mariposa dobló la cola por encima de su lomo y salió de la guarida.

—Solo porque yo no creo en el Clan Estelar, Estrella Vaharina, tú no tienes por qué perder la fe en ellos —le susurró cuando pasó junto a ella.

Mientras la líder seguía a Ala de Mariposa fuera de las rocas, escuchó un pequeño alboroto junto al montón de carne fresca. Zarpa Musgosa estaba discutiendo con Zarpa de Trucha sobre quien debería tener el último pedazo de ardilla. *«Al menos le están agarrando el gusto a las presas terrestres»*, Estrella Vaharina pensó. No tenía la energía para resolver la disputa de las aprendizas, por lo que se dirigió hacia la entrada y se abrió paso hacia el medio del territorio, donde los arbustos crecían más densamente. Estaba tranquilo y refugiado allí, y encontró un parche de hojas secas en el que echarse.

Escuchó las hojas del acebo crujir con la brisa, y vio unos tardíos pétalos de saúco flotar en frente de ella. Algo se revolvía en su mente. ¿Zarpa Veloz no le había descrito un lugar con un arbusto de saúco junto a un acebo en donde él y Zarpa Vacía habían practicado sus técnicas de batalla? Estrella Vaharina miró a su alrededor. Los acebos no eran comunes en su territorio, y estaba bastante segura de que no había otro tan cerca de un arbusto de saúco. Pero el suelo estaba suave y la capa de hojas caídas intacta; no había habido una pelea allí en un buen tiempo. ¿Zarpa Veloz le había mentido? La gata gris azulada se encogió de hombros. Le volvería a preguntar a los aprendices en donde habían estado más tarde. Fuera lo que fuera que estuvieran haciendo, podría esperar.

Cerró los ojos y se imaginó a sus compañeros de Clan paseándose alrededor del pantano y por el arroyo en busca de comida. ¿Insectero tenía razón? ¿Realmente las truchas estaban volviendo al lago? Y si así era, ¿serían sus guerreros capaces de resistirse a atraparlas hasta que el agua volviera a estar abastecida?

Estrella Vaharina sintió una respiración caliente en la oreja, y un olor familiar y desgarrador la envolvió.

—El lago no es la única fuente de presas —le susurró una voz.

Estrella Vaharina se dio la vuelta, mirando hacia las sombras.

—¿Pedrizo? ¿Estás ahí?

No hubo más que silencio. ¡Pero Pedrizo la había visitado! El Clan Estelar todavía los estaba cuidando. «¡*Vamos a sobrevivir!*!», pensó Estrella Vaharina con alegría.

De repente las ramas chocaron y Juncal irrumpió desde los arbustos.

—¡Estrella Vaharina! ¡Ven rápido! ¡Zarpa Vacía y Zarpa Veloz están en problemas!

La gata gris azulada se puso de pie de un salto.

—¿Dónde están?

Juncal derrapó hasta detenerse, con la expresión sombría.

—En las guaridas de los Dos Patas.

Estrella Vaharina no pidió una explicación. Simplemente siguió a su lugarteniente a toda velocidad a través de los arbustos, bajando hasta el arroyo, y a lo largo de la orilla embarrada que conducía fuera del territorio. «*En el nombre del Clan Estelar, ¿qué están haciendo Zarpa Vacía y Zarpa Veloz allí? No eran parte de la patrulla de Juncal*».

Juncal trepó hasta la cima de la orilla con Estrella Vaharina pisándole la cola, y ambos gatos quedaron jadeando en la vasta extensión de pasto. El lugarteniente señaló con la cola.

—Nariz Malva, Boira y Pardal están al borde; ¿puedes verlos?

Estrella Vaharina entrecerró los ojos contra el viento. Apenas podía distinguir las siluetas de pelaje claro de sus compañeros de Clan agachados junto a la larga pared de piedras que marcaba el borde del campo.

—¿Dónde están los aprendices?

—Del otro lado del muro, junto a la guarida de Dos Patas. Están acorralados en una esquina por un par de perros. —El gato negro miró a su líder—. Parece bastante peligroso.

—¡Tenemos que sacarlos de ahí! —exclamó Estrella Vaharina.

—Por supuesto —Juncal maulló—. Solo quería advertirte, eso es todo.

Pero Estrella Vaharina ya estaba corriendo por el pasto, saltando alto con cada zancada para evitar enredarse con tallos gruesos. Juncal la alcanzó con algunos saltos, y corrieron lado a lado hacia la pared donde los demás estaban esperando.

—¿Los perros siguen ahí? —preguntó el lugarteniente.

Boira asintió, con los ojos bien abiertos y el manto alborotado. Estrella Vaharina saltó a la cima del muro. Casi cayó cuando vio a los dos enormes perros negros y marrones gruñendo al borde de la guarida de Dos Patas. Cubriéndose bajo un diminuto saliente de piedra estaban los aprendices del Clan del Río.

—¡Ayuda, ayuda! —chilló Zarpa Vacía cuando uno de los perros metió el hocico bajo el saliente.

—¡Retrocede, bruto! —Zarpa Veloz siseó, y Estrella Vaharina vio que una de sus patas se movía rápidamente, golpeando al perro en la nariz.

El perro apenas sacudió la cabeza y volvió a curvar el labio. Dos hebras gemelas de baba colgaban de sus fauces.

—Gran Clan Estelar —susurró Estrella Vaharina.

Juncal apareció a su lado.

—Tú y los demás distraigan a los perros —maulló—. Yo iré a lo largo de esa cerca —señaló con la cola una estrecha barrera de madera que iba desde el muro hasta la guarida— y sacaré a los aprendices.

—¡Es muy lejos como para que vayas tú solo! —jadeó la gata gris azulada, examinando la distancia entre la cerca de madera y el diminuto saliente de piedra.

—Los aprendices no van a salir solos —Juncal maulló—. Tienes que confiar en mí, Estrella Vaharina.

La líder miró a su hijo.

—Confío en ti —maulló—. Pero ten cuidado, por favor.

—Lo tendré —prometió Juncal—. Valoro mi manto más que tú —le dijo a modo de broma por encima del hombro mientras se giraba hacia los guerreros agazapados debajo—. ¡Suban aquí! —los llamó.

Boira, Nariz Malva y Pardal treparon por el muro y se balancearon junto a Estrella Vaharina. El lugarteniente comenzó a trotar a lo largo del muro de piedra.

—¡Cuando esté casi en la guarida de Dos Patas, hagan ruido! —les ordenó.

—¿Vas a dejar que haga eso? —Boira le susurró a su líder.

—No tenemos opción —contestó Estrella Vaharina sombríamente.

«*Oh, Clan Estelar, ¡por favor cuida de él!*».

Los gatos observaron en silencio mientras Juncal avanzaba por la estrecha tira de madera. Su manto negro parecía una sombra mientras se acercaba silenciosamente a la guarida de Dos Patas. Cuando estuvo a menos de un zorro de distancia, Estrella Vaharina levantó la cabeza.

—¡Aliento de perro! —chilló—. ¡Por aquí, bocas fétidas!

Uno de los perros se giró, sus costados se erizaron. Ladró, y el otro perro se giró para unírsele.

—¿Nos tienen miedo o qué? —se burló Nariz Malva.

—¡Vamos, mantos de pulgas! ¡Métanse con alguien de su tamaño! —Pardal aulló.

Los perros dieron un paso hacia el muro. Detrás de ellos, Estrella Vaharina vio a Zarpa Vacía y a Zarpa Veloz asomarse por debajo del saliente. Parecían tan diminutos como crías, e incluso más vulnerables.

—¿Muy asustados como para acercarse más? —abucheó Boira, parada sobre la punta de sus dedos—. ¡Les daremos una debida pelea!

Los perros se lanzaron hacia adelante, cruzando el corto y embarrado pasto en unas pocas zancadas. Estrella Vaharina se agarró firmemente a la piedra para aguantarse las ganas de huir. En el extremo más lejano de la cerca de madera, Juncal saltó hacia abajo y corrió por el lado de la guarida de Dos Patas hacia donde los aprendices estaban escondidos.

—¡Vamos! —Estrella Vaharina lo escuchó llamar—. ¡Rápido, por aquí!

Los aprendices empezaron a arrastrarse de debajo del saliente. «*Más rápido, más rápido*», instó Estrella Vaharina.

En el breve silencio, la atención de los perros se había desviado de los gatos en el muro. Uno de ellos balanceó su enorme cabeza hacia la guarida de Dos Patas. Cuando vio a los tres gatos contrastar fuertemente con la piedra gris clara, soltó un gruñido. Con un demente alboroto de patas gigantescas, los perros se giraron y se lanzaron de regreso hacia Juncal y los aprendices.

—¡No! —Estrella Vaharina chilló. Sin pensárselo dos veces, se lanzó tras los perros—. ¡Vuelvan aquí! ¡Peleen conmigo!

—¡Vuelvan al muro! —aulló Juncal, quien había alcanzado a los aprendices y estaba de pie frente a ellos, protegiéndolos con la cola.

—¡Corran! —gritó la líder.

Ya estaba casi en los talones de los perros; sus veloces patas le salpicaban la cara de barro, y casi fue derribada por una de sus colas de grueso pelaje. Saltó hacia adelante y agarró la punta de una cola con los dientes. El perro derrapó hasta detenerse, sacudiéndose a Estrella Vaharina. La gata se preparó y hundió los dientes más profundamente en la cola carnosa. El perro se dio la vuelta, y Estrella Vaharina se encontró a sí misma siendo arrastrada de costado.

—¡Suéltalo, Estrella Vaharina! —escuchó que Nariz Malva le gritaba desde el muro.

La gata gris azulada apretó los dientes y se aferró aun más. Podía sentir la respiración del perro caliente en su cuello, y el hedor fue suficiente para que le dieran arcadas, pero sabía que no podía soltarlo.

Hubo unos rápidos golpeteos de patas, y de pronto Boira y Pardal estaban a su lado, irguiéndose sobre sus patas traseras para atacar al perro.

Con un quejido, saltó hacia atrás. Estrella Vaharina perdió el agarre y tropezó de rodillas. Boira la instó a ponerse de pie, y los tres gatos corrieron de regreso hacia el muro.

—¿Dónde está Nariz Malva? —aulló la líder, dándose cuenta de que la cima de las piedras estaba vacía.

—Ayudando a Juncal —Boira jadeó.

Estrella Vaharina se giró y vio al guerrero marrón claro aferrado al lomo del otro perro, distrayéndolo mientras Juncal empujaba a Zarpa Vacía y a Zarpa Veloz hacia la cima de la cerca. Tan pronto como los aprendices estuvieron a salvo, Nariz Malva saltó desde los hombros del perro hacia la cerca junto a ellos. La estrecha tira de madera se estremeció y tembló mientras los tres gatos se aferraban a ella.

—¡Juncal! ¡Cuidado! —chilló Estrella Vaharina.

El lugarteniente estaba agazapado, esperando que la cerca parara de sacudirse antes de saltar a ella. Ambos perros saltaron hacia él, con las fauces al aire, la baba volaba de sus mejillas. Aterrizaron con un ruido sordo y un espantoso sonido de desgarró. Juncal dejó escapar un chillido que partió el corazón de Estrella Vaharina en dos.

—¡Juncal! ¡No!



CAPÍTULO 9

Estrella Vaharina apretó los cuartos traseros por debajo suyo, lista para saltar, pero Pardal la mantuvo atrás.

—¡Espera! ¡Nariz Malva lo tiene!

El guerrero marrón había clavado las garras en la cima de la cerca y se había inclinado hacia abajo hasta hundir los dientes en el pescuezo de Juncal. Sacó al gato que apenas se movía del alcance de los perros y lo llevó a lo largo de la madera, mientras Zarpa Vacía y Zarpa Veloz se tambaleaban por delante de él. Los perros saltaban y mordían el aire por debajo de ellos, pero Nariz Malva siguió adelante, con los ojos hinchados por el esfuerzo de agarrar a su compañero de Clan.

Estrella Vaharina apartó a los aprendices del camino cuando se quedaron temblando en el muro, y se estiró para quitarle su hijo a Nariz Malva. El gato negro gemía suavemente, y un enorme corte se extendía por su costado. La herida era tan profunda que Estrella Vaharina pudo ver un destello blanco del hueso en la cima de su pierna trasera.

—Oh, Clan Estelar —susurró.

—Lo sentimos mucho —lloriqueó Zarpa Vacía—. Solo estábamos buscando comida.

—Comida de mascotas —Zarpa Veloz añadió, y bajó la cabeza—. Encontramos un poco aquí antes, y no sabía tan mal. Creímos que si comíamos suficiente aquí, no tendríamos que tomar nada del montón de carne fresca.

Estrella Vaharina miró fijamente a los aprendices, resistiendo el impulso de arrancarles las orejas hasta que gritaran tan fuerte como lo

había hecho Juncal. «*Nunca tuvieron la intención de que alguien saliera herido. Solo creían que estaban ayudando*».

Pardal se paró junto a su líder.

—Llevemos a Juncal al campamento —maulló.

Él y Nariz Malva se pararon al pie del muro mientras Boira y Estrella Vaharina bajaban a Juncal a sus hombros. Los guerreros tropezaron un poco bajo el peso del lugarteniente, entonces se prepararon y comenzaron el largo camino a través del pasto. Estrella Vaharina caminó junto a la cabeza de Juncal, intentando evitar que rebotara contra el codo de Nariz Malva. Boira los seguía, con un aprendiz en cada lado. Los gatos jóvenes estaban demasiado aturdidos y abatidos como para hablar.

Se mantuvieron en la cima de la ribera, no querían arriesgarse a que Juncal cayera al arroyo aún desbordado. Una vez que llegaron a los arbustos dentro del territorio del Clan del Río, Boira y Estrella Vaharina se adelantaron para apartar las ramas del camino. Aun así, el cuerpo de Juncal fue azotado por algunas ramitas, y Estrella Vaharina lloriqueaba cada vez que era golpeado por otra rama suelta.

Cuando entraron al campamento, Boira aulló:

—¡Ala de Mariposa! ¡Rápido!

La cabeza dorada de Ala de Mariposa se asomó desde la entrada a la guarida de los veteranos.

—¿Qué pasa?

Pedazos de musgo colgaban de su pelaje, y Estrella Vaharina supuso que había estado haciéndose un lecho allí.

—¡Juncal está herido! —le dijo Nariz Malva, pero Ala de Mariposa ya estaba dejando atrás las ramas y atravesando el claro a toda velocidad.

Los guerreros dejaron que Juncal se deslizara suavemente hacia el suelo. Ala de Mariposa miró fijamente la enorme herida.

—Necesitamos telarañas, consuelda, caléndula, menta acuática —la gata comenzó—. Pardal, traeme musgo húmedo. ¿Eso que huelo es *perro*?

—Sí —maulló Nariz Malva—. Fue mordido al menos por uno, si no dos.

—En ese caso, necesitamos limpiar esta herida tan pronto como sea posible. —Ala de Mariposa pasó la pata ligeramente a lo largo del lomo de Juncal—. No creo que le hayan roto nada, pero vamos a dejarlo quieto por si acaso.

Estrella Vaharina dio un paso adelante. Su corazón latía con tanta fuerza que apenas podía hablar. Pero estiró una pata hacia adelante y apartó a Ala de Mariposa de Juncal.

—Deja que Blima se encargue —maulló.

Sus compañeros de Clan la miraron fijamente.

—Estrella Vaharina, ¿qué estás haciendo? —exclamó Boira—. ¡Ala de Mariposa es nuestra curandera!

—Ya no —Estrella Vaharina contestó suavemente.

Ala de Mariposa la miró.

—¿Estás segura de que lo dices en serio? Juncal está muy, muy herido.

—Blima sabe qué hacer —susurró la gata gris azulada—. El Clan Estelar la ayudará.

Ala de Mariposa retrocedió, y entonces se giró.

—Iré a buscarla —maulló.

—¡No entiendo nada! —Pardal gruñó—. ¡¿Qué está pasando?!

—Sé lo que estoy haciendo —insistió Estrella Vaharina.

Blima apareció corriendo.

—¡Ala de Mariposa dijo que Juncal estaba herido! —Se detuvo y bajó la mirada al lugarteniente, cuya sangre manchaba la tierra debajo de él, tiñéndola tan de escarlata como un atardecer—. ¡Gran Clan Estelar!

Estrella Vaharina mantuvo la cabeza en alto.

—Sé que puedes curarlo, Blima. Por favor, ayúdalo.

Blima abrió la boca para protestar, entonces la cerró de golpe y comenzó a examinar la herida. Estrella Vaharina bajó la mirada a su hijo. *«No te voy a perder a ti también —juró—. Sé que necesitas la ayuda del Clan Estelar para sobrevivir a esto, y Ala de Mariposa no puede darte eso. Estoy haciendo lo correcto; tengo que estarlo».*

Una multitud de gatos se reunió alrededor de Juncal. Ala de Mariposa le llevó hierbas a Blima, y luego se fue. Estrella Vaharina oyó murmullos a su alrededor, que iban desde la confusión hasta el enojo.

—¿A dónde va Ala de Mariposa?

—¿Cómo puede darle la espalda a un compañero herido? ¡Seguro que eso va en contra del código de los curanderos!

—Estrella Vaharina dijo que ella ya no era la curandera.

—¿Qué? Gran Clan Estelar, ¿por qué?

«¡Porque para Ala de Mariposa, el Clan Estelar no existe!», pensó Estrella Vaharina desesperadamente. Observó mientras Blima limpiaba cuidadosamente la herida de Juncal, y luego la envolvía con telarañas y hierbas recién hechas pulpa. Los ojos del lugarteniente permanecieron cerrados, y su respiración era tan superficial que sus costados apenas se movían. Estrella Vaharina no pudo soportar seguir viéndolo sufrir. Salió

del campamento y se dirigió hacia la parte más densa del territorio. Se arrastró hacia un zarzal y se acurrucó, tapándose la nariz con la cola. «*¡Clan Estelar, los necesitamos! Guíen las patas de Blima; ayúdenla a curar las heridas de Juncal y háganlo fuerte otra vez. ¡Por favor no me quiten a mi último hijo!*».

El aire se agitó a su lado, y un tenue aroma se esparció a través de las espinas. Estrella Vaharina levantó la cabeza.

—¿Pedrizo? —Apenas logró distinguir una forma contra las zarzas, de pelaje gris azulado y hombros anchos—. ¡Pedrizo! ¿Viniste a por Juncal? ¡Por favor, no te lo lleves al Clan Estelar aún!

Su hermano se inclinó sobre ella hasta que sintió su respiración en la mejilla.

—La vida de Juncal cuelga de la escama de pez más diminuta —le susurró—. Necesita toda la ayuda que pueda conseguir.

—¿Entonces habla con Blima! —Estrella Vaharina suplicó—. ¡Dile lo que debería hacer!

Pedrizo sacudió la cabeza, casi con pena.

—El lago no es la única fuente de presas —repitió lo que había dicho antes—. El Clan del Río tiene otra curandera.

—¡Pero Ala de Mariposa no cree en ustedes! ¿Cómo puede ser una verdadera curandera? Le ha mentado a todo el Clan, y siempre será ciega a todo lo que ustedes le digan.

—¿El Clan Estelar te dijo como parir a tus hijos? —le preguntó su hermano.

Estrella Vaharina lo miró atónita.

—No, claro que no.

—Así que, ¿confiaste en tus instintos y actuaste sola?

—Bueno, Arcilloso me ayudó, pero sí, supongo que mis instintos me dijeron qué hacer —admitió la líder.

No tenía idea de a donde quería llegar Pedrizo. A su lado, el gato del Clan Estelar comenzó a desvanecerse. Estrella Vaharina estiró una pata delantera, tratando de mantener la visión en donde estaba.

—Tal vez deberías dejar que Ala de Mariposa actúe sola —le llegó el último susurro.

Aturdida, Estrella Vaharina se abrió paso fuera de las zarzas. En el último zarcillo, una crisálida marrón claro se balanceaba, tan delicada que la gata casi podía ver a través de ella. Algo la hizo detenerse, y mientras observaba, la crisálida comenzó a abrirse. Una húmeda y plegada criatura marrón emergió, no más gruesa que una ramita. Los costados de la

crisálida se cayeron, dejando a la criatura colgada de la zarza. Estrella Vaharina observó, fascinada, como la diminuta forma estiraba primero un ala, y luego la otra. Brillaron en la luz pálida, más finas que una telaraña y levantadas por la más suave brisa. Mientras las alas se secaban, colores más llamativos aparecieron: un vivo marrón color zorro, brillantes círculos azules bordeados de blanco, y manchas negras que parecían lo opuesto de estrellas. ¡Era una mariposa! «*¿Sabe lo que es?* —se preguntó la gata—. *¡Vuela, pequeña! ¡Para eso son tus alas!*». La mariposa se aferró al zarcillo, sus alas temblaban. Entonces, con una sacudida de sus patas finas como un pelo, flexionó las alas y dejó que la brisa la elevara hacia el aire. Flotó por encima de la zarza por un momento; entonces sus alas se abrieron y cerraron en un solo latido y la mariposa se elevó por entre las zarzas, revoloteando más allá de las espinas y hacia el frío y nítido cielo.

Estrella Vaharina se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. ¿La mariposa tenía su propio Clan Estelar? ¿O realmente había emergido por su cuenta, sabiendo como extender las alas y tomar vuelo por puro instinto? Las palabras de Pedrizo volvieron a ella, y el pelo de Estrella Vaharina comenzó a hormiguear. «*Tú enviaste esta mariposa, ¿no es así, Pedrizo? Querías que este fuera un presagio, un presagio de que debería confiar en los instintos de Ala de Mariposa, y no juzgarla por lo que no hace*».



Ilustración oficial rusa por Leonid Nasyrov.



CAPÍTULO 10

Estrella Vaharina corrió de regreso al campamento e irrumpió por la entrada. El claro estaba vacío y en silencio. No había señal de Juncal, ni de Blima, ni de los gatos que se habían reunido a su alrededor. ¡Seguro que Juncal no había muerto! ¿Había llegado muy tarde? Vio a Boira saliendo del arenero y la llamó.

—¿En dónde está? ¿Dónde está Blima?

Boira la miró, y Estrella Vaharina retrocedió ante el juicio en su mirada.

—Están en la guarida de curandería —maulló.

Estrella Vaharina no pudo soportar preguntar como estaba Juncal. Se apresuró hacia las rocas y se asomó. Blima estaba inclinada sobre la forma negra y quieta del lugarteniente.

—¿Está... está vivo?

—Apenas —Blima maulló sin levantar la mirada—. Estoy haciendo todo lo que puedo.

La líder dio un paso adelante.

—¿Dónde está Ala de Mariposa?

El enojo erizó el pelaje de Blima.

—En la guarida de los veteranos. A donde la enviaste.

Estrella Vaharina tragó.

—Cometí un error —susurró. Entonces se giró y salió corriendo de la guarida. Se dirigió hacia el arbusto que resguardaba a los veteranos en sus lunas crepusculares y metió la cabeza en la guarida—. ¿Ala de Mariposa?

Hubo un tenue movimiento en las sombras.

—¿Sí?

—Ala de Mariposa, Juncal te necesita. —Estrella Vaharina se detuvo por un momento—. *Yo* te necesito. Por favor no me dejes perder a mi hijo.

Ala de Mariposa salió de la guarida y se abrió paso hacia el claro mientras la gata gris azulada retrocedía. Sus ojos ámbar estaban cautelosos y atentos.

—Me equivoqué —confesó Estrella Vaharina—. Todavía eres la curandera del Clan del Río. No depende de mí quitarte eso. —Se imaginó a la mariposa, orgullosa, fuerte y totalmente confiada de que podía volar sin ayuda alguna—. Por favor, perdóname, Ala de Mariposa.

La gata dorada se estiró hasta que apoyo el hocico en la cabeza de Estrella Vaharina.

—Haré todo lo que pueda por Juncal —prometió. Rozó ligeramente a su líder al pasar a su lado y desapareció en el interior de su antigua guarida.

Estrella Vaharina se obligó a no seguirla. Juncal estaba en el mejor lugar para recuperarse; ella solo estorbaría. De repente supo a donde tenía que ir. Se giró y trotó hacia la entrada. Se encontró con Insectero afuera.

—¿Juncal está bien? —preguntó el guerrero.

—Ala de Mariposa y Blima están con él —contestó Estrella Vaharina. Cuando vio su mirada sorprendida, añadió—: El Clan del Río tiene la bendición del Clan Estelar por tener dos curanderas. Puedes decirle eso al resto del Clan, si quieres.

Insectero le sostuvo la mirada por un momento, y luego asintió.

—Como dices, somos muy afortunados —maulló.

Estrella Vaharina comenzó a alejarse. Insectero la llamó:

—¿Quieres compañía?

La líder negó con la cabeza.

—No, gracias. Volveré más tarde; lo prometo.

Saltó por el arroyo y corrió a través de los pantanos, brincando de mata en mata para mantener las patas fuera del barro. Mientras trotaba por la orilla, miró por encima del agua agitada hacia el campamento del Clan del Río, escondido entre los arbustos que lo protegían.

—Clan Estelar, ayuda a Ala de Mariposa y a Blima —rezó.

En el arroyo que separaba al Clan del Viento del Clan del Trueno, comenzó a trepar. No se encontró con ninguna patrulla, aunque vio a un grupo de gatos del Clan del Viento correr por el páramo en la distancia. Todavía no sabía como eran capaces de moverse tan rápido. Escaló y escaló, hasta que le dolían las patas. Por fin el círculo de arbustos apareció

por encima de ella, y se encontró a sí misma en la cima del camino abollado de huellas que conducía hacia la Laguna Lunar.

Se asentó con la nariz tocando el agua helada, y cerró los ojos. Quería adentrarse en el Clan Estelar en sus sueños, encontrar a Pedrizo, y hacerle saber que había visto su señal. Una suave brisa le alborotó el pelaje y abrió los ojos expectante. Para su decepción, aún estaba junto a la Laguna Lunar. Los desnudos muros de piedra la rodeaban, y el cielo gris por encima de ella estaba vacío de estrellas. Estrella Vaharina sintió un tenue temblor de alarma. ¿Era un mal presagio que el Clan Estelar no la admitiera en sus terrenos de caza?

Entonces notó a un gato bajando por el camino hacia ella. Por un momento no reconoció la robusta forma y el largo manto marrón; y entonces se dio cuenta de que era Arcilloso, el curandero que había muerto en el viejo bosque justo antes de que los Clanes comenzaran el Gran Viaje. Estrella Vaharina se puso de pie.

Arcilloso se le acercó hasta que estuvo cara a cara con ella, a casi un zorro de distancia. Incluyó la cabeza a modo de saludo, y le hizo un gesto con la cola.

—Vamos a sentarnos —sugirió.

Todavía atónita por su aparición, Estrella Vaharina dobló los cuartos traseros debajo de ella.

Arcilloso respiró profundamente.

—Me di cuenta bastante rápido de que Ala de Mariposa no creía en el Clan Estelar —comenzó, mirando al estanque—. Pero nunca vi ninguna razón para desafiarla. Me di cuenta de que iba a ser una buena curandera. Era inteligente y tranquila, ¡e incluso más amable que yo con los gatos adoloridos! Ser un curandero se trata de, ante todo, servir a tu Clan, y sabía que Ala de Mariposa haría eso con cada latido de su corazón.

—¿Pero qué hay del resto de sus responsabilidades? —Estrella Vaharina argumentó—. ¿Ver señales del Clan Estelar, llevar ceremonias a cabo?

—El Clan Estelar puede hablar con quien quiera —respondió Arcilloso—. Todos tenemos sueños, no solo los curanderos. En cuanto a las ceremonias, si Ala de Mariposa dice las palabras correctas, ¿cómo alguien sabría lo que piensa en su propia mente?

—¡Pero hubo una señal! ¡La elegiste porque encontraste el ala de una mariposa!

Arcilloso se miró las patas.

—Ah, sí, lo hice. Al menos, eso es lo que me convenció. Quizá era una señal real, quizá no. Si lo era, significa que el Clan Estelar vio sus habilidades antes que cualquiera de nosotros. Y si no lo era, bueno, supe que encontrarían una manera de decirme lo contrario pronto.

—Pero nunca lo hicieron, ¿verdad? —susurró Estrella Vaharina—. El Clan Estelar permitió que Ala de Mariposa se convirtiera en nuestra curandera incluso sabiendo que ella nunca los escucharía.

—He tenido un largo tiempo para pensar al respecto —Arcilloso maulló—. La fe no se trata solo de creer en ancestros guerreros. Significa ser leal a lo que sea que es más importante para ti. Para Ala de Mariposa, eso es su Clan y sus compañeros. ¿Qué más necesita un curandero?

Estrella Vaharina miró hacia la Laguna Lunar, gris y sin luz bajo el cielo. En efecto, ¿qué más? Ala de Mariposa no había parado de cuidar a su Clan desde el momento en que se convirtió en la aprendiz de Arcilloso. Como la mariposa, se había enseñado a sí misma a volar sola.

—¿Estrella Vaharina?

La gata gris azulada se dio la vuelta. Arcilloso había desaparecido, y Ala de Mariposa estaba de pie a su lado. ¿Por qué estaba allí, y no con Juncal? De repente a Estrella Vaharina se le cortó la respiración.

—¿Juncal...? —dijo con voz rasposa.

—Está durmiendo tranquilamente —Ala de Mariposa terminó la oración por ella—. No hay señales de infección, y mientras se quede quieto por un tiempo, la herida sanará.

Estrella Vaharina aflojó los músculos de alivio.

—Oh, gracias al Clan Estelar —exhaló. Entonces se enderezó—. Y gracias a *ti*, Ala de Mariposa. Por... por todo. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—No lo sabía —Ala de Mariposa contestó—. Pero a menudo vengo aquí cuando necesito un tiempo para pensar. ¡Toda la sabiduría de los curanderos que me han precedido debe haberse quedado en estas piedras de alguna manera!

—Y aun así no crees en nada de lo que hacen —Estrella Vaharina murmuró.

La curandera la miró con dureza.

—Creo en la importancia de aprender de lo que ha sido descubierto antes. En lo preciada que es la salud, y en lo duro que debo trabajar para preservarla en todos mis compañeros de Clan. El hecho de que el mundo de las señales, los presagios y los sueños que tienen significados ocultos

esté cerrado para mí no me hace sentir que me falte algo, Estrella Vaharina. Yo respeto tus creencias. Tú debes respetar lo que a mí me importa.

Estrella Vaharina asintió.

—¿Quién habría dicho que una mariposa tendría tanto que enseñarme? —susurró, medio en voz baja.

—¿Qué dijiste?

Estrella Vaharina apoyó la cola en el hombro de su amiga.

—Solo algo para recordarme a mí misma —ronroneó—. Ahora, ¿deberíamos dejar que nuestros viejos huesos descansen un rato antes de volver a nuestro Clan?

*Libro original: “Warriors: The Untold Stories” por **Erin Hunter**.
Portada y encabezados: **Wayne McLoughlin**.
Ilustraciones rusas: **Leonid Nasyrov**.*

*Traducciones: **Pichu06** y **xK1rarax**.
Edición de portada: **_Lex_is_Dumb_***

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

<https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/>

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]

<https://discord.gg/S53JNh7z7G>

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!

<https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio>